

TRILOGÍA
LÁGRIMAS VOL. 2

LÁGRIMAS
DE

Dolor

BÁRBARA BOUZAS

Lvl
EDITORIAL
UpiBook

Lágrimas de dolor

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Bárbara Bouzas 2019
© Editorial LxL 2019
www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: octubre 2019
Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17763-28-2

Índice

AGRADECIMIENTOS

1

DABRIA

2

MIKI

3

DABRIA

4

MIKI

5

DABRIA

6

MIKI

7

DABRIA

8

MIKI

9

DABRIA

10

MIKI

11

DABRIA

12

MIKI

13

DABRIA

14

MIKI

15

DABRIA

16

Dabria

17

MIKI

18

DABRIA

19

MIKI

20

DABRIA

21

MIKI

22

DABRIA

23

Dabria

24

Dabria

25

Dabria

26

MIKI

27

DABRIA

28

MIKI

29

DABRIA

30

MIKI

31

DABRIA

32

MIKI

DABRIA

33

Dabria

34

MIKI

35

DABRIA

36

Dabria

37

Dabria

38

MIKI

39

MIKI

40

MIKI

41

MIKI

42

DABRIA

MIKI

DABRIA

43

[MIKI](#)

[44](#)

[MIKI](#)

[45](#)

[DABRIA](#)

[MIKI](#)

[DABRIA](#)

[46](#)

[dabria](#)

[MIKI](#)

[DABRIA](#)

[MIKI](#)

[DABRIA](#)

[47](#)

[DABRIA](#)

[MIKI](#)

[DABRIA](#)

[MIKI](#)

[48](#)

[Miki](#)

[49](#)

[DABRIA](#)

[50](#)

[MIKI](#)

51

DABRIA

52

DABRIA

53

Dabria

54

dabria

55

MIKI

CONTINUARÁ...

*Para mi abuela, María. No hay pluma más
delicada que la voz de sus historias.*

Nunca digo adiós, porque un adiós significa
irse e irse significa olvidar.
J.M. Barrie

Agradecimientos

Siempre debe empezarse a barrer la casa desde el interior, por eso, comienzo por mis padres.

Nada nuevo tengo que decirles, solo que gracias a ellos, a todo lo que me aportan, me enseñan y me aconsejan conforman la persona que conocéis hoy en día. Ellos me hacen apreciar las pequeñas cosas, a ver la grandeza en los pequeños detalles. Me enseñan a ser un poquito más feliz cada día.

A mi hermana debo agradecerle sus sinceros consejos, porque, aunque no la llame y por mucho que no quiera escuchar lo que me dice, se presenta como la voz de la conciencia. Su sinceridad puede dejarte perplejo y con unas ganas terribles de mandarla a paseo, sin embargo, sé que lo hace por mí, para mejorar mi vida día a día.

A mi novio, con quien mi vida nunca será aburrida. Cada noche me acuesto pensando que no podría sorprenderme más, pero... a la siguiente, vuelvo a decir lo mismo. Es capaz de sacarme una sonrisa incluso cuando echo humo por las orejas o tengo ganas de retorcerle el pescuezo. Debo reprocharle una cosa: que no puedo escribir con él, porque es incapaz de estar más de un minuto callado.

Debo incluir, por supuesto, once agradecimientos; uno para cada primo. Podría decir miles de cosas de cada uno, pero como grupo también tenemos nuestras características. Les agradezco enormemente que me hayan apoyado desde el momento cero, que se hayan alegrado e ilusionado por mí como si de su propio sueño se tratase. Junto a ellos doy las gracias a la familia Trapisonda al completo, porque los momentos juntos son caóticos, llenos de chillidos, risas, abrazos... Somos como un gran montón de gallinas que no pueden asentarse en ningún sitio. Si quedamos para tomar unas cañas o comer, antes debemos esquivar algunos obstáculos hasta conseguir el propósito. La dificultad para encontrar un bar con sitio libre para tantos, ponerse de acuerdo en la hora, el sitio, las disculpas hacia el primero que llega, que lleva unas dos horas esperando por el resto... Nada de eso es impedimento para que consigamos un día perfecto.

Fuera de casa, pero no por ello menos importante, al contrario, con todo mi cariño les doy gracias a los lectores por seguirme en este sueño. Gracias por darle a Lágrimas de hielo la oportunidad de ser leída y disfrutada. Me llena de ilusión y orgullo que algo en lo que puse tanta pasión, llegue a vuestras manos. Que la toqueis, la veáis, la disfrutéis y me acompañéis en este camino tan emocionante.

Gracias a todos, porque sois la parte más importante de la historia.

No puedo olvidar a Editorial LxL, son los causantes de que este sueño se hiciese realidad. Gracias a mi editora, Noelia, por darme esta oportunidad, enseñarme y confiar en mí. Gracias por el enorme trabajo que hacen, porque hasta que el libro llega a vuestras manos hay un enorme trabajo. Gracias por el esfuerzo para que todo quede perfecto y por hacer que yo disfrute en todo el proceso.

Gracias a Angie, mi otra editora, porque pese a que al principio me sentía... como con más vergüenza al tratar con ella, pronto me di cuenta de que no tenía nada que temer; seguía estando en casa. Ella me ayudaría, me enseñaría y me aconsejaría de la mejor manera. Simplemente, estoy encantada de ser pupila de ambas.

La puerta de metal estaba abierta. No esperaban que viniéramos o nos habían facilitado la entrada.

La nave era grande, pero al fondo se veía a un grupo de hombres rodeando algo o a alguien. Sabía con exactitud quién estaba en medio de los leones.

Apuramos el paso. Al primero que vi fue a uno de mis enemigos; eso creía antes, al menos. Estaba alejado del círculo y mirando en todas direcciones. Al encontrarse con mi mirada, negó con la cabeza.

¿Qué quería decir eso?

Empujé a dos tipos para abrirme camino y ver lo que ellos observaban maravillados.

Nuestros hombres rodearon el círculo, apuntando a las cabezas de cada uno de esos malnacidos. Todos sabíamos lo que teníamos que hacer, cómo actuar.

—Llegáis tarde a la fiesta. —Rió aquel asqueroso ser.

—No tenías derecho —dijo mi padre.

No escuché la respuesta. A decir verdad, dejé de escuchar cualquier ruido. El tiempo se paró cuando vi su pequeño cuerpo tumbado en el suelo, como un ovillo de lana.

Tenía la espalda al descubierto impregnada en sangre. Corrí hacia ella para comprobar que la mujer que amaba estaba muerta.

Me agaché y le aparté el pelo de la cara. La imagen que vi hizo que me tambalease.

No podía estar muerta, muerta, muerta, muerta...

1

DABRIA

Un ruido seco me despertó, seguido de otro y otro más. Mierda. Debían de ser Nitca y Aleksei.

—¡Va! —grité levantándome del sofá. No me molesté en ponerme las lentillas.

—Estábamos a punto de irnos —dijo Aleksei. Cuando la puerta se abrió del todo y entré en su campo de visión, me miraron con preocupación.

—Tienes un aspecto horrible, forastera. —Nitca utilizaba ese mote de vez en cuando para hacerme sonreír—. Las lentillas te han irritado los ojos, deberías quitártelas. —Se acercó para observar mi cara detenidamente y ladeó la cabeza de un lado a otro, de forma que su pelo con corte Cleopatra se sincronizaba con los movimientos de su cabeza

—Me he quedado dormida. —Escapé del escrutinio de mi amiga y caminé hacia el salón. No necesité mirar atrás para saber que me seguían—. Lo siento.

—Nos tienes muy preocupados, Babette —dijo Aleksei sentándose en el sofá, atento a todos mis movimientos.

—¿Queréis algo? ¿Té? ¿Café? ¿Un trago?

—Cualquier cosa —respondió Nitca con una sonrisa—, pero no tardes, que nos tienes en ascuas.

—Enseguida vuelvo.

Hice una tila bien cargada para mí y tomé la botella de vodka con dos vasos para ellos. Iban a necesitarlo más que un café.

—Bien. ¿Qué es lo que tienes que contarnos? —preguntó Nitca moviendo sus largas y delgadas piernas arriba y abajo con impaciencia.

—Antes de nada, me gustaría pedirnos algo: que me escuchéis hasta el final, sin interrumpirme. A cambio, responderé a todas vuestras preguntas y aceptaré todas vuestras críticas, gritos y reproches. —Pestañeé con rapidez para evitar que se me escapasen las lágrimas de nuevo.

—De acuerdo —afirmó Aleksei. Sus ojos azules expresaban preocupación.

—Algo me dice que no será bueno —añadió Nitca para sí misma. Sus ojos, estos de color caramelo, también mostraban preocupación.

—Allá voy. —Agarré la taza con ambas manos para que me dejasen de temblar—. Me llamo Dabria y soy una agente encubierta.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Nitca confusa.

—Lo siento, Nit, es la verdad. Mi verdadero nombre es Dabria, no Babette. Os he engañado a

todos, me he hecho pasar por otra persona...

—¿Qué coño estás diciendo? —inquirió mi amigo.

—Trabajo para el CNI. Soy...

—Te has infiltrado, ese es tu trabajo —observó casi en un susurro, sin poder creerse lo que estaba escuchando.

—¿Infiltrada? ¿CNI? Dime que es una broma. —Antes de que pudiera responderle a Nitca, Aleksei hizo otra pregunta.

—¿Por qué? —Ya sabía la respuesta. No era estúpido. Aun así, respondí.

—Ya sabes el motivo, es por lo que estás pensando. Las Tres K lleva demasiados años en auge, de hecho, su crecimiento es cada vez mayor. Necesitábamos pararlo.

—¿Quieres acabar con nosotros? ¿Ese era tu plan? —preguntó Nitca horrorizada.

—Sí. Meter entre rejas a los miembros más importantes o a todos, a ser posible. —No era momento de verdades a medias, la capa se me había caído, o, mejor dicho, la había tirado.

—¿Cómo has podido? —Aleksei se pasó la mano por el pelo, que le había crecido bastante desde que lo había conocido. Ahora le caía sobre la frente en desordenados mechones castaños, quitándole varios años.

—Esperad. —Levanté una mano en alto—. El plan era perfecto: enamorar al heredero y hacerme amiga del resto. Así, todo estaría a mi alcance.

—No puedo creer semejante barbaridad. —Nitca negó con la cabeza.

—Podría catalogarse así.

—Has jugado con nosotros, con Miki, ¿para qué?

—La razón es obvia, Nitca —soltó Aleksei—. Acabar con nosotros.

—Exacto. Todo ha salido como debía, sin ningún fallo —Aleksei me interrumpió.

—¿Quieres decir que todos iremos a la cárcel? ¿Tu plan ha llegado a su fin y quieres limpiar tu conciencia?

—¿Quieres eso? ¿Vernos entre rejas? —Nitca casi gritó. Los nervios se estaban apoderando de ella.

—En absoluto. Os habéis convertido en mis amigos, en mi familia. No sería capaz.

—No lo entiendo. Tú misma estás diciendo que el plan ha sido un éxito. —Mi amigo intentaba mantener la calma. Ninguno se había servido la copa, la conversación requería toda su atención.

—Cierto, sería un golpe fantástico en mi carrera. Conseguiría lo que nadie ha podido. Salvo que yo no contaba con enamorarme.

—Miki —susurró Nitca. Tenía los ojos más abiertos de lo normal y no parpadeaba.

—Exacto. Miki. Nunca pensé enamorarme de él. Debía ser trabajo; sin embargo, ha resultado ser el amor de mi vida. —Mi amiga giró la cabeza hacia mí para escucharme con el ceño fruncido—. Lo que es, lo que hace, a lo que se dedica dejó de importarme, quedó relegado a un segundo plano porque se convirtió en mi prioridad. En mi felicidad. En mi vida.

—No tenemos por qué creerte —atacó Aleksei.

—¿Crees que si no me importarais, estaríamos aquí? —Reí de forma nerviosa—. No tenía una vida de ensueño, pero era muy feliz antes de venir a Rusia. Tengo un trabajo que adoro y por el que me pagan bien. Lo único que me importaba, aparte de ciertas personas, era acabar una misión con éxito para empezar otra. Mi vida giraba en torno al trabajo.

—No sé —dudó Aleksei—. Puede ser una trampa

—No me la jugaría cuando solo necesito hacer una llamada para que durmáis hoy mismo en el calabozo. —Intentaba darles alguna razón convincente para que al menos me otorgasen el

beneficio de la duda.

—¿Por qué te la juegas entonces? ¿Qué más quieres de nosotros? —preguntó Nitca, nerviosa y triste—. ¿No lo tienes todo ya? —Sé que querría gritarme en ese momento; sin embargo, se contuvo y la voz le salió como un chillido histérico sin florecer.

—No lo que me importa: que me perdonéis. Poneos en mi lugar e intentad entenderme. —Apliqué más fuerza sobre la taza, como si con ello me fuese a salir el genio de Aladín para arreglarme semejante embrollo.

—Es demasiado. —Nitca negó con ambas manos y los ojos húmedos—. Pides demasiado.

—Vosotros también me habéis engañado, nunca me habéis dicho la verdad.

—Es diferente —contradijo Aleksei—. No vamos por ahí diciendo que estamos de mierda hasta las orejas, ¿sabes?

—Entonces, estamos igual. Pensadlo. Solo pensadlo, por favor.

—¿Y Miki? ¿Qué pasa con él? Tiene que saberlo —aseguró Nitca.

—Ya lo sabe. Se lo he dicho cuando nos hemos levantado, quería que fuera el primero en saber la verdad. —Limpié con la manga unas lágrimas que se escaparon de mis ojos.

—¿Cómo está? —quiso saber Nitca, preocupada—. No quiero ni imaginármelo. —Se pasó la mano por la frente.

—Peor de lo que te imaginas, seguramente; está lo peor que se puede estar. —Hundí mi mirada en la tila para evitar la suya cargada de reproche.

—¡Joder! —masculló Aleksei—. ¿Y el resto?

—Miki no tardará en contarlo. Quería que al menos vosotros lo escucharais de mi boca. —Aleksei también se frotó la cara, nervioso. Me recordó a Miki unas horas antes, había hecho lo mismo. Nitca movía enérgicamente las piernas arriba y abajo, también nerviosa. Ninguno sabía qué hacer, cómo actuar o qué decir—. Me gustaría que me creyeráis, que me perdonarais, que todo volviera a ser como antes. —Las palabras salieron de mi boca sabiendo que no eran más que tontas fantasías.

—Eso es imposible —respondió Aleksei—. No sabes lo que estás pidiendo.

—Lo sé. —Me limpié otra lágrima—. ¿Queréis preguntarme algo?

—¿Por qué has esperado tanto para decirnos la verdad? —preguntó Aleksei.

—Vine aquí por trabajo, sabía qué debía hacer. Soy buena en ello, la mejor; hasta ahora. —Mostré una triste sonrisa—. No os conocía, para mí no erais más que unos niños ricos acostumbrados a tener todo lo que querían. Demasiado dinero manchado de sangre, negocios sucios; todo lo que yo odio, contra lo que yo lucho.

—Jugaste con nosotros. Una especie de juego macabro donde solo tú tenías el mando para mover. ¿Te divertiste? —inquirió Nitca.

—No se trataba de eso, Nitca, era mi trabajo. Al conoceros de verdad, me di cuenta de que no podría haceros daño. No voy a negar que durante un tiempo intenté convencerme de que tenía la cabeza confundida por pasar tanto tiempo con vosotros, con Miki. Soy muy testaruda como para dejarme vencer a la primera, a la segunda e incluso a la tercera; pero al final no valió de nada. Imaginármelo entre rejas por mi culpa me sentaba peor que un tiro a quemarropa en el estómago, así que decidí contarle la verdad. Apostar porque el amor que sentimos fuese más grande que cualquier cosa, aunque estoy segura de que perdí hasta mis bragas. Me odia.

—Necesitamos tiempo, Babette. —Mi amiga se levantó de un salto.

—Nit —pedí—. Todo lo que os he dicho es cierto. Con que me digáis que lo pensareis, es suficiente.

—No digo que no te crea... Yo... necesito tiempo para asimilarlo. —Se marchó antes de que pudiera contestar.

—Admiro lo que hiciste, Bab... —Aleksei negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano de que daba igual—. Pero esto es la mafia, sabes cómo funcionan las cosas aquí. No puedes pedir rebaja de condena por tus actos en este mundo. Arreglamos las cosas de una única manera: haciéndolas desaparecer. No resolvemos los problemas, los cortamos de raíz. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Por supuesto que lo sé. La traición se paga con la muerte; en cambio, yo os valgo más viva que muerta, Aleksei.

—¿A qué te refieres?

—No soy tan idiota como para contaros la verdad sin tener un seguro por mi vida. Si me llega a pasar algo, todos acabaréis entre rejas, sin excepción alguna. Además, tengo algo que puede interesaros, pero ahora no quiero hablar de negocios.

—¿Negocios? —preguntó confuso.

—Un día de estos hablaremos. Pronto, no te preocupes —añadí para tranquilizarlo.

—Está bien —dijo levantándose del sofá.

—Siento mucho haberte engañado, a todos. Espero que podáis perdonarme algún día.

—Yo también. —Cerró los ojos unos segundos—. Yo también —susurró para sí mismo—. Ahora tengo que ir con Nitca. Ten cuidado. —Caminó hacia la puerta sin mirar atrás.

—Lo tendré. —Tan pronto esa se cerró, rompí en un sonoro llanto.

MIKI

No podía creerlo, por más que lo pensaba, no quería creerlo. Sentía una presión en el pecho, un dolor tan fuerte como si me estuviesen arrancando el corazón en vivo.

Esperé con impaciencia a despertarme de semejante pesadilla, mas no sucedería porque eso era tan real como que me llamaba Mikhail Korsakov. Mi pequeña me había engañado, me había usado como a un trapo. ¡Maldita fuera! No había sido más que su títere.

«¿Por qué me has hecho esto? Me enamoré de ti. Me enamoré perdidamente y locamente de ti».

¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a ser de mí?

—¡Miki! —gritó mi hermana asustada.

La miré con los ojos bañados en lágrimas. Hacía años que no lloraba. Contaba con los dedos de la mano las veces que lo había hecho cuando era niño. A partir de los diez no había vuelto a derramar una lágrima.

—Laryssa —susurré.

—¿Qué ha pasado, Miki? —Se acercó a mí saltando los cristales, cuadros y muebles rotos esparcidos por mi habitación.

Cuando mi pequeña se fue, descargué toda mi ira a base de patadas y puños contra cualquier cosa que pudiera romper. Principalmente, sus malditas fotos. Mi habitación había quedado hecha un estropicio, a juego con mis puños ensangrentados.

—Me ha engañado, me ha engañado. —Me froté la cara con frustración.

—¿Quién te ha engañado?

—Mi pequeña. Ella me ha engañado.

—¿De qué hablas, Miki? —Veía incompreensión y miedo en su rostro.

—¡Nos ha engañado a todos! —Me levanté y volví al ataque con lo poco que quedaba entero—. ¡No es más que una asquerosa poli! ¡Una rata de alcantarilla! ¡Una espía!

Mis gritos retumbaban en las paredes mientras le explicaba cómo me había mentido, cómo nos había mentido.

—¡Romperlo todo no arregla las cosas! —gritó Laryssa persiguiéndome escaleras abajo—. ¡Te vas a hacer daño, Mikhail! ¡¡¡Basta!!!

—¿Daño? Ella ha sido quien me ha hecho daño. —Cuando empecé a arrojar los jarrones, marcos y todo adorno rompible de la sala, Laryssa se plantó enfrente de mí con los brazos cruzados.

—Si piensas que esto te va a ayudar, continúa, adelante. —Abrió los brazos abarcando la estancia—. Rómpelo todo, si con eso te sientes mejor. Incluso puedo ayudarte, si quieres.

—Nada puede hacerme sentir mejor. —Me dejé caer en el sofá cuando vi que había más cosas por el suelo que en su sitio. Me eché a llorar de nuevo. Me cubrí la cara con las manos y di rienda suelta a mi dolor.

Mi hermana se arrodilló enfrente de mí, me apartó las manos de la cara y me abrazó con fuerza. Me dejé hacer, permití que me consolase.

Laryssa se parecía mucho a mí, teníamos el mismo color de ojos y pelo, salvo que ella había adornado su larga melena con mechas rubias. Su rostro también era más dulce que el mío, expresaba bondad con una simple sonrisa. Era bastante alta, no tanto como yo, pero bastante más que Kalina.

Después, cuando me hube calmado un poco, sirvió una copa para cada uno. Mientras a ella el trago le duró lo que parecieron horas, yo vacié la botella. No me preguntó nada más, se limitó a darme consuelo y a escuchar lo poco que decía. Su rostro contraído y sus manos temblorosas sosteniendo el vaso delataban que no sabía qué hacer, que estaba tan preocupada y con tanto miedo como yo. Como lo estarían todos. Cada uno por diferentes y semejantes motivos.

—No era real, era una creación perfecta de la mujer capaz de arrebatármelo todo. Ha venido para acabar con nosotros, conmigo —susurré más para mí mismo que para ella.

—Miki, lo siento, no sé cómo ha podido hacernos esto.

—Es su trabajo, La, es lo que hacen para cogernos. —Acabé el vodka de un trago y volví a llenarlo. Aún no era capaz de creerme mis palabras, era demasiado doloroso asimilar lo que había pasado.

Más tarde, la escuché hablar con Venyamin por teléfono sin prestar atención a sus palabras. Aunque quisiera, el alcohol me mantenía poco consciente ya; cosa que agradecía. Esperaba que el dolor desapareciese a medida que mis sentidos se empapaban. Las lágrimas seguían cayendo de mis ojos, las imágenes volvían a mi mente y el fuerte dolor en el pecho continuaba intacto. El alcohol no era bálsamo suficiente; la verdad, no creía que hubiera uno.

No me había molestado en decirle que no quería ver a nadie. Ella ya lo sabía.

Horas más tarde, la puerta de la entrada se abrió y supe que no podría escapar. De ellos, no. Me alegraba estar tirado en el sofá medio dormido. Mi paz se vio interrumpida por los tacones de mi madre y los pasos sordos de mi padre. No me molesté en levantar la mirada para saber que estaban enfadados y preocupados.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó mi madre.

—¿Qué es todo este desastre? —añadió mi padre casi al instante.

—Laryssa, Mikhail, ¿qué ha ocurrido? —Mi madre nos miraba seria.

—Veréis... —Mi hermana sonó bastante insegura—. Ha pasado algo. Miki...

—¿Qué te ocurre? ¿Qué te ha pasado? —Mi madre intentó acercarse a mí, pero levanté una mano para que no lo hiciese—. ¿Estás bien?

—Ninguno lo estamos —respondí con la boca pastosa de tanto alcohol, de tantas lágrimas, de tanto dolor.

—¿Quieres explicarte? —El tono hosco de mi padre no me importó. Quería que esto acabase cuanto antes, así que me dirigí a Laryssa.

—Suéltalo ya, La, sin rodeos. Una flecha directa al centro de la diana.

—Babette ha resultado ser una espía, una poli, una infiltrada que trabaja para...

—¿Cómo? ¿Qué? Pero... ¿quién os ha dicho eso? —preguntó mi padre abriendo los ojos de la sorpresa.

—Debe haber un error, eso es una locura —añadió mi madre, negándose a creerlo.

—No hay ningún error, mamá, ella misma se lo ha contado a Miki. No ha venido de Erasmus, no ha venido a estudiar, no ha venido a bailar. Ha venido para acabar con nosotros, para encerrarnos a todos.

—Si eso es cierto, ¿por qué te lo ha contado? —Fue Laryssa quien contestó de nuevo a la pregunta de mi padre.

—Dice que no quiere hacernos daño, que se ha enamorado de Miki.

—¿Qué sabe? —Eso era lo más importante para mi padre. Como líder, debía valorar los daños de su fortaleza antes que los de su hijo. La noticia podía afectar a mucha más gente si no hacía algo.

—No creo que sea el momento —empezó mi madre, pero él la interrumpió. Yo, en cambio, me limité a vaciar el contenido de mi vaso una vez más.

—¿No crees que sea el momento? —preguntó él mirándola serio—. Pues yo digo que sí, tenemos que saber qué sabe esa niña.

No pude evitar soltar una carcajada que se escuchó como un sonido gutural al escaparse del interior de un animal malherido.

—Esa niña —recalqué la palabra elegida por mi padre para referirse a mi pe..., a la mujer que me había destruido— nos tiene en sus manos, papá, porque lo sabe absolutamente todo. Dónde, cómo, cuándo y con quién llevamos a cabo cualquier negocio.

—Entonces... —Mi madre lo interrumpió, adoptando una expresión seria y segura, para enfrentarlo dispuesta a ganar.

—Se acabó, Egor, no es el momento. ¿No lo ves? —Me señaló con la mano—. ¿Piensas que está en condiciones de hablar?

—Tiene que estarlo, debemos saber a lo que nos enfrentamos. Miki tiene que...

—Miki tiene que descansar. —Alzó la voz y, aunque no me giré para verla, estaba seguro de que le mantenía la mirada. Mi madre no se dejaba amedrentar por el líder, tenía la capacidad de poner a su marido en su lugar cuando era necesario—. Ya tiene suficiente él solo. Así que te pido, más bien, te prohíbo que lo atosigues. —Su tono no daba pie a discutir más—. Está... —Se acercó más a mi padre para acabar susurrándole y evitar que yo escuchase—. Laryssa, cielo. —Le lanzó una mirada a mi hermana que pareció entender como la mejor explicación; sin embargo, carecía de significado para mí.

—Por supuesto, mamá. —Su voz sonó triste, aunque no estaba en condiciones de calificar nada, ya que tenía los sentimientos ateridos y medio sedados por el alcohol.

Lo último que escuché fue a mi hermana removiéndose en el sofá.

—Cielo, cielo. —La dulce voz de mi madre trató de despertarme, pero cerré los ojos con más fuerza—. Cielo. —Se sentó a mi lado y me acarició la cara como cuando era niño—. Ve para la cama. Dormirás mejor allí.

—Mamá. —La voz se me quebró—. ¿Qué voy a hacer, mamá? ¿Qué será de mí ahora?

—Lo siento tanto, Miki.

—Duele tanto, mamá. —Las lágrimas volvieron de nuevo. Me incorporé y me arrojé a sus

brazos para que me cuidase.

—Pasará, todo se arreglará. —Me abrazó con fuerza.

—La odio, mamá —le dije todavía aferrado a su pecho—. La odio.

—Necesitas descansar. Tu padre no esperará más para hablar contigo. To... está muy nervioso.

—Dile que estaré listo a primera hora de la mañana. —Mi madre se levantó y me acompañó por las escaleras.

—Sé que es muy duro para ti hacer esto.

—Es mi deber. —Entré en una de las habitaciones de invitados. No sería capaz de atravesar la puerta de la mía.

DABRIA

Había pasado la noche en vela, no había podido dormir nada. Cada vez que cerraba los ojos veía su cara, su odio, su rencor, su decepción... Recordaba el dolor en su mirada, en su voz...

Decidí no ir a la universidad, no era una buena idea. Me puse doble ración de antiojeras y cogí un taxi hacia el gimnasio. Era mi trabajo, no podía arriesgarme a perderlo y mucho menos a que sospecharan nada, mi vida ya corría peligro al haber descubierto mi verdadera identidad ante los Korsakov.

Entré y fiché como cada día. Para mi mala suerte, no pude pasar desapercibida ante Inna. Era una buena amiga, por eso, en ese momento no era favorable un encuentro, mi dolor estaba a punto de entrar en ebullición.

—Buenos días, Babette —me saludó alegre desde el mostrador. No tuve más remedio que acercarme.

—¿Qué tal, Inna? ¿Mucho trabajo? —Mi sonrisa fue tan fingida que mi amiga arrugó el entrecejo y procedió a un exhaustivo examen de mi aspecto. Notaba que algo andaba mal.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te encuentras bien?

—Sí, yo... —Los ojos se me humedecieron y no fui capaz de contener un par de lágrimas, que limpié rápidamente con la manga.

—Babette, ¿qué ocurre? —Rodeó el mostrador para hablar más cerca conmigo. Me tomó una mano y esperó a que contestase.

—Hemos roto, Miki y yo... Se ha acabado. —Tragué con fuerza y aspiré profundamente para no echarme a llorar.

—¿Qué dices? ¿Por qué? —Abrió los ojos con sorpresa y preocupación.

—Ahora no, por favor. —Mi amiga asintió con la cabeza cuando vio mi mirada de súplica y mi gran empeño en no empezar a llorar—. ¿Podemos hablar más tarde? Tengo que subir —le dije mirando hacia las escaleras.

—De acuerdo. Para lo que necesites, estoy aquí.

—Estoy bien, Inna. —Sonreí de forma débil, sin enseñar los dientes.

Subí las escaleras lo más rápido que me permitieron mis piernas para no pararme a hablar con nadie más. Me cambié y me dirigí a la sala de baile como un robot. Fingí mi mejor sonrisa y empecé a dar las clases deseando que el día acabase de una vez.

Entré al vestuario pensando en abrir el grifo y aliviar mi dolor, pero justo cuando iba a cerrar la puerta, alguien me lo impidió. No podía ser. No quería hablar con nadie y no deseaba encontrarme a otra persona que no fuese él.

—Babette. —Empujó la puerta y me obligó a dejarlo pasar. Cerró con llave y yo suspiré—. ¿Qué ha pasado? —preguntó cruzándose de brazos—. ¿Qué te ha hecho?

—Borak. —La voz se me rompió. Comencé a sollozar y me arrojé a sus brazos.

No lo dudó, me envolvió y me acunó con ternura. Me hacía falta desahogarme con alguien, ¿quién mejor que mi mejor amigo? ¿Quién peor que su peor enemigo?

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar cuando nos sentamos en el sofá. Sí, había un sofá dentro del vestuario. Era el gimnasio más lujoso de San Petersburgo.

—Hemos roto, se ha acabado.

—¿Por qué? ¿A quién se ha follado ya? —inquirió enfadado.

—A nadie. Nadie se ha follado a nadie.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—No me quiere como yo creía.

—¿De qué hablas? Miki está colado por ti. Te adora. —No dejaba de escrutarme con su miraba verde musgo en busca de más.

—Antes, quizá sí; ahora, no lo sé, Borak. No estamos hechos el uno para el otro.

—No lo entiendo, es que... —Achinó los ojos y torció los labios de un lado a otro. Siempre lo hacía cuando no le cuadraban las cosas.

—No hay nada que entender. Se acabó. Supongo que todos sabíamos que tarde o temprano se acabaría. Solo que yo no estaba preparada, no quería que se acabara. —Las lágrimas seguían cayendo mientras le explicaba.

—Lo siento, Babette. Cuando te enamoras, no deberías hacerlo de una persona que te haga llorar. Te sonará a tópico, pero no se merece tus lágrimas.

—Supongo que el tópico es cierto. —Reí—. Pero me duele tanto que no sé cómo hacer.

—Miki es un imbécil —maldijo rechinando los dientes.

—En eso, estoy de acuerdo.

—Dúchate, anda, que te invito a comer.

Acabamos saboreando un exquisito y poco apetecible plato en un restaurante italiano cerca del gimnasio. Era una pena no valorar tal delicia, pero en ese momento mi estómago respondía con una punzada de dolor y unas crecientes náuseas cada vez que le metía algo a la fuerza. La mirada de mi amigo no dejó la preocupación en todo el tiempo que duró la comida.

—Sabes que puedes tomarte la tarde libre, ¿verdad? —me ofreció.

—Lo sé, y la respuesta es no. Tengo que cumplir con mi trabajo, que tú seas mi jefe no quiere decir que pueda aprovecharme de ti cuando quiera.

—Como si no lo hicieras nunca —respondió sonriendo.

—Me vendrá bien mantenerme ocupada, así no pensaré tanto en él.

—Eso sería un desperdicio de tiempo. —Le lancé chispas asesinas con los ojos y fruncí los labios. Él levantó los brazos en son de paz y sonrió—. Inna está preocupada.

Me gustaba más hablar de nuestra amiga, aunque el tema seguía siendo mi sorprendente ruptura. La mayoría esperaba que me pusiese un anillo pronto, que nos vistiésemos con unos trajes que solo los Korsakov pudiesen pagar, que nos dijésemos el «sí, quiero» y que fuese la mujer más envidiada de las siguientes treinta décadas por haber conquistado al soltero más codiciado de

toda la ciudad.

—Hablaré con ella. Allí no era el momento, no quería hurgar mucho en la herida, ¿sabes?

—Claro, lo que quieres es utilizar mi hombro de pañuelo para los mocos y las babas que sueltas por el cabrón del Korsakov.

—Diciéndolo así, suena cruel. —Dejé de remover la comida y posé el tenedor a un lado. No iba a comer más.

—Cruelmente cierto. Venga, cuéntame. ¿Qué tal te van las clases?

—Muy bien, me encantan.

—Y supongo que apruebas todo sobrada, ¿no? —Ladeó la cabeza y chasqueó los dientes. Era sorprendente la cantidad de muecas que hacía, y más sorprendente lo bien que le sentaban. Lo hacían todavía más guapo.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas?

4

MIKI

Me levanté más sobrio y con menos dolor de cabeza, por el resto estaba igual de mal o peor; sin embargo, mi padre tenía razón, debíamos hablar.

Me destrozaba el alma pensar en lo que me había hecho mi..., quería decir la falsa Babette, pero no podía permitir que acabase con los míos. Con que uno de nosotros estuviera destrozado era suficiente. A partir de ese momento lo único que sentiría por ella sería odio, rabia y más odio.

Caminé a mi habitación para darme una ducha. Intenté no pensar en nada, dejar la mente en blanco para poder entrar. Imposible. La ola de recuerdos me asaltó cuando abrí la puerta: su olor, su voz, sus caricias... Falso, falso, todo era falso. Cerré de golpe, me apoyé en ella y respiré hondo intentando concentrarme en alejar el dolor el tiempo suficiente para coger la ropa. Miré a mi alrededor. El cuarto estaba igual a como lo había dejado: todo hecho pedazos esparcidos por el suelo, las sábanas revueltas, el disfraz de ángel tirado al borde de la cama, las alas cerca de ese y, un poco más alejada, la peluca, de un tono entre castaño claro, dorado o rubio; un color que no sabía qué nombre recibía exactamente. Caminé deprisa, sorteando los cristales con cuidado de no cortarme. Cuanto antes saliera de ahí, antes se aliviaría la tensión en mi pecho, o eso intentaba creer. Cogí ropa para vestirme y salí con rapidez de mi habitación, también era mejor ducharme en otro lugar.

Mientras me duchaba, revivía una y otra vez la última conversación con Babette.

«Soy policía, una agente infiltrada. Pertenezco al cuerpo de inteligencia».

Eso no podía estar pasándome, era tan feliz a su lado y... Todo era falso.

Bajé al salón. Mis amigos estaban sentados y, pese a que estaban hablando, no era como las otras veces: ni bromas ni chillidos ni insultos ni carcajadas.

—Miki. —Nitca fue la primera en saludarme con una tímida sonrisa. Me acerqué para sentarme a su lado. Cuando lo hice, me besó en la mejilla y agarró mi mano con fuerza.

Pude notar seis pares de ojos mirándome, esperando que estallase en cualquier momento. Y no me faltaba mucho, estaba haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad para que la poca cordura que me quedaba no desapareciese hasta que esa reunión no hubiera finalizado.

—¿Cómo estás, Miki? —preguntó Murik con cautela.

—¿Tú cómo estarías? —respondí más grosero de lo que pretendía.

—Pues...

—Mi novia me ha engañado, no con otro, peor. —Nunca creí que hubiese peor engaño que una

buena cornamenta, en cambio, en ese momento parecerme a un toro de lo más dotado me resultaría cómico—. Me hizo creer que me amaba para acabar conmigo y con toda mi familia. Cada vez que yo le hacía el amor estaba un paso más cerca de nosotros y cuando me enamoré de ella le entregué el salvoconducto para conseguir lo necesario para encerrarnos. ¿Cómo queréis que me sienta?

—Miki, nosotros... Lo sentimos mucho —dijo Venyamin acabando de hablar en un susurro y con la cabeza gacha.

—Miki. —Por su expresión supe que las próximas palabras de Aleksei no iban a gustarme—. Babette ha hablado con nosotros.

—¿Nosotros? —Abrí los ojos con sorpresa.

—Con Aleksei y conmigo —respondió Nitca evitando mi mirada.

—Ella misma nos contó la verdad antes de que nos enterásemos por ti —explicó Aleksei—. Supongo que para disminuir el mal.

—¿Disminuir el mal? ¿En serio crees que haya algo que pueda disminuir el mal? —Mi tono sonó unas octavas más alto de lo normal.

—Reconozco que es valiente por hacer lo que hizo —respondió mi amigo manteniéndome la mirada.

—Otros la tacharían de insensata. Lo que ha hecho no tiene perdón, no hay forma de menguar el mal —dije serio.

—No justifico lo que ha hecho, de ninguna manera, pero creo que dice la verdad. —Las palabras de mi mejor amiga me cayeron como un jarro de agua fría.

—¿De qué parte estás, Nitca? —Mis palabras salieron tan frías que vi cómo tragaba con fuerza. Obviamente, no se dejó amedrentar, alzó la mirada hasta mis ojos y respondió.

—Sé que estás sufriendo, pero, aunque nos pese a todos, ella también. Babette se ha enamorado de ti tan locamente como tú de ella. Estoy segura de que eso nunca ha sido mentira.

—Estoy de acuerdo con Nitca, ¿por qué si no lo arriesgaría todo? —preguntó Aleksei.

—¡No lo sé! —grité, y me levanté del sofá pasando las manos por mi pelo—. Ni quiero saberlo. Puede que sea parte de su misión, nada más.

—Quizás deberías... —intervino Venyamin, pero Laryssa lo fulminó con la mirada.

—Es pronto para asimilar tantas cosas; sin embargo, yo la creo. —Nitca me miró disculpándose por lo que acababa de decir. Sabía que si no decía lo que pensaba reventaría, pero en ese momento lo que necesitaba era que se callase. Que todos cerrasen la puta boca y se guardasen sus opiniones, críticas o pensamientos para ellos mismos.

—Lo que dicen tiene sentido —intervino Zoria.

—¡Basta! —Miré a cada uno de mis amigos de forma seria. Esa mirada que nunca utilizaba con ellos fue la necesaria para que no siguieran—. No quiero escuchar una palabra más de ella. Laryssa, ¿dónde coño está papá? —acabé gritando. Me serví una copa, necesitaba calmarme. En realidad, lo que necesitaba era acabar con eso cuanto antes.

—Buenas noches, niños. —La voz de mi madre interrumpió los pocos murmullos del salón.

—Buenas noches, corazones. —Mi tía nos saludó a todos con el mismo cariño, pero terminó centrándose en mí. Era la primera vez que odiaba tantas atenciones extra de la gente, aunque fuesen mi gente.

Tanto mis padres como mis tíos tomaron asiento. Yo hice lo mismo en una esquina, al lado de mi progenitor, para evitar que las miradas cayesen directamente sobre mí. Aunque era poco probable.

—Lo siento, hijo, siento todo esto —susurró antes de alzar la voz para que lo escuchasen—. Ya

todos sabéis por qué estamos aquí. La cuestión es saber cómo vamos a tratar esto, qué debemos hacer.

—Todos sabemos lo que hay que hacer. —Me tensé ante las palabras de mi tío Liov, no había valorado esa opción.

—Es lo que se merece —añadió Venyamin.

—Lo sabemos; sin embargo, no creo que su muerte arregle este problema —observó Murik.

—Está claro que ese debe ser el pago, pero no antes de saber cuál será su próximo movimiento. No queremos que nos perjudique más de muerta que de viva —dijo mi padre.

—Ella dijo lo mismo —concordó Aleksei—. Que nos valía mucho más viva que muerta.

—¡Maldita sea! —Pasé las manos por mi rostro—. Todo es por mi culpa.

—No es cierto, es culpa de todos —me contradijo mi tío—. Lo arreglaremos, verás, como siempre.

—¿Y cómo?

—Encontraremos la solución —aseguró mi padre.

Sabía que era cierto, no dudaba que lo conseguiríamos. Sin embargo, ¿qué había de mí? ¿Podría alguien arreglar mi corazón y mi alma?

—Puede que no sea necesario ningún plan —intervino Nitca.

—¿De qué hablas, Nitca? ¿Por qué dices eso? —inquirió mi tía. Lo habitual no era que ellas estuvieran en las reuniones, la razón era simple: cuanto más alejadas, mejor, menos peligro. En cambio, eso era distinto, nos aludía a todos por igual, ya que el objetivo había sido nuestra propia familia. Cada uno de nosotros había sido víctima del engaño.

—Babette no quiere hacernos daño —recalcó mi amiga de nuevo—. Lo repitió una diez veces.

—¿Estás segura? Porque, hasta donde yo sé, nos quiere entre rejas —replicó mi tía.

—Sí, lo estoy —aseguró—. No nos quiere entre rejas. Parecía sincera. Yo la creo —susurró lo último.

—No es por echar más leña al fuego, pero yo también la creo —añadió Aleksei.

—Hasta que hablemos con ella, no podemos hacer nada —dijo Murik zanjando el intercambio de opiniones.

—Estoy de acuerdo —coincidió mi padre—. Llámala tú, Aleksei. Dile que venga.

—¿Ahora? —preguntó no muy convencido.

—Quiero acabar con esto cuanto antes. —Mi padre lo miró serio.

—Quizá sería mejor esperar unos días. Ahora mismo todos estamos muy nerviosos, sobre todo... —Aleksei fijó su mirada en mí.

—Haz lo que te dice mi padre, Aleksei; por mí, no te preocupes, sabré comportarme. De hecho, no estaré aquí cuando venga.

—Lo digo por los dos, ambos necesitáis pensar.

—Lo que necesito es que desaparezca de mi vida, ¡joder! ¡Llámala de una puta vez! —grité.

Mentira. Lo que en realidad deseaba era volver a los días en los que solo éramos dos jóvenes enamorados. Nada más. Eso no era posible y el amor que sentía por ella se convertiría en odio. Costase lo que me costase, la sacaría de mi cabeza, de mi corazón y de mi alma.

Aleksei regresó con el móvil en la mano y una expresión de preocupación y tristeza en el rostro, la que tenían todos en el salón, unos más que otros. Si ellos estaban así, no me quería imaginar cuál era mi imagen.

—Viene hacia aquí. Pero ha puesto una condición.

—¿Cuál? —preguntó Zoria.

—Me ha dicho que solo hablará de negocios con Egor y Liov, salvo que tú —fijó su mirada en mí— quieras quedarte también.

Sentí la sangre desaparecer de mi rostro, me tensé y el dolor en el pecho se hizo tan fuerte que me costaba respirar.

—No quiero verla. No puedo quedarme, no puedo verla, papá —susurré la última frase para que solo él pudiera escucharme.

—No tienes por qué hacerlo. Nosotros nos haremos cargo. —Me dio un ligero apretón en el hombro y se levantó.

Al cabo de media hora, el timbre sonó. Me levanté, me serví una copa y, antes de darme la vuelta, decidí llevarme la botella entera, la iba a necesitar. Subí directo a la biblioteca, mi cuarto era el peor lugar en busca de paz al que podía ir. Abrí la puerta pensando que allí podría esconderme un rato.

DABRIA

Como suponía, no habían tardado en llamarme; me habían dado el tiempo justo para acabar la última clase antes de que el teléfono sonara.

El taxi me dejó en la mansión Korsakov. Toqué en la ventanilla de seguridad antes de congelarme, el frío me calaba hasta los huesos pese a únicamente haber dejado al descubierto los ojos. La verja se abrió al instante. Intenté mantener la calma. Allí dentro sería como el domador que entraba por primera vez en la jaula de los leones, con la ventaja y el inconveniente de que yo sí conocía a mis fieras, sabía hasta dónde podían llegar. No les costaría poner una zarpa sobre mí para hacerme desaparecer.

—La están esperando —me informó uno de los hombres de la entrada.

Antes de alcanzar la puerta para llamar, tres de ellos me rodearon y me apuntaron con sus pistolas. Lejos de tener miedo, solté una carcajada.

—Caballeros, ¿no les gustaría comprobar primero que estoy en desventaja? —Levanté las manos a la altura de mi cabeza.

—Por eso mismo, mantén la boca cerrada e inclínate contra la pared. —Uno de ellos me empujó de forma brusca y me manoseó el cuerpo comprobando que no tenía ningún arma. Al acabar, tocó la puerta y los cuatro entramos; yo, con las tres pistolas todavía apuntándome.

Al llegar al salón, Egor y Liov me miraron de forma impasible y Aleksei con tristeza, preocupación y decepción.

—Llevamos un rato esperándote, Babette. —Egor era un buen líder, nunca se iba por las ramas cuando se trataba de un asunto importante. Y sin duda, ese era uno de los más.

—Diles a tus gorilas que bajen las armas para que podamos hablar. —Mi voz sonó firme.

Cuando el momento lo exigía, no importaban el miedo, la tristeza o el dolor. Los ojos se te secaban y el corazón se te entumecía, el alma se te congelaba el tiempo suficiente para arreglar las cosas que habían quedado pendientes y tu cerebro obedecía sin rechistar, como si fuese un robot tratando de recuperar una identidad que no era suya.

—Dame una razón para que no disparen.

Egor imponía respeto: con su traje pulcramente planchado, un tobillo sobre una rodilla y recostado hacia atrás. En cambio, bajo esa capa, si te fijabas bien, no era más que un hombre cansado y preocupado por los suyos. A veces, simplemente tenías que oler para darte cuenta de que el miedo tenía un aroma muy característico.

—Puedo darte varias. No soy estúpida, Egor; antes de que yo esté bajo tierra, todos vosotros estaréis entre rejas.

—¿Nos estás amenazando? —inquirió Liov.

—En absoluto, tu hermano me ha pedido una razón. Estoy aquí para que podamos llegar a un acuerdo.

—¿Acuerdo? No trabajamos con gente como tú, menos después de... —No era necesario que Egor terminara la frase para saber a qué se refería.

—No dirás lo mismo cuando terminemos de hablar —aseguré manteniendo su dura mirada.

—Adelante, entonces. —Hizo un gesto con la mano hacia el sofá que estaba enfrente de ellos.

Me desprendí del resto de prendas que me sobraban. En la mansión, los Korsakov no bajaban la calefacción de veinte grados, si a eso le sumábamos mis nervios, el calor se me hacía sofocante.

Eché un vistazo a Aleksei, que continuaba pegado a la ventana. Parecía ajeno a nuestra conversación; sin embargo, levantó la cabeza en mi dirección y cerró los ojos en señal de asentimiento. Me senté y crucé una pierna sobre la otra antes de empezar a hablar.

—Querréis saber hasta qué punto soy un peligro para vosotros. Si en realidad valgo más viva que como fiambre y si lo que os digo no son más que una sarta de mentiras. ¿Me equivoco?

—En absoluto —respondió mi exsuegro.

—Pues dejadme deciros que lo sé todo sobre vosotros, incluso más que vosotros. —Rebusqué en mi mochila, donde había traído el pagaré por mi vida y algo más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Liov.

—Con calma, no quieras leer el final sin haber empezado el libro, Liov. —Saqué unas fotografías y se las tendí a los hermanos Korsakov—. Sé qué clase de negocios realizáis, cómo lo hacéis, quién está implicado. Vladik no duraría más de dos días en la cárcel, los pobres camellos que trabajan para vosotros se lo rifarían.

—¿Cómo has conseguido todo esto? —preguntó Egor levantando las fotos.

—Eso no es asunto tuyo. También puedes ver las consecuencias de tus negocios, fijate. —Me levanté con otro fardo de fotografías. Le iba pasando una a una a medida que le explicaba—. A esta cría le quedarán secuelas de por vida por el MDMA que fabrica usted, a esta otra la violaron brutalmente porque fue drogada con GHB que también vende.

—No —intervino Liov, pero no lo dejé terminar.

—No he acabado. Este niño tendrá unos tres años. Os preguntareis cómo murió: de drogas, imposible. Le quitaron el corazón y se lo vendieron a una familia sumamente rica para su hijo; a este otro le quitaron los riñones; a esta niña, que no llega al año, los pulmones y el páncreas.

—Imposible, nosotros no traficamos con órganos —aseguró Liov.

—Desde luego que sí. Los hombres son vuestros, tengo las fotos y las grabaciones, ¿los reconocéis? —Les mostré la última foto.

—Estos hombres son de los Kovalenko, no míos. —Egor miró a su hermano en busca de ayuda.

—Lo sé, no es el único negocio que hacen a vuestras espaldas. —Recogí las fotos y me senté donde antes—. ¿Creen que me necesitan ahora? ¿U os muestran las fotos de las adolescentes que prostituyen?

—Quizá los Kostka no lo sepan tampoco. —Ni siquiera Egor se creía sus palabras.

Solté una carcajada y saqué la grabadora de la mochila. Pulsé el *play* y dejé que escuchase las voces de Dusan y Vasyl: «Los Korsakov no pueden enterarse de esto, este negocio es nuestro y nos traerá muchas ganancias». Era una buena confesión respecto a uno de sus muchos sucios negocios.

—Suficiente. —Apagué la grabadora—. Que no te extrañe tanto, Egor, sabes bien la calaña que

son. Miki te lo ha dicho miles de veces.

—No creí que se atrevieran de nuevo. —Negó con la cabeza—. ¿Qué quieres a cambio de esas pruebas? Mejor dicho, ¿qué quieres en general?

—Lo que mi hermano quiere decir —intervino Liov irguiendo la espalda— es que no nos queda muy claro por qué haces esto. Puedes meternos a todos durante el resto de nuestros días en la cárcel; sin embargo, arriesgas tu vida. ¿Con qué fin?

—Es cierto. Todos podríais dormir mañana mismo en el calabozo si así lo deseara, pero no lo deseo. La principal razón es Miki. Me enamoré de él, lo quiero más de lo que nunca pensé llegar a querer a alguien; sin embargo, heme aquí, dejando todo de lado si así lo tengo a él. —La voz se me quebró—. No tenéis por qué creerme. Podéis pensar que no es más que parte de mi plan, en cambio, es una de las pocas cosas en las que no he mentido desde que he llegado aquí.

—Bien —dijo Egor—, supongamos que te creemos. ¿Cuál es el trato?

—Os daré toda la información que tengo para que podáis arreglar la traición de las otras dos familias a vuestra manera, pero no os puedo prometer que ellos se libren de la justicia.

—Mientras no ataña a mi familia —aceptó Egor encogiéndose de hombros.

—Desde luego. Tengo algunas condiciones.

—¿Condiciones? —inquirió Liov.

—¿No te parece justo? Vosotros seguís siendo la mafia y yo la poli. Sé cómo puedo acabar.

—Bien, tú dirás. —Egor exhaló un suspiro.

—Borak Kostka. Absoluta y completa inmunidad hacia él. No quiero que nada le ocurra. Lo dejaréis fuera de cualquier macabro castigo que le otorguéis a su familia.

—No podemos prometer eso, el hijo de Dusan es tan malvado como su padre —replicó Liov.

—No creas conocer al hijo cuando apenas conoces al padre —lo acusó—. Sin esa condición, no hay trato.

—Parece que no nos das otra opción —aceptó Egor.

—Intenta confiar en mí. Yo no soy el enemigo.

—Cuesta creerlo —dijo resignado.

—También cuesta creer tu ceguera con tus aliados.

—¿Qué más quieres? —preguntó Liov, que no había dejado de mirarme, como escaneando mi reacción en busca de la verdad en mis palabras.

—Que bajo ningún concepto nos pase nada a mi familia o a mí. Jamás.

—Ni siquiera sabemos quién eres realmente. —Rio mi exsuegro.

—En calidad de socios, no hablaré de mi vida personal.

—¿Eso es todo?

—Si aceptáis, eso es todo.

—Entonces, a partir de ahora tenemos un trato. No intentes jugárnosla —me advirtió Egor.

—No lo haré. Os repito que no quiero haceros daño. —Que hubiesen aceptado no significaba que se fiasen de mí, solo que no tenían otra opción si querían descubrir a sus socios.

—Déjame que siga teniendo dudas respecto a eso, por ahora. —Levantó una mano como pidiendo tiempo.

—Sé que hay problemas en la sucesión de Miki, su legado está siendo cuestionado. —Los tres, esa vez Aleksei también, me miraron perplejos—. Y respecto a eso también planean algo.

—¿Cómo es posible que tú sepas algo tan personal? —preguntó Liov mirándome bajo rayos X.

—Ya os lo he dicho, lo sé todo, incluso antes de venir aquí lo sabía. —Mi voz acabó en un susurro—. Ahora esa no es la cuestión, os lo explicaré en otro momento.

—Mañana mismo —ordenó Egor en tono serio—. Lo mejor es que se encargue mi hermano de ello. Entiéndeme, yo soy el padre de un hijo al que has destrozado, no quiero que vuelvas por mi casa. Tengo miedo de que el dolor que veo en él nubla mi juicio. No estoy preparado para tratar contigo ningún asunto directamente, al menos de momento.

—Todo esto lo hago por él, por tu hijo. Pero mientras las cosas se arreglan, me parece justo — acepté aguantando las lágrimas—. A partir de ahora, los negocios los trataré con Liov.

—Su perdón no depende de mí. No sé cómo has podido hacernos esto, te quería como a una hija. —Egor cambió radicalmente de tema, como si no pudiese aguantar más las palabras, y por primera vez pude notar tristeza en su voz.

—Yo te sigo queriendo como a un padre. —Limpié una lágrima antes de que alcanzase mi mejilla.

—Supongo que soy un necio por creerte, considérate privilegiada. Nuestra forma de arreglar las cosas no es así. —Levantó y agitó un dedo índice en señal de advertencia.

—Lo sé, pero me necesitáis. ¿Puedo pedir un último favor? —Entrecerré los ojos temiendo la respuesta—. Déjame hablar con los demás.

—No creo que sea buena idea. Todo está muy reciente. —Se levantó del sofá zanjando la conversación.

—Por favor, no insistiré, solo necesito decir que lo siento. Por favor —supliqué antes de que me dejase con la palabra en la boca.

—Yo creo que es buena idea; que te griten, que te echen o que te escuchen —intervino Liov—. Cada uno lo que quiera.

Asentí con un gesto de cabeza. Egor se giró y se alejó de nosotros.

—Te acompaño —se ofreció Aleksei.

—Mi hijo no está con los demás, y el favor no lo alcanza a él. ¿Me entiendes? —La voz de Egor nos detuvo antes de que llegásemos a la puerta. Estaba sirviéndose un trago.

—Perfectamente.

—Ponme a mí uno doble, hermano —le pidió Liov. Luego fijó su mirada en mí—. Estaremos aquí laaargo rato.

—Gracias. —Solamente moví los labios para que me entendiera. Él asintió y seguí a Aleksei escaleras abajo.

Antes de abrir la puerta de la sala de juegos, se paró y me encaró:

—¿Estás segura? Para nosotros, no eres la misma. —Sus palabras me dolieron. Tragué con fuerza para que fuese haciendo la digestión y dejase paso a una nueva oleada de dolor.

—Tengo que hacerlo, se lo debo y me lo debo a mí misma. —Bajé la manilla y abrí antes de repasar sus palabras.

Todos se quedaron estáticos observándome. Algunos con odio, otros con rabia, preocupación o tristeza. Me quedé en blanco, las palabras se habían atascado en mi garganta.

—¿Qué coño quieres? —escupió Laryssa.

Su mirada, casi tan oscura como la de su hermano, era de odio, de rabia. No se lo reprochaba, al contrario, lo entendía. Se había portado conmigo como una hermana y yo había aprovechado esa ventaja para mi propio beneficio. Cualquiera hubiese reaccionado de la misma manera.

—Con que me escuchéis es suficiente. —Me froté las manos en el pantalón, los nervios hacían que me sudasen.

—Ya lo sabemos todo —replicó Murik.

—Es mejor no remover la mierda, Babette —añadió Venyamin, pasando un brazo por los

hombros de su novia en gesto ¿tranquilizador? ¿cariñoso? Lo observé. Su físico era el del típico mafioso ruso: pelo largo y oscuro recogido en una coleta y la barba más larga de lo que a mí me gustaba. Era alto, pero no tanto como Miki y los gemelos, y más delgado, aunque con los músculos muy definidos.

—Siento todo lo que está pasando —empecé disculpándome.

—Es tu trabajo —atacó Zoria. Era el que más lejos se encontraba, apoyado sobre el billar con los brazos cruzados—. Y ya está acabado, no tienes nada que hacer aquí.

—No voy a negar nada de lo que he hecho. —Mis palabras sonaron firmes esa vez—. Todo lo he hecho por una razón: mi trabajo.

—No sé por qué no te han metido un tiro entre ceja y ceja —se preguntó Venyamin más para sí mismo que para mí.

—Sin embargo, todo se complicó —continué ignorando su comentario—. Os convertisteis en una verdadera familia para mí; si os hago daño, me estaría haciendo daño a mí misma.

—Ya nos lo estás haciendo —atacó mi excuñada.

—También me lo estoy haciendo a mí, pero es lo correcto.

—No te creo una maldita palabra. —Laryssa se empeñaba en cortar cada una de mis frases.

—Pensadlo de otra forma: yo os quiero a todos a pesar de lo que sois, de lo que hacéis, de a qué os dedicáis.

—¿Quieres culparnos de algo? ¿Quieres ser tú la víctima, Babette? —preguntó Varinka.

—¿Te crees mejor por ser poli? —inquirió Zoria—. Nosotros no somos peores que vosotros. La escoria como tú nos permite hacer cualquier cosa por un buen fajo de billetes.

—No creas estar en el bando correcto —añadió Murik—. Nosotros no traicionamos a los nuestros. Jamás.

—No he venido para hablar de bandos, de cuánto daño causamos unos y otros o del grado de culpa que tenemos. Para nada. Simplemente me gustaría que os pusieseis en mi lugar. Vosotros también me ocultasteis vuestra verdadera identidad y no os culpo por ello. Cada uno tiene sus razones para obrar de la forma que considera correcta, os pido que intentéis entender las mías.

—Necesitamos tiempo, Babette. Es como si una bomba estallara en nuestra propia casa. —Dara sonrió sin enseñar los dientes. Parecía la más tranquila de todos—. De hecho, ha estallado en mi propia casa. Todavía estamos valorando los daños.

—Puedo esperar —respondí con una leve sonrisa—. Una cosa más: todo era falso, todo formaba parte de un plan, se regía por un guion; pero el cariño que os tengo y el amor hacia Miki nunca han sido una mentira. Decidáis lo que decidáis, quiero que sepáis que no arriesgaría mi vida por alguien que no me importa, yo también tengo mucho que perder.

—No quiero escucharte más, ¡lárgate! —me gritó Laryssa.

—No nos importa lo que te pase, ya no eres de nuestra familia, ni siquiera nuestra amiga —añadió Venyamin—. Estamos en bandos contrarios; como siempre, supongo.

—Vete, Babette. —Las palabras de Nitca me dolieron más que las del resto porque, al contrario que los demás, ella no me había gritado o escupido veneno infectado de rabia. Su voz estaba rota, cargada de tristeza.

—Claro. —Me giré y salí de la habitación con Aleksei pisándome los talones.

—Vete, Babette. Llama un taxi y vete.

—Necesito verlo. —Lo miré suplicante.

—De eso nada, por hoy es suficiente. —Vi cómo Aleksei negaba con la cabeza mientras subía las escaleras de dos en dos.

—Por favor, lo buscaré yo sola. No necesito que me acompañes. Por favor, déjame ir.

—Sube, pero no tardes más de media hora o Egor te matará. Ya lo has oído. —Me dejó pasar delante, aunque él subía detrás de mí.

La primera habitación en la que miramos fue en la de Miki. Aleksei había entreabierto la puerta para comprobar que no estaba después de no haber respuesta al tocar.

—Seguro que está aquí. —Se paró enfrente de la biblioteca y tocó con fuerza. Nada. Volvió a llamar con más ímpetu y esa vez Miki respondió enfadado:

—¿Qué? ¿No podéis dejarme en paz un puto minuto?

—Pasa y no tardes —me apuré abriendo.

Entré con pasos temblorosos, parecía que el valor y el coraje se habían quedado con Aleksei, en la puerta. Estaba sentado, de espaldas a mí, mirando por la ventana con un vaso en la mano.

—Miki —susurré. Se levantó como un rayo y se frotó los ojos. Los tenía rojos y brillantes, estaba llorando. Opté por simular que no me había dado cuenta.

—¿Qué coño haces aquí? Vete. —Señaló con el dedo hacia la puerta.

—Por favor, Miki. —Esa frase se estaba volviendo una rutina en mi vocabulario—. Puedo explicarlo.

—No necesito una explicación. Todo lo que has hecho desde que llegaste ha sido engañarme, así que sal de mi vista. ¡Déjame tranquilo! —empezó a gritar.

—Piensa, Mikhail —empecé a alzar la voz—. Tengo el trabajo de mi vida. Con veinticuatro años he conseguido lo que nadie antes pudo, ¿por qué lo echaría a perder? Por ti. Porque solo me importas tú; que me despidan del trabajo, que me destierren de mi país si me dejan estar a tu lado. Solo necesito eso, solamente te necesito a ti. —Gesticulaba sin parar, los nervios y el miedo provocaban que quisiese explicarme por todos los medios posibles, dar más credibilidad a mis palabras.

—¡Mentira! —gritó—. ¿Quieres volverme loco? ¿No te llegó con destrozarme y amenazar a mi familia?

—Eso no es cierto, no os ocurrirá nada. Sabes que no sería capaz de hacerte daño; por mucho que lo niegues, lo sabes. Dame una oportunidad. —Vacilante, di un paso adelante.

—¿Una oportunidad? ¿No te parece suficiente? Te di entrada libre y no te lo pensaste dos veces. —Alzó dos dedos en alto, luego se frotó la frente con brusquedad y acabó agarrándose la nuca con la mano y echando la cabeza hacia atrás antes de continuar destilando veneno hacia mí—. Te clavaste en mi corazón y no encuentro el mango del puñal para sacarte. ¡Maldita seas!

—No es necesario que lo hagas. Te amo. ¿Por qué no puedes dejar a un lado todo y amarme tú también?

—Nunca volveré a amarte como lo hice, por mucho que me duela. El inmenso amor que te tenía está transformándose en un profundo y creciente odio. —Su oscura mirada era fría como el hielo.

—Entonces no eres quien yo creía. El invencible Mikhail Korsakov no es más que un cobarde —lo ataqué en un acto desesperado que no arreglaría nada.

—Tus palabras ya no me afectan. —Se le escapó una lacónica carcajada nerviosa—. No quiero volver a verte. Puedes coger un avión mañana mismo y regresar a donde nunca debiste haber salido. —Su voz se tornó más tranquila, pero continuaba cargada de rencor. Lo veía en su mirada y lo olía en el ambiente. Había cambiado. Habíamos pasado de un día soleado a una noche oscura y de tormenta, que se prolongaría tiempo. No sabía cuánto, eso sí, sería mucho.

—Por ahora no me iré, esperaré a que cambies de opinión. —Lo decía para consuelo propio

porque sentía que no sería así. Que habíamos acabado. No un punto y coma ni un punto seguido, ni siquiera un punto y aparte; nuestra relación había marcado el punto final con un boli que no tenía más tinta.

—No lo haré, nunca cambiaré de opinión. Pronto, no serás más que un mal recuerdo para mí. — Dio un paso atrás. La distancia que poco a poco había ido disminuyendo debió de parecerle excesiva.

—Los dos sabemos que siempre seré mucho más que eso. Espero que te des cuenta antes de que sea demasiado tarde. Recuerda que todo lo hago por ti, porque nunca quise ni querré a otro como te quiero a ti. —Le mantuve la mirada. El verde le pedía al negro un hueco en la penumbra.

—Vete. —Señaló la puerta con el dedo índice—. Antes de que yo mismo te saque. —Se sentó de nuevo en el sofá con el vaso en la mano.

—Piénsalo, párate a pensar un momento si haría esto por otro motivo. —Dejé caer las lágrimas por mis mejillas porque sabía que no se giraría para responderme—. Acuérdate de lo que me hiciste sentir en tus brazos, sabes tan bien como yo que era real. Hay cosas que no pueden fingirse, por mucho que uno se empeñe.

—Cierra la puerta al salir. —Así fue como se despidió de mí.

Suspiré y salí de la habitación. Cuando empezaba a bajar las escaleras, escuché el fuerte ruido que provocó el cristal al hacerse añicos, seguido de un profundo y doloroso grito. Miré hacia atrás por última vez, aunque sabía que no saldría a buscarme.

—Date prisa —me apuró Aleksei levantándose de la escalera. No contesté, simplemente aligeré el paso hacia la salida—. Tienes un taxi fuera. —Luego me abrió la puerta en un profundo e incómodo silencio. No podía pedirle más, él ya había hecho suficiente.

—Gracias. —No me contestó. Asintió con la cabeza y cerró.

Corrí hasta el vehículo que me esperaba tras la reja. Empezaba a nevar y, el frío, como siempre, me calaba los huesos. La noche era triste y oscura, iluminada solamente por los focos del coche. Nadie se había molestado en encenderme la luz de la entrada o del camino.

Esa era la diferencia entre el antes y el después: antes, una noche como aquella me parecería la más hermosa de todas, desde la terraza de Miki y con él meciéndome en sus brazos. En cambio, en ese momento me parecía horrible, porque estaba sola, triste y con un dolor que me desgarraba el pecho mientras las lágrimas se congelaban en mis mejillas, esperando llegar a un apartamento que solo me recordaba a él.

Eso me pasaba por idiota. Todo poli sabía que no se debían mezclar los sentimientos con el trabajo. Yo había jugado a tener una vida feliz, como si fuera la Barbie con la que juegas de niña. Y al final no era más que un cuento; obviamente, esos tenían los finales felices que todas añoramos.

6

MIKI

Su presencia no me sentaba nada bien. A la vez que quería que desapareciese de mi vista, las manos me picaban por acariciarla, por abrazarla, por creerla. Sin embargo, se había acabado, aunque algo en mi interior me decía que no era cierto, que no todo podía fingirse, que nadie era tan buen actor para engañarte de esa manera.

Caminaba desesperado por la biblioteca. El inmenso espacio me parecía una caja de zapatos. Me estaba agobiando, algo me oprimía el corazón, y no era la falta de aire, sino la abundancia de dolor.

—Miki. —Mi fiel amiga entró como un huracán.

—No puedo soportarlo, Nit. —La miré desesperado.

—Joder, lo siento tanto. —Se abalanzó a mis brazos.

—Y yo. No sé cómo ha podido pasarme esto, no entiendo cómo he podido estar tan ciego para no verlo.

—Ninguno nos hemos dado cuenta.

—Yo debería haberlo hecho, estuve más de seis meses con una mujer que fingía amarme. Que imbécil soy.

—Siento contradecirte, pero ella no fingía amarte. Si algo de verdad tiene toda esta historia, es esa. Ella se enamoró de ti. —No dejé de apretarme con fuerza.

—¿Cómo puedes decirme eso? No te creas sus mentiras, ahora todo ha salido a la luz.

—Ella lo ha sacado a la luz, y lo ha hecho por ti. Piénsalo un momento, si no te quisiera, no nos habría contado la verdad.

—Ya tengo suficiente mierda encima para que me eches otro caldero, así que, si has venido a defenderla, ya puedes largarte. —Me separé de ella y me senté de nuevo en el sofá mirando hacia fuera.

—Quiero lo mejor para ti, Miki, y... —La atajé antes de que siguiera.

—¿Piensas que ella es lo mejor para mí, Nitca? ¡Mírame! Estoy destrozado. ¿Es que no lo ves?

—Creo que la verdad es lo mejor para ti. Y, nos guste o no, debemos empezar a pensar que lo que nos ha contado es cierto. A veces, la verdad puede hacerte más daño que la mentira.

—¿Qué coño dices? Estoy enamorado de alguien que ni siquiera conozco. No sé cómo es, de dónde es, ni sé su puto nombre.

—Se llama...

—No me lo digas. No quiero saberlo. No quiero saber nada de ella.
—Está bien. Es demasiado para digerir. Poco a poco.
—¿Quieres una copa? —le ofrecí, no quería seguir indagando en el tema.
—Claro, yo las prepararé.

Me desperté con un dolor de cabeza horrible, el cuello retorcido y la cabeza colgando hacia un lado, los pies de mi amiga descansaban sobre mis piernas. Ella también babeaba sobre un cojín, con el cuerpo despatarrado en una posición complicada; tenía la cadera y las piernas dobladas hacia el interior del sofá y los brazos y el pecho hacia fuera, con un brazo colgado tocando el suelo. Sonreí. Ella era así. Nadie había venido a molestarnos, todos sabían que no estaba preparado para hablar, para enfrentarlos. Con Nit era distinto, no teníamos secretos, me hacía bien charlar con ella, o beber, ya que después nos habíamos dedicado a eso. Nada más.

—Nitca. —Subí la voz para despertarla.
—Mmmm —ronroneó entreabriendo un ojo.
—Levántate o te quedará un dolor de cuello terrible.
—¿Cómo estás? —preguntó incorporándose lentamente. Se estiraba con cada centímetro que avanzaba hasta quedarse sentada.
—Estoy —respondí encogiéndome de hombros—. ¿Cómo está el resto?
—Todos estamos muy confusos. Unos queremos crearla, otros quieren matarla. —Se restregó los ojos sin ninguna suavidad.
—¿Qué dices? —No pude evitar la pregunta.
—Es lo que se merece por su traición, ¿no? Con cualquier otro no habrías dudado.
—No quiero matarla. —Por mucho que me doliera, era verdad. Matarla no era una opción.
—¿Por qué, Miki? Así acabaría todo.
—Supongo que sí —mentí—; por ahora, nos hace falta viva.
—Negocios. Al final todo se resume a eso.
—Debemos arreglar este embrollo antes de ponernos en peligro, luego valoraremos qué debemos hacer.
—Por supuesto. —Se levantó y se palmeó los muslos con ambas manos—. Tengo clase, aunque si quieres, puedo quedarme contigo —me ofreció.
—Ve tranquila, Nitca, estaré bien. Además, necesito estar solo. Necesito pensar. —Me levanté y me serví un vodka. No sabía quién había tenido la maravillosa noticia de poner una barra con un alijo de botellas en la biblioteca, pero me era muy útil en ese momento.
—No creo que así —lanzó una mirada seria hacia el vaso— pienses con claridad.
—No, tienes razón. Necesito no pensar. —Bajé el líquido transparente de un trago y me serví otro.
—Nos vemos luego. —Me besó en la mejilla y se fue.

—¿Sí? —Mi voz ya no sonaba muy clara a esas alturas. No había salido de mi escondite en todo el día y ya estaba anocheciendo.
—Hola, Miki. —Mi madre se sentó a mi lado—. La cena está lista.
—No tengo hambre, mamá.
—No, tienes sed —dijo con sarcasmo, señalando mi vaso con la vista.

—Sí, sed. —No estaba muy consciente para mantener una conversación coherente.

—Deberías comer algo, y dejar de beber. Date una ducha, anda. —Intentó quitarme el vaso de la mano, pero lo separé a tiempo.

—Luego. Estoy bien aquí.

—Me parece fenomenal que intentes aplacar tu dolor, pero el alcohol no te ayudará. Esta no es la forma.

—¿Y cuál es la forma, mamá? No hay. No hay cómo menguar el dolor que siento. Déjame solo.

—Muy bien. Bébetelo todo el alijo, si eso te hace sentir mejor. —Se levantó y salió dando un portazo.

—En eso estoy —respondí a la nada antes de darle otro gran trago.

DABRIA

Estaba agotada. Esos dos últimos días habían sido demasiado intensos. El tiempo que me dio de abrir la puerta y correr hacia el váter para echar la bilis. Me lavé los dientes, siempre había odiado el sabor ácido y amargo del vómito en mi boca, como cualquier persona, claro estaba.

Me puse el pijama y preparé una *manzatila*, como le llamaba yo a la mezcla de manzanilla con tila, para que me asentara el revoltijo de nervios que tenía en el estómago. Encendí la tele, más por costumbre que por ganas de verla, y, entre sorbo y sorbo de la infusión, me tranquilizaba a mí misma con mentiras piadosas. «Todo va a arreglarse. Miki me perdonará. Todo lo que he hecho valdrá la pena».

Me desperté con el mismo malestar con el que me había acostado. Corrí al baño para vaciar de nuevo la bilis porque no tenía más que media *manzatila*. Podía fingir, aunque no sería hacerlo del todo, que estaba mala y no ir al trabajo ni a la universidad, pero me vendría bien salir de ahí. Incluso la cocina me olía más a él que a café.

Como un robot, me preparé para ir a clase, muy abrigada. Cogí la mochila con los libros y el bolso del gimnasio, y salí por la puerta sin darme tiempo a fijarme o pensar en nada.

Mi móvil comenzó a sonar tan pronto puse un pie en la universidad.

—¿Diga?

—Babette, soy Liov. Tenemos que hablar.

—En cuanto tenga un momento me acerco a tu casa, ¿o prefieres que nos veamos en otro sitio?

—No, en mi casa. Tienes que venir hoy.

—De acuerdo, después de comer me paso por ahí. —Colgué sin esperar respuesta.

¡Genial! Ese era el mejor plan que podía tener: ir a la casa del tío de mi ex, el cual me odiaba, como el resto de su familia, incluido Liov.

—Buenos días —me saludó David cuando me senté a su lado. Era un alivio que a primera hora no tuviese clase con Nitca, y la suerte estaría de mi lado si no viniese en toda la mañana. No sería mucho pedir, teniendo en cuenta la racha que llevaba.

—¿Qué tal, David?

—Pues mucho mejor que tú. ¿Qué te ha pasado? Tienes muy mala cara y estos días no has venido. ¿Estás enferma?

—No exactamente. Miki y yo hemos roto.

—Jo-der. —Su cara era de completa sorpresa—. Eso sí que no me lo esperaba. ¿Qué ha

pasado? Lo siento, de verdad. ¿Qué ha ocurrido?

—Somos muy diferentes. Hay cosas que por mucho que queramos no podemos cambiar. —Esa sería mi nueva mentira. Cerca estaba de la realidad, si lo pensabas bien.

Nunca agradecí tanto la entrada del profesor, no tenía ganas de seguir hablando. Notaba la cara de fastidio de mi amigo al no poder continuar con su interrogatorio, pero mi yo interior plasmó un emoticono de completa felicidad en mi mente.

Nitca entró en la siguiente clase. Seguía con mi racha; por lo visto, el trébol de cuatro hojas había huido a Mordor cargando con mi suerte. Me saludó con una triste sonrisa y un levantamiento de cabeza al pasar por nuestro lado y se fue directa hacia la otra esquina, lo más lejos posible de mí. David no tardó en abrir la boca. Se quedó a medias cuando lo interrumpí:

—Él era su amigo primero; de hecho, es su mejor amigo.

Cogí un taxi hacia la casa de Liov. Quedaba a unos quince minutos, y el tiempo se me pasó volando mientras hablaba con el conductor. Pocas veces los rusos se soltaban tanto la lengua, pero ese pobre señor se desahogó conmigo.

—Pase, el señor la espera en el despacho —me dijo el ama de llaves nada más tocar la puerta.

—Gracias —respondí de forma educada. Caminé hacia el despacho, donde Liov me esperaba revisando papeles encima del escritorio—. Aquí me tienes —saludé cuando levantó la cabeza.

—Siéntate, supongo que tendremos mucho de qué hablar.

—Supongo que así es.

—¿Y bien?

—¿Qué quieres saber?

—Todo. —Señaló la silla frente a él—. Podrías empezar por el principio.

—Te contaré todo lo que te pueda contar. —Me senté con las piernas cruzadas y la espalda descansando sobre el respaldo—. De ninguna manera pondré en peligro a mi gente.

—Eso ya lo suponía. Que lo que me cuentes sea verdad y no una sarta de mentiras como hasta ahora. —Me miró serio. Había pasado de ser un querido miembro de la familia a un molesto grano en el culo de cada Korsakov.

—Como ya sabes —no hice caso a su hiriente comentario—, soy agente encubierto, trabajo para el CNI. Me enviaron aquí con el único objetivo de meteros entre rejas, de acabar con las Tres K. Para eso, me pasé meses estudiando e investigando todo acerca de vosotros. Os conocía antes de venir aquí, sabía exactamente qué hacer para entrar en vuestro entorno.

—Has sido hecha a medida —dijo Liov tras un suspiro—. La perfecta escultura para poner en el jardín o el cuadro más cotizado de una gran exposición de arte.

—Sí, por muy cruel que suene, así fue. Aunque después no me valiera para nada, pero... eso no interesa. Lo que te interesa saber es cómo he conseguido tanta información y si tengo algo más, ¿me equivoco?

—Continúa, estoy ansioso por saberlo.

—Tengo micros repartidos por la casa de Miki y de los Kostka.

—¿Cómo? —Sabía que estaba sorprendido, pese a que no quería dejarlo ver; al contrario que el repentino cabreo que desprendía hasta por los poros.

—Verás, ponerlos no me resultó complicado. El primero lo coloqué en la habitación de Miki. —Se manoseó la mandíbula con fuerza—. A la semana de llegar, aproximadamente. El segundo lo coloqué en el despacho de los Kostka poco después, y el tercero y último está en el salón de tu

hermano. Fue una pena que nunca tuviera ocasión de poner uno en la mansión Kovalenko.

—Muy inteligente. No te costó ver la diferencia entre ellos y nosotros.

—En eso consiste mi trabajo. Si colocara un micro en el salón de Borak, me reventarían los tímpanos de escuchar a su madre quejarse a su cirujano plástico.

—No me cabe duda. —Vi cómo Liov escondía una sonrisa—. Escucharías muchas cosas en todos estos meses. Muchas que te dejarían claro que no todos los negocios de los que nos has acusado son ciertos.

—Sí, por eso me he preguntado cómo es eso posible. Tenía entendido que erais los mejores líderes para la gran mafia rusa, pero permíteme discrepar. Miki parecía ser el único interesado en no confiar en ellos.

—Ten cuidado, Babette, no me subestimes. Tú no entiendes una mierda de nuestros negocios, dar un paso en falso sería llevarnos a la guerra o a la ruina.

—Lo dices por el problema de sucesión de Miki. La procedencia de Dara estaba en blanco, lo que nos llevó a investigar más profundamente para enterarnos de que no es rusa, sino búlgara, hija de Damyán y Alla Maksimov.

—¿Cómo has descubierto eso? Los padres de Dara murieron hace muchos años, incluso mucho antes de que ella llegara a Rusia.

—Cada uno tiene sus fuentes, no puedo desvelar las mías.

—Me pasarás las grabaciones de los Kostka.

Respondí, pese a no ser una pregunta.

—Por supuesto, quiero que paguen por lo que hacen. Tendréis vuestra propia forma de hacer las cosas; sin embargo, los míos querrán meter mano. —Aunque no sabía qué mano iban a meter si no dejaba nada para sacar del agujero. Pensaría en eso más tarde.

—Mientras sus manos solo los alcancen a ellos, no tengo problema. ¿Las has traído? ¿Y las fotos?

—Sí. —Abrí la mochila y saqué un sobre—. Aquí tienes los *pendrives* con las grabaciones y las fotos.

—¿Con todas las grabaciones? —Sabía por dónde iban los tiros.

—Sí, con todas, incluso las del cuarto de Miki. No quiero esconderle nada, aunque hace un tiempo que desconecté los micros de su casa.

—¿Es la única copia? —Alzó las cejas a la vez que el sobre con las pruebas—. ¿El micro de los Kostka sigue activo?

—Por supuesto que continúa activo, y por supuesto que no es la única copia. Os daré todo cuando me sienta segura.

—¿Temes por tu vida? —Otra vez no era una pregunta.

—Basta con que mires a mi alrededor para darte cuenta de que no son miedos infundados.

—Quiero que me informes de todo lo que escuches en la mansión Kostka. Volverás la semana que viene; si escuchas algo urgente antes, me llamas. —Estaban asquerosamente acostumbrados a dar órdenes.

—Estoy a tus órdenes —respondí rodando los ojos.

—Una última cosa antes de que te marches: dime dónde están los micros de la casa de mi hermano. Los quiero hoy mismo fuera de allí.

—Es bueno desconfiar, Liov, aunque no es de mí de quien deberías hacerlo. Si eso te preocupa, si quieres fuera los micros, los quitaré yo misma. —Los dispositivos eran característicos del CNI, no podía dejarlos en sus manos.

—No cederás, ¿verdad?

—Verdad.

—Mi hermano te ha prohibido la entrada.

—Tendrá que quitar el veto durante media hora.

—Vamos para allá, entonces —dijo levantándose de la silla y animándome a hacer lo mismo.

—No te convenceré para hacerlo otro día, ¿verdad? —Copié su forma de preguntar.

—Verdad. —Otro atisbo de sonrisa quiso escaparse de sus labios.

De camino a la mansión Korsakov, puso al corriente a su hermano. No creo que le hiciera mucha gracia que me dirigiera hacia allí para quitar los micros que llevaban meses regalándome tanta información, aunque menos le gustaría pensar que podía seguir escuchándolos. No le quedó más remedio que ceder.

Egor nos abrió la puerta antes de llamar.

—Todo tuyo —dijo abriendo las manos para abarcar el espacio.

—Quitaré primero el del salón —le informé caminando en esa dirección.

Los dos me siguieron en silencio. Estaba vacío. Cogí una silla y me subí a ella para alcanzar la gran foto de familia. Bajé con cuidado y me senté con el gran marco encima. No me veía capaz de quitar el dispositivo en lo alto bajo la atenta mirada de los imponentes hermanos Korsakov. Se parecían. Tenían el mismo color de pelo y los mismos ojos, Liov un poco más claros que su hermano, la nariz un poco más larga y los labios más gruesos. Pero ambos con las facciones bien marcadas, al igual que Miki y los gemelos. Liov era más alto, Egor más ancho.

Al acabar, puse la foto en su sitio y alcé el micro con dos dedos para que lo vieses.

—Me queda otro —le informé a Egor—. En la habitación de Miki.

No me respondió, entrecerró los ojos y susurró lo que seguramente fue una maldición en mi contra. Apuré el paso escaleras arriba, con ellos pisándome los talones.

Abrí la puerta y, al primer paso, tuve que detenerme. Todo estaba por los suelos, desordenado y roto. Mi disfraz seguía donde lo había dejado, en un rincón, desparramado, con la peluca cerca.

—Date prisa —me ordenó mi exsuegro al ver que no reaccionaba.

Tragué con fuerza y aspiré hondo antes de caminar hacia la cama. Me descalcé y subí a ella para poder alcanzar la foto. Antes de darme tiempo a cogerla, un grito me sobresaltó, seguido de Miki acercándose como un huracán.

—Pero... ¿qué coño hace ella aquí?

—Miki, para, para. —Su padre lo agarró para impedir que llegara junto a mí. Los tres apenas habían dado más de tres pasos desde la entrada. Era lo mejor debido al desastre que había.

—¿Qué coño hace? —Esa vez le pedía explicaciones a su padre y no a mí—. Sácala de mi habitación.

—Se irá en cuanto haya quitado el micro —le explicó su tío.

No podía soportarlo, su rostro se tiñó de un dolor tan grande que me dejó petrificada.

8

MIKI

—¿Me estás diciendo que tengo un micro en mi cuarto? Que lleva... ¿cuánto tiempo? —pregunté sin dar crédito a lo que me estaba pasando. Me sentía como si me acabasen de tirar un caldero de agua helada por encima.

—Desde el primer día que me duché aquí, a la semana de llegar. Lo coloqué el día de nuestro primer combate de esgrima —me explicó Babette sin levantar la voz y con una mirada ¿triste?

—Estás de broma, ¿no? ¿Me estás diciendo que llevas más de medio año espiándome?

—Sí.

—No puedo creérmelo. —Pasé las manos por mi pelo—. ¿Qué coño pensabas descubrir en mi cuarto? ¿Querías saber hasta qué punto llegaba mi amor por ti? ¿O tenías miedo de que me tirara a alguien más? —acabé gritando. Mi padre y mi tío se echaron hacia atrás. Suponía que para darnos privacidad. Eso ya me daba lo mismo; a aquellas alturas, no quedaba ningún secreto por descubrir.

—Era mi trabajo, Miki, yo... —No dejé que continuara, no quería escucharla.

—Pues déjame decirte que podría besar el suelo que pisabas, que jamás había querido a nadie como te quería a ti. Y, por si tenías dudas, eres la única tía que ha dormido ahí. —Señalé mi cama con el dedo índice—. Y desde luego que serás la última. Te habrás reído de mí a diario, escuchando cómo caía a tus pies. Disfrutarías con cada palabra, cada te quiero era una batalla menos. ¿Te has divertido?

—Al contrario. No voy a negarte que me alegraba acercarme a ti, era lo mejor para mi trabajo, pero después apenas podía escucharlas sin que me produjeran náuseas, hasta que dejé de hacerlo. No podía. —Dejó de mirarme para acabar con lo que había venido a hacer. Con una maña que odiaba ver, quitó el pequeño dispositivo del cuadro y volvió a colgarlo.

—Maldita seas, eres peor que un demonio. ¿Te has parado a pensar el daño que podías hacer? —Bajó de la cama y se quedó mirándome fijamente—. Nosotros también somos personas. No te importó acabar conmigo de la peor manera.

—Eso no es cierto, Miki.

Volví a interrumpirla, necesitaba soltar todo lo que tenía dentro.

—Pese a las estúpidas conjeturas o prejuicios que te hayan inculcado, yo también tengo sentimientos. Siento y sufro como cualquiera, y como prueba de ello, aquí me tienes. Estoy

destrozado, acabaste conmigo. Apúntate ese tanto, Babette, nadie puede decir lo mismo que tú. Nadie puede presumir de haber acabado con el heredero Korsakov, salvo tú. Espero que lo hayas disfrutado, que todo lo que has hecho te sirva, porque a partir de ahora no volverás a sentir ese amor que te daba poder absoluto sobre mí.

—No es cierto, Miki. Lo siento, lo siento tanto. No puedo cambiar el pasado o lo que he hecho, pero puedo cambiar el futuro, puedo explicarte...

—Se acabó. Ahora experimentarás en carne y hueso lo que es el sufrimiento. Sabrás lo que se siente cuando la persona que más amas te cause el mayor dolor que puedas imaginar.

Babette empezó a llorar, no de forma brusca y ruidosa, sino que las lágrimas salían de sus ojos como chorros de agua, que intentaba aguantar pestañeando y limpiando con la manga.

—Una última pregunta. —Mi curiosidad por saberlo pudo más—: ¿Por qué coño te disfrazaste de ángel cuando estabas realizando un acto tan vil y cruel?

—Me llamo Dabria, significa «ángel» en latín.

—¿Una especie de juego macabro para sentir tu victoria más real?

—No, te equivocas. Una forma de sentirme real pasando la última noche en tus brazos. Quería sentirme y que me sintieras como yo misma.

—Vete. —Le hice un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Al girarme, me di cuenta de que mi padre y mi tío no estaban. Pasó con paso decidido por mi lado y, antes de salir, me dijo:

—Te estás equivocando, Miki.

Había sido un imbécil y lo seguía siendo porque, pese a todo, vi dolor y sufrimiento en su rostro. Lo notaba en sus palabras, pero aun así no podía permitirme creer en ella. Esa mujer había sido creada para mí, para enamorarme hasta lo irremediable.

Sabía lo que tenía que hacer y lo que debía sentir, y aunque lo repetía y me empeñaba en ello, algo en mi interior me decía que no estaba haciendo lo correcto.

Estaba tirado a los pies de la cama. Estiré la mano para alcanzar el dichoso disfraz. En verdad, me había parecido un ángel cuando la vi bajar por las escaleras con ese vestido. Para mí siempre había sido la chica más guapa del mundo, pero de esa forma parecía un ser sobrenatural con el que nadie podía competir en belleza, simplemente, porque jugaba en otra liga, pertenecía a otro mundo.

Acerqué el disfraz a mi cara y, por muy masoquista que sonase, aspiré su olor. Comencé a llorar, últimamente lo hacía demasiado. Si me vieses en esos momentos, sería mi ruina. ¿Qué más daba? Ya estaba arruinado. Destrozado a manos de una mujer. ¡Que irónico!

Apoyé la cabeza en la cama mirando hacia el techo, que estaba ocupado por una foto de ella; me relajaba mirarla cuando no la tenía entre mis brazos, me daba paz observarla. Cerré los ojos y dejé a mi mente vagar por la época, que ya tan lejana me parecía, donde éramos inmensamente felices.

—Miki. —Mi madre me llamó desde la entrada—. Mandaré a alguien limpiar este desastre.

—No, no quiero que nadie entre aquí.

—Esta habitación parece un campo de batalla, acabarás cortándote entre tanto cristal.

—Que solo quiten lo que está roto; el resto, que lo dejen como está.

—Les diré que limpien lo imprescindible. Ahora, vamos abajo, deberías comer algo —me animó.

—Claro.

En el comedor, el ambiente estaba muy tenso. Mi hermana pequeña me besó en la mejilla sin

decir nada y mi padre parecía agotado observando su móvil. Y por si fuera poco incómodo, mi hermana mayor entró con Lesta en brazos y Anzor pisándole los talones.

—Buenas noches, familia. ¿Cómo estás, Miki? ¿Cómo coño ha pasado? ¿Cómo pudimos estar tan ciegos? —preguntó quitándole a Lesta el buzo.

—La verdad, Kalina, es que no lo sé —respondí con cansancio.

—Claro, es difícil ver la verdad entre sábanas.

—No necesito que me escupas sinceridad. Estoy seguro de que tú te habrías dado cuenta, pero ¿dónde estaba tu sagacidad para poder verlo tú misma? —inquirí de forma brusca.

—Kalina —la regañó Laryssa—. No es el momento.

—Lo único que digo es que me parece increíble —respondió.

—Ellos pueden ponerte al día, contártelo todo. Yo ya me iba —mentí acercándome a mi ahijado, le besé la cabecita y me alejé.

—Emmm. Miki, deberías comer algo —dijo mi madre.

—No tengo apetito.

Salí del comedor bajo la atenta mirada de todos. Siempre me había gustado ser el centro de atención, excepto en ese momento. Subí a la biblioteca, tomé una botella de vodka y me senté con el único propósito de vaciarla.

Esa noche me emborraché hasta casi perder la conciencia. A aquella la siguieron más.

Mi padre entró al salón; ese, junto con la biblioteca, se había convertido en mi escondrijo. Me miró seriamente. Yo estaba tumbado en el sofá, no me levanté por miedo a no poder sostener mi propio peso.

—¿No te parece suficiente?

—Todavía no, me falta un poco para acabar la botella. —Levanté la susodicha casi vacía para que pudiera verla.

—¡Oh! Seguro. Aprovecha hasta el último trago porque este numerito se te ha acabado, Mikhail. —Me observaba desde arriba. Se había plantado de pie al lado mío para regañarme.

—¿Quieres una copa, papá?

—No, disfruta tú las últimas gotas —me respondió en el mismo tono de autoridad que usaba con sus empleados.

—Papá —intenté inútilmente que se ablandase.

—Cuando acabes, date una ducha y vete a dormir. Tenemos negocios que atender para estar tirado borracho como un mamarracho día y noche. —Su voz subió unos decibelios llegando al final de la frase.

—Me estoy tomando unos días de vacaciones —protesté.

—Pues se te han acabado. Te necesitamos y tú necesitas retomar tu vida. Si no quieres que ella forme parte, tendrás que seguir adelante tú solo.

—Pero... —arrastré las palabras.

—No eres un crío, Mikhail, así que compórtate. No me interesan tus excusas —añadió antes de que pudiera replicar de nuevo.

Mi padre no solía reñirme, una mirada severa solía bastar para indicar que de ahí no podía pasar. Esa noche me había hablado demasiado serio, tanto que no recordaba la última vez que lo había hecho. Su tono de voz denotaba preocupación, eso me llevó a pensar que seguramente tuviera razón. No me podía convertir en eso: alguien que solo bebía y le gritaba a su familia.

Aunque ella hubiera acabado conmigo no le daría el gusto de verlo. Mi familia me necesitaba y yo estaría ahí para ellos. Había decidido alejarla de mí, aprendería a vivir sin ella.

Me tomé unas cuantas copas más y me quedé dormido en el sofá; por el momento, eso no podía cambiarlo. Quizá nunca volviera a dormir en mi cama de nuevo, demasiado fría y sola sin su pequeño cuerpo. Así me sentía yo, frío y solo, tanto por dentro como por fuera.

DABRIA

Las primeras semanas sin Miki habían pasado, había sobrevivido. El motivo: no me daba apenas tiempo para pensar en él o echarlo de menos. Salía por la mañana muy temprano de casa y no volvía hasta después de cenar, donde mataba el tiempo trabajando hasta pasada la medianoche, cuando caía rendida en un profundo sueño. Los vómitos iban a peor en vez de mejorar, las náuseas a veces eran tan insoportables que no me permitían llevar nada a la boca hasta bien entrada la mañana.

—Vete a casa —me dijo mi amigo regañándome seriamente.

—Estoy bien, Borak —protesté bebiendo del vaso de agua que me ofrecía.

Me había desmayado durante la clase, y me observaba con cara de pocos amigos.

—Tienes libre hasta el lunes, aprovecha para descansar —me ordenó.

—De eso nada, necesito entretenerme, no estar en casa encerrada.

—Como quieras. Llamaré al doctor —dijo dejándome claro que había perdido.

—Tú ganas, me largo, pero no quiero verte hasta el lunes, cuando vuelva de mis vacaciones.

—De mañana no pasas sin llamarme. —Se rio.

—Más quisieras, cretino. —Salí echando humo por las orejas.

Lo último que necesitaba eran los consejos de un médico que insistiría en hablar del tema para evitar una posible depresión.

No, gracias. Los días libres me vendrían de lujo, aprovecharía para organizar la información que tenía de los mafiosos. Pondría al corriente al comisario de lo que yo creyese oportuno, si había algo, hablaría con Laura y el abuelo y les pediría a Diego y Jorge que me hiciesen un pequeño favor.

Entendía la actitud de todos conmigo, pero también me ponía triste y de mal humor. ¿Es que no iban a volver a hablarme jamás? Salvo algún mensaje de Aleksei para preguntarme cómo iba, no había recibido ninguna noticia de ellos. Bueno, a excepción de Liov, pero solo tratábamos negocios. Eso sí, parecía que poco a poco, muy poco a poco, se iba ablandando.

El sábado por la tarde tuve que salir a hacer la compra, necesitaba reponer la despensa, mis días libres habían acabado con el alijo de comida. Había decidido pasar la noche viendo películas de risa y comiendo helado de nuez y nata a grandes cucharadas. Ese era el momento de arrepentirme

de las amenazas que le había hecho a mi mejor amigo. Por su culpa, estaba lamiéndome las heridas.

Miki aún no había dado señales, seguramente no me amase como yo creía. Puede que nuestro amor no fuese lo suficientemente importante para él como para dejar de lado los prejuicios que tenía en contra mía

Sonó el timbre. Cuando abrí la puerta, me quedé petrificada; no esperaba su visita.

—Galina —saludé confusa.

—Babette, yo... —No era la única nerviosa—. ¿Puedo pasar?

—Claro. —Me hice a un lado para que entrara y cerré la puerta—. ¿Quieres tomar algo? ¿Té, café, cerveza?

—Lo que prefieras tú —respondió sentándose en una de las sillas de la pequeña mesa de la cocina.

Comencé a preparar dos tés. El silencio resultaba algo sofocante. Nuestro trato había mejorado notablemente con el tiempo, pero había una clara barrera entre ambas: Miki.

—Te preguntarás por qué estoy aquí.

—Sí, la verdad.

—Supe lo que ha pasado, quiero decir que sé... que no eres... que eres...

—Que soy una poli, que Babette no existe, que os he engañado a todos.

—Bueno. —Parecía incómoda, no dejaba de enroscar y desenroscar sus largos rizos en un dedo—. Sí.

—No puedo negar lo que soy. También sabrás por qué hice y no hice muchas cosas.

—Sí, Laryssa me lo ha contado.

—¿Cómo están?

—No peor que tú. —Esbozó una tímida sonrisa.

—¿Miki? ¿Cómo está él? —La pregunta salió de mis labios sin poder detenerla.

—Borracho, las pocas veces que lo he visto. Nunca lo había contemplado así: tan vulnerable, asustado y perdido. Es frustrante ver a una persona experimentar tales dolorosos sentimientos a la vez sin saber cuál predomina sobre cuál.

—No quería hacerle daño. —Puse las dos tazas sobre la mesa y me senté.

—No he venido a juzgarte. Si te soy sincera, creo que ha sido el acto de amor más puro que pudiste hacer.

—¿Puro? ¿A base de mentiras?

—Sí, supongo que todo empezó así, pero nadie puede decirte que lo que sientes por Miki no es real. Hay cosas que no pueden fingirse. Admiro que fueses capaz de confesar sabiendo a qué te arriesgabas. Creo que esa ha sido la prueba más grande de tu amor hacia él.

—Engañarlo me estaba atormentando, prefiero vivir sin él en el mundo real y no con él en un cuento.

—Lo ideal sería vivir con él en un mundo real, pero vuestros mundos os separan más que tu engaño.

—¿Fui una necia entonces al creer que nuestro amor lo podría superar todo?

—No, fuiste valiente. Y si te sirve de algo, yo creo que ha valido la pena. Él está enamorado de ti, nunca va a querer a nadie como te quiere a ti. Lo supe desde el día que te vio por primera vez en el Baltika.

—Me odia, no quiere verme. —Las lágrimas empezaron a salir de mis ojos.

—Confunde el amor con odio, nada más. No te rindas ahora, has llegado demasiado lejos para

abandonar. —Posó una mano sobre la mía—. Por mucho que me duela lo que te estoy diciendo, sé que Miki te pertenece, nunca será de otra mujer.

—No creo que eso sea verdad ahora mismo —contradije.

—Por supuesto que sí, lucha por él.

—No se puede luchar cuando esa persona no quiere que luches por él.

—Te equivocas. Ahí es cuando debes luchar con más fuerza, porque él mismo lucha contra sus sentimientos. No dejes que gane.

—No es tan fácil, estoy sola y acojonada.

—Por eso estoy yo aquí. No pienso dejar que te rindas.

—Ni siquiera Nitca ha venido a verme, ni Aleksei —dije pensativa.

—Dales tiempo, Bab..., te seguiré llamando así si te parece bien. —Asentí—. Nitca no tardará en venir, créeme; y Aleksei lo está pasando mal, por partida doble. Estoy segura de que pronto los tendrás aquí, al resto... le costará más. —Sonrió.

—Puedo esperar. —Le sonreí de vuelta en agradecimiento—. ¿Te apetece helado y una dosis de comedia americana?

—Me lo pensaría con lo segundo, pero no puedo rechazar el helado. —Fingió una mueca de horror ante tal atrocidad.

Me levanté muy temprano con unas náuseas horribles. Se estaba convirtiendo en una costumbre de lo más asquerosa.

Hice una *manzaitila* y me tumbé como un trapo en el sofá a bebérmela. Poco a poco, con más tiempo del deseado, mi estómago se fue asentando. Cuando me vi con fuerzas, tomé el ordenador para empezar con lo que debía hacer. No podía demorar por más tiempo mis obligaciones. Estar ahí haciéndome pasar por otra persona no se convertía en realidad, seguía siendo una agente del CNI. Entré al correo con poco ánimo. Debía cuidar bien mis palabras para darle largas al inspector.

M.

No puedo decirte que todo va según lo planeado, porque las cosas no son como había creído. Necesito tiempo para averiguar cada paso que da las Tres K.

Debo insistir, una vez más, en que la mitad de los sucios negocios que le eran atribuidos no le corresponden. Poco a poco descubriré todo, pero con tiempo. Debo ser muy cuidadosa, no son tontos, sino desconfiados.

B. L.

Pulsé la tecla de enviar y suspiré. No era como si le estuviese mintiendo descaradamente, estaba omitiendo detalles. Muchos y sustanciosos detalles. Ya había elegido, y lo había elegido a él. Pulsé la tecla para redactar un nuevo correo y comencé:

L.

Antes de nada, decirte que te echo taaanto de menos. Sé que estarás sonriendo porque no suelo ser tan cariñosa o efusiva como tú. No hemos hablado mucho desde que me marché, pero sabemos que es mejor así. Toda precaución es poca.

Tenía ganas de hablar contigo, si no lo hago, la cabeza me estallará. Nada de lo que he vivido aquí lo esperaba, al contrario, creía que sería más fácil. No un camino de rosas, pero si por lo menos de hierba salvaje. Los Korsakov no son como creíamos, las otras dos familias los apuñalan desde hace tiempo, trabajan sin consentimiento y a escondidas de ellos. Cada vez la cosa está peor, no sé hasta qué punto estarán dispuestos a llegar para arrebatarme a Mikhail el mando, pero intuyo que hasta el final.

Por mi parte, puedo decirte que me siento perdida y confusa. Sé que no lo entenderías, hay que vivirlo para comprenderlo.

Llegas a un lugar creyendo que lo sabes todo, con unas ideas muy claras; sin embargo, nada es lo que parece, no sabes nada.

No los exculpo de sus crímenes, al contrario, sé cómo son, créeme, convivo con ellos a diario. Eso me ha llevado a ver con claridad que si el mando de las Tres K pasa a manos de los Kostka y los Kovalenko, sería una hecatombe. También veo que todo y todos tienen un precio. Nosotros entramos en esa categoría, y somos los que más cobramos.

Estamos intentando erradicar una enfermedad que podríamos caracterizar como epidemia. Pero esa epidemia es controlada por la vacuna que portan los Korsakov; sin ellos, la vacuna desaparecería y todos sufrirían los daños multiplicados por cien.

Quizá te cueste seguirme o mi explicación no haya sido la mejor. Te pido que no me juzgues y que confíes en mí; a cambio, te prometo que te contaré todo cuando nos veamos.

Necesito pedirte un favor, pídele ayuda a Diego y a Jorge, invéntate algo coherente para que no crean que el frío me ha vuelto blanda. Necesito que vuelvas a revisar los papeles, vuelve a leer sobre la madre de Mikhail, busca a ver si logras encontrar algo más. Soy consciente de que es como buscar una aguja en un pajar, pero Diego es un coco informático; si alguien puede encontrar algo, es él.

¿Cómo están M. y C.? Dales un millón de besos de mi parte. Achucha a M, con mucho cariño.

B. L.

10

MIKI

—Buenos días, mamá, ¿te importa si te acompaño? —le pregunté mientras me sentaba a su lado en una de las sillas de la cocina.

—¿Importarme? Al contrario. ¿Quieres un café? —me ofreció levantándose para prepararlo.

—Sí, por favor, y creo que me vendría bien algo de comer. —Me incorporé para alcanzar un *croissant* que estaba en una bandeja al final de la mesa. Me detuve antes de llegar a tocarlo, en su lugar, tomé un bollo de leche que había al lado.

—¿Te preparo algo? —me preguntó, alegre de que por fin tuviera apetito.

—No, me comeré un par de estos —respondí dándole vueltas al bollo entre los dedos.

—Como quieras, aquí tienes, cielo. —Dejó el café enfrente de mí y se volvió a sentar a mi lado —. Miki, si quieres... —No la dejé continuar, desde luego que no quería hablar, quería pasar página. ¡Vaya tópico de mierda! ¿Qué puta página iba a pasar si no había?

—No, mamá. No quiero hablar del tema. De hecho, no quiero volver a hablar de ella. No puedo. Necesito retomar mi vida, mi antigua vida.

—Te haría bien hablarlo, no tenemos una máquina del tiempo para volver atrás cuando algo nos sale mal.

—Por desgracia, no. Conseguiré olvidarla, siempre y cuando dejéis de nombrarla a cada hora.

—Como quieras. —Se dio por vencida.

—Lo quiero. El odio que siento hacia ella me ayudará.

Acompañé el café con un par de bollos más y me fui directo al despacho de mi padre. No estaba solo, mi tío Liov y los chicos lo acompañaban. Al verme entrar, se quedaron en silencio.

—Ni que hubierais visto un fantasma —saludé.

—Mmm —dijo Zoria pensativo—. No te pareces a Casper, pero tienes un aire a los caminantes blancos.

—Muy gracioso —le respondí con burla.

—Me alegro de verte. —Murik me apretó el hombro con cariño. ¿Podían ser tan diferentes dos gemelos?

—Ponedme al día, ¿qué son esos mapas?

—Estos mapas señalan distintas traiciones de nuestros supuestos aliados más fieles —respondió mi tío.

—Kostka y Kovalenko —dije, aunque no era necesario.

—¿Quién si no? —preguntó Venyamin con sarcasmo.

—Aquí, aquí y aquí —mi padre señaló tres círculos pintados de rojo en el mapa— viven las últimas familias que les pagaron a los Kostka y a los Kovalenko por órganos para trasplantes.

—¿De qué coño hablas? —pregunté sorprendido.

—Tenemos constancia del tráfico de órganos a nuestras espaldas. Fechas, órganos trasplantados, familias compradoras, familias estafadas, en qué hospitales, qué médicos... Todo.

—¿Cómo os habéis enterado? —No debí haberlo preguntado. Fue algo impulsivo, sin pensarlo.

—Dabrá nos ha pasado toda la información, incluso nos ha dado estos mapas.

La mención de su verdadero nombre no me gustaba, no me sentaba bien, por decirlo de alguna manera. No sabía qué contestar, así que me quedé callado. Mi tío no tardó en retomar la palabra.

—Debemos ir a hablar con alguna de las familias. Necesitamos saber cómo se ponían en contacto con ellos, los cheques o el método de pago que utilizaban, porque de eso no tenemos pruebas. Quiero decir que no fueron tontos, no realizaron una transferencia que haya quedado reflejada en el banco. Han tenido que meter el dinero en paraísos fiscales que nosotros no conozcamos.

—Saldremos hoy mismo. Dos a cada lugar. Podemos llevar alguno de nuestros hombres por si las cosas se complican —dije retomando el papel que me correspondía.

—De acuerdo. —Mi padre aceptó con un dedo sobre la barbilla pensativo—. No creo que lo arregléis en un día, teniendo en cuenta que el sitio más cercano está a más de cuatro horas en coche.

—Venyamin y Zoria iréis a Moscú, en avión —recalqué—. No tenemos tiempo que perder.

—Aleksei, tú y yo podemos ir a Kazan —sugirió Murik.

—No, yo iré a Helsinki.

—Iré contigo —se ofreció mi tío.

—Llamaré para que os preparen los *jets*. —Mi padre se acercó el móvil a la oreja dispuesto a arreglar la partida cuanto antes.

Dos horas más tarde, arrancábamos rumbo a Vantaa. Mi tío y yo iríamos en coche, y, por supuesto, conduciría yo. Allí vivía Haim Mäkinen, hacía tres años había pagado más de diez mil millones de rublos por un hígado para su hija.

—Si ves que me cuelga la baba, despiértame —dijo mi tío acomodándose para dormir.

—Estás de broma, ¿no? —inquirí—. No pensarás sobar mientras yo conduzco.

—Desde luego que sí, estoy molido. —Cerró los ojos sin hacerme más caso.

Cuatro horas y media más tarde, paramos frente a la mansión Mäkinen. Golpeé a mi tío con rabia por no haberse despertado. Ni siquiera en los controles o con la música se dignó a abrir los ojos y regalarme un poco de conversación.

—Hemos llegado, Liov.

—Tranquilo, Mikhail, déjame despertar, ¿quieres?

—Si no te hubieras quedado dormido, no habría problema ahora.

Tras llamar a la puerta, el ama de llaves no tardó en abrir.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó cortésmente.

—Hemos venido a hablar con el señor Mäkinen —respondió mi tío.

—¿Quiénes son ustedes?

—Dígale que los Kostka lo esperan en el salón.

—Acompáñenme.

Nos guió al salón y continuó con paso decidido. Casi al instante, un hombre alto y fuerte se acercó con el ama de llaves.

—Ustedes son... —Nos miró desconfiado.

—La verdad es que no te pareces mucho a Dusan, ¿qué, tío?

—Menos mal. —Me miró asustado menos de un par de segundos antes de responder al anfitrión—. Soy Liov Korsakov y él es mi sobrino, Mikhail.

—¿Korsakov? —Su mirada adquirió la tonalidad del miedo—. Déjanos solos —le indicó al ama de llaves, que nos observaba desconfiada.

—¿Eres...? —preguntó sin quitarme el ojo de encima.

—Mi tío se lo ha dicho. Soy Mikhail Korsakov —me presenté.

—El heredero de las Tres K, el hijo de Egor Korsakov. —Lo decía para sí mismo, como si estuviera meditando sus palabras—. ¿A qué se debe vuestra visita? —Aquella vez levantó la cabeza con seguridad hacia nosotros.

—¿Qué tal está su hija, señor Mäkinen? —preguntó mi tío.

—Mi hija. —Se puso pálido con la inesperada pregunta—. Está... está bien.

—Gracias al hígado que le vendieron nuestros socios —intervine.

—Yo... Era un padre desesperado, cualquiera de vosotros habría hecho lo mismo en mi lugar.

—Desde luego. Su hija vive porque a la otra niña la asesinaron —dije.

—No quiero que ningún niño muera, pero quiero que mi hija viva. Por encima de todo.

—No hemos venido por eso. Sírvanos un vodka —mi tío le echó una mirada a la barra donde estaban las botellas—, será una charla larga.

Asintió y se dirigió a cumplir nuestra petición. Sirvió tres vodkas y nos tendió uno a cada uno, quedándose él con el suyo. Se sentó en el sofá y dijo:

—Sentaos. —Indicó con la mano—. ¿A qué habéis venido? ¿Qué queréis?

—Verás, como ya sabrás —podía empezar a tutearlo, las formalidades se habían acabado con la presentación—, lo que han hecho nuestros socios se conoce como traición. Las Tres K tiene prohibido el tráfico de órganos.

—Lo sé.

—Y, aun así, lo hizo.

Pese a no ser una pregunta, respondió:

—Ya os lo he dicho, era la vida de mi hija la que estaba en juego.

—Podemos llegar a un acuerdo —le ofrecí.

—¿No van a matarme? —Elevó ambas cejas hacia arriba.

—En principio, no —respondí—, siempre que colabore.

—¿Qué quieren de mí? ¿Qué tengo que hacer?

—Queremos los documentos del trámite —respondí.

—Pero..., no puedo. Eso es...

—Entonces, dícales a su mujer y a su hija que hagan las maletas, se vienen con nosotros —le ordené serio.

—Me matarán. —Negaba con la cabeza.

—Yo le mataré, puede estar seguro —aseveré.

—Se los enviaré mañana —accedió finalmente.

—¿A qué coño estás jugando? —preguntó mi tío. Yo había sido más rápido, ya estaba de pie

apuntándole con la pistola.

—No intentes joderme, porque no me costaría nada pegarte un tiro —lo amenacé presionando con el arma sobre su sien.

—No intento nada, solo digo que... —lo interrumpí. No quería escucharlo más. Me alejé de él, le di la espalda y le pregunté:

—¿Piensas que soy estúpido? Tú no me conoces, pero a ver si esto te ayuda a entender que no estoy jugando. —Le apunté y pum.

El señor Mäkinen gritó y se agarró el brazo.

—¿Qué coño has hecho? ¡Joder!

Como un tornado, cuatro hombres aparecieron en el despacho, asustados por el ruido.

—¡Señor! —gritó uno de ellos al ver salir la sangre de su brazo. Intentó correr hacia él, pero yo fui más rápido. Disparé otra vez, rompiendo un jarrón que había en el suelo entre su jefe y él.

—Quieto, si no quieres que te vuele la cabeza.

Los cuatro se detuvieron en seco, miraron a su jefe en busca de una orden.

—Haced lo que os dice, no os mováis.

—Pero, señor... —protestó uno de ellos.

—Diles que se larguen, que no ha pasado nada. —Apretó los dientes con fuerza y rabia—. Cuanto antes se marchen, antes acabaremos.

—Ya habéis escuchado, esperad fuera.

—Tienes diez minutos para darme los documentos, o la próxima bala irá a tu cabeza. La segunda la encajaré en el corazón de tu esposa y la tercera en la cabeza de tu hija. —Los juegos se habían acabado. Mikhail estaba de vuelta.

—¡Maldita sea! Necesito un médico —lloriqueó todavía agarrándose el brazo.

—No es más que un rasguño. Dame lo que te he pedido y nos iremos.

—De acuerdo. —Se levantó con una mueca de dolor—. Los tengo en el despacho.

—Te acompañamos —dijo mi tío levantándose también del sofá.

Caminamos hasta allí, que no estaba muy alejado de la sala. Mäkinen comenzó a remover los cajones hasta que sacó una carpeta de color negro. Nos la tendió. Mi tío la cogió y la abrió. Tras asentir en mi dirección, pregunté:

—¿Hay algo más? ¿Más recibos de pago? ¿Del hospital? ¿Del médico que ha sido sobornado?

—No, ahí está todo. Recibos del hospital, del banco... todo.

—¿Ha hecho alguna copia? ¿Ellos se quedaron con alguna copia? —Por lo que veía, era menos que poco.

—Yo no tengo más, Mikhail. Solo tengo los recibos del hospital y los resguardos del banco donde quedó constancia de mi transferencia, pero no hay un contrato de compra o algún documento donde conste que me vendieron un hígado.

—Sería más fácil —dije de forma irónica—. Es una pena.

—¿Copias? —insistió Liov.

—No. ¿Cómo va a haber copias de algo de lo que no quieres que haya constancia? Fue una venta ilegal en la cual yo pagué y ellos se esfumaron. Tras la operación, me prohibieron cualquier tipo de comunicación con ellos. Y, de todas formas, ¿para qué iba a querer saber más de esa gente una vez que mi niña se había curado?

—¿Y cómo es que tiene los recibos del hospital al tratarse de algo ilegal? —insistí.

—Es un hospital privado. Si preguntas un poco, sabrás tiene fama de hacerse el loco en estos asuntos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mi tío.

—Que por una buena cantidad de dinero no preguntan cómo o dónde has conseguido el órgano para tu pariente.

—Explícate mejor —le ordené.

—Cuando mi hija enfermó, me dijeron que la pondrían en lista de espera para el trasplante. Sabía que no tenía tiempo, otros médicos me lo habían dicho. Había escuchado los rumores, por tanto, insistí. Exigí hablar con el director y le pregunté si estaría dispuesto a operarla si yo le conseguía el hígado. Acordamos la cantidad, y el resto ya lo sabes.

—¿Quién era el médico? ¿No hay constancia de ese «acuerdo»? —preguntó mi tío de nuevo.

—Por supuesto que no. Todo se llevó a cabo como si fuese una operación legal, alteraron los documentos para que lo pareciese, y yo no protesté cuando no me dieron copia.

—Entiendo —observé—. ¿Has dicho qué quien llevó a cabo la operación fue el director del hospital no?

—Sí. —Asintió—. Si lo visitáis, no me nombréis, por favor.

No lo haríamos. Allí no hablarían y por el momento no podíamos torturarlos sin llamar la atención. Lo que menos quería era que se corriera la voz de que anduvimos preguntando por los sucios negocios de nuestros socios.

—Si necesitamos algo más, vendremos a buscarlo —le dije.

—No lo dudo —respondió sin dejar de presionar la herida.

—Bien. Eso es todo —me despedí.

—Ha sido un placer. —Mi tío le tendió la mano antes de abandonar la casa.

—¿Por qué coño siempre haces eso? —le regañé.

—¿Hacer el qué? —preguntó sin entender.

—Tu cortesía es asquerosa.

No me contestó. Palabras sueltas en el aire. Nos montamos en el coche, conducía yo de nuevo. Mi tío no se había ofrecido, su asquerosa cortesía no me alcanzaba a mí. Ja, ja, ja.

—Esto... —susurró mirando al móvil—. Algo ha ocurrido. —No apartaba la vista del puto aparato. Mala señal.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, pero tengo diez llamadas perdidas de Dabria y algunas más de Aleksei.

No fui capaz de hablar. El miedo a que algo malo le pasara empujó al odio que quería abrirse paso produciendo un cortocircuito.

—¿Qué ha ocurrido? —Liov sostenía el teléfono pegado a la oreja con una mano, mientras con la otra me hacía señas para que arrancase—. ¿Cuándo? —No lograba escuchar lo que decían al otro lado de la línea—. ¿Quién está a cargo? ¿Habéis mandado a alguien? De acuerdo. —Colgó y, tras un suspiro, soltó:

—Han intentado matar a tu padre.

—¿Cómo? —Apreté el volante con fuerza.

—¿Dónde está? ¿Qué le han hecho?

—Parece que está bien. Dabria está con él. Se enteró de lo que tramaban y...

—¿Y ha ido a buscarlo? ¿A ayudar a mi padre?

—Sí, Miki. Por muy raro que te parezca, ella informó a Aleksei y corrió en su ayuda.

—¿Dónde están ahora? ¿Le ha pasado algo? ¿Mi padre está bien? —Lo bombardeaba a preguntas. Los nervios se apropiaron de mi control, quería llegar para ensartarles las cabezas en una pica a quienes había osado levantar una mano contra mi padre.

—No lo sabemos, aún no tienen noticias. Lo único que sabemos es que los Kostka y los Kovalenko enviaron a unos matones y que Dabria ha ido en su ayuda.

—Una poli al rescate de un mafioso, ¿qué puede salir peor?

DABRIA

—Te estoy diciendo que tengo que ver a tu hijo. —Lloriqué bajo la mirada de desconcierto de mi exsuegro que estaba completamente descolocado con tanto teatro.

—Bájate del coche, Babette —me ordenó serio.

—No, por favor, no. —Me lancé a sus brazos teniendo mucho cuidado de quedar cerca de su oreja para poder susurrarle—: Es una trampa.

—Suéltame. —No hizo ningún esfuerzo por librarse de mi agarre, al contrario, me apretó el brazo un par de veces para alentarme a hablar. Por fin había captado el mensaje.

—Necesito que me creas, no es lo que parece —dije en alto, para continuar en susurros—, no digas nada en alto, sígueme la corriente.

—Cálmate y suéltame —me ordenó serio—, ¿quieres hablar aquí?

—Aquí, justo aquí.

—¿Estás segura? Mis hombres no tienen por qué escuchar tus problemas amorosos.

—Segurísima, lo cierto es que a tus hombres no les interesamos, ¿no lo crees así, Andrei? —Me incorporé para dirigirme al traidor. Esperaba que Egor me entendiera.

—De acuerdo, habla. —El aludido echó una mirada hacia su jefe y negó con la cabeza.

—Yo no engañé a Miki, ha sido él. Lo escuché hablar por teléfono, decía que no habría problema, que yo no me enteraría, que confiaba plenamente en él.

—Eso no es posible, mi hijo te quería. Obviamente, has escuchado mal.

—No, que no te ciegue el amor. Escuché cómo quedaban en verse, le decía que todo saldría bien, que se aseguraría de deshacerse de mí sin que me diese cuenta.

—No digas mentiras, Babette. Quieres exonerar tu culpa atribuyéndosela a él.

—Pronto te darás cuenta, cuando lo veas con otra. —Ni Pashenka ni Andrei, quien por desgracia conducía el coche, nos prestaban atención. El primero parecía incómodo ante la escena, el segundo aburrido de tanta llorera.

Egor parecía entender el doble sentido de mis frases, era bueno. Pronto llegaríamos adonde nos darían una paliza.

—Lo llamaré para decirle que quieres verlo.

—No, no lo llames o no me recibirá. Mejor que sea una sorpresa.

—¿Quieres volverme loco?

—Sabes que, si lo llamas, no querrá verme.

—Será como tú digas. No hagas que me arrepienta de esto.

—Señor Korsakov, deberíamos llevarla a casa —dijo la asquerosa voz del traidor.

—La señorita Lévesque viene con nosotros —zanjó su jefe.

—De acuerdo.

Tanto Egor como yo estábamos tensos, nerviosos e intranquilos. No sabíamos el lugar al que nos conducían, pero yo sí sabía para qué. Querían acabar con él. Matar al líder de las Tres K.

Pasados unos diez minutos, entramos en el garaje de un hotel. Era grande y estaba atestado de coches aparcados. Coches caros y lujosos, propios de su clase.

¿Qué mejor sitio para sufrir un atraco? Filtrar las cámaras durante un rato no sería complicado, y menos con un buen fajo de billetes en mano.

Antes de salir del vehículo me aseguré de que mi revólver seguía enganchado a mi espalda y los cuchillos bajo mi manga. No había tenido tiempo de coger más. Al escuchar la grabación, salí como alma que lleva el diablo con lo que más a mano tenía.

Había sido un golpe de suerte que estuviese escuchando. Dusan y Vasył se aseguraban de que los matones estarían donde se les había ordenado, que era justo ahí, en ese garaje.

Salimos del coche, ¿qué más podíamos hacer? Caminamos unos diez pasos hasta que un auto negro con los cristales tintados se detuvo a nuestro lado. Antes de que Egor pudiera echar mano de su arma, cuatro hombres salieron del vehículo. Los cuatro armados, aunque sin apuntarnos, claramente sabían que tenían ventaja.

—¿Qué significa esto? —Egor fingió un perfecto tono de sorpresa—. ¿Qué queréis?

—Esto significa que estás acabado —respondió el hombre que estaba más cerca.

—Levanta las manos —ordenó otro de ellos. El hombre de Egor intentó sacar el arma, pero se ganó un golpe en la cara y una pistola apuntándole a la cabeza—. Y tú no hagas ninguna estupidez. —Egor intervino al ver que su fiel hombre se resistía.

—Déjalo, Pashenka, o te ganarás otro golpe.

—Hazle caso a tu jefe, Pashenka. ¿Y esa mulata qué coño hace aquí? —preguntó otro de ellos.

—No te quejes, podremos divertirnos con ella —respondió Andrei sonriendo.

—¿Andrei? —preguntó Egor con sorpresa.

—Egor —dijo con altanería.

—¿Qué significa esto? Trabajas para mí hace años.

—Finjo trabajar para usted. No me pregunte el porqué, te lo explicaré —recalcó el «te» para exagerar la falta de respeto hacia él—. Dinero y poder. Simplemente. En la mafia no pueden limitarse los negocios. Sobre todo, los que dan tanto dinero.

—Soltadnos, por favor —interrumpí.

—Cállate de una puta vez —me ordenó Andrei.

—No me hagáis daño —lloriqueé—. No hemos hecho nada. Díselo, Egor.

—Si haces lo que te decimos, no te ocurrirá nada, muñeca —dijo otro de los hombres.

—Dejadla marchar. Me queréis a mí, no a ella —pidió Egor. No se dejaba amedrentar, su tono era alto y claro, y su postura erguida y orgullosa.

—Egor, no permitas que me hagan daño —supliqué acercándome a mi exsuegro—, tengo mucho miedo. ¿Qué quieren de nosotros? ¿Por qué llevan armas? —Andrei comenzó a reírse.

—Qué inocente, pobre. Has vivido engañada todo este tiempo —respondió otro de ellos, el que más lejos estaba.

—¿Qué quieres decir? —pregunté atemorizada.

—Ven, yo te enseñaré para qué sirve. —Andrei señaló la pistola en alto y se acercó con paso

decidido.

—No, por favor, no se acerque. Egor, haz algo. ¡Van a matarnos! —grité aterrada. A ninguno le gustaban los chillidos de las mujeres, por lo general, se ponían nerviosos con tanto drama.

Andrei se acercó y me tomó por los pelos. Chillé y Egor quiso intervenir:

—No la toques. —Otro se acercó a él y lo apuntó.

Había llegado el momento.

—Por favor, me haces daño, suéltame. —Mientras se centraban en mí, saqué el arma y el cuchillo.

—Exquisita —dijo el traidor oliendo mi cabello—. Yo te ayudaré a olvidar a Mikhail.

Bien cierto era que cuando más cerca tenías el peligro, menos lo veías.

Con rapidez, disparé al hombre que estaba apuntando a Egor y clavé el cuchillo en la yugular de mi opresor. El jefe Korsakov no perdió el tiempo: sacó la pistola y disparó a otro de los hombres. Yo corrí hacia el que tenía preso a Pashenka, pero otro me interceptó y me asestó un buen bofetón provocando que el labio comenzase a sangrarme. No le pareció suficiente, ya que me propinó otro puñetazo en la cara, pero me moví con rapidez para que me hinchara un pómulo y no un ojo.

—Suéltala —ordenó Egor apuntándolo con el arma al ver que me tenía bajo el brazo, apretando lo suficiente para que notase la falta de oxígeno. Ya solo quedaban dos, uno con Pashenka y otro conmigo.

—Deja el arma en el suelo o la mato —contraatacó el hombre apretando más fuerte.

—Haz lo que te dice —ordenó él otro apuntando a Pashenka—, o los tres moriréis.

—Los tres moriremos igual —protestó Egor—. ¿Por qué no hacerlo los dos a la vez?

—¿Los dos? —preguntaron al unísono los captores. Sin darle tiempo a reaccionar, Egor disparó al hombre que apuntaba a Pashenka; mi opresor hizo lo mismo, pero yo lo moví para desviar la trayectoria de la bala, que iba directa hacia Egor. El muy imbécil se había olvidado de sujetarme los brazos, su error había sido confiar en que estaría presa del pánico al sentir que me ahogaba y no planeando tal movimiento. Antes de que pudiese volver a disparar o intentase estrangularme de verdad, saqué mi segundo y último cuchillo, estiré los brazos hacia atrás hasta tocarlo, me impulsé con las piernas y me colgué como un mono de su cuello. De un solo movimiento se lo clavé en la yugular. Listo. Carne fresca para las ratas.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó desconcertado Pashenka con los ojos fuera de las órbitas.

—Traición. Eso es lo que ha pasado. Vámonos —ordenó Egor entrando en el coche y ocupando el lugar del conductor.

Yo me senté atrás mientras Pashenka lo hacía en el lugar del copiloto. Nos mantuvimos en silencio todo el trayecto. La rabia de Egor se oía desde mi posición, al igual que el alivio en su compañero.

Dejamos a su hombre en su piso, que quedaba a pocas calles del mío. Rompí el silencio cuando pasó por mi portal sin detenerse.

—Egor, ese era mi portal. Para.

—Tú te vienes a casa —ordenó.

—No, yo me quedo aquí, en la mía —repliqué.

—No vamos a discutir eso. Tenemos que hablar, y lo haremos en mi casa.

Al llegar a la mansión Korsakov, respiré con alivio al no ver a Miki. No había nadie, excepto Dara y Laryssa. La primera se acercó al vernos llegar, la segunda subió las escaleras sin mirarme siquiera.

—¿Qué ha pasado, Egor? —preguntó su mujer al percatarse de nuestro aspecto.

—Han intentado matarme —explicó sentándose en el sofá.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Estás bien? —Dara no dejaba de manosear a su esposo asegurándose de que estaba ileso.

—Dusan y Vasyl han cruzado la línea. Dara. —Agarró sus manos para frenar a su nerviosa mujer—. Estoy perfectamente, mi amor. ¿Puedes dejarme con Dabria un momento?

—¿Es tan urgente...? —empezó a preguntar, pero su marido la interrumpió:

—Lo es, si no, no te lo habría pedido —le respondió con mucho cariño—. ¿Cómo te has enterado? —preguntó nada más ver a su mujer desaparecer.

—Estaba escuchando el micro de los Kostka. Dusan y Vasyl hablaban con alguien por teléfono. Le decían que todo estaba listo, que Andrei te llevaría.

—Quiero esa grabación.

—Por supuesto. ¿Qué vas a hacer?

—Todas las pruebas que pueda reunir me serán de mucha ayuda, aun así, debemos ir con pies de plomo.

—¿Es tan complicado? Quiero decir, si muestras las pruebas, es suficiente para echarlos, ¿no?

—No es tan sencillo. Las Tres K, y las mafias de Rusia y de países vecinos en general, solo tenemos tres reglas: honor, respeto y sangre. Una cámara en la mansión Kostka incumple la segunda. Debes tener un motivo de peso para ponerle una cámara a tus socios, por eso es importante recaudar alguna prueba que justifique esa acción.

—Tú eres el jefe, Egor, no debería ser tan complicado —observé.

—Son tiempos difíciles; como bien sabes, el legado de Miki corre peligro. Sangre. No quiero ninguna clase de objeción más. Es una alianza forjada hace casi doscientos años, no puede romperse en dos días, Dabria —me explicó.

—Mañana le daré la grabación a Liov; ahora, si no tienes más preguntas, me gustaría irme.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué viniste a ayudarme?

—No deseo tu muerte, Egor. De hecho, no creo que a nadie, excepto a los Kostka y a los Kovalenko, le beneficiara.

—Gracias por salvarme la vida —dijo levantándose del sofá. Hice lo mismo. Le mostré una débil sonrisa junto a un asentimiento de cabeza antes de encaminarme fuera de la mansión.

12

MIKI

—¿Qué coño ha pasado? ¿Cómo estás? —Estaba nervioso; hasta que pude comprobar con mis propios ojos que se encontraba bien, no me tranquilicé. Recorrí el salón con la mirada. No estaba. ¿En serio esperaba que estuviese en mi casa? Lo peor fue que me sentí decepcionado al ver que no era así. «¿Qué coño te pasa, Miki? ¿En qué habíamos quedado?». Cierto. Volví a mi padre, me fijé en que tenía algún que otro golpe—. ¿Cómo ha podido pasar esto, papá?

—Estoy bien, Miki. —Me sonrió sin ganas. Que te hayan traicionado e intentado poner fin a tu vida no era motivo de celebración.

—Pudieron haberte matado —repliqué.

—No lo han hecho. —Su rostro denotaba cansancio.

—Has tenido suerte. ¿Quién estaba en el coche? ¿Cómo ha sido?

—Pashenka y Andrei. Dabria nos abordó en medio de Sadovaya. No sé cómo hizo para atravesar tres carriles y colarse en el coche mientras esperábamos en un semáforo en rojo.

—¿Que hizo qué? ¿Os contó que iban a mat...?

—No. Hizo una actuación perfecta de novia despechada para aburrir a los hombres y acercarse a mí. Se las ingenió con mucha maña para que la entendiese. Andrei nos ha vendido.

—¿Cómo lo supo?

—Escuchó hablar a Dusan y Vasyl, decían que no había mejor momento, que Andrei se encargaría de llevarme a donde le habían mandado.

—¿Por qué no pidió ayuda? ¿Por qué no le pidió a Liov que enviara a alguno de nuestros hombres a buscarte? ¿Por qué fue ella sola? —escupía preguntas sin parar.

—Lo llamó, pero no lo cogió. Llamó a Aleksei. Le dijo que todos estabais fuera, así que vino a por mí.

—¿Hubo heridos? —Mi padre sonrió de lado.

—Ella está bien, Miki. Es una chica muy lista, y muy hábil también.

—Estoy seguro. —¿Tanto se me notaba mi preocupación por ella? ¿Cómo lo evitaba? Yo la odiaba, sin embargo... ¿La quería muerta?

—¿El resto? ¿Andrei?

—Muertos. Todos muertos.

—Iré a visitar a Gosha.

—No, Mikhail.

—Si Andrei estaba metido, seguramente su hermano también.

—No lo sabemos, lo suponemos —me advirtió mi padre con un dedo en alto.

—Yo estoy seguro y mis puños me ayudarán a descubrirlo.

—De eso nada, no vas a torturarlo hasta que diga lo que quieres oír. Lo intentaremos a mi modo.

—Muy bien, pues tú dirás. —Di una palmada con las manos—. ¿Cómo vamos a hacer si no tenemos a nadie que pueda contar lo ocurrido y no me dejas que acelere el proceso?

—Buscaremos la manera. Dabria nos enviará las grabaciones. Debemos extremar el cuidado, un paso en falso y todo se vendrá abajo.

—¿Tan poca confianza tienes en nuestro legado, papá?

—Nuestro legado está cojo, Miki; mientras no aseguremos eso, no confío en nadie.

—¿Cómo arreglamos eso? ¿Vas a drenarme para luego llenarme de sangre pura?

—De verdad que este no es momento de bromear. Buscaremos una razón para justificar la puesta de micros en la mansión Kostka. De esa forma, tendremos ventaja.

—Claro, la misma que ellos. Tenemos el apoyo de las otras cinco y...

—Y, aun así, no es suficiente. El apoyo es variable, hoy aquí y mañana allá. Tenlo claro, Miki.

—Te equivocas. Los cinco te respetan, incluso te tienen cariño.

—Me respetan y respaldan mientras mis acciones y decisiones lo merezcan; cuando se descarríen, también se desviará su lealtad.

—¿No hay una forma de que eso cambie? ¿No podemos imponer nuestras normas y ya?

—No. No quiero perder el apoyo de todos o entrar en guerra.

—Bien —accedí—. ¿Qué propones?

—Mañana hablaremos con el resto. Pensaremos en algo. —Mi padre se frotó la cara con cansancio.

—Yo lo arreglo. Vete a descansar.

—Intentaremos hacerlo bien. —Se levantó del sofá y se paró enfrente de mí—. Sé que no confías en ellos, pero confía en mí, Miki. Si no funciona de esta manera, lo haremos de la tuya, sin importar a quién nos llevemos por delante. Aseguraremos tu futuro.

—Lo sé, papá.

—Pero, primero...

—Primero agotaremos las posibilidades pacíficas. Lo he entendido.

Posó un brazo en mi hombro y me dejó solo. Me acerqué al mueble a por un trago. Sin duda, estaba en el peor momento de mi vida. Cada día que pasaba había una asquerosa rata traidora nueva. Las mataría a todas. Por ahora, le haría caso a mi padre, lo haríamos a su manera; sin embargo, cuando el mar se calmara, Miki desataría un tsunami. Haría una limpieza a fondo en las calles de San Petersburgo.

Me serví una copa y me senté a bebérmela en el sofá. Lo único que me tranquilizaría en ese momento era imposible. Solo había una persona capaz de hacerme olvidar todo, perderme en sus brazos era la sensación más placentera que había experimentado. No podía seguir así, acabaría peor de lo que ya estaba, sus recuerdos eran sumamente dolorosos, y no ser capaz de no pensar en ella era insoportable. Por ambas razones siempre terminaba con ella, o por mi esfuerzo en no pensarla o porque su dulce imagen aparecía sin ser llamada.

Mi padre casi había sido asesinado, la traición era más latente que nunca. Las Tres K nunca se había encontrado en una situación tan nefasta como esa, y yo, incluso en ese momento, pensaba en ella.

Terminé la bebida de un trago y deshice el camino hasta la habitación de invitados, que había adoptado como mía. Me duché rápidamente y me metí en cama intentado encontrar una solución. Mañana sería un día duro.

Me desperté antes de que tocara el despertador. No eran ni las siete de la mañana cuando bajé a desayunar. Laryssa estaba sorbiendo el café mientras ojeaba su teléfono.

—¿Qué tal, La? —Del susto, escupió el café por la mesa—. Joder. Has puesto todo hecho un asco. —Cogí un trapo para limpiar sus babas.

—Podrías tener un poco de tacto. Estaba concentrada —protestó, limpiándose la camisa con una servilleta en un intento inútil de quitar el café.

—¡Oh sí! Disculpa, el Candy Crush requiere de toda tu atención. —Tomé una de las magdalenas que tenía mi hermana en un plato—. Será mejor que te cambies, esa camisa parece el babero de un bebé que empieza a comer solo.

—¿Por qué no te callas, Miki? —Me miró enfadada—. Además, ¿qué mosca te ha picado? No paras de parlotear como un loro, ni que hubiera algo que celebrar.

—¿Echabas de menos el humor mañanero de tu hermano? —la piqué.

—Déjate de estupideces. Mamá me dijo que quisieron matar a papá.

—Así es.

—Y me dijo también que Dabria ha impedido que sucediera. Le ha salvado la vida.

—Sí. ¿Y? Suéltalo, Laryssa.

—No sé, la verdad es que no sé qué pensar. Por una parte, podría ser cierto lo que dice; por otra..., no puedo creerla. Por ahora, no.

—Entonces deja de hablar de ella. Me alegro de que le haya salvado la vida a papá, pero la odio todavía más que ayer. O eso intento —acabé susurrando antes de darle un sorbo al café.

—Iré a cambiarme —dijo mi hermana—. No puedo ir así a clase. —Salió de la cocina sin decirme nada más. Babette, Dabria, traición, muerte... eran temas muy delicados para tratar con mi hermana pequeña a primera hora de la mañana.

Decidí hacer ejercicio, me vendría bien para liberar la tensión del día anterior y dejar hueco a la de ese día. Tras un buen rato golpeando el saco y unos posteriores largos para relajar los músculos, subí a ducharme pensando en cómo afrontar lo que se nos venía encima.

—Por fin apareces —saludó Zoria cuando entré en el despacho.

—Llevo más de dos horas matando el tiempo —respondí.

Todos estaban allí ya: Aleksei y Murik tras el ordenador, Venyamin frotándose los ojos cerca de la ventana, mi padre y Liov tomando un café alrededor de la mesa y Zoria tirado de cualquier manera sobre un sillón.

—¡Oh! Te has levantado con ansia —se burló Venyamin bostezando.

—Al contrario que tú. ¿Es qué no has dormido anoche?

—No, llegamos de madrugada y no he podido pegar ojo —respondió sirviéndose un café. Habían dejado una cafetera y bollos encima de la mesa para los que no hubieran desayunado o para los que quisieran volver a desayunar como yo, que, después de tres horas despierto, ya tenía hambre otra vez.

—Ayer intentaron matarme. —Mi padre alzó la voz proclamando el inicio de la reunión.

—Lo sabemos —dijo Murik.

—Debemos buscar una manera de dejarlos en evidencia delante de las cinco familias —observó Venyamin.

—Eso sería maravilloso, si tuviéramos la manera de hacerlo —dijo mi padre.

—Ayer intentaron matarte —intervino Aleksei—. Acabar con tu vida, hacerte desaparecer muchos metros bajo tierra.

—Como le he dicho a Miki, no tenemos pruebas de que hayan sido ellos —explicó mi padre.

—Sí las tenemos —lo corregí.

—No. —Mi padre me miró de forma dura.

—Miki tiene razón, Egor. Dabria tiene las grabaciones. Si se las mostramos a los cinco... —empezó a decir Murik, pero mi padre lo atajó.

—No podemos acusarlos con unas pruebas que no tienen valor. ¿Cómo justificaríamos ese micro? ¿Proclamando que no nos fiábamos de ellos y lo pusimos así, sin más? ¿O les contaremos que Dabria lo puso porque es una poli?

—Esto se sale de control —dijo Zoria preocupado. No supe en qué momento se había puesto recto en el sillón.

—Hablemos con los Pávlov —dijo mi tío. Había estado callado, escuchando y meditando hasta que de repente nos soltó eso.

—Nos cortarían la cabeza sin llegar a saludarnos. —Murik lo miraba con mala cara, sin entender qué coño le pasaba a su padre. Todos sabíamos que la otra mafia rusa no era una opción. Nosotros éramos leones, viviendo en su selva y conservando su hábitat; ellos eran tiburones, buceando en el mar y evitando que se contaminase. No había un mundo donde los leones y los tiburones se llevaran bien, ni nosotros buceábamos ni ellos conocían la selva. Ni ellos cazaban zorros ni nosotros comíamos bichos con escamas. Así de simple, se sabía de la existencia de muchas especies que no habías visto nunca.

—¿Y cómo hacemos, papá? —preguntó Zoria—. Llegamos allí, ¿y? ¿Por quién preguntamos? ¿Cómo nos presentamos? ¿Crees que nos darán siquiera la oportunidad de hablar?

—La verdad es que deberíamos intentarlo —respondió mi padre.

—¿Es qué habéis perdido el juicio? —inquirió Aleksei.

—Necesitamos averiguar si saben algo. Quizá estén al tanto de la traición de los Kostka y los Kovalenko, incluso podrían haber trabajado con ellos. Si llegaran a unir fuerzas... —interrumpí las enloquecidas reflexiones de mi padre.

—¿Tú te estás escuchando? Los Pávlov y los Korsakov llevan dos siglos sin hablarse, desde la escisión no han cruzado palabra.

—Casi —intervino Liov. Lo miré sin entenderlo—. Hace ciento noventa y siete años exactamente que no se hablan, desde que fue asesinado el último miembro de la Yedinsvo.

—Omities lo más importante —lo regañó Murik, que era el más reacio a intentar una tregua—. Un Korsakov lo asesinó.

—Eso dicen —intervino Liov.

—Una alianza con los Pávlov sería muy productiva en estos momentos —explicó mi padre.

—¿Cómo lo hacemos? —quiso saber Zoria. Sabíamos que se había tomado una decisión y que era inexorable.

—Hablares con su líder: Hedeon Pávlov —respondió mi padre.

—¿Cuándo partimos para Moscú? —quiso saber impaciente. Murik negaba con la cabeza—. No hay tiempo que perder.

—Mañana, a primera hora. Empaqueta lo que necesites. —No pasó desapercibido que solo se refirió a mí.

—¿Quiénes iremos? —preguntó Venyamin.

—Iremos mi padre, Miki y yo. —Antes de que añadiera algo más, pregunté:

—¿El abuelo? ¿Por qué ha de venir el abuelo?

—Hedeon Pávlov es poco más joven que tu abuelo. Menos sabio que él y más que nosotros. Lo necesitamos.

—¿Por qué no vamos nosotros? —preguntó Murik. Parecía que su tiempo de aceptación había terminado.

—Si se convierten en carne para tiburones, mejor dejar a algún Korsakov —explicó mi tío mientras mi padre hablaba con el abuelo por teléfono.

—¿Qué alentador! —ironicé.

—¿Por qué no vamos nosotros en vez de ellos? —preguntó Zoria.

Desde niños nos habían inculcado que había que anteponer la vida propia tanto a la de tu líder como a la de tu familia. En su caso, el deber de protección era doble.

—No nos recibirían; si hay alguna posibilidad, deben ir ellos.

—Podemos acompañarlos. Podemos ir nosotros en lugar de otros hombres —ofreció Aleksei.

—No pondremos en peligro ninguna vida más —negó Liov.

—Tienen razón. Si morimos, que al menos seamos solo nosotros —dije.

—En tal caso, yo cuidaré tu Veneno, primo —se burló Zoria. Sonrió mostrando todos los dientes. Típico de él, querer quitarle leña al fuego.

—Os mantendremos informados —me despedí para preparar las cosas.

DABRIA

La ducha me había sentado de maravilla. Había arrastrado toda la suciedad y la sangre seca de mi cuerpo y cara; sin embargo, no había arrastrado mis preocupaciones. Los Kostka y los Kovalenko habían llegado muy lejos. Intentar matar a su jefe no era una simple ilusión, se había convertido en un propósito, que por esa vez habíamos podido evitar.

Miki se pondría hecho una fiera; bueno, a esas alturas, ya estaría hecho una fiera. El liderazgo se tambaleaba, y debía ir con mucho cuidado para que no se le derrumbase encima la enorme pirámide.

Quería estar con él, apoyarlo, ayudarlo y... abrazarlo hasta que se quedase dormido en mis brazos. ¡Joder! Mi vida se había vuelto un puto caos. Ni yo misma entendía cómo había podía llegar a ese punto, pero lo cierto era que no me arrepentía. Estaba enamorada de él. Completamente enamorada. Ese amor que puede más que cualquier otro sentimiento. Por muy fuertes o sabias que fueran las otras emociones, las que más pesaban eran las que sentía por él.

Estaba acurrucada en el sofá, envuelta en una mullida manta cavilando, cuando el timbre sonó. No esperaba a nadie a esas horas, a no ser que a Borak se le ocurriese traerme la cena. No iba a tener esa suerte.

—Va —grité casi en la puerta ya—. ¿Quién es?

—Soy yo.

No respondí. Abrí para comprobar que había escuchado bien. Allí estaba. Mi amiga me miraba con una tímida sonrisa.

—Nitca —saludé—. Ven, pasa.

Me hice a un lado para que entrase, cerré la puerta y caminé detrás de ella hacia el salón. Se fue desprendiendo de las capas de ropa, que dejó en el perchero de cualquier manera y luego me miró durante unos cinco segundos sin abrir la boca, para finalmente tirarse a mis brazos.

—Lo siento, Babette. Siento muchísimo lo que está pasando —repetía apretándome con fuerza—. ¿Cómo te encuentras?

—Destrozada. Nunca había pensado que el pecho podía doler de tal manera sin ser por un infarto.

—Conservas el sentido del humor. —Sonrió—. Es bueno saber que sigues siendo tú.

—Siempre he sido yo, pese a las mentiras, el nombre y el aspecto.

—No lo decía por eso, lo decía por Miki —se disculpó.

—No tiene importancia, es la verdad, ¿por qué no hablar de ello para quitárnoslo de delante?

—¿Crees que es lo mejor? Ha pasado poco tiempo.

—En ese poco tiempo he sufrido más que en años. Me he sentido más perdida que un niño en un laberinto —le confesé.

—Todo se arreglará. —La mirada de Nitca era de todo menos de sinceridad.

—Por ahora, me llega con que se arregle contigo. —Le sonreí de forma amable para que no intentase buscar razones que no encontraría.

—Aleksei habría venido conmigo, pero todo está muy turbio. Por cierto, le has salvado la vida a Egor. —Elevó una ceja esperando una explicación.

—Debía hacerlo, quería hacerlo. No quiero que os ocurra nada, creo que ya os lo he dicho unas cien veces.

—Bueno... no es fácil de entender. Sobre todo, porque nosotros no te dimos pie a... No te ayudamos... En fin, que no te creímos, no te creí.

—¿Y ahora, Nitca? ¿Me crees tú ahora?

—Sí, lo hago —aseguró.

—Te he echado de menos —le dije con una sonrisa.

—Lo siento. No quiero que sufras, pero no podía. Verlo así, Babette, es horrible. Miki no... él está... Desde que se enteró...

—No. —Posé una mano sobre la de ella y negué con la cabeza.

—Pero debes saber que...

Esa vez la interrumpí yo.

—No puedo. Desearía escucharte hablar de él durante días, pero no hoy. Por favor. —Acababa de salvarle la vida al padre de la persona que yo más amaba, incluso sabiendo lo que él me odiaba. No quería derrumbarme al escuchar cómo de mal estaba por mi culpa.

—Está bien —aceptó—. ¿Qué vamos a ver? —Cogió el mando y comenzó a buscar algo que pudiese entretenernos. Antes de empezar a ver la película, el timbre sonó de nuevo—. Seguramente sea Aleksei —dijo mientras me levantaba del sofá.

Así era, Aleksei me miró con la misma sonrisa que nuestra amiga minutos antes. Esa vez fui yo quien lo abrazó con fuerza.

—¿No vamos a cenar? —preguntó sentándose al lado de Nitca, que estaba en el centro del sofá.

—Podemos pedir pasta al italiano de la esquina —sugerí.

—Excelente. —Nitca sacó su teléfono y se puso a buscar el número del restaurante—. ¿Qué queréis?

—Yo quiero espaguetis con salsa boloñesa —dijo Aleksei.

—Yo, macarrones con queso. —No tenía mucha hambre, pero menos ganas tenía de aguantarlos a ellos mandándome comer.

Esperamos con paciencia a que Nitca pidiera, parecía que no la escuchaban bien, porque a la tercera que lo repitió era como si estuviera pidiéndole la comida al vecino de abajo. Colgó el teléfono y suspiró.

—Listo.

—Vuestra presencia aquí no será una muestra de agradecimiento por haber salvado a Egor, ¿no? —vacilé.

—En mi defensa, alegaré que decidí venir a verte antes de que supiese lo que había ocurrido. Eres nuestra amiga. Te queremos —dijo Nitca.

—Sé que vendría a junta tuya pronto; después de lo que os ocurrió a Egor y a ti, quería saber

cómo estabas. Así que ha sido como... agilizar el proceso, por decirlo de alguna manera.

—Bien. Es bueno saberlo, porque no volveré a sortear los coches de la avenida Sadovaya para salvaros la vida a ninguno más.

—¿Qué hiciste qué? —preguntó Nitca asustada.

—Nada, no tiene importancia. —Sacudí la mano hacia abajo quitándole envergadura.

Aleksei sonreía mientras ella me miraba como si estuviese loca.

—Ya voy yo —se ofreció cuando sonó el timbre.

—No te rías. —Adoptó una postura seria—. No es común ver a una loca pasar por delante de decenas de coches en marcha —me regañó Aleksei.

Al acabar de comer, vimos una comedia. Malísima. En cambio, la compañía de mis amigos fue de lo más reconfortante. No llegabas a saber lo bien que te hacían las personas que querías hasta que de verdad las necesitabas.

Esperaba ir recuperándolos a todos, uno a uno, hasta llegar a él. O llegar a él y recuperarlos a todos. «Duérmete, Dabria. Ya estás soñando despierta».

A la mañana siguiente, Borak me sorprendió en la puerta de mi apartamento con una bolsa de *croissants* recién salidos del horno. Solo me había dado tiempo de ponerme las lentillas, todavía medio zombi, para abrirle la puerta.

—Buenos días, bella durmiente. —Me sonrió con cariño y me dio un beso en la frente.

—Buenos días, Borak. —Caminamos hacia la cocina para desayunar. Tan pronto encendí la cafetera, unas horribles náuseas me obligaron a correr al baño.

Vomitó toda la maravillosa pasta que había cenado el día anterior. ¡Qué asco! Al levantar la cabeza, mi querido amigo me miraba apoyado sobre el marco. Vaya cuadro. Yo, de rodillas echando las tripas y él, observando con cara de circunstancias.

—Deja de mirarme así. Estoy bien —protesté.

—Claro. Seguro que es un virus. —Su tono de ironía me dio ganas de clavarle el cepillo de dientes en la cabeza.

—*Oeies ai, iioa* —intenté hablar con el cepillo en la boca, pero me hizo parecer más ridícula.

—Te prepararé una manzanilla mientras te arreglas.

Aproveché el poco tiempo que tenía. Me vestí con uno de los chándales supergordos del gimnasio y me recogí el pelo en una cola.

—Gracias. —Le di un sonoro beso en la mejilla. Estaba esperando por mí sentado a la mesa de la cocina, sorbiendo café de una taza.

—No seas pelota. Debes ir al médico. —Su mirada se mantenía severa, mi muestra de cariño no había valido para nada. Borak no se dejaba mangonear cuando se trataba de algo que en verdad le preocupaba. Y mi salud le preocupaba. Me maldije a mí misma. Borak era como un hermano para mí, estaba ahí siempre que lo necesitaba, sin tener que llamarlo, y yo... era una farsante. Contarle la verdad no era una opción. Mi vida ya corría demasiado peligro al ponerme en evidencia delante de los Korsakov, no podía agrandar el círculo. Aunque eso no impedía que me sintiese como una basura. En las misiones en las que había estado anteriormente nunca había sentido esa sensación, la de ser una mierda de persona, la de estar engañándote a ti misma a la vez que intentas engatusar al resto.

—No voy a ir al médico, Borak. —Me crucé de brazos más tiesa que una vara para darles más veracidad a mis palabras—. Vomitar no es algo tan raro. Yo estoy pasando por unos días muy

duros. Hay muchas razones por las que una persona puede vomitar: nervios, malestar estomacal, empacho, migrañas... —Mi amigo me miraba debatiéndose entre decirme algo, no contestar o mandarme a la mierda.

—¡Oh! Desde luego que hay muchos motivos por los que una persona puede estar vomitando, pero tienes que saber cuál es la causa que hace que tú vomites tanto. Los vómitos y las náuseas son síntomas claros de que algo no está bien. —Parecía que él sabía algo que mis conocimientos no alcanzaban a averiguar.

—No voy a ir al médico —aseguré—. En el caso de que no se me pase, lo haré, ¿de acuerdo?

—A veces eres más infantil que una niña de cinco años.

No le hice ni caso, bebí mi manzanilla con tranquilidad. Media hora más tarde, me dejó en la puerta de la universidad, su humor había mejorado un poco. Lo odiaba y lo adoraba por preocuparse tanto por mí, deseaba achucharlo y aporrearlo a partes iguales.

—Si te encuentras mal, llámame —me dijo antes de que saliera del coche.

—Claro, papi. —Bajé del coche rodando los ojos. Luego, cuando ya no podía verme, deshice el camino hacia dentro con una sonrisa de oreja a oreja cargada de sinceridad y ternura.

MIKI

Subimos al avión poco después del amanecer, queríamos llegar allí lo antes posible. Primero, recogeríamos al abuelo para que nos acompañase y, luego, continuaríamos hasta el aeropuerto de Moscú. Nos acompañaban unos diez hombres; sabíamos que eran pocos, pero en caso de revuelta, perderíamos de todas formas. Así que mejor llevar un número que no llegase a amenazar a los Pávlov, si no, estaríamos perdidos. No llevar hombres podríamos presentarlo como una ofrenda de paz.

—¿Qué te ha dicho el abuelo? —le pregunté a mi padre sentándome a su lado. No había abierto la boca y no parecía tener intención de hacerlo.

—Que estaría listo —respondió recostándose en el asiento y cerrando los ojos.

—¿Vas a dormir? —No me lo podía creer. ¿Qué coño le pasaba? ¿Los nervios le darían sueño como a su hermano?

—Voy a descasar, Mikhail, y tú deberías hacer lo mismo.

—Ni siquiera hay una hora de vuelo —protesté.

—Por eso mismo. Cállate de una vez.

Levanté las manos en son de paz, aunque mi padre no podía verme. Me levanté. Un trago y una charla de hombres me distraería.

—Ponme un vodka —le ordené a una azafata al pasar por su lado. Caminé hacia la parte trasera del avión, donde estaban los hombres conversando. Me senté al lado de Akim, enfrente estaban Pashenka y Feodor; en el otro lado estaban otros tres, y un poco más atrás, el resto echando una cabezada. Mi padre no era el único que quería aprovechar el vuelo para babear el asiento.

Los cuatro callaron de forma brusca. Como a los cascanueces que se les cerraba la boca de golpe, decidieron no seguir con la conversación tan entretenida que parecía que estaban teniendo segundos antes.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, Mikhail —respondió Pashenka atemorizado. Era de mi edad y desde niños me tenía pánico. Llevaba tiempo con nosotros, era de total confianza, o eso queríamos creer; su padre todavía trabajaba con nosotros y su abuelo lo había hecho antes que él. Era fuerte, leal y trabajador; aunque un poco cagón en situaciones como aquellas: ridículas.

—¿Vas a vomitar, Pashenka? —le pregunté al ver su cara cada vez más amarilla.

—Lo que pasa es que...

Interrumpí a Feodor. No quería excusas.

—Nada de lo que habléis puede afectarme. Escupidlo —ordené en tono desenfadado.

—Verás... —tartamudeó Pashenka. Tomé el vaso que me ofreció la azafata y le di un trago.

—Nos contaba que Babette tiene más huevos que un elefante, un animal enorme, y la mulata...

—Akim se detuvo un momento. Sabía que había sido un error llamarle mulata a mi... era igual, lo dejé pasar—. Es tan pequeña. Compararla con un elefante es porque...

—Deja de comparar a Babette con un puto elefante. Me estás poniendo enfermo —lo regañé—. ¿Qué os contaba, Pashenka? —pregunté recorriendo a los demás con la mirada—. Y ni se te ocurra volver a hablarme del puto elefante y sus enormes huevos y la relación que tienen con Babette —le advertí con el dedo índice a Pashenka.

—Está bien —se disculpó Akim algo aturdido—. No me mires así, Pashenka —le dijo a su amigo, que no quitaba la mirada de enfado y sorpresa de su cara.

—Mikhail no te matará hasta bajar del avión —se burló Feodor.

—Solo le contaba lo valiente que fue. Su manera de enfrentarse a los hombres que quisieron matar a tu padre fue admirable.

—Además —añadió Feodor—, nos contó con pelos y señales lo buena que estaba.

Sabía que lo hacían para meterse con el pobre de Pashenka, que a esas alturas tenía la tez tan pálida que podía confundirse tranquilamente con el cacho de tela blanco que cubría el reposacabezas del asiento.

—No he dicho eso, lo que... —intentó explicarse el aludido.

—Que si su culo era perfectamente redondo, que sus piernas eran torneadas, que si la piel de sus pechos sería como el tacto de la seda... —Akim seguía mofándose.

—No he sido yo solo, vosotros también. Ellos —dijo centrando su atención solo en mí—. Él dijo —miró de reojo a Akim— que no se lo pensaría dos veces antes de tirársela si no fuera por miedo a que tú le arrancases la cabeza, y Feodor dijo que eras un cabrón con mucha suerte, que follar con Babette era su fantasía sexual desde que la vio por primera vez en no sé dónde.

Ambos se quedaron con la boca abierta, no se esperaban que su amigo confesara con palabras textuales los pensamientos morbosos que tenían con mi ex. Los tres tragaron con fuerza al ver mi mirada tornarse oscura y mi rostro contraerse.

—¡Vaya! Mis hombres teniendo pensamientos de lo más guarros con mi ex. —Odiaba esa puta palabra.

—Mikhail, sabes que nunca intentaríamos nada con ella —se defendió Feodor; ya no se reían, de hecho, los dos adquirieron el color de su compañero.

—La chica es muy guapa, simplemente lo comentábamos. Su belleza no es común y a todos nos cautiva —explicó Pashenka con sinceridad—. Nunca intentaría nada con ella.

—Es verdad, Miki, no lo haríamos. No intentaríamos nada con Babette, a no ser, claro, que a ti no te importase. —Sabía por qué Akim decía eso; con las otras tías, nunca me había importado que se acostasen. Me traía sin cuidado a quién se tirasen, me la hubiera follado yo antes o no. Lejos estaba de lo que sentía en ese momento, de lo que sentiría si alguno osase ponerle una mano encima.

—Me importa —aseguré—. Ella seguirá siendo mía, siempre. No quiero que ninguno se atreva ni siquiera a pensar en ella, o le arrancaré la cabeza. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo. —Feodor respondió y los otros dos asintieron enérgicamente.

—Como la seda —añadió Pashenka.

—Respira, Pashenka, o te matarás tú mismo. —Sin duda, era el que más peligro corría de sufrir

un infarto.

—Es una chica muy especial, entiendo que os sintáis atraídos por ella —observé para relajar el ambiente y comprobar si había sido claro.

—Es tuya —respondieron los tres a la vez. Había quedado más que claro, cristalino.

Cerré los ojos en señal de asentimiento y me bebí el vodka de un trago. ¡Vaya mentira! ¡Vaya puta mentira! Maldita Babette, Dabria o como coño se llamase. Me había jodido la vida. No podía pensar en estar con ella, y mucho menos podía pensar en estar sin ella. ¿En qué coño me había convertido? «Apúrate, Miki. Estás hecho una piltrafa. Tú la odias. Odio, odio y odio».

El abuelo subió al avión apenas la máquina se posó en el aeropuerto. Levantó la mano para saludarnos; todavía seguíamos al fondo, excepto mi padre. Que sabe él si despertó con la llegada de su padre o no. Me levanté y comprobé que mi progenitor dormía, así que me senté un par de asientos alejado de él con mi abuelo.

—¿Cómo estás, Miki? —me preguntó.

—La verdad es que creo que es un plan pésimo, aunque si conseguimos algo de esta manera, pediré disculpas a tus hijos.

—No, Miki. —Negó con la cabeza y sonrió con tristeza—. Antes de nada, quiero saber cómo estás tú, mi nieto.

—Ya. Te refieres a Babette. —No había sido una pregunta. No había visto a mi abuelo después de lo ocurrido, por tanto, se merecía una explicación sincera. Al fin y al cabo, él escuchaba y aconsejaba, no juzgaba—. Nunca había estado tan mal. No creí llegar a amar a nadie de esa forma, fue como un halo de felicidad que se evaporó en mis narices dejando una espesa bruma de dolor.

—¿Y qué sientes ahora? ¿Qué crees que deberías hacer? ¿Todavía sientes ese dolor?

—¡Oh, sí! Forma parte de mí. Intento alejarlo y pensar en otras cosas, sentir algo más. Transformar todo ese dolor en odio.

—El odio no es un sentimiento que te vaya a hacer feliz. —Mi abuelo examinaba todas mis reacciones.

—Nada me hará feliz ahora, abuelo. El odio es lo que me mantendrá a flote, será mi timón y mis remos para no naufragar.

—Todo es muy reciente. Estabas enamorado y te ha traicionado. Te ha mentido y ha jugado contigo como con una marioneta; sin embargo, ¿estás seguro de que ella no te ama? ¿Estás seguro de que ha fingido todo? Porque, si en realidad es todo parte de un plan, debo confesar que la creí ciegamente y que nunca he visto tanto amor en una mirada como en la de esa chica cuando te miraba a ti.

DABRIA

Las clases de la mañana habían ido bien, no me esforcé demasiado, no quería acabar de nuevo con el culo en el parque. Con las madres era más fácil no estar al cien por cien, ya que a algunas mujeres les costaba realizar los pasos. Yo los explicaba y mientras lo intentaban unas cinco veces consecutivas hasta conseguirlo, podía descansar. Era la primera vez que las mujeres Korsakov habían venido a clase después de lo sucedido. La mirada de Dara era amable, no veía el rencor o el odio que sí apreciaba en los demás. Varinka evitó el contacto visual conmigo; por el contrario, mi exsuegra me sonrió débilmente, incluso podría ser fruto de mi imaginación de lo breve que había sido.

Me duché y bajé a comer con mi amiga. Por las escaleras, me encontré con un desagradable tropiezo.

—¡Guau, morena! —Si no me hubiera agarrado por los hombros, me habría roto la nariz contra su pecho. Me sonrió de esa forma que te provocaba un escalofrío, uno de esos que muy lejos estaban de ser satisfactorios—. ¿Tienes prisa?

—Perdona —me obligué a formular una disculpa. Quería deshacerme de él lo antes posible—. No te había visto.

—Ya veo. A no ser que fuera una excusa para besarme los pectorales. —Mi yo interno hizo una exagerada mueca de repulsión—. Podemos salir esta noche, ¿qué me dices?

—No, no puedo —mentí.

Nunca me había gustado Mikola. Su pelo era oscuro y tenía la barba recortada de forma que remarcaba más sus duras facciones. Me miraba con lascivia, como si fuese un perro babeando por un jugoso hueso. Era muy alto y fuerte, tenía el pecho y los hombros muy anchos y musculosos, las caderas estrechas y las piernas largas. Su físico no era lo que no me gustaba de él, sino esa aura de maldad que lo rodeaba, la falta de empatía hacia los demás y el sentimiento de egocentrismo cruel que rebotaba con cada paso que daba.

—Mañana, entonces. ¿A qué hora te viene bien? Te llevaré a cenar y luego tomaremos el postre —dijo con una sonrisa socarrona.

—Mira, Mikola, no quiero salir contigo.

—¿Es por Miki? Creí que el tiempo de duelo había acabado.

—No estoy de duelo, y mucho menos de humor para tus bromas. —Al final, había conseguido enfadarme. No era raro, Mikola podría sacarle el mar humor incluso a un ser inerte.

—Entonces...

—Entonces nada —lo interrumpí—. No quiero salir contigo porque no me gustas.

—Como quieras, preciosa. Al final, serás mía. Te resistes ahora, pero caerás; y lo disfrutaré como no te imaginas porque tú a mí me encantas. Me la pones tan dura que podría...

—Déjalo. —Levanté la mano para detenerlo—. Pensar en tu polla me da náuseas. —Me marché antes de escuchar nada más.

Tan pronto me vio mi amiga, se levantó de la silla con una gran sonrisa.

—Menos mal, estaba muerta de hambre.

—Lo siento, un imbécil me interceptó en el camino —le expliqué caminando hacia el restaurante del gimnasio.

—¿Cuál? Porque esto muchas veces está a tope de ellos.

—Pues me he encontrado a su abeja reina: Mikola.

Nos sentamos en una mesa vacía de la entrada. No había mucha gente, la mayoría prefería degustar un lujoso menú hecho por sus expertos *chefs* personales en sus mansiones. No nos podíamos olvidar de que los socios de ese gimnasio nadaban en dinero.

—Estoy segura de que esparció su miel para atraerte a su panal —dijo Inna.

—No has podido expresarlo mejor. Mikola es... no sé, me cae peor que cualquier persona que haya conocido en mi vida. Con Borak siempre supe que se equivocaban, en cambio, con él, es peor de lo que decían. Es malo, quiero decir que tiene maldad. Suelta veneno deseando esparcirlo y que te salgan llagas llenas de pus hasta que te mueras entre gritos de dolor después de llevar una semana agonizando.

—¡Suficiente! —Me miraba con horror—. Estoy muerta de hambre y tú me hablas de pus, heridas, llagas, veneno... Si tu deseo es ponerme a dieta estricta por el resto de mis días, no tienes más que decirlo. Me evitarías un carro de náuseas. Hay gente que no necesita escuchar todo con pelos y señales.

—Perdona. Es el efecto Mikola. —Le sonreí abiertamente a mi amiga.

—Yo... —La camarera esperaba a que Inna le pidiera—. Empieza tú, Babette. —Estaba molesta por las asquerosidades que había dicho.

—Yo quiero la sopa de remolacha. —La camarera anotó el pedido y volvió la vista a mi amiga—. Gracias.

—Yo también —soltó sin pensarlo.

—¿Sopa de remolacha? ¿Con el hambre que tienes? —Enarqué una ceja.

—Con el hambre que tenía. «Te-ní-a».

Decidí cambiar de tema o mi amiga me arrancaría la cabeza.

—¿Sabes?

—Si no lo dices, no lo sé. —Vaya humor. Era el efecto Mikola.

—Nitca y Aleksei vinieron a mi apartamento.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche. No me los esperaba. Fue una sorpresa de lo más agradable.

—Todos te terminarán hablando. Es normal que necesiten tiempo, no van a ponerse de tu parte cuando su amigo de toda la vida es Miki. Sin embargo, dejar de hablarte como si hubieses cometido un crimen me parece exagerado. —¿Le parecería exagerado si supiera la verdad?

—Sí, todo es cuestión de tiempo. —Cosa de la que yo carecía. No estaría esperando por alguien que no vendría durante toda la vida. Mi tiempo tenía un límite. Un límite cada día menor.

Al acabar la última clase del día, Nitca y Galina me esperaban en la puerta. Laryssa no había vuelto a aparecer por ahí.

—¿Cómo estás, Babette? —Me sonrió Galina alegremente.

—Bien, me alegro de verte. Hacía unos días que no te veía. —Comenzamos a subir las escaleras hacia el vestuario.

—He estado ocupada. —Me pareció ver un ligero sonrojo en sus mofletes—. Estaré libre mañana para cenar; hoy también lo estaba, pero Nitca me ha dicho que habéis quedado para hacer un trabajo.

—¡Oh! —dudé—. Sí. No me acordaba. Mañana es perfecto, te invitaré a cenar.

—Entonces no irá —interrumpió Nitca.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás insinuando algo?

—No insinúo, aseguro. Nadie aceptaría una invitación tuya a cenar.

—No cocinaré yo, pediremos algo o iremos a un restaurante. De todas formas, Nitca, no envenenaría a nadie. Sé diferenciar el matarratas del aceite.

—Dejaré que sea otro la rata de laboratorio entonces. —Sonrió enseñando los dientes mientras Galina aguantaba la risa.

Parecía que se llevaban mejor desde que ella me había abierto los brazos sin límites. Todos sabíamos que Miki no sería nunca de ella, y ella lo había aprendido también. La venda que tenía en los ojos, el amor ciego que sentía por él, su deseo de idolatrarlo y de besar el suelo que pisaba había desaparecido. Incluso diría que, al dejarlo ir, se veía mucho más guapa, abierta y risueña.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunté a mi amiga mientras se incorporaba al tráfico de San Petersburgo.

—¿Él qué? —Buscaba algo en la radio sin prestarme mucha atención.

—El trabajo, Nit, ¿qué va a ser?

—¡Ah! Eso. Mi suegro quiere verte.

—¿Por qué no me ha llamado él?

—Pues porque yo le he dicho a Murik que te invitaría a cenar. —Sonaba tranquila, como si no llevase semanas sin hablar con él.

—¿Crees que es buena idea? —Sabía que se dirigía a casa de los gemelos, conocía el camino.

—Por supuesto, no te preocupes. —Me acarició la mano que tenía sobre el regazo en un gesto cariñoso. El resto del camino fue en silencio. Un silencio cómodo interrumpido por la música, mi amiga cantando y mis pensamientos revoloteando.

Al entrar, me puse nerviosa. No era como las otras veces, sabía que no estaría solo Liiov. Con él ya estaba acostumbrada, en cambio, esa vez estarían los chicos. Temía su reacción.

El ama de llaves nos abrió la puerta.

—Gracias, Evelina. No hace falta que nos acompañes —dijo Nitca educadamente.

Caminé detrás de ella hacia el salón con pasos no muy seguros. Los gemelos y Aleksei estaban en un sillón, y Liiov y su esposa en otro.

—Hola —saludó Nitca despojándose de su abrigo.

Yo no saludé, no era capaz de articular palabra. Tampoco me quité el abrigo, temía que me echasen y lo hubiese hecho en vano.

Todos respondieron, excepto Varinka, que se levantó y, mirando de reajo, dijo:

—Yo... os dejo. —Salió sin que ninguno se lo impidiera. No había que imponerle mi presencia a nadie.

—Pasa, Dabria. No te preocupes por mi mujer. Necesita más tiempo.

Comencé a quitarme el abrigo y lo dejé sobre una silla, donde ya descansaba el de mi amiga. Al girarme para caminar hacia el sofá y sentarme al lado de Liov, casi embisto contra Zoria. Me hubiera extrañado menos que fuese su hermano el primero en acercarse, ya que era fiel secuaz de Miki, aparte de ser el más pasota y el menos sentimental.

—Me alegra que estés aquí. Siempre he sabido que eras rara y especial, pero no poli; eso no lo había pensado.

—Zoria —lo regañó su padre.

—¿Qué? —preguntó encogiéndose de hombros y torciendo la cabeza hacia el lado donde estaba su padre.

—Prefiero que me diga lo que piensa, Liov —le dije alzando la voz; luego, centré de nuevo mi mirada en Zoria—. Me gustaría que no te callaras nada.

—¡Oh! Morena —dijo con una gran sonrisa—. ¡Por supuesto que no! Decía que quise matarte cuando me enteré de tu verdadera identidad; sin embargo, ahora me alegro de no haberlo hecho. Tienes inteligencia y agallas y, aunque me cueste decirlo, te creo. También debo añadir que se nota que amas a mi primo hasta las trancas y que él, pese a su empeño en odiarte, nunca conseguirá olvidarte. ¿Por qué no darnos otra oportunidad, Dabria?

Los ojos se me aguaron, me empeñaba en que no se me escapasen las lágrimas. Tenía tantas ganas de darle un abrazo. No. Me reprimí.

—Me parece estupendo, Zoria. —Sonreí y le tendí la mano.

La observé elevando ambas cejas y con una sonrisa torcida.

—Ven aquí. —Tiró de mí hacia él y me abrazó.

—Gracias —le susurré antes de que me soltase.

Enjuagué una lágrima y caminé hacia el sofá detrás de Zoria. Al pasar a la altura de Murik, soltó una carcajada.

—¿A mí no piensas darme un abrazo?

Antes de que pudiera responder, tenía sus zarpas alrededor de mí. Lo apreté con fuerza y, pese al esfuerzo, me permití llorar. Llorar a moco tendido, sorbiendo por la nariz y emitiendo esos ruiditos sordos, no unas simple lágrimas traviesas.

—¡Vaya! Si llego a saber que mi abrazo causaría que rompieras a llorar, no te lo habría dado.

—Murik intentó animarme. Me soltó y me revolvió el pelo—. Me alegro de que estés de vuelta.

—¿Ves? —soltó Nitca emocionada—. Te dije que los chicos estarían encantados de verte, Dabria.

—Dejaos de tanto cuento, que tengo hambre. —Aleksi habló al fin, se había limitado a observar la escena comiendo de un paquete lo que parecían almendras.

—¿Qué os apetece? —preguntó Liov—. ¿Pido que nos hagan algo o encargamos?

—Yo me conformaría con una *pizza* grande de cuatro ingredientes con extra de *pepperoni* —dijo Murik.

—Eso ya serían cinco, ¿no? El extra se cuenta como uno a mayores —lo corrigió su novia.

—De eso nada, cuñada. Sigue siendo el mismo ingrediente, solo que en mayor cantidad.

—¿Dabria? —preguntó Nitca ignorando al par.

—Una cuatro quesos me sentaría genial.

—Llamaré para encargarlas. —Aleksi no perdió el tiempo. Tras marcar, se colocó el móvil en

la oreja y le transmitió a quien estuviese al otro lado lo que cada uno le iba diciendo.

Tardaron una hora escasa en llegar, pero fue una hora realmente entretenida. Aleksei no dejó de protestar por el hambre, aseguraba que tenía las tripas pegadas a la columna. Zoria se burlaba de él y Murik lo regañaba por no pedir la comida antes de que la inanición le causase decir tantas patrañas. Liov sonreía o negaba con la cabeza dependiendo del grado de estupidez del momento. Yo, por mi parte, estaba encantada; los echaba tanto de menos que a veces me obligaba a dejar de sonreír para que no creyesen que me había vuelto majara.

Cuando tuvimos la barriga llena, Liov decidió que era hora de tratar los temas serios. Carraspeó y, antes de que hablase, Nitca lo interrumpió poniéndose de pie.

—Antes de que os embarquéis en una intensa y poco apetecible conversación, me voy. A no ser que quieras que me quede contigo. —Murik respondió, aun sabiendo que su novia lo decía por mí.

—No hace falta, cariño, nos vemos más tarde en casa.

—Dabria —dijo rodando los ojos—. ¿Te quedas bien? Puedo quedarme, lo sabes —me ofreció. Desde luego que no iba a hacerle algo como eso. Sabía cuánto detestaba involucrarse en los negocios. Como todas, estaba al corriente de todo, pero de lejos. «Cuanto más lejos, mejor —decía—, soy demasiado blanda».

—No vamos a comérnosla, Nitca. No somos lobos salvajes —dijo Zoria.

—Tranquila, quedo en buenas manos. No te preocupes. —Me sonrió con cariño, besó a su novio y nos dejó.

Dabria

—Bien —empezó Liov—. El reciente incidente no puede repetirse. —Su postura era más erguida que hacía unos minutos, confirmando de esa manera que las trivialidades se habían acabado.

—Han llegado muy lejos —dijo Murik.

—No se detendrán aquí —se unió Zoria.

—No lo harán hasta que consigan el mando —dijo Aleksei.

Liov miraba a cada uno de ellos mientras hablaban y cuando terminaron, centró su vista en mí.

—¿Dabria? ¿Qué opinas tú?

—Estáis en una situación crítica. Se ven más atrevidos y confiados que nunca.

—Es por Miki, cada vez está más cerca y más lejos de heredar. Van a hacer todo lo posible para arrebatarse el puesto —dijo Murik.

—Para nadie es un secreto que Dara es búlgara, pero nadie salvo ellos tendría ningún inconveniente respecto al próximo jefe —dijo Zoria.

—Miki tiene el apoyo de las cinco familias —añadió Aleksei—; sin su apoyo, no tienen opción.

—La tendrán si no obramos de la manera correcta —lo contradijo Liov—. Un paso equivocado marcará la diferencia entre subir a la cúspide o caer en picado.

—Entiendo que debéis ir con cuidado; sin embargo, tenéis que avanzar. Debéis buscar la forma de arreglar este embrollo. Debéis hacerle ver al mundo que no habrá líder mejor que Mikhail. No importa la sangre que corra por sus venas, porque estas van cargadas de fortaleza y valentía.

—La mayoría lo sabemos —aseguró Liov.

—Pero siempre queda una minoría que se niega a ver lo obvio —dijo Murik.

—¿Qué opinan Egor y Miki de esto? —pregunté con cuidado. No estaba segura de tener el derecho de indagar acerca de él.

—Han ido a Moscú —respondió Murik.

—¿A Moscú? ¿A Moscú a qué? —inquirí.

—A visitar a los Pávlov —me respondió Liov.

Enarqué una ceja de forma interrogativa.

—La poli no lo sabe todo, al fin y al cabo —respondió Zoria burlón.

—Los Pávlov son los jefes de la mafia en Moscú —explicó Liov.

—Tenía entendido que vosotros erais la mayor mafia rusa. Quiero decir, sé que hay más familias que se dedican a los mismos o parecidos sucios negocios; sin embargo, os creí en la

cúspide.

—Otra vez os engañasteis —dijo Zoria refiriéndose claramente a la policía en general, y no solo a mí—. Los Pávlov están en la cima, como nosotros. En cambio, cada uno obra en su jurisdicción, por decirlo de alguna manera. Ellos tienen veto en nuestro territorio y nosotros, en el de ellos. Si cualquiera incumple el tratado, será asesinado, o lo más probable es que se desate una guerra.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de su visita?

—Si los Kostka y los Kovalenko llevan tiempo obrando a nuestras espaldas como sospechamos, lo más probable es que hayan mantenido contacto.

—¿Qué os lleva a pensar eso? ¿Tenéis algún motivo para hacerlo? —Estábamos tocando un tema que me era completamente desconocido. Nunca había escuchado mención alguna de los Pávlov.

—Sería lo más fácil. Controlan la mayor red de trata de blancas, su territorio abarca todos los países con los que nosotros no trabajamos. —No quería perder detalle de las palabras de Liov—. Sus alianzas con los árabes y los chinos son de acero. Llevan desde la separación de la Yedinsvo trabajando con ellos.

—¿La Yedinsvo? —Cada vez estaba más perdida.

—Hace casi doscientos años, había una única familia con poder absoluto que lo controlaba todo. La denominaron «La Yedinsvo» —explicó Liov.

—¿Qué tiene esa familia que ver con los Pávlov y con vosotros?

—Ambos pertenecíamos a la Yedinsvo, antes de que lo preguntes. —Liov alzó una mano para frenar mi siguiente pregunta—. No, nosotros no éramos los jefes ni ellos tampoco. Su último líder fue Nikolay Fiódorov, el último zar de Rusia.

—¿Cómo? ¿De qué hablas? —pregunté con cautela.

—Vamos, Dabria, ¿en realidad creías que la realeza no estuvo metida? ¿Por qué crees luego que eran las dinastías más ricas del mundo? —preguntó Murik.

—Este negocio es una mina de dinero, ¿por qué si no estaríamos en él? —se unió Zoria.

—No... yo... ¿Qué ocurrió? ¿Qué ocurrió para que se deshiciera?

—Asesinaron a su último miembro —dijo Aleksei.

—Un Korsakov mató a la última de la estirpe, acabó con el único Fiódorov que seguía vivo.

—Eso puede que no haya sido así —defendió Liov.

—¿Otra vez, papá? Él mismo confesó haberla matado. Dijo que la había degollado y luego quemado hasta que solo quedaron las cenizas, que no tardó en llevarse el viento. —Murik sonaba como si no fuese la primera vez que mantenían esa disputa.

—Cualquiera confesaría si lo torturasen como a él. —Zoria apoyó a su padre—. Nosotros confesaríamos haber matado al mismísimo diablo si nos someten a lo mismo.

—¿Qué más da? Los muertos no pueden volver para contarnos la verdad. Y fue hace tanto tiempo que la versión se modifica cada año —dijo Aleksei.

—¿Por qué quería matarla? —Tenía tantas preguntas que empezaba a dolerme la cabeza.

—Aleksandra Ursola Fiódorova era la hija mayor del zar. Heredaría cuando su padre muriera porque no había tenido ningún hijo varón, solo hijas. Los Pávlov querían casar a su segundo hijo con ella para que así llegase a zar.

—¿Qué ocurrió? —me apuré a preguntar.

—¿Quieres escuchar la historia? —preguntó Liov—. Pues cállate y escucha.

—Lo siento —me disculpé, haciendo mi típica mueca de disgusto.

—Sergei Korsakov estaba locamente enamorado de Aleksandra, unos dicen que era amor correspondido y otros que se volvió loco y la mató al enterarse de que iba a casarse con otro hombre.

—No entiendo. Aunque ella muriese, ¿qué pasó con el resto? —De nuevo había vuelto a interrumpir a Liov, que me miraba con una expresión rara, entre divertida y cansada.

—Como en las mejores familias, siempre hay una parte que no está de acuerdo en la manera de llevar a cabo los negocios. Muchos, la mayoría, eran de los Pávlov, pero también había de los nuestros, se rebelaron contra el zar. Le declararon la guerra al jefe de la Yedinsvo abiertamente y el día de la boda, de madrugada, asesinaron a toda la familia Fiódorov, excepto a Aleksandra. Los Pávlov la recluyeron hasta la hora de la boda, momento en el cual nunca llegó a aparecer.

—¿No se tomaron medidas contra los rebeldes?

—Si se hubiesen tomado medidas contra ellos, su clan y el nuestro se habrían reducido a la mitad; por tanto, decidieron no poner fin a ninguna vida, salvo las de los cabecillas. Acordaron cumplir la voluntad del último zar, que era casar a su heredera con un Pávlov.

—¿Por qué culparon a Sergei?

—Porque era él el encargado de escoltarla desde el palacio hacia la capilla, la montó en un carruaje delante de todos los fieles del zar, pero nunca llegaron a su destino. Ese fue su error: hacerlo delante de los seguidores de los Fiódorov. Cuando lo encontraron, estaba cubierto de sangre, con arañazos en los brazos y la cara, arrodillado junto a una hoguera que apestaba a carne chamuscada —respondió Liov.

—No hay duda de que él la asesinó —aseguró Murik.

—Nadie vio cómo la mató —contradijo Zoria.

—Tampoco volvieron a ver a Aleksandra nunca más —explicó Aleksei.

—Lo culparon por acabar con la estirpe, eso os llevó a todos a la ruina.

—Sin los Fiódorov, nada nos unía. Al contrario, había un claro motivo de separación. Ellos querían sumisión absoluta por nuestra parte. Nosotros no estábamos dispuestos. Ellos querían que pagáramos por lo que Sergei había hecho. Nosotros queríamos empezar por nuestra cuenta —continuó Liov.

—En definitiva, que los Korsakov y los Pávlov se separaron porque los primeros eran mucho más honorables que los segundos. Los Pávlov querían una mafia dispuesta a arrasar con todo, a fabricar dinero a toda costa; no les importaba la sangre, el dolor o la lealtad. No les importaba absolutamente nadie. Mataban, torturaban y violaban sin descanso. Su único objetivo era aterrorizar la ciudad para tenerlos sometidos en su totalidad. Querían máquinas, no personas. Querían robots, no empleados. —Zoria sonrió, contento por su sutil discurso.

—Tú has dicho que una parte de ellos y una parte de los Korsakov querían eso, ¿me equivoco?

—Una minoría nuestra y una mayoría suya. Lo que dejaba claro cómo sería a partir de ese momento —respondió Liov.

—¿Vuestra minoría eran los Kostka y los Kovalenko?

—Sus antepasados, sí.

—¿Por qué querían los Pávlov acabar con la familia del zar cuando su hijo ya iba a casarse con su heredera?

—Dicen que los rebeldes querían tener un mando absoluto, los hijos se dejan influenciar por los padres y no olvidemos que ella era la heredera, la futura zarina. Él sería zar, pero por ir colgado del brazo de su esposa, no por derecho propio. Muerto el perro, se acabó la rabia. Aleksandra se quedaría sola en el mundo, a merced de su esposo y su familia, que serían quienes gobernasen

realmente. No puedo contarte mucho más. Las versiones, como dijo Aleksei, cambian con los años y con el narrador.

Estaba de piedra. ¿Por qué nunca había escuchado hablar acerca de los Pávlov? ¿Acerca de la Yedinsvo? Si había jugado un papel tan importante, me parecía imposible que no se supiera. Ni el comisario ni la inspectora le habían dado importancia a la otra mafia de Rusia. Siempre se habían centrado en las Tres K. ¿Es que la otra mafia no se dedicaba a la misma mierda? Había cabos sueltos. No me gustaba. No me olía bien.

—Fue la mejor decisión; de otra forma, se habrían llevado muchas vidas por delante, tuyas y nuestras —continuó Liov—. Firmaron un tratado, los Korsakov volverían a su ciudad, San Petersburgo, y allí controlarían su mafia; ellos se quedarían en Moscú, desde donde gobernarían la suya, cada una abarcando el territorio más próximo o el que hubiesen acordado. Si alguna vez se quebrantaba tal acuerdo, la tregua se acabaría y darían muerte a quien lo hubiese provocado.

—¿No hay forma de cambiar ese acuerdo? ¿No hay forma de unirlos de nuevo?

—No —respondió Murik negando con la cabeza.

—Sí —lo contradijo su padre—. Que un miembro de los Fiódorov reclamase la Yedinsvo. Hecho imposible, ya que los muertos no regresan, menos los que llevan cerca de doscientos años bajo tierra.

—Buena observación —respondí pensativa.

MIKI

—¿Qué crees que pasará, abuelo? —Nos quedaban menos de diez minutos para llegar a nuestro destino. El abuelo me miraba de reojo mientras conducía. Mi padre iba en la parte de atrás con Pashenka, ambos mirando por la ventana. ¿Qué mirarían?

—La verdad, Mikhail, es que ruego por que no ocurra lo que más temo.

—¿Tan malo es? —pregunté girando la cabeza para observar su reacción.

—Lo comprobaremos en unos minutos.

Odiaba esa situación, más que nada porque odiaba que mi abuelo se viera involucrado en esos peligros. A su edad, no debería tener esas preocupaciones. Nos detuvimos tras las rejas de una enorme mansión, bueno, o lo parecía. Las rejas eran tan altas y opacas que apenas se veía el tejado. Toqué el interfono y esperamos cruzando los dedos.

—Buenos días, ¿qué desean?

—Nos gustaría hablar con Hedeon Pávlov.

—¿Quién pregunta? —quiso saber la voz tras el interfono.

—Los Korsakov. —Un silencio se apoderó de la situación. Era como si la voz del interfono se hubiese quedado muda—. Soy Mikhail Korsakov, nieto de Yoroslav Korsakov. Mi abuelo y mi padre están aquí conmigo.

—¿A qué han venido? —preguntó de nuevo el hombre que hablaba por el interfono. La hostilidad y la dureza se habían apoderado de su tono.

—Le aseguro que es de extrema importancia. Avísele a su jefe de que los Korsakov desean hablar con él.

Tras diez minutos de espera, la reja se abrió; la voz no volvió a sonar, pero eso era una invitación. O una resignación. El caso era que habíamos entrado. Arranqué el coche antes de que se arrepintiesen y nos cerrasen las rejas en la cara. La mansión quedaba bastante alejada de las verjas, una carretera pulcramente asfaltada nos guiaba hasta ella. Cuando quedaban menos de cien metros, unas enormes hileras de hombres nos esperaban a cada lado, armados hasta las cejas y con la mirada cargada de odio y la piel tensa de rabia. Avancé con cuidado de no pisar a ninguno de ellos. Eso sería empezar con muy mal pie, literalmente. Aparqué de cualquier manera en la entrada, los otros dos coches con nuestros hombres hicieron lo mismo. Los «soldados», que tan quietos habían estado mientras nos acercábamos, formaron a nuestro alrededor tan pronto nos hubimos bajado del auto.

Como por inercia, todos levantamos las manos en señal de paz.

—Las armas —ordenó uno de ellos.

Los nuestros miraron en dirección a mi padre esperando una orden suya. Él asintió. Todos hicimos lo que nos pedían, incluso mi padre y yo. Era mejor que no tuvieran que pedir las cosas dos veces.

—Por vuestro bien, espero que no intentéis dejar algún pequeño juguete oculto en la bragueta —dijo el mismo. Debía de ser el jefe—. Seguidme —ordenó al comprobar que ninguno de nosotros le daría otro «juguetito».

Subimos las enormes escaleras de mármol que nos separaban de la casa, entramos en una enorme estancia. A la derecha, se abría un gran salón donde una veintena de hombres más nos esperaban. En el medio de ellos, sentado en un sillón, se encontraba quien creía que era Hedeon Pávlov, un señor mayor, de bigote y con unas gafas de media luna. Su atuendo parecía sacado de una película de *gansters*, el traje pulcramente planchado de un color vino tan intenso como las uvas maduras. Su postura era erguida y con el mentón alzado y con expresión un tanto indescifrable.

Enfrente de él, en un sillón biplaza, había dos hombres de la edad de mi padre. Supuse que serían sus hijos.

—¿Qué hacen los Korsakov en mi casa? —preguntó Hedeon.

Mi abuelo dio un paso adelante para quedar frente a nosotros, dejando claro que era él la autoridad.

—Soy Yoroslav Korsakov —se presentó—. Necesitamos hablar con usted.

—Habéis incumplido el tratado.

—No lo hemos incumplido, hemos venido sin el hacha de guerra. Lo único que queremos es hablar.

—¿Qué puede ser tan importante para arriesgar la vida de uno mismo y la de todos sus hombres?

—Si no nos arriesgamos hoy nosotros ante los enemigos, quienes acaben con todos serán quienes supusimos amigos —respondió mi abuelo sin dejar de sostenerle la mirada.

—¿Quieres decir que os han traicionado? —preguntó Hedeon con curiosidad.

—Eso creemos. Bueno, estamos seguros —respondió mi abuelo de nuevo.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—Queremos saber si los Kostka y los Kovalenko han hecho negocios con vosotros —dijo en tono demandante.

—No me importan vuestros negocios o los de vuestros socios. Si ellos trabajasen conmigo, no sería correcto decirlo. Anota un buen consejo, Yoroslav, cada uno debe gobernar su casa y no pedir ayuda afuera.

—Podríamos llegar a un acuerdo —intervino mi padre—. Nos beneficiaría a ambos. Podríamos unir fuerzas.

—¿Tú eres? —quiso saber Hedeon.

—Egor Korsakov —respondió mi padre con seguridad.

—Eres quien dirige las Tres K. ¿Tu padre se veía viejo para la labor? Quizá hubiese sido mejor que no relegase en ti tan pronto, por lo que veo, tenéis problemas.

—Los problemas no son de ahora, Hedeon. —Di un paso adelante y me dispuse a explicar lo más calmado posible—. Ya hace años, antes de que yo hubiese nacido, negociaron a nuestras espaldas, desobedecieron las órdenes de mi padre, de su jefe. Y ahora vuelven a hacerlo; o, quizá,

es que nunca han dejado de hacerlo. En tal...

—Cómo no —me interrumpió uno de los más jóvenes—. Tú eres el arrogante de Mikhail Korsakov, el heredero.

—Veo que has escuchado hablar de mí —dije con aire arrogante.

—Todo el mundo lo ha hecho —respondió el otro de los hijos.

—Tienes fama de arrogante, engreído y prepotente —continuó el primero que había abierto la boca, creía que se trataba del mayor—. Desde luego, en este caso, las malas lenguas se quedan cortas.

—Podría enumerarte muchos adjetivos más, pero no tengo tiempo ni ganas —dije alzando la barbilla. Mi padre y mi abuelo me lanzaron una mirada seria, advirtiéndome que no me pasase de la raya. Si lo hacía, significaría nuestra muerte.

—El legado Korsakov se tambalea. —Mi abuelo retomó la palabra. Hablaba calmado y serio, duro y amable, con seguridad y petición; y sin el aire arrogante que su nieto, yo, había heredado claramente de mi abuela—. No vamos a pasar por alto una traición; no, de nuevo. Hace años, como acaba de contaros mi nieto, les dimos la oportunidad para redimir su error; sin embargo, ellos optaron por desafiarnos de nuevo.

—Yoroslav. —Esa vez fue Hedeon quien habló. Denotaba un tono desagradable y de reproche en su voz—. Vuestro liderazgo se tambalea por vuestra propia culpa. Si no hubieses dejado casarse a tu hijo, a tu heredero, con una fulana búlgara, esto no os estaría pasando ahora. —Tuve que anclar los pies al suelo y anteponer nuestras vidas a mi orgullo y rabia para no abalanzarme sobre el hijo de puta que estaba insultando a mi padre con todo el descaro del mundo.

—No permitiré que insultes a mi mujer, Hedeon —amenazó mi padre con la mandíbula apretada.

—La verdad nunca debe ser ofensiva. Elegiste a una mujer que sabrías que traería problemas a las Tres K, que debilitaría vuestra familia y que pondría en el ojo de mira a vuestro hijo, porque para nadie es un secreto que su sangre está mezclada. En los casi doscientos años que llevan las Tres K nunca se subió a la cima alguien que llevase otra sangre que no fuese rusa al completo —explicó Hedeon.

—Elegiría una y mil veces más a mi mujer. Nunca he dudado de mi elección, como nunca he dudado de que nos traería problemas. Pero no es algo que no podremos arreglar —respondió mi padre.

—Entonces, ¿qué hacéis aquí, pidiéndole ayuda al enemigo? —quiso saber el hijo menor.

—Eso mismo me pregunto yo. —Me di cuenta demasiado tarde de que lo había dicho en alto.

—Una alianza entre nuestras familias sería productivo para ambas —dijo de nuevo mi abuelo—. Si nos ayudáis esta vez, podremos ayudaros en un futuro.

—¿Quién dice que necesitaremos vuestra ayuda en un futuro? —preguntó el hijo menor.

—Tarde o temprano, todos necesitamos ayuda. Por muy autosuficientes o por muy independientes que nos creamos en un momento, las cosas cambian en cuestión de segundos —explicó mi abuelo.

—No nos interesa una alianza con quienes aniquilaron la única posibilidad que teníamos de ser los reyes de un imperio. No nos interesa unirnos al enemigo, en cualquier momento podríais deslizar vuestras afiladas hojas por nuestros cuellos y, lo que es más importante, en cualquier momento podría mataros con mis propias manos. No hay cosa que desee más que ensartar vuestras cabezas en una pica y acabar con la escoria Korsakov para siempre —sentenció Hedeon con desprecio.

—Habéis hecho un viaje en balde —dijo el hijo mayor—. Agradeced que podréis hacer también el de regreso.

—Lo que pasó en el pasado, lo que cuentan las miles de historias acerca de lo que pasó esa noche no son más que dichos turbios e infundados. Nunca sabremos lo que en verdad ocurrió ese trágico día —dijo mi abuelo.

—No estuvimos allí, nadie de nosotros lo estuvo. En cambio, todas las miles de versiones, como tú dices, Yoroslav, concuerdan en algo. En algo substancial —dijo de nuevo el hijo mayor.

—Un Korsakov acabó con la vida de Aleksandra Fiódorova, eso es lo que cuenta la historia. —Hedeon tomó la palabra de nuevo—. Eso es lo que nos importa de la historia. Ahora, largaos. —Hizo un gesto con la mano, indicándonos la salida—. ¡Oh! Y aceptad un último consejo de un hombre sabio: cuidad vuestro círculo, mirad alrededor porque los enemigos no siempre giran en órbitas distintas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mi padre.

—Sal de mi vista —escupió el viejo con desprecio—. Y, recuerda, mantén los ojos abiertos.

—Algún día, los papeles se cambiarán y seréis vosotros quienes estéis a mi merced —solté antes de abandonar la sala tras mi padre y mi abuelo.

—Eres un iluso, Mikhail —escupió con odio el hijo mayor de los Pávlov.

El trayecto de vuelta al avión fue en completo silencio. Ninguno quería romperlo. ¿Para qué? ¿Para comentar que había ido de puto culo? Mi padre parecía haber envejecido diez años, mi abuelo parecía resignado y yo estaba cabreado. Cabreado hasta el punto de temblar de ira y capaz de cargar a gritos contra quien no se lo merecía. Por eso no abrí la boca. No soportaba que se riesen de mí, no soportaba que insultasen a los míos, no soportaba no tener el mando y, desde luego, no soportaba dejarlos creer que estábamos mendigando ayuda. No estaba hecho para que la gente viera mi debilidad, mi falta de autoridad o a que se creyeran superiores a mí. Yo era Mikhail Korsakov, yo era el heredero de las Tres K, y eso iba a ser así aunque tuviese que trepar por una montaña construida con los cadáveres de todo San Petersburgo para mi ascenso a la cima; yo me sentaría en el puto trono, así tuviese que cortar las cabezas de todos los Kostka y los Kovalenko y ponerlas a nadar por el río Neva hasta Finlandia. Las cosas más horribles, incluso para la mente, se convertirían en realidad si eso me ayudaba; no me importaba lo que tuviera que hacer, nada tendría valor si con ello alcanzaba mi propósito.

—Tranquilo, Mikhail. —Mi padre posó una mano sobre mi hombro cuando me senté al lado del abuelo en el avión. Él lo hizo enfrente nuestra.

—Nos hemos arrastrado para nada. —Nunca había sido un experto en el control de la ira; sin embargo, ni mi padre ni mi abuelo se merecían hacer de saco.

—Lo intentamos, Miki —dijo mi padre.

—Sí, pero no lo conseguimos. —Pese a mis esfuerzos, mi voz sonó más enfadada de lo que se merecía.

—Debes saber, que no siempre se gana —me dijo mi abuelo con voz calmada y mirada profunda.

—Yo no. Aunque las cosas cambian. Últimamente, he perdido demasiado. —De nuevo mis pensamientos se desviaron a un rostro de ángel, una mirada verde atravesándome el alma y unos ojos plateados suplicándome perdón. Negué con la cabeza para apartar su imagen de mi mente. En vano era ese intento también, ya que parecía estar esculpida a pico y pala en mi alma.

—Todo volverá a su cauce. Ya lo verás —dijo mi padre. No creo ni que el mismo se lo creyese.

—¿Cómo lo haremos?

—Buscaremos la manera. —Mi padre cerró los ojos. No quería discutir y yo tampoco.

—Abuelo —dije al cabo de una hora—. ¿Te arrepientes alguna vez de no haberle prohibido a mi padre que se casase con mi madre?

—Nunca. —Su respuesta fue inmediata y rotunda—. Jamás. Desde que conocí a tu madre supe que sería la mujer que haría feliz a mi hijo, y eso es lo más importante para un padre.

—Pero así... Todo es así de complicado por mi sangre, porque ella no es rusa y yo tampoco.

—El mundo entero sabe que no hay persona en el mundo más apta para gobernar las Tres K que tú. Nadie se ha opuesto nunca a ello.

—Excepto...

—Sí, lo sé. —No me dejó terminar de hablar—. Solo ellos dudan de ti, como dudaron de tu padre y como dudaron de mí. No es que duden de tu capacidad, es que la envidian.

—Podrían poner a los demás en mi contra. Podrían empezar una guerra. —Traté de que mi abuelo entendiera que no era tan sencillo, que ellos nos querían muertos.

—Asegúrate de tener a todos de tu lado. Sé más listo que ellos, Miki. No entres en su juego. No te dejes llevar por la rabia y el odio. Mente racional y fría, como siempre. Haz que te sigan porque te quieren y te respetan, no porque temen que les metas un tiro entre ceja y ceja. No impongas tu voluntad sin argumentos y bajo amenazas, hazlo bajo argumentos justos, escuchando a tu gente. Entiéndelos a ellos para que te entiendan a ti. La empatía puede ser un signo de debilidad o un potente aliado, depende de cómo juegues la partida. Tú hazlo para ganar.

—¿Crees que podemos conseguirlo?

—Creo que puedes conseguir todo lo que te propongas en este mundo, así sea bajar las estrellas y pegarlas en tu cuarto, volar en alfombra o convertir un pura sangre en unicornio.

—Abuelo. —Sonreí con cariño.

—No me creas. No soy más que un viejo que chochea por su nieto.

Sentaba bien un poco de humor y cariño. Era bien recibido en momentos de tanta tensión, siempre que te lo brindase la persona correcta.

DABRIA

—¿Por qué coño no vas al médico? —Borak estaba enfrente de mí.

Comprobé el lugar con la mirada: seguía en el gimnasio, estaba recostada en el sillón de su despacho con una preocupada Inna sosteniendo un vaso de agua.

—No es nada. —Me incorporé con cuidado bajo la atenta mirada de mis amigos.

—¡Claro! Es la... ¿qué? ¿Segunda vez en una semana? ¡Que yo sepa, claro!

—No necesito un sermón, Borak.

—¡No! Necesitas un médico, lo llamaré ahora mismo. —Hizo el intento de sacar su teléfono, pero se lo impedí.

—De ninguna manera. Lo que necesito es salir con mis amigos, despejarme. ¿Os apuntáis?

Borak e Inna se miraron entre sí y luego me miraron como si estuviese loca.

—Estoy perfectamente, solo necesito relajarme. Estas semanas han sido demasiado, por tanto, si no queréis comportaros como unos buenos amigos, iré con cualquiera. —Fingí que no me importaba.

—A las nueve te recojo en casa. Tómate el resto del día para descansar.

—No es...

—No olvides que también soy tu jefe. —Me miró de forma severa y preocupada. Asentí y le guiñé un ojo.

—Esta noche promete. —Moví las cejas arriba y abajo, era la más animada por la salida nocturna.

—Bien. Avisa a David, entonces —me dijo Inna con una gran sonrisa.

—¿Qué le ves al americano? —preguntó Borak.

—Todo lo que no veo en ti, querido. —Me alegré de que tuviésemos otra cosa de que hablar.

Mientras me preparaba, me repetía una y otra vez que esa noche no pensaría en nada más que en cogerme una buena borrachera, bailar hasta el amanecer y reírme hasta que me doliera la tripa.

San Petersburgo era una ciudad muy grande como para encontrármelo. Era cierto que todos los sitios que frecuentábamos eran los mismos; sin embargo, esa noche no pisaría el Baltika o el Atenea.

Me esforcé en vestirme y maquillarme, quería verme bien. Había elegido un vestido negro

pegado al cuerpo, por encima de la rodilla, con manga tres cuartos y un profundo escote. Me calcé unos botines de ante con un tacón de aguja muy alto. Un abrigo morado de pelo largo hasta debajo de la rodilla y un gorro del mismo color y textura evitarían que me quedase congelada en los pocos minutos que pasaría en la calle.

No me puse sombra de ojos, solo una fina raya con un poco de rímel para alargar y dar volumen a las pestañas, eso sí, los labios de un morado tan intenso y oscuro como una berenjena.

Borak me recogió a la hora exacta. Apuré el paso todo lo que me permitió el estrecho vestido hasta el coche. Tenía la calefacción tan alta que me deshice del gorro y de los primeros botones del abrigo antes de recorrer la primera manzana.

—¡Joder! Con estos cambios de temperatura, no entiendo cómo no te pones enfermo. En vez de un coche, parece una sauna.

—Siempre puedes elegir el transporte público donde, gracias a tu nervioso estómago, seguro que le rocías los zapatos a alguien de vómito. —Me sonrió mostrándome sus dulces y perfectos hoyuelos.

—Si tu intención es arruinarme la noche, es mejor que te quedes en tu casa.

—Intento hacerte entrar en razón, pero en vez de neuronas, debes tener bolas de corcho en el cerebro. —Pese a ser una burla no sonreí. El sarcasmo era un rasgo de lo más significativo en el tocapelotas de mi amigo.

—Bolas dispuestas a machacarte tu masculinidad como no te calles. Necesito esto, por favor. —Lo miré con cara de corderito degollado.

—Cuenta conmigo. Siempre.

—Joder, para la próxima, es mejor que entres al garaje —protestó Inna al entrar en el coche.

—Estabas en el portal, Inna. ¿Qué diste? ¿Tres pasos? —Mi yo interior emitió un sonoro «sííí» y alzó el puño en alto cuando las burlas de Borak se centraron en ella. Comportamiento de mala amiga, pero estaba contentísima de que desviase su atención a otra persona, quienquiera que fuese, de mí.

—Muy gracioso —le respondió con burla—. Apura. La noche es joven, siempre y cuando la empecemos pronto.

Luego de recoger a David, Borak nos llevó a un restaurante para empezar con el estómago lleno.

No pensé que necesitara tanto un día de juerga hasta que todos nos encontramos agarrándonos la barriga de la risa y brindando con las copas en alto. Tal y como yo había esperado. El camarero estaba deseando que nos marchásemos. Hacía una hora larga que se había ido el último cliente, quedábamos solo nosotros. De no ser porque Borak nos acompañaba, hacía rato que nos hubiese echado; sin embargo, ahí seguía, sirviéndonos con una sonrisa más falsa que la de la mejor amiga que se tiraba a tu marido.

—Vamos, o no podremos levantarnos. —Di ejemplo siendo la primera en levantarme de la silla.

—¿Cuál es nuestra siguiente parada? —preguntó David.

—Un sitio donde no haya posibilidades de encontrarnos con Miki —respondí rápidamente, caminando junto a mis amigos hacia el coche.

—A ser posible que haya ambiente, ¿sí, Babette? —comentó Inna vacilona. Todos sabíamos que las mejores discotecas pertenecían a su familia.

—El Poseidón. Tu ex no suele ir —dijo Borak abriendo el coche y entrando. Nosotros no tardamos en hacer lo mismo. Esa vez la prisa no era el frío, ya que el coche estaba en el garaje; lo

importante era bailar y disfrutar.

—¿Por qué?

—Es el más pijo. Suelen juntarse los famosos, hacer sus fiestas y alardear en los reservados.

—Claro, más de «tu» estilo. —Sonreí a Borak enseñando todos los dientes. «Toma esa, llevas todo el día fastidiando».

—Está bien, iremos al Poseidón —dijo David contento—. De todas formas, será la única vez que pueda entrar en un sitio como ese.

—No es el ambiente que más me gusta, pero si él no está, me vale —accedí.

—«No creo que esté» no es lo mismo que «no va a estar» —aclaró Borak mientras cogía un desvío hacia la derecha.

—Ya me dejas más tranquila. Nací con un trébol de cuatro hojas en el culo.

—¡A veces eres tan ordinaria que roza la grosería! —me regañó Inna.

—No sabía que el nuevo nombre de sinceridad era grosería. Lo tendré en cuenta la próxima vez. Vuestras pulcras mentes no están preparadas para comentarios tan impropios de una dama.

—¿Quieres callarte de una vez? Entre la borrachera y tu enrevesada lengua me daréis jaqueca —se quejó Borak.

Rodé los ojos. Los últimos días no había estado muy habladora, esa noche era distinto porque el alcohol me había ayudado a escupir cualquier estupidez que se me pasaba por la mente.

Al llegar, el lugar estaba repleto. Entre David y yo convencimos al pijo de nuestro grupo para no coger un reservado, alegando que lo pasaríamos mejor si nos mezclábamos con todo el mundo en vez de apartarnos.

Tras dejar bolsos y abrigos en la entrada, nos dirigimos a la abarrotada barra, donde David ya tenía delante lo que parecían unos tres chupitos por cabeza.

—¡Venga! No irás a echarte atrás ahora, en tu noche tan prometedora —me animó con su marcado acento americano.

—Eso no lo verán tus ojos, guapo. —Le guiñé un ojo y me bebí uno de golpe, sin esperar a brindar con mis amigos.

Lo cierto era que la noche iba genial, bailamos hasta que nos dolieron los pies, cantamos hasta quedar sin aire; bueno, no tanto. Sin embargo, en una de nuestras paradas, la borrachera se me fue de golpe, dejándome tan seca que creía que sudaba sangre en vez de sudor.

Abriéndose paso hacia nosotros, en realidad hacia la pista, pero era necesario pasar por la barra donde estábamos pidiendo, mi antiguo grupo de amigos se acercaba encabezado por mi exnovio.

¡Genial! Lo que faltaba para ser una noche redonda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inna zarandeándome. Siguió la dirección de mi mirada al ver que no le contestaba.

—Tranquila, iremos a pedir a otra barra. —Se giró rápidamente para hablarles a los chicos.

No tardó más de medio minuto en llamarlos, el mismo tiempo que le llevó a Miki y su grupo llegar a mí. Pude ver cómo su primera impresión fue de sorpresa, seguramente tanta como la mía de verlo a él, pero la escondió a la perfección tras una máscara de odio y rabia.

Laryssa me miró con un odio similar al de su hermano, y fue ella la primera en soltar el veneno.

—¿Qué haces aquí?

—Parece que no te agrada verme. —Di un paso adelante para acercarme.

—Exacto. Eres como una piedra en un zapato: pequeña pero molesta; fácil de evitar, pero difícil de sacar.

—También es una sorpresa para mí encontraros aquí, pero al contrario que a ti —miré a Miki—, a mí no me resulta desagradable. Pasadlo bien, chicos. —Le sonreí a Nitca y Aleksei, quienes me devolvieron la sonrisa, al igual que Galina, que me susurró algo como: «no hagas caso».

Me di la vuelta, no tenía ganas de una reyerta y había altas posibilidades de que sucediese. Casi por inercia, empujé a mis amigos para animarlos a caminar lejos de las penetrantes miradas de las personas que más quería en esa maldita ciudad y que tanto me odiaban en ese momento.

Una voz me detuvo. No me hizo falta girarme para saber a quién correspondía, su tono bajo y rasgado provocó que se me erizase el vello. En cambio, sus palabras se me clavaron como esparpadas. La herida en mi alma no había sanado ni por asomo, solamente quería mantenerla taponada por unas horas, pero él se encargó de hurgar en ella para que siguiera dañando.

—Déjala, Laryssa, ¿no ves que, a falta de uno, ahora tiene dos?

—¿Qué te pasa, Miki? ¿Estás celoso? Está en tus manos recuperar ese derecho sobre mí. —El alcohol me ayudó a soltarle todas esas bobadas.

—¿También está en tus manos borrar todo rastro tuyo de mi vida? Porque me encantaría no sentir asco al recordar tus caricias, repulsión al pensar en tus besos y hasta náuseas por hacerte el amor.

—Eso —tragué con fuerza aguantando las lágrimas— tendrás que hacerlo tú solo; bueno, cualquier fulana te ayudará. —Abrí los brazos abarcando el local—. No te será tan difícil volver a las andadas.

—Como puedes ver, ya he empezado. Por cierto, no quiero volver a verte por ningún local mío. —Su mirada era hielo, sus palabras agujas.

—¿Vas a echarme de la ciudad también?

—Eso, por desgracia, no está en mis manos; alejarte de mi entorno, sí.

—¿Puedo acabar la noche o corro el riesgo de que me saques por la fuerza? —La sangre volvió a mí con toda su energía. Detestaba esa forma en la que Miki trataba a la gente, más si esa gente era yo.

—No me provoques, Babette. —Me atravesó con sus rayos negros.

—No es mi intención. —No sé por qué quería fastidiarlo, puede que por el alcohol o para amargarle la noche como él había hecho conmigo, así que me empeñé en ello—. Solo que sería una pena tener que marcharme cuando lo estoy disfrutando tanto. —Sonreí escondiendo el verdadero dolor que sentía.

—Ni siquiera mereces que me ensucie las manos sacándote de aquí —escupió. La lucha que habíamos empezado como dos críos demasiado alterados por el alcohol la interrumpió Borak.

¿Borak? Mierda. Eso no podía acabar bien.

—Suficiente, Miki. Otra palabra más y te partiré la cara. —Miré a mi derecha, donde de repente había aparecido mi amigo, pegado a mi hombro, fulminando al susodicho con sus ojos claros.

—Vaya. —Miki soltó una carcajada—. ¿Vas a pegarme por ella? Ni siquiera alguien como tú se merece a alguien —me miró con desprecio— como ella.

—Cierra la boca. —Borak le dio un fuerte empujón. Antes de que los dos se liasen a golpes, Nitca y yo nos pusimos en medio.

—Basta —dijo ella mirando seria a Miki—. No sois críos. La gente está empezando a agolparse a nuestro alrededor para mirar cuál es más gallito.

—Vámonos. —Tiré de Borak para alejarlo.

—Sí, llévatelo, escapa con él, fóllatelo un par de veces para que se le vaya el mal humor, no

creo que te cues... —Dejé de escuchar su voz, un sonido sordo la sustituyó y luego gritos en un ruso poco fluido.

—¡Eres un imbécil, tío! Aposté por ti y qué equivocado estaba. Solo espero que te olvide pronto. —David se alejó dejando a todo el grupo aturdido con sus palabras.

—¿Qué coño has hecho, David? —le gritó Inna.

—Lo que tenía que hacer —respondió como si fuese lo más obvio.

—Quiero irme —les dije una vez que el ambiente estuvo más calmado.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿verdad? —preguntó Borak—. Lo que diga Miki nunca me ha importado, no va a hacerlo ahora que me cae peor que antes.

—Anda —lo animé sonriéndole—. Ya es tarde.

Bordeamos toda la pista para no encontrarnos de nuevo con el señor «desbordo testosterona teñida de odio» y los demás al salir.

Borak fue repartiendo a cada uno en su casa. Al llegar a la mía, una angustia se instaló en mi pecho. No quería estar sola.

—¿Te importaría dormir conmigo?

—¿Podemos dormir en la misma cama en forma de cucharilla? —Puso voz de dibujo animado y elevó las cejas.

Sonreí. Borak aparcó el coche y subimos las escaleras hasta mi hogar.

Abrí la puerta con rapidez y corrí al baño. Vacíé en el váter todo el contenido de mi estómago: comida y alcohol en su mayoría.

—El alcohol me revolvió los intestinos. —Mi amigo estaba cogiendo una botella de agua de la nevera. No prestó atención a mi, ya habitual, comentario—. Voy a ponerme el pijama. ¿Quieres un pijama mío para dormir? —le pregunté, poniendo agua a calentar para hacer una manzanilla.

—¡Desde luego, Babette! Uno de ositos. Para que me saques una foto y me puedas chantajear eternamente. Aunque consiguiera ponerme tu pijama, lo que dudo que llegara a lograr sin romperlo, me quedaría como el *body* de una gimnasta artística; los pantalones me quedarían por las rodillas, resaltando mi mejor parte: mi polla y mis pelotas; y la camiseta por los codos. Así que, definitiva y rotundamente NO.

—Como quieras. —Hice un gesto hacia abajo con la mano.

Borak se había ocupado de que no recordase las horribles palabras de Miki, me quedé dormida en el sofá viendo una película que mi amigo no dejaba de criticar. En medio de la noche, desperté en mi cama y él no estaba a mi lado.

Me levanté y lo busqué. Dormía plácidamente en el sofá, le subí la manta para que no cogiera frío. Volví a mi cama pensando que no había persona con la que se equivocaran tanto como con él.

MIKI

—Miki, ¿podemos hablar?

Nitca entró en la que se había convertido en mi habitación sin esperar respuesta. Sabía que estaba enfadada. El día anterior me había comportado como un hijo de puta. Tratarla de esa manera sucia y sin escrúpulos me dejó un mal sabor de boca a la vez que una sensación de placer. Me sentí complacido al ver su mirada triste posarse en la mía, tratando de entender mis emociones. En ella vio odio, rabia y rencor. Quería que sufriera, que le doliera tanto el pecho que no pudiese respirar. Como a mí. Aunque, ¿a quién quería engañar? A ella le importaba un bledo. Tanto mis emociones como yo le éramos indiferentes. Tan solo el medio para llegar a un fin. El obstáculo que había que salvar para conseguir la meta.

—¿Qué quieres? —Me incorporé en la cama cuando se hundió bajo su peso.

—¿Qué pasa contigo? ¿En qué coño estabas pensando ayer? —preguntó alzando la voz sin llegar a gritar.

—Ayer... La verdad es que estaba bastante borracho. No sé a qué te refieres exactamente. —En cualquier momento le saldría humo por las orejas. Esperaba que lo hiciera pronto y tuviera que marcharse. No quería lidiar con un sermón de mentiras y verdades con ella en ese momento. No cuando la imagen, tan perfecta como siempre de... «ella», seguía clavada en mi mente.

—No tenías que haberla tratado así. No tenías que haber sido tan cruel y despiadado.

—Ah, ¿no? ¿Debería haberla invitado a una copa?

—No te quieras hacer el gracioso conmigo, Mikhail —me amenazó con el dedo índice en alto—. Entiendo que estés dolido, que se te desgarre el alma al pensar en ella, en lo que te hizo, en lo que todavía sientes.

—Yo no siento nada por ella. —Mi amiga soltó una sonora carcajada antes de hablar de nuevo.

—Claro que sí. Engañaate a ti mismo, repítete mil veces al día que la odias si eso te sirve de algo.

—¿Has venido a decirme que sigo enamorado de ella? ¿Qué coño te pasa, Nit? —Me levanté de la cama y fui directo al armario. Me puse un chándal con rapidez y la encaré—. Se supone que soy tu mejor amigo y vienes aquí, entras en mi habitación y me despiertas un domingo de resaca a gritos pidiéndome explicaciones porque crees que mi comportamiento no fue correcto con la

mujer que me destrozó.

—Por eso he venido, porque eres mi mejor amigo. Nadie te dice nada porque estás sufriendo, pero entiende de una vez que ella también. Si no quieres escucharla, no lo hagas; si no quieres perdonarla, no lo hagas; pero no arruines su vida. No hagas de su estancia aquí una pesadilla porque no se lo merece.

—¿No se lo merece? —alcé la voz y me pasé las manos por el rostro con frustración—. ¿Estás segura de que no se lo merece? Me ha mentido durante más de medio año, y tú vienes a reprocharme por unas palabras de mierda un sábado de borrachera.

—Se te olvida un detalle muy importante, Miki. Ella tuvo el valor de confesártelo todo, ha estado trabajando con Liov durante semanas, os ha dado pruebas y muestras de que ella no es el enemigo. ¡Joder! De no ser por ella, tu padre estaría muerto ahora mismo. —Mi amiga también me gritó. No se cortaba un pelo a la hora de hablar. En esos momentos, odiaba tanta sinceridad innecesaria.

—¿Quién te dice que no es otro de sus planes? Puede ser para tenernos más a mano.

—¿Más a mano? Ni tú te crees eso. Ella podría habernos metido a todos entre rejas, pero si tu orgullo te nubla el entendimiento hasta ese punto, es que te estás convirtiendo en un necio.

—Nitca, basta —le pedí con cansancio. Hizo oídos sordos. Lo escupiría todo, me gustase o no.

—Ella está sufriendo tanto como tú, así que, cuando te la cruces, déjate los comentarios hirientes y dolorosos para personas que de verdad los merezcan. —Ya no gritaba, me hablaba con seriedad.

—¿Te olvidas de quién soy? —No me gustaba ser grosero con ella, pero era la única forma de que me dejara en paz—. Haré lo que me dé la gana y le hablaré cómo me dé la gana. No me importa lo que te haya contado a ti para ponerte de su lado, yo no quiero saber nada. Lo único que quiero es no volver a verla, porque me da asco.

—Estás loco. —Negó enérgicamente con la cabeza—. No sabes lo que dices.

—Se acabó, Nitca. No quiero escucharte más, vete con tus cuentos a otro y deja de echarme mierda encima.

—Te sobras tú solito para echarte la mierda. —Salió de la habitación dando un fuerte portazo.

Suficiente me costaba a mí mantener mis emociones a raya para que viniera ella a revolucionarlas más. No estaba dispuesto a que nadie perturbase la poca cordura y paciencia que me quedaban. Que le dieran por culo a Babette, Dabria o como quisiera llamarse. Que hiciera la maleta y se fuera a su puto país, de donde no debió haber salido.

La comida no fue como esperaba, deseaba un día tranquilo, sin más contratiempos. En cambio, mi hermana mayor, su marido y su bebé habían venido a comer. Esa vez Kalina fue más cuidadosa con su lengua, no hizo ningún comentario hiriente respecto a ella. Eso no quiere decir que tardase mucho en hacerse presente en la conversación. La alusión a su gran ayuda, a su oportuna intervención para salvar la vida de mi padre tocó mi límite. Me levanté sin acabar de comer y arranqué mi Veneno. Marqué el número de mi primo, el juerguista, y le informé de que iría a la carrera que había en la gran nave de Edik.

No me molesté en preguntarle si querían venir o si pasaba a por ellos. Si querían venir, que lo hiciesen; conocían el camino y tenían coche.

Tardé una hora en llegar a la nave, era enorme, sin duda le pagaban bien por jugar al fútbol. No nos soportábamos, en cambio, para ese tipo de eventos nos reuníamos con la oportunidad de avergonzar al otro. Yo ganaría, como siempre.

Encendí un cigarro y salí del coche. Me uní a un grupo de chicos que conocía de vista y

pregunté:

—¿Cuánto falta?

—Una media hora.

Asentí y le di una fuerte calada al cigarro, para luego expulsar el humo lentamente.

—¿Vas a correr? —preguntó uno de ellos en un intento de entablar una conversación.

—Voy a ganar —aseguré con arrogancia.

—Quizá. —Giré la cabeza para ver por dónde se acercaba—. Si te dejas.

—Nunca me dejas y nunca ganas. —Lo miré con odio.

—Te crees el mejor, Korsakov, pero eres un mierda —escupió Mikola parándose a mi lado con su séquito tras él.

—Soy el mejor, Mikola. —Me giré para darle la espalda. No quería verle la cara más, me provocaba una ira creciente que solo aplacaría estampando mis puños en ella una y otra vez.

—¿Dónde dejaste a tu fulana? ¿No quiere volver contigo?

—No tengo un buen día —respondí sin girarme para mirarlo—. No hagas que te parta la cara. —No quería escuchar una palabra de la mulata que había puesto mi mundo patas arriba.

—Con lo buena que está, es una pena. Follársela debe ser una exquisitez. —Esas palabras me empujaron a deshacer el giro para volver a encararlo.

—Cierra la puta boca. —Los nervios me saldrían por los poros de la piel en cualquier momento.

—Eres un hijo de puta con suerte; sin embargo, no te envidio, ya que se aburrió de ti, podré follármela yo. Le abriré sus bonitas piernas para embestirla con fuerza, le lameré los pezones con ansia. Le daré todo lo que tú no le has dado y le enseñaré lo que es un hombre de verdad.

—¿Es que no me has oído? —Imaginar las escenas morbosas que él me describía me estaba provocando náuseas. No podía imaginar a mi pequeña en los brazos de nadie más, y mucho menos en los brazos del hijo de puta que tenía enfrente intentando burlarse de mí—. Babette nunca será tuya.

—No me hagas reír, Mikhail. —Soltó una carcajada a la que se unieron sus secuaces—. Puedo follármela cuando me dé la gana, incluso puede que ya lo haya hecho y que por eso te haya dejado. Porque me prefiere a mí.

Sin avisar, estrellé el puño en su cara. Al momento, empezó a sangrar por la nariz. Intentó devolverme el golpe, pero fui más rápido que él. Después, todo fue a peor. Nos golpeábamos sin contemplaciones, entre insultos y comentarios sobre Babette por parte de Mikola. Sus hombres no dudaron en meterse y los míos tampoco. No era que estuviesen Pashenka o Feodor, pero sin contar con los que llevaba Mikola pegados al trasero, el resto eran míos.

—No es más que una fulana. ¿Qué más da si me la follo? —soltó con malicia tras escupir un gargajo de sangre.

—Nunca le pondrás una mano encima. —Volví golpearlo. No soportaba el tono degradante que usaba al referirse a ella. Yo podía odiarla o no querer verla, pero no soportaba que él intentase colarse en sus bragas. Era como si una fuerza superior se apoderase de mí y lo quisiese estrangular por solo atreverse a mencionar su nombre.

—Basta, Miki. Déjalo. —Murik tiraba de mí para que me levantara. Estaba encima de Mikola golpeándole el rostro con gusto.

—Suéltame, Murik. Deja que acabe con este hijo de puta —solté con desprecio.

—¿Intentarás matar a todo el que intente follarse a tu puta mulata? Empezarás por mí, pero no acabarás hasta dentro de un año, porque todo San Petersburgo quiere meterse en sus bragas para

probar su coñito. —No hacía más que provocarme.

Mis amigos consiguieron separarme de él, yo respondí con un gruñido más propio de un animal que de una persona.

—¿Te has vuelto loco? —me preguntó Aleksei.

—¿Qué ibas, a matarlo? —añadió Venyamin.

—Me quedaría mucho más satisfecho si lo hiciese —respondí con sinceridad limpiándome la boca con la manga, que quedó empapada de sangre.

—No puedes perder el control de esa manera. Mikola no deja de provocarte y tú no dejas de caer en sus provocaciones. No entres en su juego, Miki —me aconsejó Murik mirándome de forma muy seria.

—Coincido con ellos; por mucho que quiera enterrar a Mikola, no es el momento adecuado —observó Zoria negando con la cabeza.

—¿Qué me he perdido? —Éramos pocos y parió la abuela. Eché un vistazo hacia atrás para ver a un Borak sonriente y sorprendido.

—Mikhail es muy sensible. Nada más nombrarle a la mulata se le alteran los nervios —se burló Mikola sonriente.

—¿Y tú qué tienes que hablar de Babette? —preguntó su amigo en un tono que Borak no solía aplicar con su querido compañero.

—La verdad. Que me la follaría hasta dejarla agotada, una y otra vez, una y otra vez. Que yo le enseñaría lo que es un buen macho para que no corra a los brazos de otro como le ha pasado a Miki —le explicó a su amigo, pero sin dejar de mirarme de reojo para ver mi reacción.

—Ni tú ni él os la merecéis —dijo Borak con una media sonrisa—. Límpiame un poco si quieres correr, Mikola. —Caminó en mi dirección—. Ella vale mucho más que eso.

—Tú que coño sabrás. —Si venía también a tocarme las pelotas, era mejor que diera media vuelta y volviera sobre sus pasos.

—Sal de nuestro campo de visión, Borak. No queremos otra reyerta —le advirtió Zoria.

—No me interesa vuestra compañía. —Hizo un gesto desinteresado con la mano—. Me alegro de que te hayan partido la cara, lo tomaré como pago por tu asqueroso comportamiento de ayer. —Se dio la vuelta y se alejó sin decir más. ¿Cómo podía ser su amigo? ¿Cómo podía decirme que no lo conocía? Estaba loca. Borak era un subnormal, en menor grado que Mikola, pero subnormal, al fin y al cabo.

Con un ojo hinchado y el labio partido, acabé ganando la carrera. No era que dudase de mis habilidades para hacerlo, pero la visión de un ojo no era lo mismo que la de dos. Mikola quedó entre los últimos, no era que fuese un mal piloto, sino que él tenía ambos ojos morados. La pena fue que no estrellase el coche. Sin duda, ese habría sido un final fabuloso.

—Miki, no deberías caer en sus provocaciones. —Murik quería darme un sermón. Insistió en conducir hacia el Hera. No me hacía mucha ilusión dejarle mi Veneno, pero así aprovecharía para limpiarme las heridas. No quería llegar con la sangre seca pegada a mi cara. Más que nada, por evitar preguntas a las que tendría que responder.

—Lo sé —concordé.

—Sé que lo estás pasando mal, en serio. No puedo ni imaginarme tu dolor. Demasiado en poco tiempo. —Otra ojeada para ver mi reacción—. No entres en su juego, no le des lo que quiere.

—No podía escucharlo más.

—Ya... —Pareció hablar para sí mismo y no para mí.

La noche acabó como debía, con mis sentidos completamente embotados en alcohol. Mis

primos me llevaron a casa y, como pudieron, me metieron en cama. Por mí, como si me hubiesen dejado en el salón; sin embargo, ellos insistieron en que no querían escuchar a mi madre chillar como si yo fuese un chiquillo de diez años que había bebido por primera vez, que era lo que según ellos parecía en esos momentos.

DABRIA

Las mejores amigas eran un lujo, pero la que yo tenía era una santa. Laura había hecho todo lo que le había pedido en el correo. Salvo una amenaza en la que me dejaba de forma clara y explícita que me sometería a un duro y largo interrogatorio al llegar a España, fuera cuando fuese, no me había hecho ninguna pregunta y mucho menos me había juzgado. Me proporcionó la información necesaria. No sé exactamente cómo y, la verdad, en ese momento no me importaba. Jorge y Diego habían averiguado la identidad de una vieja amiga de la madre de Dara. Apunté la dirección en el teléfono y pedí un taxi.

Borak me había dado el día libre para descansar después del ajetreo y el alcohol del fin de semana. No me gustaba aprovecharme de su preocupación, pero no tenía tiempo, no podía esperar al sábado o al domingo para ir.

Me puse unas lentillas marrones y una peluca de color negro estilo Cleopatra. No era mi mejor aspecto, pero no podía arriesgarme a que alguien me reconociese. Me vestí con unos vaqueros con unas medias gruesas por debajo, un jersey, un abrigo negro, las Ugg a juego, una enorme bufanda, unos guantes y un gorro. Así esperé el taxi: con solo los ojos al descubierto.

Si me pusiera a contar las prendas que tenía, podía compararme con una cebolla, como bien decía David, pero eso ya no era Madrid. Era Rusia, su frío era como el de los polos.

Tras más de dos horas de viaje, el taxi me dejó frente a una pequeña casa blanca con tejado de pizarra. Parecía un barrio tranquilo. Estaba apartado de la ciudad y las casas eran parecidas. Una pena que la densa nieve no dejase verlas bien. Apuré el paso hacia la puerta y toqué tres veces seguidas.

Una señora regordeta de pelo canoso me abrió. El mandil floreado y la calidez de sus ojos me transmitieron que era una buena mujer, aunque me mirase con expresión seria y poco amigable. Siendo sinceros, a nadie le agradaba que la obligaran a hablar con desconocidos, por muy buena mujer que fueses.

—Usted debe ser la amiga de Robert. —Se suponía que estaba ahí gracias a él. Anotaría en mi libreta para la vuelta que debía preguntarles a mis chicos quién era el tal Robert.

—Sí, mucho gusto, señora. Soy Ana. —Era un nombre que valía para todo.

—Pase. Llámeme Nina. ¿Puedo ofrecerle algo de tomar?

—Una manzanilla estaría bien. —Le sonreí, a ver si así se iba ablandando.

La casa era pequeña pero muy acogedora. Abundaban fotos de dos niñas, después no tan niñas

y, finalmente, dos jóvenes que se habían convertido en mujeres. También había alguna de quien suponía que era su marido y ella. Me hizo pasar al salón, donde continué observando las fotografías sentada en un sofá con orejas, hasta que la señora apareció con dos tazas. Una la dejó enfrente de mí y la otra la posó en la otra esquina de la mesa, para tener mejor acceso a ella sentada lo más alejada de mí que le permitía el largo sofá.

—Bien, usted dirá. Robert dijo que era muy importante para usted hablar conmigo.

—Sí. Tengo entendido que fue muy amiga de Vera Repin.

—Desde luego, mi mejor amiga en la casona.

—¿Qué ocurrió para que se marchara para Bulgaria? —Las cosas debían abordarse de forma directa y no con remilgos.

—Disculpe si suena grosero, pero ¿a usted qué le importa? ¿Por qué tengo que decírselo?

—Sé que Vera huyó a Bulgaria buscando un futuro mejor para su bebé. —Ella realizó una mueca de sorpresa—. Lo que no entiendo es por qué «no» podía tener un buen futuro aquí.

—¿Aquí? Aquí la habrían matado si no se marchaba ese mismo día.

—¿Por qué? ¿Qué prisa había?

—Tendrá que darme una razón de peso para que traicione a mi mejor amiga. —Sorbió de su taza sin dejar de observarme.

—Verá, resulta que conozco a ese bebé. —Tomé el tazón para darle un sorbo a mi manzanilla yo también.

—¿Cómo? ¿De verdad? —preguntó emocionada.

—Ese bebé se ha convertido en una mujer excepcional, llena de bondad y belleza.

—¿Qué relación tienes con ella? No me digas que eres su hija, claramente sé que no eres rusa, mucho menos búlgara. —Su tono dejó claro que no me diría nada hasta que me sincerase con ella.

—Es mi suegra. —Omití el detalle de que ya no lo era, a Nina no le interesaba mi vida personal—. Le he cogido el cariño de una madre.

—Su madre fue como una hermana para mí, ambas trabajábamos en la casona. Cuando se quedó embarazada del hijo del dueño, tuvo que huir.

—¿Del hijo del dueño? ¿Quiere decir que no aceptarían un bebé de una sirvienta? —Me negaba a creer que eso pasase fuera de las telenovelas.

—Sí, el hijo del dueño. Pero no se preocupe, ninguno estaba enamorado. Eran demasiado jóvenes y ella demasiado tonta para enredarse con él. Era el primogénito, su matrimonio estaba acordado desde que había nacido y un hijo bastardo lo arruinaría todo. La casona no era una familia cualquiera, la futura esposa del heredero tampoco. Hay cosas que no pueden cambiarse, ambas lo sabíamos; así que lo mejor fue huir a Bulgaria, junto a su hermana mayor.

—¿Tenía buena relación con su hermana?

—Sí. Nunca habían dejado de tenerla, incluso cuando esta se fue, tras enamorarse de un joven búlgaro.

—¿No ha vuelto a tener noticias de ella desde entonces?

—No, desde que se marchó no he vuelto a saber nada de ella. Me dio mucha pena, era muy buena, algo cabeza loca, pero con un corazón que no le cabía en el pecho.

—¿Quién es el padre? ¿Quién era el heredero de la casona, Nina?

—¿Qué fue de mi amiga? Creo que tengo derecho a preguntar algo yo primero, ¿no cree, señorita?

—Desde luego. —Le sonreí de la forma más amable que fui capaz—. Su amiga murió en el parto. Alla se hizo cargo de la niña. Ella y su marido le dieron su apellido y la criaron hasta los

dieciséis años, cuando ambos fallecieron en un accidente. La niña continuó su vida en un orfanato hasta que creció y se casó.

—Eso es horrible, nunca creí que Vera..., pensé que todavía estaría viva.

—Lo siento.

—¿Es feliz? Su hija, quiero decir, ¿es feliz?

—Le aseguro que es inmensamente feliz.

—Me alegra saberlo. El padre es Dema Berezutski.

—¿El señor Berezutski es su padre? —Casi escupí el líquido que había ingerido. Lo tragué a la fuerza y tosí sin decoro, si no lo hacía, me saldría por la nariz. Yo lo conocía, Miki me lo había presentado.

—Por tu reacción, veo que sabes de quién te hablo. ¿Entiendes ahora por qué te digo que era un pez gordo? No podía permitirse emparentar con una cualquiera.

—Sí, lo entiendo —respondí con la voz atragantada—. Sería un destino horrible que una de las familias más importantes de Rusia emparentara con el servicio. —Carraspeé—. El dinero y el poder conllevan un precio para mantenerlos.

La visita había sido totalmente productiva, nunca habría sospechado que Dara fuese hija de tal pieza. Llevaba la sangre de una de las cinco familias principales que apoyaban a las Tres K. ¡Qué pequeño era el mundo!

Tendría que invitar a mis chicos a cenar cuando volviera a España, habían hecho un gran trabajo.

Nada más llegar a casa, corrí, como era costumbre, al váter. Me lavé los dientes con efusividad para quitarme el asqueroso sabor a vómito de la boca y me metí en cama. Estaba exhausta.

Al día siguiente iría al médico para que me quitase esas malditas náuseas, esos asquerosos vómitos, ese cansancio insoportable y, ya de paso, ese dolor que me perforaba el pecho. Soñar no costaba nada, apagaba el dolor el tiempo que duraba.

Había achacado mis males a nervios, angustia, gastroenteritis, intoxicación alimentaria... Un batiburrillo de suposiciones. Esperaba que no fuese lo único que no había valorado seriamente, no por motivos, sino por miedo; me aterraba de tal manera pensar en esa opción que ni me atrevía a decirlo en alto.

Me desperté a las siete para, por no variar, vaciar la bilis en el váter. Esperé sentada sobre la taza a que mi estómago se asentase un poco, luego me cepillé los dientes y me duché. Decidí no desayunar. Tomé un taxi para llegar a tiempo a la consulta. Llegué media hora antes de la cita, tiempo de sobra para tomarme una manzanilla, volver a vaciar el estómago, morderme tres uñas y aguantarme las ganas de contestarle a una mujer por reñirle a su crío sin motivo.

Más de media hora después de la hora acordada, la enfermera me hizo pasar.

—Bueno, señorita Lévesque, ¿qué le ocurre? —me preguntó una mujer de unos cincuenta años escondida tras unas enormes gafas.

—Verá, doctora, desde hace unas semanas tengo unas náuseas horribles, que normalmente terminan en vómitos, y estoy más cansada de lo habitual.

—¿Cuándo siente las náuseas? ¿Al levantarse? ¿Después de comer? ¿A cualquier hora del día? ¿Se marea?

—Al levantarme son más intensas, aunque persisten todo el día. Sí, de vez en cuando, en alguna ocasión he acabado en el suelo.

—¿Cuándo es la fecha de su último período? —preguntó juntando ambas manos sobre la mesa.

—Pues... —Me puse a pensar—. Antes de Navidad —respondí como si estar tres meses sin la

regla fuese normal. En mi caso, sí; no me preocupaba, desde niña mis períodos eran muy irregulares.

—Unos tres meses —dijo pensativa—. ¿Ha mantenido relaciones sexuales en este tiempo?

—Pues sí. Verá, doctora, si lo que quiere preguntarme es si estoy embarazada, la respuesta es no. No lo estoy, mis períodos son irregulares desde niña.

—¿Qué método anticonceptivo usa? —preguntó haciendo como si no hubiese escuchado mi explicación.

—Preservativo.

—¿Siempre?

—Sí. —Dudé un poco y añadí—. Casi siempre.

—Pues ese casi, señorita Lévesque, marca la diferencia entre que haya un bebé creciendo en su panza o no —respondió de lo más campechana.

—Mire —dije nerviosa—, no estoy embarazada.

—¿Está segura? ¿Se ha hecho la prueba? —Enarcó ambas cejas esperando mi respuesta.

—Pues no. Pero no creo estarlo, no puedo estarlo. —Lo último fue poco más que un susurro.

—Eso lo hubiera pensado antes; ahora, vaya al baño y orine en este cacharro. Entrégueselo a la enfermera y espere a que la llame de nuevo.

—Está bien. —Cogí el bote que me tendía como si fuese un *alien* que pudiera contagiarme.

Fui derecha al baño, temblando y algo aturdida, pero debía hacerlo.

«No estoy embarazada, no estoy embarazada, no estoy embarazada...». Me lo repetía una y otra vez para tranquilizarme, mientras esperaba a que me llamase la doctora de nuevo. No podía estarlo, ¿verdad? ¿O sí? «Solo será un virus, Dabria, solo un virus, un virus».

Mientras esperaba en la salita, mordisqueé el resto de mis uñas, hasta que finalmente, cuando iba a empezar a tirarme de los pelos, la enfermera me mandó pasar de nuevo.

La doctora me esperaba con una sonrisa radiante en la cara. ¿Qué coño significaba eso? No me senté, me quedé como una estatua enfrente de la mesa.

—Enhorabuena, señorita Lévesque, como sospechaba, está embarazada.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Está segura? —pregunté con un hilo de voz.

—Sí, casi al cien por cien. Tendrá que ir al ginecólogo para saber cómo está el feto, de cuánto tiempo está y las indicaciones pertinentes si decide seguir adelante con el embarazo.

No era capaz de articular palabra. Me había transformado en una estatua. Estaba embarazada, no podía ser. Un bebé era demasiado. La doctora me miró con preocupación, se levantó y me preguntó:

—¿Quiere un vaso de agua?

—¿Cuándo puedo ir al ginecólogo? —La expresión de mi cara no cambió, salvo el movimiento de los labios al hablar.

—Tendrá que pedir cita. Mañana o pasado la atenderán.

—Quiero ir ahora, necesito ir ahora. —A esas alturas, estaba segura de que no me quedaba sangre en el rostro.

—Señorita, no es tan urgente, tendrá un día o dos para asimilarlo.

—No, necesito ir ahora. Por favor, mándeme a uno ahora mismo.

Tras suplicar, la doctora me consiguió una cita y ahí estaba, tumbada sobre la camilla mientras me decían que, exactamente, estaba embarazada. Bastante embarazada, de once semanas, casi de tres meses.

—Me extraña que no se haya dado cuenta antes, señorita Lévesque —me dijo el ginecólogo.

—La regla me viene cuando se acuerda y suelo utilizar protección.

—¿Y náuseas u otros síntomas?

—Eso sí, desde hace unas semanas, pero no le presté atención. Verá. —Dudé—. No estoy en el mejor momento de mi vida, así que creí que eran los nervios, el estrés, cansancio...

—Evitaba lo obvio. —No fue una pregunta ni un regaño. No hice ningún comentario en respuesta. Esperé a que retomase la palabra—. Bien, le haré unos análisis para mirar cómo está. Se tomará estas vitaminas, y léase estos folletos —me explicó y me entregó unos papeles con información.

—Verá, soy profesora de baile en un gimnasio.

—Pues debe coger la baja.

—¿Ahora? Quiero decir, ¿inmediatamente?

—Puede moderar mucho la actividad durante un par de semanas: luego, sí, inmediatamente.

—Bien —susurré. Creo que tanto el ginecólogo como la doctora que me había atendido debían pensar que tenía un problema en los ojos, ya que no había pestañeado ni una vez desde que me habían dado la noticia. Estaba completamente pasmada, congelada, abrumada.

—Nos vemos en una semana y, señorita Lévesque, ahora sois dos. —No sabía bien por qué me lo había dicho, aunque con seguridad, no por mi cara de felicidad.

—Claro, doctor, ¿puede darme algo para los vómitos?

De camino a la universidad pensé que mi virus iba a durar unos meses más, justamente seis. Pese al frío, decidí caminar, necesitaba pensar o que se me congelasen las ideas; para el caso, era lo mismo. Aborté misión casi al instante de empezarla, intentar que las piernas se guiasen por mi cerebro bajo ese frío no era una opción. Tomé un bus urbano, no tenía prisa por llegar a mi destino.

Las lágrimas resbalaban por mis mofletes, las limpié antes de entrar para evitar interrogatorios.

Había perdido más de la mitad de las clases, así que no había problema por perder otra más, necesitaba tomar algo. Pedí una manzanilla y me senté en una mesa cualquiera de la cafetería, a esa hora estaba casi vacía.

No era que no quisiera ser madre. Era que ese debería ser el momento más feliz de mi vida; sin embargo, el miedo y la tristeza no dejaban sitio a nada más. Estaba sola en una ciudad, rodeada de la poca gente que me conocía o me odiaba o no sabía quién era realmente. No era el lugar ideal para traer a un bebé.

MIKI

—¿Para qué reunirnos solo con los Kostka y los Kovalenko? —le pregunté irritado a mi padre. Ambos estábamos sentados en la cocina tomando un café. No era la hora de desayunar, pero necesitaba cafeína para mantener mis ojos abiertos y mi mente espabilada.

—Otra vez, Mikhail. Quiero ver su reacción —repetió por tercera vez sorbiendo de su taza.

—La que acabarás viendo será la mía. Les meteré una bala entre las cejas como me toquen mucho las pelotas.

Llevaba unas semanas de perros. Y ese fin de semana había incrementado mi malestar. Juntando todo con la resaca que tenía, era una bomba de relojería que no sabía cuándo iba a explotar.

—Las pelotas me las estás tocando tú a mí. —No solía hablarme así, pero estaba realmente enfadado. Cuando vio mi rostro hacía unas horas, me preguntó qué había pasado; cuando se lo expliqué, se enfadó. Desde ese momento su cara de haber comido un limón de lo más agrio no había cambiado—. Se hará lo que yo diga, y si piensas montar otra escena como la de ayer, ahórrate el viaje y quédate en casa. No eres un chiquillo celoso de quince años, eres un hombre. Un hombre que heredará las Tres K, si deja de cagarla constantemente.

—Papá, no ha sido...

—Me lo has dicho cien veces. No ha sido tu culpa. Yo te he respondido lo mismo, que dos personas no se pelean si una no quiere.

—Es que...

—Cállate de una vez, Mikhail.

¡Genial! Mi padre estaba hasta las mismísimas bolas de mí. Me estaba convirtiendo en un grano en el culo para la mayoría. Me pasé la mano por el rostro antes de levantarme de la silla e ir a por una pastilla. El café no te ayudaba con el dolor de cabeza, solo te espabilaba o trataba de hacerlo. Rebusqué en el mueble en busca de un maldito comprimido blanco hasta que lo encontré. Volví sobre mis pasos a la cocina y, tras servirme un vaso de agua, lo tragué.

—¿A qué hora vamos?

Resopló.

—Liov está a punto de llegar.

—¿Vamos todos? ¿Los gemelos también?

—Sí, Miki. Vamos todos, los gemelos también —repetió con cansancio y aburrimiento.

Tras una media hora de completo silencio, mientras yo mataba el tiempo jugando con el móvil y

mi padre leyendo el periódico, nuestros queridos familiares llamaron para avisar de que estaban en la puerta. Agarré la chaqueta que tenía sobre la silla y caminé tras mi padre.

—Yo voy en mi coche —le informé cuando estaba a punto de subir al coche de su hermano.

—Pues llévate a tus primos contigo —me dijo abriendo la puerta del coche de Liov. No lo conducía él. Alguno de nuestros hombres solía hacer ese trabajo, menos por mí y por mis primos. Nos encantaba conducir. Mi padre esperó con la puerta abierta a que sus sobrinos saliesen.

—Vamos. —Les hice una seña para que me siguieran hacia el garaje.

—¿Qué tal? ¿Mucha resaca? —preguntó Murik.

—Por supuesto que tiene resaca, ¿o es que no le ves la cara? —dijo Zoria.

—Bien podría tener peor aspecto, visto lo que bebió anoche. Creímos que te potarías encima. Estabas hecho un despojo humano, tío.

—Pues hoy estoy como siempre, el más *sexy* e irresistible de los humanos. —Sonreí con seguridad.

Los gemelos negaron con la cabeza. Entramos en el coche y nos encaminamos a la mansión de Vasyl. Por lo general, siempre quedábamos en la de Dusan, no sabía a qué venía ese cambio. Soportaba mejor al segundo.

—Pasad —nos indicó uno de los hombres de los Kovalenko nada más aparcar—. Vuestro padre y vuestro tío ya están dentro con el resto.

—Bien —dije asintiendo con la cabeza levemente.

Todos estaban en el salón. Incluso Mikola, con su rostro magullado, estaba sentado en un sofá. Me miró con odio. Ninguno se molestó en saludar. Nos apuramos a sentarnos y declinamos el ofrecimiento por parte de un hombre del servicio. No quería morir envenenado.

—¿A qué viene tanta urgencia en reunirnos? —preguntó Dusan.

—¿Dónde está Borak? —pregunté yo a la vez.

—Tenía cosas que hacer —respondió Dusan evasivo.

—Está con tu fulana —se burló Mikola sonriendo—. Pasan mucho tiempo juntos últimamente. Deben de estar follando como conejos. No debiste satisfacerla, Mikhail.

—¿Quieres que te remate, escoria? —Apreté los puños con fuerza para no estamparlos en su cara de nuevo.

—¿Qué más te da, Miki? Si no es Borak, será otro el que se folle a la mulata; que fueras el primero no quiere decir que seas el único. —Vasyl lo dijo con desprecio y para joder. Estaba poniéndome a prueba por golpear a su hermano, quería llevarme al límite y lo estaba consiguiendo.

Mi padre levantó una mano para detenerme a mí y para acallarlos a ellos.

—Suficiente. No hemos venido aquí a hablar de los deslices con mujeres.

Admiraba su templanza, yo no creía ser capaz de soportar lo que él. Tanto como me parecía en el físico, en cambio, su carácter no lo había heredado. Muy lejos estaba de ser blando o débil, pero era capaz de mantenerse firme e imperturbable ante situaciones que claramente pondrían nerviosas a las estatuas. Eso lo había sacado de mi abuelo, sin duda.

—No —intervino Dusan—. No me interesa para quién se abra de piernas Babette, ni siquiera si el que está entre ellas es mi hijo. Es mayorcito para saber dónde la mete.

—Concuerdo contigo —dijo mi tío Liov. Me miró serio y negó ligeramente con la cabeza, sabía lo que quería decirme con ese gesto. Calma—. Tenemos temas más importantes que tratar.

—Verás, Dusan. El otro día intentaron matarme.

—¿Matarte? ¿Qué quieres decir? —preguntó el padre de Borak en completa calma.

—¿Quién quiso matarte? No es posible.

—Vosotros diréis, porque fueron vuestros hombres los que intentaron hacerlo. Es una suerte que esté vivo.

—¿Estás insinuando algo, Egor? —preguntó Vasyl.

—Sí. ¿Por qué habéis querido matarme?

—¿Cómo te atreves a culparnos? —preguntó Dusan con rabia.

—Se atreve a culparnos porque fueron vuestros hombres los que intentaron matarlo. ¿Cómo explicas eso, Dusan? —Esa vez fue mi tío Liov quien habló.

—¿Quién dio la orden de matar a mi padre si vosotros no habéis sido? —pregunté en tono firme.

—Habrá que averiguarlo —respondió Mikola con calma, pero una mirada oscura cubría sus ojos.

—No neguéis que habéis sido vosotros. Esos hombres cumplían vuestras órdenes. Es imposible que obraran a vuestras espaldas —dijo mi padre.

—No lo sabes. No tienes pruebas —rebatí Vasyl.

—No hay prueba más clara que la de que eran de los vuestros. No es un secreto que no queréis que mi hijo herede. Pero habéis sobrepasado el límite. Atentasteis contra mi vida, contra vuestro jefe. —Su voz era potente y clara.

—Todavía no estás muerto —dijo Dusan—. Fuera quien fuera, no lo han conseguido.

—No volveréis a intentarlo —amenacé—. No volváis a poner una mano encima de mi padre porque os cortaré el cuello.

—¿Nos estás amenazando, Mikhail? —preguntó Mikola en tono divertido.

—No volveré a perdonar una traición, no volveré a daros una segunda oportunidad. Esta farsa tiene que acabarse. —La voz de mi padre se alzó por encima de las nuestras—. Yo soy vuestro jefe, os guste o no, me debéis respecto.

—Eres libre de pensar lo que te plazca, Egor; de todas formas, no tienes manera de probar nada —Dusan habló en tono despreocupado y burlón.

—¿Me estás retando, Dusan?

—En absoluto.

—¿Tenéis algo que decir en vuestra defensa? ¿Algo que contarnos? —preguntó Liov.

—Nosotros no hemos hecho nada —dijo Vasyl encogiéndose de hombros—. Y Mikhail, no vuelvas a golpear a mi hermano.

—Desde luego. —Me levanté del asiento y le lancé la mirada más dura que fui capaz a los hermanos Kovalenko—. La próxima vez lo mataré.

—Eres un hijo de puta, Mikhail. ¡Yo te mataré antes, acabaré contigo! —gritó Mikola.

—¿Es que acaso no ves en el estado que acabaste ayer por ir de gallito? —se mofó Zoria.

—Mi primo no será tan benévolo la próxima vez —añadió Murik antes de salir de la estancia.

Adelanté al coche de mi padre al salir del recinto de los Kovalenko y no solté el acelerador hasta llegar al garaje de mi casa, donde salí del coche dando un fuerte portazo. Mis primos me seguían escaleras arriba sin decir nada.

—Nos serviré algo —sugirió Zoria atravesando el salón hasta donde estaba el minibar con las botellas.

—¿Qué opináis? ¿No tenéis nada que decir? —les pregunté tomando el vaso que me tendía Zoria.

—Estoy empezando a cansarme de hacer el ridículo. Si Mikola hubiera soltado otra sarta de

obscenidades, yo mismo le habría pegado un tiro —respondió Murik.

A ninguno nos gustaba esa situación, mucho menos que se riesen de nosotros con descaro.

—Ni tan siquiera se esfuerzan en negar nada —añadió Zoria—. Llegados a este punto tan crítico, lo único que podemos hacer es conducir las pruebas que tiene Dabria de forma que las cinco entiendan la situación.

—Querrás decir que entiendan la situación de la forma que nosotros la entendemos. Si lo hacen llevando las reglas a rajatabla y cerrando la mente, será peor que antes de mostrarlas —observó Murik.

—Estoy hasta los putos cojones de Mikola, de su puto hermano y del hijo de puta de Dusan. Los llevaría al Hera y los molería a golpes, utilizaría todos los putos artilugios que hay en la vitrina sin estrenar y esperaría a que suplicasen sin dientes y con media lengua por su miserable vida —solté con rabia.

Mi padre y mi tío entraron al salón. Se sirvieron una copa y se sentaron a acompañarnos. Mi padre estaba enfadado y preocupado, pero eso no me impidió atacar.

—No les consentiré una más. Si a ti no te importa que no te respeten, olé por ti, pero yo no. Soy el heredero de las Tres K y esa mierda no volverá a reírse de mí. Como que me llamó Mikhail Korsakov que le atravesaré el corazón con un cuchillo de cocina si hace falta.

—Mikhail —me advirtió mi padre levantando la mirada de su vaso hacia mí.

—Entérate de una vez, papá. Quieren acabar con nosotros, lo lograrán si continuas así. Permitirás que nos releguen, que nos aparten —alcé la voz. Sabía que no se lo merecía, pero era hora de abrir los ojos.

—Ya estoy enterado. ¿Me crees idiota, acaso? ¿Crees qué no sé lo que quieren hacer? Desde hace años su cometido está claro. —Mi padre elevó la voz hasta igualar los decibelios de la mía—. Tú lo ves todo fácil, pero entérate. No todo es un camino de rosas, pueden poner a los cinco en nuestra contra.

—Los muertos no hablan, no molestan, no interrumpen y, sobre todo, no me tocan las pelotas.

Vacíé el vaso de un trago.

—Cálmate, Miki —me pidió mi tío en un tono acusador—. Tu padre no tiene la culpa de que los sentimientos emboten tu juicio.

—¿Qué coño quieres decir, Liov? —pregunté más cabreado si cabe.

—Lo que oyes. Que te pones como un león enjaulado por lo que te ha dicho Mikola. Estás haciendo justo lo que él quiere, verte cabreado y celoso hasta la médula. —La calma con la que habló mi tío me puso enfermo.

—¿Celoso? ¿Por qué habría yo de estar celoso? ¿De quién, a ver? —pregunté sirviéndome otro vodka.

—Podía ver las imágenes en tu cabeza de Dabria y Borak mientras Mikola te puteaba, era como contemplar unas diapositivas —me habló como si fuera un niño de cinco años.

—Vete a la mierda. No me importa lo que haga Dabria. —Todavía me costaba pronunciar su verdadero nombre, quedaba atorado en mi tráquea al tiempo que una quemazón me subía por el esternón—. No me importa si está con Borak y si se tira a todos los tíos de Rusia.

—Por favor, Mikhail. —Mi padre me miró con tristeza—. No permitas que el dolor te consuma. No permitas que se nuble tu juicio. Sí, te juro que lo entiendo y que lo siento en el alma. —Mi padre me suplicaba con la mirada. Preocupación y tristeza se turnaban para brotar en sus ojos—. Pero tienes que detenerlo. Eres el mejor de todos nosotros, debes seguir siéndolo, ahora más que nunca. Te necesitamos, Miki. Necesitamos al antiguo Mikhail. Si no eres tú quien nos guía, no

llegaremos.

—Papá, yo...

—Acabaremos con ellos. Te lo prometo —me aseguró mi padre.

—¿Pero? —inquirí.

—Pero lo haremos a mi manera. Poco a poco. Con pasos pequeños y decididos —explicó.

—Está bien —accedí. Volví a vaciar el trago y me senté un poco más calmado.

Tenían razón. Estaba más nervioso y susceptible que nunca. Era normal. Antes no me importaba nada, lo que me dijese o de quien me lo dijese no me afectaba, pero con... aaaj, con ella era diferente porque sentía demasiado. Cualquier comentario relacionado con ella me ponía los pelos de punta, el alma alerta y el corazón comprimido por una presión que jamás había sentido.

Muchas emociones nuevas. Mucho dolor.

Si juntábamos eso a la traición de las otras dos familias, se activaba el detonador bomba que llevaba en mi interior.

Lo mejor sería que eso acabase cuanto antes, porque llegaría el momento en el que la cuenta atrás llegase a su fin antes de que mi padre, mi tío o mis primos pudieran detenerla.

DABRIA

Durante la semana consideré las opciones que me quedaban. Quedarme y que todo el mundo se enterase, poniendo en peligro al bebé o marcharme sin decir a nadie el verdadero motivo y hacer que mi bebé fuese feliz. No consideraba la opción de abortar, así que estaba claro cuál era la opción correcta.

Estaba asustada, no había pedido que viniera; sin embargo, las cosas pasan por algo. Creía que si el destino estaba escrito, en él mi cometido era cuidar de mi bebé. Acaricié mi barriga; aunque no se notase, estaba ahí, mientras comía un bocadillo sentada en el sofá.

En cuestión de segundos dejaba de importarte tu propia vida para vivir por otra que crecía dentro de ti. Ese momento para mí había sido en el hospital, el día que escuché su latido, solo que estaba demasiado asustada para darme cuenta de ello. Una vez que lo pensé con calma, lo que más me asustaba era que alguien se enterase. Por eso la decisión estaba tomada, sabía qué era lo que tenía que hacer, no debía dormirme en los laureles. Arreglar todo antes de que se me notase la barriga y salir pitando para dejar atrás eso, olvidarlo como si fuese un mal sueño.

Acariciar mi vientre se había convertido en una costumbre: me daba paz, calma y una creciente y extraña felicidad. Me levanté para hacer una manzanilla, me ayudaba a asentar la comida. Nunca había bebido tantas en mi vida.

Sonreí y negué con la cabeza. ¿Qué chica de veinticuatro años se quedaba embarazada y no se enteraba hasta los tres meses? ¿Qué chica se dejaba llevar hasta el punto de no acordarse de que el condón evitaba cosas como esa? Que eran reales y que estar toda cachonda con tu novio no justificaba un bombo. Menos ahora: sin novio y con «bombo».

La verdad era que lo había hecho genial. «Bravo, Dabria. Jodiste la misión y te quedaste embarazada. ¿Qué podía salir peor?».

Volvería a España con fracaso laboral, el corazón hecho pedazos y una enorme barriga. Sí, estaba segura de que ganaría el premio por estúpida en cualquier concurso, pero me daba igual, estaba feliz por primera vez en ese mes.

Tomé mi manzanilla mientras hacía *zapping* en la tele. Tomé el móvil en la mano y marqué el número.

—¿Mi niña? —La alegría y la emoción en su voz me humedecieron los ojos. Sonreí con tristeza. Quería estar a su lado y achucharlo muy fuerte.

—*Ded^l*.

—Qué alegría oírte, Dabria. —Escuché cómo removía en una alacena. A saber qué estaría buscando—. ¿Cómo estás, mi niña?

—Bien, con frío. —Tenía que evitar la verdad, ya que no había persona que me conociera mejor que él. Debía pensar mis respuestas rápido y con el grado de verdad que no me delatara—. ¿Cómo podías soportarlo?

—Nunca me molestó demasiado. En el invierno poco andas por la calle, y lo que estás, hazlo disfrazado de oso.

¹Significa «abu o abuelito» en ruso.

—David no deja de llamarme cebolla en cuanto empiezo a quitarme capas al llegar a clase.

—Me gustaría verte. —Pese a su tono alegre notaba un deje de nostalgia.

—Y a mí, *ded*. Te echo taaanto de menos.

—Tranquila, mi niña. Pronto estarás aquí. ¿Cómo va el trabajo? —Su cambio de tema se debía a que no quería ahondar o se pondría tan triste como yo.

—No va mal.

—Tampoco bien. —No era una pregunta, pero se merecía una explicación. Era mi *ded*, entre nosotros no había secretos. Antes, al menos.

—No. He venido aquí con un único propósito, destruir las Tres K por los motivos que un montón de carpetas me mostraron. En cambio, al llegar me di cuenta de que todos esos papeles no me sirven para nada.

—¿Qué ocurrió, Dab? ¿No son los monstruos que tú creías? ¿Mejores o peores? —A mi abuelo le interesaba la respuesta.

—Simplemente, no son monstruos —respondí con sinceridad.

—No siempre puede ser blanco o negro, hay una amplia gama entre un tono y otro. Así como las personas no son tan buenas como parecen o tan malas...

—Se encuentra bondad en los malos y maldad en los buenos —acabé repitiendo con él—. Lo sé, *dedushka*², ahora lo compruebo.

—No pasa nada por ver algo bueno en una persona que tú creías mala. Lo que tienes que valorar es qué cosas pesan más.

—No lo sé, *ded*, es mi trabajo. Y por primera vez tengo dudas, tengo miedo de no estar haciendo lo correcto.

—No creo que encerrar a los miembros de una de las mafias más importantes del mundo sea erróneo.

²Significa «abuelo» en ruso.

—No es por eso, sé que se lo merecen; sin embargo, de lo que tengo miedo es de que al encerrar a estos, queden en su lugar unos peores. —No le estaba mintiendo con descaro, pero lo estaba haciendo y me sabía fatal.

—¿Y si los encierras a todos? —preguntó mi abuelo.

—¿De verdad crees que pueda encerrarlos a todos?

—No. —Solté una carcajada. Sinceridad a rebosar—. Sea lo que sea, tomes la decisión que tomes, será la correcta. Ya lo verás, mi niña.

—Te quiero tantísimo tantísimo.

—Como yo a ti.

—Cuídate, *ded*. —Era hora de despedirse, para la semana volvería a hablar con él.

—Y tú, mi niña, y tú.

Colgué el teléfono con tristeza. Quería contarle tantas cosas que se me comprimía el cerebro y me provocaba dolor de cabeza al no poder hacerlo.

Me fui directa a dormir. Al día siguiente tenía que madrugar para ir a clase.

—Buenos días —saludó Nitca cuando me senté a su lado en clase. La gente, por lo general, no está de tan buen humor cuando llega a clase a las ocho de la mañana. Odiaba esos días en que empezaban tan pronto—. ¿Cómo estás?

—He tenido días mejores. —Era cierto. Dabria, madrugar, cero cafeína y buen humor no iban de la mano.

—El dicho dice que a quien madruga...

—Dios le ayuda —la interrumpí—. Lo sé.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara?, todavía tienes las marcas de las sábanas en ella —me regañó mi amiga.

—Nitca. —Omitiría su comentario respecto a mi cara de zombi—. ¿Acaso tú eres católica?

—¿Eso a qué viene? —preguntó confundida.

—El dicho, Nitca, que viene tan a cuento como a nada.

Cuando abrió la boca para protestar, el profesor entró en clase diciendo su nombre en alto.

—Señorita Záitseva, salga a hablarnos de... —Gracias, profesor querido, por tu tan oportuna intervención. Le mostré mi sonrisa más fingida a Nitca y le susurré «suerte» mientras se levantaba del asiento con el ceño fruncido.

No pudimos hablar más hasta que nos sentamos a almorzar en la cafetería. David no estaba, así que aproveché para preguntarle por él. Masoquista. Lo sé. Quería tener alguna noticia suya, saber algo.

—Nit, ¿cómo está él?

—No te atormentes, Babette, ambos sufrís, y por ahora, solo uno desea evitarlo. —Tragué con fuerza. Se me había instalado un nudo de nostalgia en la garganta—. Todo se arreglará.

—Claro. —Cada vez esa frase me sonaba más a un cumplido, típico cliché, carente de veracidad.

—¿Echas de menos Francia? —Nitca no me había preguntado por mi verdadera vida, quizá se le diese mal; la verdad, no lo sé.

—Echo de menos «España», más que nunca —recalqué mi tan amado lugar y le sonreí.

Se quedó perpleja, nunca había hecho alusión a nada que tuviese que ver con Dabria, salvo lo necesario. Era raro dejarla sin palabras, pero cuando ocurría me asustaba porque no sabía qué pasaría al comenzar su retahíla de nuevo.

—¿Cómo era tu vida allí? —preguntó con cuidado.

—Era feliz, Nit, muy feliz. Vivo con mi abuelo y mi perro, dedicándome día a día a lo que yo creía ser lo más importante para mí. Me encantaba mi trabajo, no voy a mentirte, hasta que descubrí que hay algo más importante —confesé.

—Me gustaría saber cosas sobre ti, pero que no te sientas obligada a contármelas —dijo posando una mano sobre la mía.

—Puedes preguntarme todo lo que quieras, Nitca; te mereces más de lo que pueda darte para compensar todo lo que haces por mí.

—Cada uno tiene sus razones para obrar. No dudo que las tuyas eran lo suficientemente convincentes como para que el mal causado no tuviese valor; sin embargo, no sopesaste la opción de que ese daño fuese el tuyo propio.

—Exacto, nada justifica traicionar a la persona que te ama, jugar con sus sentimientos y con su corazón como yo he hecho con Miki. Lo que ocurre es que yo nunca necesité fingir, me enamoré de él desde el primer momento, aunque no quería aceptarlo.

—Shhh —dijo para tranquilizarme al ver que se me escapaban un par de lágrimas—. Y él lo sabe, pero tampoco se da cuenta. —En ese momento sonó el timbre para anunciarnos que la próxima clase iba a comenzar.

—Te invito a cenar y seguimos con la charla —le sugerí limpiándome las lágrimas.

—Acepto si no cocinas tú. —Nos levantamos y empezamos a caminar hacia el aula.

—Joder, tampoco soy tan mala. Puedo cocer pasta —ofrecí como si ese manjar no se lo pudiese preparar una niña de diez años.

—Lo sé, y comprarás salsa de tomate para que sepan a algo, ya que no le habrás echado sal. — Sonrió y me guiñó un ojo sentándose.

Como habíamos acordado, ahí nos encontrábamos: a las once de la noche, sentadas en mi sofá como los indios, disfrutando de la deliciosa cena que habíamos pedido a un italiano. Como dijo Nitca al salir del gimnasio, no se arriesgaría a que yo cocinara. Y como acordamos, también le contesté a todo lo que quiso saber. Para mi sorpresa, me sentó realmente bien hablar de mí sin necesidad de fingir. Fue como aliviar la carga, y mi amiga parecía encantada escuchándome.

—Dices que vives con tu abuelo, ¿dónde están tus padres? —preguntó intentando coger con el tenedor más pasta de la que cabía.

—Murieron. Mi abuelo es lo único que tengo.

—Lo siento —se disculpó dejando el tenedor sobre el plato, el tema era importante y la comida podía esperar. Ella era así.

—No te preocupes. Ocurrió en un accidente de coche cuando era niña, desde entonces he vivido con mis abuelos, hasta que mi abuela murió de cáncer a los pocos años.

—De verdad que lo siento. Debió ser muy duro.

—Lo fue, pero mi abuelo me lo dio todo. Se ocupó de que no fuese una niña traumatizada por la muerte de sus padres y de que fuese feliz, de que luchara por lo que quería, regañándome en vez de consentirme en todo. ¿Sabes una cosa?

—Dime —preguntó con curiosidad.

—Mi abuelo es ruso, se enamoró de mi abuela y no volvió aquí.

—Vaya, pues lo ha hecho genial contigo; aunque no podía ser de otra forma, lo llevamos en la sangre, chica. —Sonrió con suficiencia—. ¿Tu abuela era turca? ¿En eso no mentiste?

—Es obvio, ¿no?

Le conté un poco más sobre mi familia, cómo había acabado trabajando en el CNI, cómo eran mis amigos de allá, si era una poli dura... Nitca bromeaba para no convertir la conversación en una especie de interrogatorio. En algún momento quise decirle que estaba embarazada, en cambio, no me atreví. Sabía que podía confiar en ella, pero no estaba preparada para compartirlo.

Poco después de cenar sonó el timbre, Nitca se levantó deprisa y algo nerviosa.

—Ya voy yo.

—¿Quién es? —No esperábamos a nadie, al menos, que yo supiese.

—Una sorpresa. —Me miró no muy convencida antes de desaparecer por el pasillo. Ella sí sabía quién estaba detrás de la puerta.

Miré sorprendida a nuestra visita, no la esperaba. Me agradaba que estuviese ahí, pero no sabía muy bien cómo actuar, me removí inquieta. Galina me sonrió desde atrás para tranquilizarme, no me había fijado en su presencia, Laryssa había acaparado toda mi atención.

—Llegáis justo para la película —soltó Nitca para romper el hielo.

Las tres se sentaron: Nitca y Galina a mi derecha, y Laryssa lo hizo a mi izquierda.

—¿Te importa que me una? —me preguntó con cierta timidez.

—Al contrario, me encantaría. —Le sonreí, pero una lágrima se escapó de mi ojo sin poder evitarlo. ¿Qué coño? ¿Se me iban a escapar seguido? Tener a Laryssa me recordaba a él más de lo que necesitaba, se parecía mucho a su hermano. Sus facciones no eran tan duras y marcadas como las de él, pero el color de sus ojos era casi el mismo, así como la forma de la nariz. Laryssa tenía los labios más llenos pero cuando sonreían o algo les preocupaba su parecido aumentaba. Que fuera ella y no él quien estuviese allí me dolía.

—Te debo una disculpa —me dijo bajando la mirada—. Siento mucho cómo te traté.

—No hiciste nada que no mereciera o que yo no hubiera hecho. Siento mucho todo lo que está pasando, Laryssa, de verdad que lo siento.

—Todos lo hacemos.

—No puedo cambiar lo que soy, pero creo que hice lo correcto.

—Lo destrozaste.

—Elegí el camino más difícil, nos he destrozado a ambos. Si no hubiese dicho nada, me habría destrozado a mí solamente y tendría a tu hermano viviendo en una burbuja de falsa felicidad, ¿preferías eso?

—No sé lo que prefiero. Da igual —zanjó haciendo un gesto con la mano—. Está hecho polvo.

—Se detuvo y negó con la cabeza—. No he venido a reprocharte eso, en cualquier caso, no tengo motivos para hacerlo. Nos contaste la verdad, eso te da una gran ventaja.

—Gracias, significa mucho para mí que estés aquí.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Te arrepientes de habernos dicho la verdad? —Me miró directa a los ojos, esperando alguna clase de duda. Le sostuve la mirada de forma dulce y sincera para que le fuese más fácil creermelo.

—Aunque tu hermano no me perdone nunca, no cambiaría nada de lo que viví con él, absolutamente nada. Ni el más pequeño detalle ni la más grande discusión, ni siquiera cambiaría la elección que tomé al venir aquí; porque todo me condujo a él. Él me enseñó que si juegas con fuego te quemas, que el amor no solo está en los libros, que el lado bueno de los chicos malos es el doble de grande, que te amo no puedes decirlo a la ligera. Cada una de mis terminaciones nerviosas vibraba con su tacto, mi cuerpo se fundía con el suyo como uno solo, más allá de lo físico y sexual; nos necesitábamos, nos complementábamos.

—Para Miki eras la pieza del *puzzle* que tanto tiempo llevaba perdida, y ahora se perdieron todas. —Su voz fue poco más que un susurro, uno triste—. Siempre dije que mi hermano era de los que no se enamoraban, hasta que tú apareciste. Desde el momento en el que te vio por primera vez en el Baltika, todos supimos que tú serías su gran y único amor.

—No me perdonará. Nunca. —Las lágrimas resbalaron por mis mejillas. A esas alturas, cuando la conversación había tomado un rumbo tan profundo, me daba igual.

—Por el momento, no puede ni perdonarse a sí mismo.

—¿Qué quieres decir? Esto no es su culpa.

—Él no lo ve así. Desde niño ha estado sometido a duras decisiones, el poder no le daba miedo, nunca ha dudado de su capacidad de liderazgo; sin embargo, esto lo ve como un fracaso.

—No... esto...

—Su vida tenía el color de tus ojos, Babette, saberte suya era lo único que necesitaba. Miki estuvo en el cielo y la caída fue demasiado grande.

—En cuestión de minutos, su felicidad se esfumó sin poder hacer nada para evitarlo —continuó Nitca—. Solo queremos que entiendas un poco cómo se siente. Estaba acostumbrado a que nada le afectase. Excepto su familia, nada le importaba. A nivel sentimental, pues... ya lo sabes, no había más que sexo.

—Dale tiempo para ordenar sus emociones —añadió Galina—. Se echa la culpa de lo que ha pasado. De alguna forma, se siente responsable por haberse enamorado de ti y no haberse dado cuenta de la verdad.

—Claro, de una manera u otra las aguas volverán a su cauce —dije con una débil sonrisa.

—Ahora se acabó la cháchara, que empieza la película —nos calló Nitca.

Dabria

Abrí los ojos y vi a Borak mirando por la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—Otra vez —dije incorporándome.

Las náuseas habían disminuido gracias al jarabe del doctor, ya no las sentía con tanta intensidad. Lo malo fue que, entre que estaba más cansada y que tenía miedo a esforzarme demasiado por el bebé, la tensión se acabó acumulando y provocando que me desmayase en la última clase de la tarde.

—Sí, otra vez. ¿Vas a explicarme qué clase de virus hace que te desmayes día sí día no? —preguntó enfadado. Por suerte, las chicas no estaban; por mala suerte, estaba él.

—Pues... tengo cita con el médico para mañana. —Bien pensado, una pequeña mentira no hacía daño.

—¿No prefieres ir ahora? —preguntó serio.

—Por un día más no me ocurrirá nada. Ahora me iré a casa, estoy perfectamente.

—Te llevaré. —Me observó con una expresión indescifrable en el rostro.

—De acuerdo.

Durante el camino el silencio se hizo insoportable, Borak parecía preocupado y enfadado al mismo tiempo. Encontró un hueco para aparcar enfrente de mi edificio y decidió que era hora de romperlo.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿A qué te refieres? —pregunté arrugando el entrecejo.

—Pues que tu virus es de los largos, exactamente de nueve meses. —Me quedé estática. No contesté, no podía saberlo. Imposible—. No me mires así. ¿Vas a negarme que estás embarazada? —Salimos del coche y caminamos hacia el portal.

—¿De dónde sacas esa tontería? —Abrí la puerta concentrando toda mi atención en mi maniobra para no tener que encararlo.

—Por favor, Babette. —Resopló—. ¿Desde cuándo lo sabes? —Me persiguió escaleras arriba—. ¿O prefieres que vayamos a comprobarlo?

—¿Cómo lo sabes? —Ya no valía de nada negarlo. Lo encaré en la puerta de mi apartamento. Me miraba serio, esperando una respuesta.

—No soy tonto, te conozco, y cualquiera sabe los síntomas de un embarazo. —Se expresaba con muchos gestos de las manos. Abría y cerraba los brazos cuando él creía conveniente para dar más

énfasis a sus palabras.

—Yo... —Dudé—. No sé qué decir. —Negué con la cabeza y me giré para abrir la puerta. Prefería que los vecinos no escuchasen nuestra conversación.

—La verdad estaría bien. —Nos sentamos en el sofá tras quitarnos las capas de ropa y arrojarlas sobre una silla.

—Ya la sabes. —Hice mi típica mueca de disgusto.

—¿Por eso has roto con Miki? La verdadera razón es que no quiere saber nada del bebé, ¿no?

—¿Qué? ¿Cómo? Nooo —respondí negando rápidamente—. Miki no lo sabe. Nadie lo sabe. Eres el único.

—No lo entiendo, vas a tener un bebé de Miki, ¿o no es de Miki? ¿Por eso rompisteis luego? ¿Te has acostado con otro?

—Basta de estúpidas suposiciones, Borak. Mi ruptura con Miki no tiene nada que ver con esto, te repito que no sabe nada.

—Entonces, qué...

—No quiero que nadie se entere. Escúchame bien, nadie debe saberlo. Mucho menos Mikhail.

—Tranquila, no diré nada. Pero ¿por qué no quieres contárselo?

—No estamos en un buen momento, de hecho, no estamos. No estoy preparada para que nadie lo sepa.

—De acuerdo —aceptó—. Yo ahora que lo sé —movió las cejas arriba y abajo—, tendré que cuidarte.

—Pues empieza por hacerme de cenar, nos morimos de hambre —le respondí mirando mi vientre. Borak empezó a reírse.

—Volveré en cinco minutos. Esta noche elijo yo, de algún modo tendrás que compensarme por tu falta de confianza en mí.

Pasó una mano por encima de mis hombros y me atrajo hacia él. Me apretujó y me plantó un sonoro beso en la mejilla. Una sensación de alivio me invadió; de algún modo, era bueno compartirlo, ¿quién mejor que Borak para hacerlo?

—Enhorabuena —me dijo al oído—. Todo saldrá bien. Sobra decir que para lo que necesites estoy aquí.

Borak se había tomado muy en serio su papel. Se ocupaba de mí como un hermano mayor, hasta tal punto que siempre acabábamos discutiendo.

La siguiente ecografía había ido genial. El bebé estaba perfectamente, aún era pronto para saber qué sería, aunque tampoco me preocupaba, me valía con que estuviese bien. Pese a las insistencias de Borak, no dejé que me acompañase, no era buena idea que alguien lo reconociese. No quería arriesgarme a que mi secreto saliese a la luz.

Me esperó en una cafetería cerca del gimnasio para comer juntos. Me acerqué a él sin que se diese cuenta y le planté un sonoro beso en la mejilla, como hacía él a diario.

—Vaya, estás de buen humor —me saludó dejando el periódico a un lado.

—Pues sí. Vamos a dar un paseo.

—Pero si está nevando —protestó y dio un sorbo a la Coca Cola.

—No, ha parado. Venga, ponte el abrigo y vamos caminando hasta el italiano de la esquina, tengo hambre.

—Está bien. —Dio un último trago al refresco y se levantó.

—Cambio de planes —dije al salir del bar—. ¿Dónde tienes el coche?

—Ahí. —Se rio y señaló su todoterreno—. Vamos, mandona.

Después de pedir un manjar, que solo de pensar en él se me hacía la boca agua, comenzamos a charlar.

—¿Cómo está la cosita?

—No lo llames así. —Desde que se había enterado de mi embarazo, había apodado al bebé con ese nombre—. Mi bebé está perfectamente, cada vez un poco más grande.

—Como tú.

—Oye, yo estoy como siempre —lo regañé.

—Tú sí, pero tus... —señaló mis pechos con el dedo—, no.

—Serás cerdo.

—Te sientan bien. Aprovecha, pronto no serán solo tus tetas. —Soltó una carcajada.

—Siempre te morirás por mis huesos; incluso gorda y con un llorón en brazos, seré igual de atractiva.

—Estás llegando a los cuatro meses, tendrás que coger la baja pronto.

—Lo sé, pero ¿qué voy a decir?

—Tu jefe no te pedirá un informe exhaustivo, a la gente dile lo que te parezca.

Al salir del local, Borak pasó el brazo por mis hombros. Yo hice lo mismo, pero en su cintura. Era bastante alto, no tanto como Miki, pero bastante más que yo. Tampoco era tan ancho como él, aunque tenía un cuerpo de infarto. La gente podía vernos como una pareja, pero ambos sabíamos que no funcionaríamos más que como amigos. En todo ese tiempo lo había llegado a querer como a un hermano, pese a que todos los Korsakov lo detestaban. Yo estaba segura de que era porque no lo conocían, ni siquiera se habían molestado en hacerlo, el odio venía de familia y ninguna quería cambiarlo.

Al bajar las escaleras del restaurante, nos topamos de frente con quien menos esperaba. La familia Korsakov, entre ellos Mikhail, con su mirada fría e inexpresiva.

—Babette —saludó Egor cortésmente.

—Babette. —Laryssa me sonrió—. ¿Cómo estás?

—Babette —dijo Dara—. Me alegro de verte.

—Y yo —respondí con una pequeña sonrisa—. Bueno, nosotros ya nos vamos. —Miré de reojo a Borak—. Disfrutad de la comida.

—No creo que pueda hacerlo, me has dado ganas de vomitar —soltó Miki sin dejar de mirarme con desprecio.

—Mikhail —lo regañó su madre.

—No importa —le resté importancia. Dara no tenía la culpa de las groserías de su hijo. Di un paso adelante, impulsando con mi brazo a Borak a hacer lo mismo. Quería salir de ahí.

—Vamos, mamá, no molestes más a los tortolitos —atacó con odio—. ¿Te sirve mi sustituto como yo? ¿De cuál puedes exprimir más jugo, Babette?

—Lo importante no es la cantidad, sino la calidad. Deberías saberlo. —Le sonreí sin enseñar los dientes—. Que tengáis un buen día. —Me despedí del resto sin mirar a Miki. Presioné la cintura de mi amigo y lo empujé hacia la salida.

—Por más que me pregunto qué le veías, no encuentra nada.

—No lo sé. Mira que, teniéndote a ti, elegirlo a él. —Negué con la cabeza de forma divertida—. Increíble.

—Eso mismo pienso yo.

—Oye. —Lo empujé de forma juguetona.

—¿Estás bien? —Me miró con una expresión extraña.

—¿Lo preguntas porque no he soltado ni una lágrima? Mi humor es demasiado bueno como para que lo estropee el pésimo y, ya normal, carácter de Miki.

—Me alegra escuchar eso, hacía tiempo que no decías algo tan coherente.

—Como siempre, tus palabras ayudan a subirme el ánimo.

—Lo sé, ni tan siquiera puedes soñar con alguien como yo. —Rodé los ojos.

Borak no tenía remedio, pero estaba siendo la columna principal que evitaba que me derribase, el pañuelo que lavaba y volvía a usar cuando estaba demasiado pringoso; su hombro ya tenía la huella de mi mejilla plasmada.

—Te quiere más gente de la que piensas. —No esperaba esas palabras.

—¿A qué viene eso? —Arrugué la frente ante una frase tan carente y llena de significado a la vez.

—Laryssa sigue siendo tu amiga y a Dara se le caía la baba al verte, y la cara, por la vergüenza que su hijo le hizo pasar.

—No es tan sencillo. —«Si tú supieras».

—Me ciño a lo que veo, desde un punto de vista lo más objetivo que puedo dentro del odio que les tengo a los Korsakov. —Sonrió.

—El odio que finges tenerles, dirás —lo pinché.

—Hay cosas que no se pueden fingir, Babette.

Tenía razón. Por mucho que uno quisiera.

Esa sería mi última clase, mañana empezaba la baja. Habíamos decidido contarles a los demás que tenía una lesión en los aductores, fingiría que me dolían un poco y al día siguiente ya no podría ir. Por una lesión de ese tipo me darían al menos un mes. Después de eso ya veríamos, aunque no creía que estuviera allí para entonces.

Todo iba bien hasta que al girar me mareé, tanto que casi acabé de culo, si no llega a ser por mis amigas que me sostuvieron. ¡Genial! Si Nitca estaba empezando a despreocuparse, eso lo chafó todo.

—Te traeré un poco de agua —me ofreció Galina.

—Ven, siéntate —me guió Nitca con preocupación.

—Ya se me está pasando.

Tras convencer a Nitca y a Galina de que podía ducharme yo sola, me metí derecha en mi vestuario. No era tan pudorosa, pero no sería buena idea que me vieran desnuda. Mi barriga ya se notaba, no era algo que llamara la atención y era fácil de disimular, pero iba creciendo cada día.

Entramos al coche: yo, en el asiento trasero y Nitca, al lado de Aleksei. Cenaríamos los tres en mi casa. Galina y Laryssa no vendrían; la primera tenía algo que hacer con su familia y la segunda, cena con su novio.

—Buenas noches, hermosuras —saludó Aleksei.

—Déjate de pamplinadas. —Le di un manotazo en el hombro—. Llévame a cenar, me muero de hambre.

—Antes tenemos algo que hacer —interrumpió Nitca.

—¿Qué? —preguntamos Aleksei y yo a la vez.

—Vamos al hospital.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó mi amigo preocupado.

—De eso nada, vamos a cenar, te he dicho que mañana iré al médico —contradije. Nitca susurró algo a Aleksei, para que yo no pudiera escucharlo, y este se puso en marcha.

—Ya no creo que sea un virus, Babette —dijo Nitca—. Piensas que no me doy cuenta, pero no estás bien.

—Empezaré a estar mejor pronto. —En cierto modo, era verdad—. Demasiado estrés, nada importante —respondí, restándole importancia con un gesto de la mano.

—Para nosotros lo es —aseguró Aleksei serio, observándome por el espejo retrovisor.

—Pues sí, no nos mires así. Eres nuestra amiga, nos preocupas; más que a ti misma, parece. —Nitca volvió a la carga.

—Os digo que estoy perfectamente, y mejor estaré cuando coma algo.

No había valido la pena, en quince minutos nos encontrábamos en la puerta de urgencias. Intentaron sacarme a rastras, hasta que grité:

—¡Parad! No necesito ir a ningún médico, ya sé lo que me ocurre, ¿vale? —Ambos me miraron como si me salieran tres cabezas. Subieron atrás conmigo y esperaron a que volviese a hablar.

—¿Sí? ¿Qué es esta vez? —me apuró Nitca—. ¿Gripe? ¿Intoxicación alimentaria? ¿Una abducción ovni?

—No.

—Entonces, ¿de qué se trata?, ¿qué vas a inventar ahora? —preguntó Aleksei cansado.

—Estoy embarazada —solté rápidamente.

—¡¡¿Qué?!! —preguntaron ambos a la vez.

—Pues eso, que estoy embarazada, así que mi «virus» es de los largos.

—Jo-der —dijo Aleksei.

—¿Estás segura? —preguntó Nitca todavía en *shock*. Quien la viese pensaría que le acababan de decir que estaba ella embarazada.

—Completamente, de quince semanas casi.

—¿Quince semanas? Son casi cuatro meses —dijo Aleksei.

—Lo sé, no soy estúpida. —Rodé los ojos—. Bueno, sí, para no darse cuenta en todo este tiempo, hay que serlo —respondí de forma irónica.

—¿Cómo estáis? —preguntó Nitca recuperando un poco de color.

—El bebé, bien; yo, acojonada, pero cada día más feliz. —Parecía mentira, era la más cuerda en esos momentos. Si me hubiesen salido las tres cabezas, mis amigos no estarían peor—. ¿Podemos ir a mi casa y hablar mientras cenamos?

—Claro. —Aleksei salió disparado hacia el asiento del conductor, mi amiga no se movió.

Llegamos y los tres nos sentamos en el sofá. Aleksei empezó a repartir la comida, que yo había obligado a coger por el camino, mientras fui a por algo de beber.

—Un bebé —dijo Aleksei entre dientes, todavía sorprendido.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —preguntó Nitca.

—Un mes. —Tomé una gran cucharada de arroz.

—¡¿Un mes?! ¿No pensabas decírnoslo?

—La verdad es que no.

—Vaya —dijo Aleksei—. Cuánta sinceridad.

—¿No se lo has dicho a nadie? —preguntó Nitca.

—A nadie, aunque sí lo sabe alguien.

—¿Cómo? ¿Quién? —preguntó Aleksei.

—Borak.

—¿Borak?! —gritaron ambos a la vez.

—Sí, lo descubrió hace un par de semanas —expliqué—. Me ha sido de mucha ayuda.

—Genial —ironizó Nitca—. No sé si no hablarte más por no decírnoslo antes que a Borak o golpearme por ser más idiota que él.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta? —se preguntó Aleksei.

—Yo tampoco me lo creía hasta que escuché su pequeño corazón.

—¡Oh, Dios mío, un bebé! —Nitca intentó levantarse, pero tiró medio plato de arroz por su regazo.

—Podrás abrazarme después de cenar —la tranquilicé.

—Enhorabuena, supongo —me felicitó Aleksei no muy convencido—. ¿Cómo lo llevas?

—Cada día mejor. —Sonreí—. Las náuseas no son tan insoportables y los mareos puedo controlarlos, siempre que no me exceda con el ejercicio o los movimientos bruscos.

—Eso explica lo que ha pasado hoy —comentó Nitca—. No puedes trabajar más.

—Lo sé. Mañana empiezo la baja, diré que tengo una lesión en los aductores.

—Pero eso... —empezó Aleksei.

—Por ahora, diré eso; nadie debe saber que estoy embarazada.

—Babette. —Mí amiga se puso seria—. Miki debe saberlo.

—No, no quiero que se entere nadie más —respondí—. Menos él.

—El bebé también es suyo.

—Está creciendo dentro de mí, así que es mío. —Soné más brusca de lo que pretendía, pero no me disculpé.

—No diremos nada. No nos corresponde a nosotros esa decisión; sin embargo, estoy de acuerdo con Nitca. Tiene derecho a saberlo —dijo Aleksei con calma.

—Eso lo decidiré yo. —Miré de forma severa a ambos.

—Un bebé puede ser la solución, le abriré los ojos a Miki y seréis felices —intentó convencerme Nitca.

—Lo pensaré —respondí para que se callase—. Prometedme que no diréis nada. A nadie. Laryssa, Venyamin, Murik... ninguno debe saberlo.

—Está bien —se rindió Nitca.

Nuestra conversación, a partir de entonces banal, ayudó a entretenerme hasta bien entrada la noche. Cuando se fueron, dejaron una sensación extraña en mi interior. Por primera vez, me preguntaba si Miki tendría que saberlo. El remordimiento, hasta ese momento ausente, se instaló en el ambiente.

Maldije a Nitca por hacerme dudar, maldije a Aleksei por darle la razón y me maldije a mí misma por habérselo contado. Si seguía así, acabaría publicando mi embarazo a los cuatro vientos. Me prometí a mí misma que, salvo que decidiera contárselo al padre, no se lo diría a nadie más.

Lo mejor era irme a la cama, la soledad me estaba volviendo loca. Si se lo contaba a Miki, la situación podía cambiar y no tendría que estar sola nunca más.

Dabria

Desde que los Korsakov se habían enterado de mi verdadera identidad, las mujeres de la familia y yo manteníamos un trato cordial limitado a pocas palabras antes de empezar y al acabar las clases en el gimnasio. Me sorprendió que Dara me llamase para tomar un café. Pese a que seguía siendo amable conmigo, no sabía cómo actuar. Estaba nerviosa, no sabía qué quería.

—Supongo que no esperabas mi invitación. —Hizo un gesto con la mano para que me sentase en la silla de enfrente.

En otra ocasión me habría dado un beso en la mejilla o agarrado la mano, pero era la mujer que le había roto el corazón a su hijo, eso no se olvidaba fácilmente.

—La verdad es que no. —El camarero se acercó, pedí un zumo natural y esperé a que mi exsuegra tomara la palabra.

—Antes de nada, quiero saber cómo estás, me han dicho que tienes una lesión.

—Sí, me han dado un par de semanas de baja —mentí.

—Bien. No he venido a echarte un sermón. —Admiré su sinceridad, siempre directa, como a mí me gustaba.

—Entonces, ¿qué quiere? —No estaba segura de conservar mi derecho a tutearla, prefería no comprobarlo.

—Debería odiarte, en cambio, no lo hago. Entiendo tus motivos, aunque no comparto el método, tu dolor seguramente sea tanto que no merezcas que hurgue en él.

—La verdad es que he causado mucho daño, aunque a mí misma me he aplicado una buena dosis.

—No me cabe duda de que tanto mi hijo como tú estáis sufriendo demasiado. Dale tiempo.

—¿Tiempo? —Durante ese mes era la frase que más había escuchado y la que menos me creía.

—Está siendo muy difícil para él. De la noche a la mañana, la mujer que ama resulta que no es real; al contrario, fue hecha a medida para destruirlo.

—Para mí tampoco es fácil, lo he arruinado todo. Solo quiero que vuelva a ser como antes, que me dé una oportunidad, pero no quiere ni verme. Se acabó.

—Yo no lo creo, él te sigue amando. Se esconde bajo una máscara de odio y rabia porque no sabe cómo aliviar su dolor, alejar la tristeza. Está completamente perdido. No te des por vencida, Babette, lucha por él. —Puso tanto énfasis en sus palabras que casi me las creí.

—¿Me está pidiendo que luche por su hijo? Después de todo, ¿quiere que vuelva conmigo?

—Él te ha elegido. Yo te pido que no le dejes olvidar su elección. Lucha por él, te perdonará.
—Sonó menos convencida llegando al final de sus palabras.

—¿Sabe? Era la candidata perfecta para esta misión, controlaba hasta el más mínimo detalle, pero... —dudé—, nadie me dijo cómo evitar enamorarme de él. Venía directa a volverlo loco y fui yo quien acabé locamente enamorada.

—Hay cosas que no se pueden enseñar ni aprender, solo cuando las vives. El amor es una de ellas. No pide permiso, llega sin avisar arrasándolo todo a su paso, como la lava de un volcán. Ese fuego que arde en toda tu piel es prueba del amor tan grande que sentís y, créeme, no hay forma humana de apagarlo mientras viváis. Cada mirada, cada roce, cada palabra es una forma de avivar el fuego. —Pestañeé rápidamente, el dolor se intensificaba con las palabras de la madre de Miki.

—Ahora él me odia, ese fuego se irá apagando hasta dejar solo un horrible humo negro, y cuando ese humo se lo lleve el viento, será como si nada hubiese existido.

—Te equivocas. —Dara negó con la cabeza—. No conseguiréis apagarlo, solo acostumbraros a su calor hasta que sea demasiado para soportarlo y uno de vosotros decida perdonar.

—Es ahí donde se confunde, Miki es quien debe perdonarme, y no lo hará. —Mis propias palabras me dolían tanto que debí limpiar las lágrimas que se escapaban de mis ojos.

—Lo hará; para poder ser feliz, tendrá que hacerlo. Es igual que su padre y él me eligió a mí. —Entrecerré los ojos confundida—. Escapé de Bulgaria siendo poco más que una niña, aquellos hombres decían que tendríamos un futuro mejor, un buen trabajo en Rusia. Yo no tenía nada que perder, no me quedaba nadie en Bulgaria, así que no lo pensé dos veces.

»Nos montaron en una furgoneta y nos llevaron al que sería el peor viaje de nuestra vida. La mitad del camino lo pasamos emocionadas, hasta que llegamos a un prostíbulo donde nos drogaron y nos pusieron a trabajar. Para mi buena suerte, y mala para los proxenetas, me puse mala en el viaje; no podía trabajar, así que se vieron obligados a llamar al médico.

»Un chico nuevo se fue de la lengua delante de mi marido. Así fue como se enteraron de que las otras dos familias mantenían negocios a sus espaldas. —No pensé que Dara me contaría su triste historia—. El resto ya lo sabes: Egor se enamoró de mí, tanto como yo de él, me eligió por encima de todo, sabiendo que no debería, sabiendo el peligro que corría el liderazgo al casarse conmigo. Me amó cada día más que el anterior y menos que el siguiente, sin importarle las consecuencias. Miki te ama con la misma intensidad, no será capaz de amar a nadie más. Aunque decida no perdonarte, no logrará olvidarte.

—Va a ser que el refrán tiene algo de verdad. —Solté una media carcajada.

—Desde luego, veo que lo has escuchado. Pues déjame decirte que es totalmente cierto. En la mafia se ama con mayor intensidad, solo se hace una vez y dura para siempre. —Su mirada era tan penetrante que me produjo un escalofrío—. Sin embargo, no habrás escuchado que a su correspondiente le sucederá lo mismo; por lo tanto, Babette, tú también estás destinada a amarlo a él por siempre.

—Solamente es un refrán. —De pronto me sentía triste, muy triste, porque si Dara tenía razón, qué iba a ser de mí.

«Una persona se puede enamorar más de una vez y rehacer su vida, solo cuesta superarlo, ¿no?».

La conversación con Dara había sido extraña. No me odiada, de hecho, me había hablado de forma que su cariño fue notable llegando al final de la charla. Dijo que me perdonaría, pero ni ella se creía sus palabras.

Sin embargo, ¿qué más tenía que perder? Nada. ¿Qué podía ganar? Al padre de mi bebé, al único y verdadero amor de mi vida. ¿Debía intentarlo una vez más? La pregunta solo tenía una respuesta correcta.

Esa conversación con mi exsuegra había logrado revivir el dolor y creado confusión en mi cabeza. Los últimos días había estado más feliz y animada que hacía mucho, y de nuevo volvía a estar hecha un mar de lágrimas y un manojo de nervios. Hablaría con Nitca y Aleksei para encontrar el momento adecuado para ir.

Al día siguiente estaba todavía más nerviosa. Haber tomado la decisión de contarle la verdad a Miki aceleraba mi ritmo cardíaco a niveles de maratón. Además, al no dar clases, tenía demasiado tiempo libre. Fui a la universidad como siempre y le pedí a Nitca que buscaran un buen momento, un momento en el que encontrase a Miki en casa.

—No te preocupes, Babette. Deja eso en mis manos, Aleksei y yo nos ocupamos. Tú solo tranquilízate. —Nitca intentaba animarme mientras caminábamos por el pasillo hacia la salida.

—Para ti, todo es muy fácil.

—¿Qué más puedes perder? Si no lo haces, te arrepentirás toda la vida. ¿Cómo le explicarás a tu hijo que nunca le contaste sobre él a su padre? ¿Prefieres quedar de cabrona o que lo haga él?

—Haces preguntas con respuesta única, eso es trampa. Y no me ayuda. —Tiré de la bufanda bien hacia arriba, quedó justa para dejarme ver por dónde pisaba. El trecho hasta el coche de Nitca no era mucho, pero el frío te dejaba helada casi al momento. No entendía por qué no había metido el coche en el aparcamiento subterráneo de la universidad.

—¿Por qué coño no metes el coche en el aparcamiento? —le reproché cuando cerré la puerta del coche y me bajé la bufanda para hablar.

—Son menos de veinte pasos —explicó.

—También son menos de veinte grados, «bajo cero» —recalqué lo último.

—¿Te vienes a comer con nosotros? Tranquila, no vamos de picnic —se burló mi amiga.

—No, no me fío. —Me dio un codazo amistoso y arrancó—. He quedado con Inna. ¿Puedes dejarme en el gimnasio?

—Claro. Te llamaré más tarde.

Nitca fue buena. Me dejó justo en la entrada. Abrí la puerta y casi caí dentro de la puerta cristalera del edificio.

—Hola —saludé animada a Inna, que rebuscaba en uno de los cajones de recepción.

—Dame un minuto —me pidió sin desviar la vista del cajón—. Aquí está.

—¿Qué buscas? —pregunté mirando por encima de su mesa.

—Mi tarjeta de fichar, se había atrancado en el cajón. La maldita no quería salir, pero yo la he sacado a la fuerza.

—Así me gusta, Inna. Buen trabajo —la felicité. Ella frunció el entrecejo ofendida—. Déjate de rollos, me muero de hambre.

—¿Adónde vamos a comer? ¿Vienen Borak y David? —preguntó cogiendo sus cosas del perchero. Hizo malabares para ponerse el abrigo con una mano, mientras tiraba de la bufanda con la otra, luego cambió el brazo y tomó el bolso con la que le quedaba vacía. Para que dijese que no era cierto que las mujeres podían hacer dos cosas a la vez, dos y tres y las que les pusieran.

—Sí. Vendrán para el restaurante, que yo elegiré, por supuesto.

—Genial. —No protestó. Empezó a caminar hacia la salida conmigo pisándole los talones.

Dabria

Estaba tan nerviosa que me temblaba el cuerpo entero como la gelatina. Tomé un taxi hacia la mansión Korsakov. Era un buen día, era sábado. Todos habían quedado en reunirse allí, era seguro que estaría en casa. Nitca me lo había asegurado.

Ella y Aleksei se ocuparían de que me dejasen entrar, el resto no dependía de ellos.

Saber que no estaba solo, sino que todo el grupo lo acompañaba, como muchas tardes en las que yo también había estado, me ponía mala. Me había repetido infinidad de veces que era lo correcto, no me reprocharía más tarde el no haberlo intentado.

Al subir las escaleras de la enorme casa, los recuerdos me atormentaron. Un escalofrío me recorrió la columna de arriba abajo. Miedo.

«Tranquila, Nitca y Aleksei están dentro, ellos siguen siendo tus amigos, al igual que Galina y Laryssa, y los chicos. Así como tu exsuegra, que también desea que lo intentes». Algo tenía que pensar para no dar media vuelta y echar a correr.

Acaricé mi barriga y aspiré con fuerza intentando tranquilizarme. Valoré de nuevo, esa vez más en serio, si escapar corriendo de vuelta al taxi. Con rapidez, hice sonar el timbre, tomé una gran bocanada de aire y esperé.

—Señorita Lévesque. —El ama de llaves abrió la puerta y, con una fría mirada, me dejó pasar.

—Avisaré de que está aquí.

—No es necesario, me están esperando. —Empecé a caminar antes de que insistiera en anunciar mi llegada.

Me acerqué con paso firme al salón, ya no había vuelta atrás. Recordé los días que había pasado con ellos en ese mismo sofá, sin necesidad de hacer algo especial, solo tirarnos palomitas, regañar a Zoria por sus chorradas o ver películas de terror.

Como esperaba, estaban todos: Aleksei, Nitca, Venyamin y Laryssa en un sofá, Miki, Zoria y Murik en otro. La única que faltaba era Galina, que había ido a visitar a su hermano a Moscú; últimamente, se escaqueaba mucho. Ojalá fuera lo que mi mente perversa creía.

Nada más entrar, todos los ojos se posaron en mí. Para infundirme valor miré a mis dos amigos, que hicieron un pequeño asentimiento con la cabeza. Laryssa me miró preocupada; el resto me observaba con curiosidad y sorpresa. Excepto Miki, sus ojos se clavaron en mí con desprecio. No me importó, caminé despacio hasta quedar enfrente de él.

—Tenemos que hablar.

—No sé qué coño haces aquí, pero ya te puedes ir largando. —Le sostuve la mirada.

—¿Podemos hablar un momento? —Intenté mantener la calma—. Es importante que me escuches.

—Nosotros os dejamos para que podáis hablar —dijo Nitca obligando al resto a levantarse.

—De eso nada. —Sus amigos volvieron las posaderas a su sitio. Entendía por qué todos le temían. Era una de esas personas que nacen para ser respetadas—. Ella ya se va. No tenemos nada que hablar, ya dijo suficiente.

—Te equivocas —lo contradije—. Vas a escucharme; de todas formas, no es un secreto lo que voy a decirte.

A nuestro alrededor reinaba un profundo e incómodo silencio: nadie se atrevía a levantarse, la mayoría miraba hacia el suelo. Mis nervios se esfumaron, me llené de coraje, tenía que acabar lo que había venido a hacer. Debía cerrar esa etapa de mi vida de una vez por todas.

—¿No entiendes que no quiero escucharte? No me interesa nada de ti. Nada me hará cambiar de opinión, nada hará que te quiera como, por desgracia, te quería. —Seguía observándome con dureza, quería intimidarme.

—Te quiero, más que eso, estoy enamorada de ti. No sé cómo coño decirte que jugué a ser cazador y resulté ser la presa. —Levanté más la voz, hice que sonase firme y segura—. Que mi vida sin ti no tiene sentido; que siento un vacío en el alma que me desgarrar hasta los huesos; que tengo miedo de acostarme en la cama porque tú no estás a mi lado; que, aunque no quieras creerlo, te necesito; que nada me importa si tus brazos me arropan cada noche y tus labios me besan cada mañana. —Su expresión seguía imperturbable, fría.

—¿Piensas que me importa? ¿Que me interesa? ¿Que te creo? ¡Me destrozaste! ¡Acabaste conmigo! —Había subido los decibelios. Sonaba nervioso y enfadado—. Pisoteaste mi amor como si no valiera nada. Todo lo que sentía por ti murió, nunca volveré a amarte. Ahora, lo único que me inspiras cuando estás a mi lado es repulsión, odio, asco. —Empezaba a creer que era cierto, su mirada me dolía como una daga clavándose lentamente en mi corazón—. ¡Joder! ¿No puedes dejarme tranquilo?

—No te das cuenta, ¿verdad? —pregunté con calma—. El odio te ciega hasta el punto de no darte cuenta de que no me importa que se acabe el mundo ahora mismo, si tú estás a mi lado.

—Yo no quiero estar a tu lado, no quiero volver a verte jamás. —Mis recursos se estaban agotando.

—Entiendo que estés furioso y dolido, pero si me escucharas, podríamos arreglarlo. Dame una oportunidad, te lo suplico. —Los ojos se me cristalizaron, pestañee rápidamente para evitar las lágrimas—. Te engañé, no lo niego. Vine aquí para acabar contigo, para volverte loco de amor, para encerrarte, para encerraros a todos. Pero eso cambió. Lo que siento cuando estoy contigo, lo que me hiciste sentir fue más de lo que cualquier mujer puede soñar. No importaba lo que le ordenara a la razón porque lo que manda es esto. —Señalé mi corazón—. Y grita desesperado por ti.

Miki se levantó, se metió la mano por detrás y, al segundo, sentí el frío cañón presionando mi frente. Murik y Zoria se levantaron.

—Baja el arma, Miki —pidió el primero.

—Estás loco, deja de encañonarla —añadió el segundo, más alto que su gemelo.

—Sentaos ahora mismo si no queréis que apriete el puto gatillo —amenazó.

Ambos hicieron lo que les mandó su primo. Yo no aparté la mirada de la suya. Si iba a matarme, que mi mirada lo persiguiera por el resto de sus días.

—No se puede arreglar algo que no ha existido. Todo fue una farsa, la máscara se te cayó, como todo lo bueno que sentía por ti. Pero no te preocupes. —Braceó con la mano vacía—. Lo que tuve contigo puedo tenerlo con cualquiera sin necesidad de fingir, así que no te creas tan especial.

—Por favor, escúchame. —Dejé resbalar las lágrimas por mis mejillas.

No sentía miedo. Sentía una profunda tristeza porque, aunque sabía que Miki no apretaría el gatillo, acababa de matar nuestro amor. Había venido buscando una respuesta y ahí estaba.

—Tienes dos minutos para lárgate de mi vista antes de que la bala atraviere tus sesos y los esparza por mi salón —escupió las palabras sin emoción. Un cuerpo vacío.

—Hazlo, ¿por qué no? Soy la culpable de tu desgracia, ¿por qué no acabar conmigo? —Empujé con fuerza el cañón que me aprisionaba la frente—. Venga, adelante, Mikhail. Dispara.

—No me provoques —me avisó entre dientes.

—Si así acabará tu sufrimiento, aprieta el gatillo.

—¡Para, Miki! —Fue Nitca quien intentó acercarse.

—No te acerques —amenazó con rabia.

—Vale. Suéltala —pidió mi amiga con miedo—. Por favor.

—La odio. ¡Te odio con toda mi alma! —Su mirada era hielo, sus palabras, cientos de agujas directas a mi corazón.

—Yo no te odio a ti, me odio a mí misma por en lo que te he convertido —dije con tristeza.

No había nada que hacer. Nada de lo que dijese lo haría cambiar de opinión. Sus palabras estaban guiadas por una rabia y un odio tan profundo como el foso en el que se encontraba, al que yo lo había arrojado y del que él no quería salir.

—¡Cállate! —gritó. El cañón me hacía daño por la fuerza que, en ese momento, él sí ejercía.

—Cumpliré tu deseo, me iré y ten por seguro que no volveré. Algún día, todo lo que me has dicho hoy te hará más daño a ti del que me hace a mí en estos momentos. Y cuando ese día llegue, serás tú el que suplique y yo quien no te perdone. ¿Sabes por qué? Porque me serás indiferente, tanto, que no sentiré nada hacia ti, ni siquiera odio.

—¡Vete! ¡Maldita sea! —Me pareció ver que los ojos se le cristalizaban, aunque podía ser mi imaginación queriendo joderme—. ¡Lárgate!

—Una cosa más, nunca dudes —susurré para que solo él me escuchase—, ni por un segundo te atrevas a hacerlo, de que mi corazón te perteneció por completo desde el instante en el que te vi hasta este momento.

Dicho eso, me giré y salí de la mansión Korsakov, sabiendo que sería para siempre, con el único propósito de retomar mi vida. No la seguiría arruinando por alguien que no lo merecía cuando llevaba dentro de mí algo que lo supliría todo.

Sabía que era la culpable de lo que le pasaba a Miki, del monstruo en quien se había convertido, pero no podía caer con él. Tenía que seguir luchando, esa vez, en otra dirección. Mi bebé y yo seríamos felices, nos tocaba regresar a casa, a mi hogar, a mi Madrid querido, con mi abuelo.

Esa noche lloré lo último que me quedaba, hasta que mi corazón se congeló y mis lágrimas se volvieron hielo.

MIKI

Quería salir corriendo detrás de ella para decirle que la seguía queriendo con locura. Pero la rabia, el odio y el dolor que sentía eran tan fuertes que no me dejaban pensar en otra cosa que hacerla sufrir.

—¿Cómo has podido? —me preguntó Nitca sin levantar la voz—. Encañonarla con un arma no era necesario. —Estaba enfadada, enfadada de verdad, como pocas veces; en cambio, tampoco me importó. Ya nada me importaba.

—¿Por qué la defiendes? Tenía que hacerlo, tenía que alejarla de mí —le expliqué.

—Si le hubieses disparado, no te lo habrías perdonado, Miki —se unió Zoria.

—Si le hubiera encajado una bala entre ceja y ceja, nos habría hecho un favor a todos.

Mentira. No quería hacerle daño, pero no podía escucharla más. Me debilitaban sus palabras, me hacían daño. Había abierto la herida y empezado a sangrar como la primera vez; a partir de ese momento le tocaba a ella, era su turno. Quería que sufriera como yo. Podía ser que todo fuese una mentira, incluido lo de hoy. Quizá hubiera venido a atormentarme, a jugar conmigo de nuevo.

En lo más profundo de mi alma sentía que decía la verdad, pero no podía arriesgarme a creerla. «Quien miente una vez miente mil veces más». Alguien como ella, una agente preparada para el ataque, ¿qué le podía importar yo? Fuera como fuese, le tocaba sufrir, se lo merecía por abrirse paso en mi corazón como si de un disparo a bocajarro se tratase. Me había destruido más que una bala real, al menos, de esa manera no sentiría nada.

Nunca me había sentido tan completo, feliz, era inmensamente feliz a su lado. «Maldita sea». Me dejé caer con fuerza en el sofá, con la pistola todavía en la mano. En ese momento, me sentía expuesto y vulnerable, perdido. Ya nada importaba, todo se había acabado, la olvidaría costase lo que me costase.

—¡Eres un imbécil! No sabes lo que has hecho. —Nitca empezó a reñirme, lo hacía sin chillarme, con voz seria y segura.

—Déjame en paz, ¿quieres? —No me preocupó mi tono hosco. Lo único que necesitaba era estar tranquilo.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer. Acabas de firmar tu desdicha, aunque ahora no lo ves. No sabes cuánto dolor te causará lo que acabas de hacer.

—¡Cállate, Nitca! ¡Joder! No quiero escucharte —le grité a mi mejor amiga sin contemplaciones.

—Te quiero con toda mi alma, Miki, pero en esto estoy de su lado. La balanza no se puede equilibrar cuando un lado ya tocó el suelo. —Acabó de soltar toda la mierda y se fue por el mismo camino que se había marchado Bab... ¿qué más daba su puto nombre?

Aleksei no tenía la culpa, lo sabía y, aun así, cargué contra él.

—Vete tú también, marchaos todos si queréis, no os necesito. Corre tras ella. —Miré con infundada rabia a mi amigo—. ¡Corre! ¡Vamos! Desde que llegó, todos sabemos que te gusta.

—Te arrepentirás de esto, Miki —me dijo con calma y ¿pena?—. Lo sé.

—No es más que una zorra, te será fácil acostarte con ella si le das algo de información —seguí escupiendo.

—Eso es lo que no entiendes. Yo daría mi vida porque me quisiera la mitad que a ti.

—Ella no quiere a nadie.

—Me gustaría que no fuese demasiado tarde cuando te des cuenta de que acabas de cometer el peor error de tu vida. —Parecía muy seguro de sus palabras, lo que me provocó otra oleada de furia que estalló contra el resto de mis amigos. Aleksei no esperó a ver mi reacción, siguió a Nitca fuera de la casa.

—Si alguno más se quiere ir, adelante —los animé bajando el tono de voz, pero sin calmar su dureza.

—Queremos lo mejor para ti, Miki —dijo Murik con la voz apagada.

—¿Y creéis que ella es lo mejor para mí?

—Empiezo a creerlo —respondió mirando al suelo.

—Jugó conmigo como si fuese un muñeco, me hizo sentir cosas tan fuertes que me enamoré como un estúpido.

—Ella también —intervino Laryssa acercándose a mí—. Al final cayó en su propia trampa.

—Una embustera, no es más que una bruja que os tiene hechizados con sus mentiras. Conmigo, ya no funcionan.

—Piénsalo, Miki, piénsalo bien. No se habría jugado todo por ti si no te quisiera.

—No tengo nada que pensar, Laryssa. —Estaba empezando a perder la paciencia con mi hermana también.

—¿Ibas a contarle en qué andabas metido? ¿A qué te dedicas en realidad? ¿Quiénes somos?

—No. —No sabía adónde coño quería llegar mi hermana con esas preguntas.

—Pues no te olvides de que los malos somos nosotros. Tú eres quien trafica, quien vende las drogas que provocan millones de muertes, quien mata y tortura. Ella simplemente luchaba por un mundo mejor, hasta que cayó en la mierda, en «nuestra» mierda, Mikhail.

—Cállate, Laryssa. Eso no tiene nada que ver. Jugó conmigo, con nosotros.

—Tampoco tú fuiste sincero con ella, y no se comporta como una cría. —Me miró con dureza, era igual a mi madre cuando hacía eso—. Tú nunca se lo contarías por miedo. En cambio, ella tuvo el valor de dar la cara, no ante ti solo, ante todos, sin importarle las consecuencias.

—Tu hermana tiene razón —concordó Murik pensativo—. Deberías escucharla.

—No quiero escucharla, ni a vosotros tampoco. Por mí, podéis iros todos con ella, y no volváis a decirme lo que tengo que hacer. —Me levanté a por una copa, me hacía falta distraerme.

Horas más tarde, Zoria y yo estábamos en el Atenea; me había acompañado más para vigilarme que porque tuviera ganas de fiesta. No me importaba, me emborracharía y follaría toda la noche si hacía falta para olvidarme de todo. A esas alturas, mi estado ya era más ebrio que sobrio, bastante más.

Llevaba bebiendo desde que Babette —no estaba dispuesto a llamarla por su propio nombre—, se había ido de mi casa, y seguía haciéndolo cuando quedaba menos de una hora para cerrar el local. El Atenea estaba a rebosar, un sábado a esas horas lo que sobraba era gente, mujeres. ¿Por qué no? Me levanté y me despedí de Zoria.

—Voy a por una tía. —Me miró de manera extraña, pero pasé de largo.

Me acerqué a una chica morena que bailaba con dos amigas, me pegué a su espalda y comencé a bailar acariciando su bajo vientre y besándole el cuello. Al darle la vuelta, su mirada se clavó en mí, llena de deseo; sin embargo, el mío cayó en picado como si me hubiesen tirado un jarro de agua fría.

Deseaba ver cómo esos ojos —¿verdes?, ¿azules?, qué más daba— me acariciaban con tan solo una mirada, cómo un simple roce me encendía hasta hacerme temblar, cómo mordía su labio desafiándome a hacerle lo que ambos queríamos. ¿Cómo pude pensar que esa tía podía hacerme sentir algo parecido?

La chica era mona, ojos marrones perfectamente maquillados, pero carentes de expresión; y una sonrisa que no me hacía sentir nada, salvo extrañarla más. No podía continuar mirándola, la tomé del cuello y la besé con fuerza, exigiendo con mi lengua abrirme paso en un acto de rabia y dolor.

No sentía nada más allá de eso: un creciente y profundo dolor en el pecho que ya me era muy familiar. Eso me hacía odiarla más. Odiarla me provocaba pensar más en ella; para bien o para mal, ella ocupaba siempre mi mente.

Babette conseguía que un torrente de emociones corriera por mis venas en un acto tan simple como rozar sus labios con los míos; con una pequeña caricia o un pequeño gesto como tomarme de la mano, hacía que una más que agradable sensación de ternura se instalara en mi pecho.

«Para, Miki. Olvídala».

La chica se pegó más a mí. Sin perder más tiempo, la tomé del brazo y la arrastré hacia el baño. Entramos a uno de los cubículos, cerré de un portazo y volví a besarla de nuevo. Le subí la falda con una mano y con la otra le acaricié los pechos. Ella se dejaba hacer encantada, emitiendo tantos ruiditos que llegaron a parecerme de una película porno. Al volver la cabeza observé su rostro, encendido de deseo, mirándome con una sonrisa coqueta. Aparté las manos de su cuerpo como si me hubiese dado corriente. La miré con asco, ¿por qué? La respuesta era sencilla, mi cuerpo no reconocía otro tacto que el de ella. ¡Maldita fuera! Ni siquiera podía echar un polvo tranquilo.

—¿Qué haces? Sigue —me animó la chica. Estiró una mano para acariciarme la cara, me separé como si tuviera la lepra. Demasiado grosero, lo sabía, aunque no me importaba. A esas alturas no podía quitármela de la cabeza, la maldije mil veces por ser capaz de dominar mis acciones cuando la había echado de mi vida.

—Quizá otro día. —Salí dejándola allí plantada.

No era forma de tratar a nadie, pero no soportaba tocarla más. Me había provocado náuseas pensar en follarla o besarla. Grosero, pero verdad.

Salí del local como alma que llevaba el diablo con Zoria pisándome los talones. En cuanto me vio, supo que algo no iba bien. Subimos a mi coche y conduje mucho más rápido de lo que debería. En casa podría emborracharme tranquilo, o eso esperaba.

—¿Qué coño te pasa, Miki? —preguntó mi primo preocupado.

—Nada —respondí seco.

—Ya. ¿No te ha ido bien con la morena?

—Nada va bien por su culpa, todo me recuerda a ella, ni siquiera puedo follar tranquilo. Su

rostro se aparecía sin pedirme permiso, el recuerdo de sus caricias hacía que me doliera la piel cuando la otra me tocaba. ¿Qué coño me ha hecho?

—Estás enamorado, no es tan fácil olvidarla, supongo.

—La odio, eso debería bastar para olvidarla, ¿no?

—Eso es lo que te empeñas en creer, pero la sigues queriendo, creo que ese es el problema. Por mucho que te empeñes en odiarla, tu corazón la sigue amando, no eres capaz. Simplemente, no puedes odiarla. Así que vas jodido.

—No me estás ayudando, Zoria.

Esa noche la rematé emborrachándome hasta casi perder la conciencia.

DABRIA

—Entonces, ¿para dónde va todo ese dinero? —preguntó Liov.

—Para otro banco, papá —dijo Murik—. ¿O es que tú solo tienes una cuenta en un mismo banco?

—Puede que estén de su parte —añadió Zoria—. No estamos seguros de la lealtad de nadie, cada día menos.

—Visto lo visto, nadie nos asegura nada, salvo nosotros mismos —dijo Murik.

Estábamos en la casa de Liov y los gemelos. Me habían llamado para que fuese, de hecho, Murik pasó por la universidad a recogerme. No tenía ganas de ver a ninguno después de lo ocurrido, en cambio, allí estaba. Agradecía que no tuviese que ver a Miki, no podía. El día anterior había dormido toda la mañana y la tarde la había pasado reconstruyendo mis emociones y parchando las heridas. Había decidido que pasaría una semana tranquila, y allí estaba yo, trabajando con su familia.

—Jaquearemos sus cuentas, ¿Alekssei? —preguntó Liov mirando al susodicho.

—Lo intentaré —respondió—. Lo conseguiré, el problema es que no sé cuánto tiempo me llevará.

—Deberíamos poner un micro. —Estaba tan integrada que ya me incluía—. Si conseguimos copiar la información del disco duro del banco, será más fácil para Alekssei. Luego, deberíais ingresar una cuantiosa suma de dinero pidiendo explícitamente que solo se os ponga en vuestra cuenta, sin hacer las particiones correspondientes, es decir, sin darles sus porcentajes.

—¿Crees que se chivarán? —preguntó Murik arqueando una ceja.

—Sin duda, vuestra credibilidad ciega en la gente no es la mejor virtud de la mafia.

—¿Te estás riendo de nosotros o qué coño te pasa? —Zoria se alteró demasiado con mis palabras. Apuró el paso hacia mí e intentó golpearme en la cara. Antes de que me alcanzara, tenía mi brazo asfixiando su garganta y mi rodilla en su entrepierna apretando lo necesario para poner nervioso a su gemelo, que intentó venir en su ayuda. Tomé el abrecartas que había encima de la mesita y se lo lancé, rozándole la cabeza y clavándolo en la pared de atrás, dejando a todos completamente estáticos.

—¿Qué coño os pasa? Suéltalo, Dabria —me ordenó su padre.

—¿Qué coño pasa? Eso me gustaría saberlo a mí. ¿Qué coño les pasa a tus cachorros? ¿Se puede saber qué coño os pasa? —pregunté dirigiéndome a los gemelos.

—¡Joder! Dabria, suéltame. Me dejarás las pelotas moradas —protestó Zoria.

—Es su culpa, quería comprobar no sé qué mierda —se disculpó Murik.

Arrugué el entrecejo y fruncí los labios. ¿Es que se habían vuelto locos?

—Quería comprobar si eras tan buena como dijo mi tío, eso es todo —explicó Zoria.

—¿Cómo?

—Dejaos de estupideces, ¿es que creéis que nos sobra el tiempo? Zoria, tienes veintiséis años, no seis, así que deja de jugar, por Dios —lo regañó su padre.

—Te lo explico luego.

—De acuerdo —acepté. La mirada que Liov nos lanzó dio por zanjado el asunto—. ¿Qué propones, Dabria?

—¿Entrar al banco? ¿Cómo conseguiremos poner un micro y acceder al ordenador central? —preguntó Murik.

—Yo lo haré. Me haré pasar por una rica heredera que quiere meter una cuantiosa suma de dinero.

—¿Estás dispuesta a hacerlo? —preguntó Liov.

—Alguien tiene que hacerlo, y desde luego estoy mucho más dotada que vosotros para embobar al director.

—Te ayudaremos para que puedas entrar —dijo Zoria.

—Necesitamos un plano de las cámaras de seguridad del banco. Quizá en la oficina del director no haya, quizá sí. También necesitamos saber los horarios de cada trabajador y del director, no vaya a ser que no esté o que los empleados nos interrumpan —intenté sopesar todo mientras hablaba. No dudaba de su forma de trabajar, pero a mí me gustaba tener todo bajo mi ojo.

—Estoy de acuerdo. Podemos manipular las cámaras como máximo unos quince minutos. ¿Será suficiente? —preguntó Aleksei.

—Tendrá que serlo.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó Murik.

—Mañana. En cuanto confirmemos los horarios, te avisaré de la hora. ¿De acuerdo? —me preguntó Liov.

—Por mí, cuanto antes, mejor. Necesitaré un cambio de imagen —dije señalándome—. Esta es conocida.

—Haremos que te traigan lo que necesites —dijo Zoria.

—Prefiero ser yo misma quien lo consiga, iré de compras más tarde. Cuanta menos gente sepa de esto, mejor.

—Nosotros te llevaremos —se ofreció Murik.

—Yo conseguiré el micro, la memoria y ayudaré a Aleksei —dijo Liov—. Llamaré a Venyamin para que traiga su culo aquí ahora mismo.

—Perfecto —aceptó Aleksei. Estaba escondido tras el ordenador sin dejar de teclear—. Tenemos poco tiempo.

—Hasta luego —me despedí antes de salir con los gemelos.

Bajamos las escaleras hacia el garaje mientras yo me ponía el abrigo.

—¿Te parece bien que te acompañemos nosotros o quieres que llamemos a Nitca? —me preguntó Murik parándose al lado de su coche.

—No querrás meterla en esto. Ni yo tampoco. Además, Zoria no tiene nada que hacer, podemos ir los dos. Tú vete donde Nitca.

—Nada me apetece más que una sesión de compras de chicas —dijo Zoria elevando las cejas

arriba y abajo de forma divertida.

—Lo sé, no puedo ofrecerme a ir en su lugar, nunca me lo perdonaría, ¿eh, Zoria? —se burló Murik.

—Por supuesto, Murik. Tú siempre pensando en mi bienestar —le dijo Zoria a su hermano.

—Pasadlo bien, mi chica me espera. —Nos guiñó un ojo y se subió al coche.

Zoria me guio hacia su coche, que estaba cerca del de su hermano. Nos montamos y, con la emoción de quien va para el matadero, nos dirigimos a nuestra misión.

—Es mejor que vayamos a Víborg; queda lejos, pero como tú has dicho, cuantos menos ojos se fijen en nosotros, mejor.

—Por mí está bien. Si a lo poco que me gusta ir de comprar le sumamos que tengamos que andar a escondidas, podría salirme hasta sarpullido de los nervios.

Zoria soltó una gran carcajada antes de decir:

—Eres una chica muy poco común.

—¿Es malo que no me guste ir de compras? ¿Es poco femenino?

—Poco femenino, sí; malo, no.

—Nunca he sido demasiado femenina, no creo que por eso sea menos mujer o peor mujer que el resto.

—En absoluto. En mi opinión, eso te hace mejor mujer, una con más neuronas.

—Sabes que tu cuñada y tu prima te matarían si te escuchasen, ¿verdad? —pregunté imaginándome lo que le dirían.

—Ellas no están aquí. —Se encogió de hombros. De todas formas, a Zoria poco le importaba lo que le dijeran, soltaba lo que pensaba y se quedaba tan pancho. Si te gustaba, bien, y si no, también.

Dos horas más tarde, estaba metida en el probador con no sé cuántos vestidos. Me había negado rotundamente a que la empleada se metiese conmigo, así como a que Zoria me esperase para ver cada modelito.

—Señorita, ¿quiere probarse este también? —me ofreció la dependienta gritando tras la puerta. Estaba segura de que si no tuviera echado el pestillo, habría entrado. La chica era amable, y cómo no iba a serlo si el vestido más barato costaba veinticinco mil rublos. De todas maneras, ella no tenía la culpa de que no me gustaran las compras ni de que tuviera que andar escondiendo mi barriga como si tener un bebé fuese un pecado.

—Desde luego. —Abrí la puerta lo mínimo y tomé el vestido que me tendía.

Tras probarme tan solo la mitad de los que me había traído, hice mi elección. Me vestí de nuevo con mi ropa, solté un suspiro y salí del probador.

—Me llevaré el negro, el que va a juego con el sombrero —le indiqué a la chica mientras caminábamos. Zoria nos esperaba sentado en un sillón que había a la salida de los probadores.

—¿Habéis acabado? —preguntó al vernos llegar.

—Sí. La espera ha merecido la pena, su novia estará preciosa —le dijo la dependienta de forma amable. Lo que no sabía era que había metido la pata hasta el fondo.

—Mi mujer es preciosa, estará preciosa se ponga lo que se ponga. —Zoria se me había adelantado. Acababa de responder lo contrario de lo que diría yo.

Sonreí al ver la cara de la dependienta, la contestación del gemelo la había dejado muda. Para hacer la situación más incómoda, me tomó de la mano y caminó sin soltarme hasta la caja.

—Lo siento —se disculpó nerviosa—. No sabía que estaban casados, perdóneme, señora.

—No se preocupe, no tenía por qué saberlo. —La pobre me dio pena, estaba afligida ante su

error—. Mi marido y yo somos jóvenes. Decidimos casarnos el año pasado, sabíamos que estábamos hechos el uno para el otro, así que ¿para qué esperar?

—Oh, desde luego. Hacen una pareja fabulosa —nos halagó mientras Zoria pagaba—. Que tengan un bonito día. —Al despedirse, su tono fue de alivio.

—Igualmente —respondimos a la vez.

Abandonamos la tienda y estallamos en carcajadas una vez hubimos abandonado el campo de visión de la aturdida dependienta. La habíamos puesto en una situación incómoda y poco habitual.

—No te ibas contento si no hacías una de las tuyas, ¿no? —regañé a Zoria.

—Vamos, Babette, soy yo. Si no lo hiciera, no lo sería —respondió como si fuera obvio. Y lo era—. Ya tienes todo, ahora puedo invitarte a cenar.

—No tienes por qué.

—¿No tengo por qué comer? ¿Es que quieres que me muera de hambre?

Rodé los ojos y sonreí. Había cosas que no tenían remedio.

Zoria pidió un *stroganoff* —lo correcto sería su forma en ruso *stroganov*, pero a mí me gustaba llamarlo de la otra forma—. ¿Qué podía ser mejor que tal delicia? La mayoría de las veces era lo que pedían los chicos, la carne era indiscutible, aunque la guarnición podía variar, no era lo sustancial, lo importante. Yo pedí calabacines a la plancha con puré de patata.

—Siento lo de antes —se disculpó Zoria—. Egor nos contó cómo lo ayudaste, cómo gracias a ti está con vida. No creí que fuese para tanto, pensé que exageraba. Le pedí a Murik que me ayudara a comprobarlo.

—Es broma, ¿no? —No podía creerlo. Su padre tenía razón, parecía que tenía seis años, como mucho.

—Llevo rato preguntándome por qué podrías haberme matado en menos tiempo que yo a ti.

Solté una sonora carcajada. Su expresión era de total desconcierto.

—Venga, desembucha —me apuró al ver que me metía una palada de puré a la boca y masticaba con calma.

—Supongo —dije tras tragar— que se debe a que de pequeña prefería jugar con el saco de boxeo y las espadas de mi padre antes que con las muñecas que me compraba mi madre.

—Una niña de lo más corriente.

—Mis padres tenían un gimnasio con actividades muy completas. Yo quería probarlas todas.

—¿Y lo hiciste? —No era una pregunta. Zoria daba por hecho que así había sido.

—Sí, pero el *ninjutsu* y el *muay thai* eran la pasión de mi padre.

—Pasión que tú heredaste.

—Sí —respondí—. Junto con la esgrima y el baile, pero esos son los *hobbies* que me enseñó mi madre al ver que no les prestaba atención a las muñecas.

—Se dio por vencida. ¿Con cuántos años empezaste? —Zoria estaba dispuesto a averiguar lo que le interesaba. Buscaba una explicación racional a por qué yo era mejor que él.

—Tres, cuatro. Unos años más tarde, mi abuelo empezó a enseñarme tiro: con pistola, cuchillos y todo objeto punzante capaz de aniquilar a alguien.

—Interesante. Le voy encontrando sentido. ¿Cómo una niña puede con tantas cosas?

—Los niños pueden con millones de cosas, yo era una más. Una niña del montón. —Desvié su pregunta. No me apetecía profundizar ahí—. ¿Vas a seguir interrogándome o puedo comer?

—Adelante. —Hizo un gesto hacia mi plato. No lo dudé, tomé una rodaja de calabacín y me la llevé a la boca—. Está frío. Es tu culpa, si no fueras tan maruja... —me quejé con tono divertido.

—Cómetelo todo, no seas quejica. Hay gente que no tiene qué comer y, total, para unas míseras

e insulsas verduras, ¿qué más da? —se burló.

El resto de la comida pasó sin más preguntas por su parte. Charlamos de trivialidades: sobre lo bonita que era esa zona, lo buena que estaba la comida o lo buena que estaba la camarera. Sí, con Zoria era así, no podía dejar al lado su mente perversa por demasiado tiempo.

Ya de vuelta en el coche, mientras yo cantaba de lo más feliz, paró la música y me preguntó:

—Te gusta tu trabajo, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas? —¡Oh, no! Volvía al ataque.

—Eres muy buena en lo que haces. Está claro que una buena formación es clave para ello, pero que te apasione es primordial para ser el mejor. No me cabe duda de que es tu caso.

—Sería descortés no agradecerte un piropo con tanto criterio —respondí con una sonrisa.

—Lo quieres. —La sonrisa desapareció al momento de mi cara. No esperaba que acabáramos hablando de su primo. Menos de una forma tan drástica, como quien está a manzanilla todo el día y de repente te pide un *whisky* doble. Zoria lo había afirmado, de forma seria y con seguridad.

—Con toda mi alma —confesé.

No respondió. Mejor así. ¿Qué podría haber dicho?

El resto del viaje, para alivio mío, continuó sin preguntas ni comentarios incómodos por su parte, nada de alusiones o preguntas directas. Estaba a gusto con Zoria; no era con el que más había profundizado, sin embargo, lo quería y agradecía su sinceridad a la hora de hablar. Era espontáneo y directo, para bien o para mal, te decía lo que pensaba. Era el más cachondo mental, el más vacilón y burlón, eso estaba más que claro; en cambio, si la situación lo requería, podía darle la vuelta al chip con la facilidad que un chef se la daba a la tortilla.

MIKI

—¿Me está diciendo que no nos cree? —pregunté alzando la voz.

Estaba hasta los mismísimos cojones de todo. Por la mañana habíamos estado hablando con Berezustki y con el padre de Aleksei. Por ellos no había problema, ambos eran incondicionalmente fieles.

A ninguno le había extrañado. De hecho, tanto Sacha como Dema decían que no entendían cómo habían tardado tanto. Era obvio que nos la iban a jugar. Lo que no veían tan claro, al igual que nosotros, era cómo íbamos a arreglárnoslas para justificar su traición. No le habíamos dicho que teníamos una agente del CNI dispuesta a ayudarnos, que había colocado micros y demás. No valorábamos esa opción, ponerla en peligro no era discutible, no entraba en los planes. Fuera como fuese, nuestra mierda la teníamos que limpiar nosotros.

En cambio, los demás eran más cerrados. Llevábamos horas hablando con ellos. No entraban en razón.

—No, Mikhail, lo que te estoy diciendo es que es un asunto muy grave. La acusación que haces es infundada —explicó el señor Poliakov. Era el abuelo de Monic, un buen hombre, todo lo contrario a su nieta.

—No importa que nosotros te creamos o que queramos que seas nuestro líder. Hay unas reglas y se deben cumplir. No podéis atacar sin pruebas, no podéis simplemente decir que han intentado matar a tu padre —añadió el señor Steklov.

—Es que lo han intentado —protesté.

—¿Y quién lo vio? ¿Tienes pruebas de que esa orden la hayan dado ellos? —preguntó Sokolov.

—¿Sabéis?, me importa una puta mierda lo que penséis todos. Nos han traicionado. Lo que deberíamos estar discutiendo sería el castigo y no intentando convencerlos de tal vil acción. —Mi tono era acusatorio.

Si me ponía en su lugar, entendía que tuviesen dudas y que preguntasen antes de aceptar sin saber el motivo. Su lealtad estaba con nosotros, al menos, la de casi todos, pero eso no quería decir que fuesen ciegos o necios. O lo que era peor, la lealtad era algo variable: un día, nuestra, y al siguiente, de otros; por eso mi padre insistía tanto en ir con cuidado, no podíamos revelar la identidad de Dabria, tan solo complicaría las cosas.

—Los Korsakov siempre han sido nuestros líderes y, créeme, no tengo ningún interés en que eso cambie, pero las cosas hay que hacerlas bien. Hay que respetar las reglas —explicó Steklov.

—Mi padre es vuestro jefe, si quiere saltarse las putas reglas y cargárselos a todos, tiene todo el derecho. —Estaba enfadado, me llenaba de coraje no poder obrar a mis anchas. Fríamente, entendía todo; entendía, no compartía, que no era lo mismo; pero en caliente solo pensaba en rebanar cabezas.

—Te equivocas, Mikhail. Tu padre debe cumplir las reglas como buen líder que es. Las acciones no se imponen; se justifican y se razonan. Habéis sido los mejores líderes por ello, por vuestro comportamiento racional y justo, no por ser un tirano más —explicó el señor Steklov. Entendía lo que decían. Eso me cabreaba más, que llevasen razón.

—Sin pruebas, poco puede hacerse —añadió Sokolov, que era el que menos había intervenido en la reunión.

—Siempre estaremos de vuestra parte, lo sabes, Egor —confesó Berezustki mirando a mi padre con respeto—. Sin embargo, me veo obligado a decirte que no apures las cosas, que si lo que dices es cierto, saldrá a la luz y pagarán por ello. No queremos dejar el liderazgo en manos de los Kostka y los Kovalenko, sería el caos.

—Un exceso de sensatez puede llevar a la cobardía. Ni mi padre ni yo lo permitiremos; antes, acabaré con todos ellos, como si yo mismo lo tengo que hacer. Los destriparé uno a...

—Mikhail —me regañó mi padre—. Por mucha escasez de pruebas, si vuelven a alzarse contra mí, sea quien sea, permitiré que mi hijo esparza sus sesos por todo Rusia. El tiempo de los tontos ha llegado a su fin.

—Huelo la pólvora y la sangre que traerá esta guerra, soy demasiado viejo para combatirla. Me gustaría evitarla. Haré lo posible para ello, aunque llegará. De eso estoy seguro —afirmó Poliakov.

—Llegará —dijo mi padre—. Y venceremos.

—Ahora, nos vamos —me despedí—. Que les vaya bien, señores.

Esperé a que mi padre se levantara y nos encaminamos hacia fuera.

—Muero de hambre —le dije entrando en el coche. Lo habíamos dejado en el garaje para no pasar frío—. ¿Cogemos algo de camino?

—Está bien, pero nos lo comeremos en casa de Liov. Me ha mandado un mensaje, quiere informarnos de algo —respondió mi padre abrochándose el cinturón. Él prefería que nos llevase un chófer, pero para mí era aburrido e innecesario. Yo estaba más que capacitado para hacerlo, aparte de que me encantaba—. Así que pregúntales a tus primos por si quieren algo.

Cómo no. No podía ser de otra forma. Mi padre y yo entrábamos cargando media docena de *pizzas* extragrandes, el mismo número de paquetes de patatas y de *mozzarella sticks*. Cumplía con los requisitos de ser una total comida basura.

—¡Estamos aquí! —grité en casa de mis primos.

—¿Tienes que gritar tanto? —me preguntó mi padre en tono acusatorio.

—Claro, para que me escuchen.

—Oh, se me hace la boca agua. —Nitca se acercó husmeando como un perro hambriento—. Estoy famélica.

—Chiiis —la regañé cuando quiso abrir una de las cajas que llevaba en el regazo—. Ve a por la bebida.

—Puedo hacerlo mientras compruebo que siguen siendo las mejores *pizzas* de todas las *pizzas* del mundo mundial. —Abrió la caja con todo el morro del mundo, tomó un trozo y se alejó hacia la cocina dándole grandes bocados.

No tenía remedio. Haría lo que le diera la gana, siempre era así. Caminé hacia el salón, donde

mi padre ya estaba sentado en un sillón hablando con mi tío. Las cajas con la comida descansaban sobre la mesita del centro. Sin abrir, en las bolsas y cajas en las que habían venido, tal cual.

—¿Qué tal ha ido? —Murik entró al salón cargado de bebidas.

Seguramente, se había encontrado a su novia en el camino y le había llenado los brazos. Fue dejando las botellas encima de la mesa: cervezas, refrescos y agua. Nitca no tardó en aparecer, traía vasos y dos botes enormes de salsa: mayonesa y ketchup en grandes cantidades. A mí me daba lo mismo, en cambio, en una cena como esa, llena de comida basura, ella no podía comer una patata que no estuviese teñida.

—Ha ido de pena. Se muestran reticentes a creer en algo sin pruebas. —Mi voz sonó menos afectada de lo que estaba en realidad. Las cosas iban realmente mal, no quería pararme a pensar en el grado de gravedad en ese momento.

—No, Mikhail. Ellos nos creen, pero tienen miedo de librar una guerra. No quieren que ataquemos sin pensar en las consecuencias.

—Lo que tú digas, papá. Sigues en tus trece, iluso hasta el final. Más de uno te daría la espalda, estoy seguro.

—No pienso ponerme a discutir —dijo mi padre centrando de nuevo la atención en su hermano.

—¿Dónde está Zoria? —pregunté al ver que no aparecía. Creía que bajaría a comer tan pronto le llegase el dulce olor de la *pizza*.

—Está con Dabria —respondió mi primo.

—¿Cómo? ¿Qué coño tiene que hacer él con ella? —Todos me prestaban atención, incluso mi padre y Liov habían dejado de hablar.

—Han ido de compras. —Mi tío tomó la palabra—. Verás, le estaba comentando a tu padre que mañana iremos al banco. Un micro allí puede sernos de mucha ayuda.

—¿Qué tienen que ver el banco y las compras? ¿Qué tienen que ver Zoria y...? —De repente todo encajó en mi cabeza—. ¡¿Qué?!

—Dabria lo colocará, por eso han ido a Viborg —respondió Murik.

—¿Como que Dabria? —«Dabria». Al decirlo no sentí el dolor que esperaba—. ¿Me estás diciendo que...?

—Te está diciendo lo que estás oyendo, Miki —zanjó mi tío—. Mañana Dabria irá al banco haciéndose pasar por una rica heredera árabe y colocará un micro en la oficina del director.

—Estáis locos, ¿y si la cogen? ¿Y si se dan cuenta de que es una farsa? ¿Y si le ocurre algo? Si los...

—Todo saldrá bien. Aleksei ha estado toda la tarde buceando entre planos y horarios, cámaras de seguridad y... —explicó mi tío.

—Me importa una mierda. Llámala. Dile que no es necesario que vaya, nosotros lo haremos. —Mi voz sonaba dura y acusatoria. Un nuevo sentimiento se había instalado en mi interior al pensar en ella. No era odio ni rabia ni rencor. Era miedo. Puro miedo. Por ella, porque le sucediera algo.

—Todo está listo, Miki —dijo mi tío—. Un micro allí nos vendrá como anillo al dedo. Estamos casi seguros de que Popov está implicado.

—¡No me importa! ¿Es que no me estás escuchando? —le grité—. No quiero que vaya. ¿Vas a permitirlo, papá?

—Es un buen plan, Miki. Es necesario —me respondió.

—Una mierda. ¡No es necesario ponerla en peligro! —Abrí una cerveza y le di un gran trago.

—No estás pensando objetivamente —me reprochó Liov—. No quieres que lo haga porque tienes miedo de que le ocurra algo. Tienes miedo porque la quieres.

No respondí. No sabía qué decir.

—Todo saldrá bien, Miki. Nosotros estaremos cerca, cubriéndole la espalda.

—Que os den a todos. —Tomé un trozo de pizza y empecé a comer sin dejar de pensar en lo que pasaría mañana.

Si la odiaba, ¿por qué me importaba tanto que fuera ella quien se pusiera en peligro? ¿A quién quería engañar? No podría odiarla ni aunque lo intentara por el resto de mis días. No lo admitiría, no, de momento. Estaba demasiado dolido.

Yo no volví a nombrarla. Y agradecí que nadie lo hiciera tampoco.

Al llegar a mi casa, me fui directo a mi habitación. Sí, a la mía, a la que no había vuelto desde el día de la fiesta de disfraces, cuando dormí por última vez con ella. Entré, cerré la puerta y miré en todas direcciones. Recorrí la estancia con la mirada. Todo estaba ordenado y en su sitio, menos las fotos de mi pequeña, que ya no estaban colgadas en los enormes cuadros, solo el vinilo del techo estaba intacto. Miré hacia arriba y no pude evitar sonreír, era preciosa. ¿Cómo no iba a enamorarme de ella? A simple vista era perfecta, todo en ella te atraía; si a eso le sumábamos su carácter fuerte y decidido, era la combinación necesaria para llevar a un hombre a la locura. Conmigo había funcionado, habría reptado como una serpiente por el desierto del Sáhara si al final del camino me esperaba ella. Sin embargo, el destino me tenía preparado algo más macabro, me sirvió la felicidad en bandeja de plata y me la retiró en bandeja de oro. Paseé por la habitación mientras dejaba que los recuerdos me invadieran, ya no dolían tanto. Pese a haber pasado solo un mes, se sentían como de otra época; como si hubiesen pasado siglos.

Me senté sobre la cama y tomé las fotos que había sobre ella. Los pedazos de papel habían sobrevivido. Sonreí de nuevo al pasarlas, una tras otra. Me encantaba mirarla, nunca me cansaría de hacerlo. Cuando ya me sabía de memoria el orden en que venían, me levanté y las dejé sobre un mueble. Era hora de ducharse y dormir. Lo hice mirando al techo, era de lo más relajante pensar en ella, solamente en ella; sin reproches o intentos fallidos de odiarla.

Tenía que dejar que sanasen mis heridas, para eso lo primero era sentir, mejor dicho, dejarme sentir. Necesitaba saber qué era lo que en verdad sentía por ella y no lo que me obligaba o intentaba sentir.

DABRIA

El taxi me dejó en la mansión de Liov antes de las diez de la mañana. Había faltado a clase, y la verdad daba lo mismo a esas alturas. Volvería a casa pronto. El ama de llaves me abrió la puerta y me informó de que estaban en la sala. Le sonreí a la señora y caminé hacia la estancia. Me quedé petrificada cuando lo vi, no debería estar allí. En cuanto me vio, Miki se levantó y, sin apenas mirarme, dijo:

—Al acabar, informadme de cómo ha ido.

Pasó por mi lado demasiado rápido, con la vista al frente y la cabeza alta, así era Miki: fuerte y orgulloso, aunque últimamente no hacía honor a su reputación. Sus ojeras y su rostro demacrado lo delataban, no estaba pasando por una buena racha, al igual que todos los presentes en aquella casa.

—Dabria. —Liov intentó empezar lo que suponía era una disculpa o una explicación a su presencia, seguramente por la cara de mármol que se me había quedado; pero no le dejé continuar. Levanté una mano para que se detuviese.

—Tengo que cambiarme, ¿dónde lo hago?

—Te llevaré arriba —se ofreció Murik.

Me puse el vestido negro que había comprado el día anterior con Zoria, bueno, él me lo había comprado. Era holgado, para disimular mi barriguita, corto por encima de la rodilla y con una enorme lazada en la espalda de color burdeos. El escote no era pronunciado, sino que era estilo barco, enseñando un poco de clavícula. Ma había colocado una peluca caoba, tan oscura que parecía negra, y al mover el cabello hacía unos reflejos preciosos. Tenía un corte Cleopatra, pero sin flequillo, que me sentaba mejor de lo que había pensado. Me maquillé con esmero, resaltando los labios de un tono burdeos y marcando bien las pestañas, para que pareciesen más largas de lo que eran en realidad. Me calcé unos zapatos a juego con el lazo, con un tacón de aguja de vértigo. Sobre la cabeza, me puse un sombrero de ala ancha negro, para darle un toque más elegante a mi atuendo. Por encima, usaría un abrigo negro de pelo sintético hasta la rodilla y en la mano llevaría una cartera a juego con los zapatos y el lazo.

El resultado fue fabuloso, parecía toda una mujer de la clase alta: rica, bonita e inaccesible.

Bajé por las escaleras con paso decidido. No me había llevado mucho arreglarme, unos cuarenta y cinco minutos a lo sumo.

—Estoy lista —dije plantándome en la entrada del salón.

—Pareces una marquesa de verdad —me halagó Zoria.

—Esa es la idea. ¿Nos vamos?

—Murik te dará los micros en la limusina, Zoria llegará más tarde en su coche, Aleksei y yo pondremos en marcha los ordenadores. Si tienes algún problema, háznoslo saber. —Liov me daba las indicaciones claras, pero de carrerilla—. Estaremos pendientes y conectados con ellos en todo momento.

—Como ya habíamos quedado, Murik te esperará en la limusina y Zoria entrará a hablar con el director para que tú puedas colocar el micro —continuó Aleksei.

—No te preocupes por las cámaras, en la sala donde estarás no hay —añadió Egor.

—Entonces, no perdamos más el tiempo —dije.

—Ten cuidado —me dijeron a la vez los tres que se quedaban.

Caminé con mi compañero hacia la limusina que nos esperaba en la puerta. Era blanca, brillante como una perla, para una señorita de mi clase le iba al pego. Además, no podía ir en la limusina de los Korsakov por razones más que obvias.

—Babette. —Seguían utilizando ese nombre cuando no estábamos a solas y, aunque seguramente los hombres que llevábamos eran de confianza, no podíamos arriesgarnos, mi vida estaba en juego.

—Dime —le respondí a Murik. Rebuscaba en una mochila lo que supuse eran los micros.

—Este es para que lo lleves tú. —Me tendió un pequeño micro—. Y estos guárdalos donde quieras, son para ponerlos en el banco. Y esto —dijo tendiéndome una memoria USB— contiene un troyano muy potente; si logras conectarlo a su ordenador y abrirlo durante no más de treinta segundos, será suficiente para que nuestro genio informático tenga vía libre a los archivos.

—De acuerdo —respondí guardando los dispositivos en mi cartera.

—Babette, el *pendrive* es secundario. Conéctalo solo si estás segura de poder hacerlo sin riesgos.

—Todo conlleva riesgo, Murik —respondí mientras escondía el micro en mi sujetador, nadie miraría ahí. Era uno de esos lugares típicos pero seguros.

—Esto no es un juego —me regañó—. Si no tienes la oportunidad, ya buscaremos otra forma.

—No habrá que buscar otra forma, lo haré.

—Si te digo que lo dejes, déjalo, ¿me has entendido?

—Perfectamente.

—¿Cómo harás para jaquear las cámaras? —pregunté cambiando de tema.

—¿Por quién me tomas, morena? —se burló—. Eso no es más que pan comido para mí.

—Todo listo, Murik —dijo el hombre sentado al lado del conductor—. Hemos llegado.

—Ten cuidado —me pidió antes de que saliese.

Asentí en respuesta y esperé. Era un hombre contratado para abrirme la puerta y hacer de gorila de la rica heredera árabe. Alcé la barbilla y posé un pie en el asfalto. Empezaba la acción. Caminé decidida el pequeño trecho hasta el banco, con mi guardaespaldas pisándome los talones.

—Señorita, estaré aquí para lo que necesite —me dijo mientras me abría la puerta y me dejaba pasar primero.

—Gracias —respondí educadamente.

Caminé pavoneando las caderas. No tuve que esperar mucho, nada, a decir verdad, para que un hombre de unos cincuenta años, calvo y con la tripa abultada se acercara a mí.

—Buenos días, señorita. Soy Baran Popov, el director del banco.

—Buenos días, mi nombre es Sadira Abdulrashid —me presenté, resaltando el nombre en mi

perfecto árabe.

—Un gusto conocerla. —Me tendió la mano—. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Tiene tiempo para atenderme? Me gustaría hacerle una consulta.

—Por supuesto, será un honor. —Me mostró una sonrisa—. Acompañeme. —Hizo un gesto para que lo acompañase. Esa vez pasé yo sola al despacho—. Tome asiento. —Esperó a que yo me sentase para hacer él lo mismo. Como buen caballero—. Cuénteme, ¿en qué puedo ayudarla?

—Verá. Mi padre era Hassan Abdulrashid, no sé si le suena su nombre. Era el dueño de una explotación petrolera en Arabia Saudí. Ha fallecido hace poco y yo he heredado el negocio. — Los ojos se le abrieron con alegría y de forma casi imperceptible se pasó una mano por la otra, claro gesto de regocijo—. Su gran sueño era invertir en este país, así que me gustaría hacerlo a mí. Es un buen momento para hacerlo, no sé qué hacer con tantos millones de riyales.

—No se preocupe, ha venido al lugar ideal. Nosotros la ayudaremos a gestionar su herencia para que aumente todavía más.

—Me alegra saberlo, una ayuda me vendrá como anillo al dedo; con tanto que arreglar tras su muerte, estoy atacada de los nervios. —Fingí un suspiro de alivio para dar más veracidad a mis palabras.

—¿Quiere tomar algo mientras le comento las distintas opciones de inversión que tiene? —me ofreció.

—Me vendría bien una tila —dije con una sonrisa.

—Desde luego, ahora se la traigo.

—Gracias —respondí con una sonrisa coqueta.

Tan pronto salió por la puerta, saqué el micro de mi cartera, me levanté de la silla y me situé por dentro de la mesa para colocarlo. Antes de empezar me coloqué unos guantes de látex, siempre era mejor no dejar huellas. Rebusqué en la torre, debía esconderlo entre los cables, ya que la mesa era de cristal y quedaría a la vista. Ahí nadie lo encontraría, los cables estaban muy juntos, además de que no limpiarían el polvo hasta el mes que viene, con suerte. Cerré la tapa que los mantenía ocultos y empujé la torre hacia atrás, como estaba. Cuando la puerta se abrió, yo ya estaba sentada de vuelta en mi silla y con los guantes escondidos en mi bolso.

—Aquí tiene. —Dejó una humeante taza encima de la mesa.

—Es usted todo un caballero —lo elogué.

—Intento complacerla. —El flirteo se abría a grandes pasos, no de forma grosera o maleducada, pero las sonrisas seductoras, las miradas lujuriosas y las posturas erguidas eran suficiente.

—¿Qué cree que sería lo mejor? ¿Qué me sugiere que haga, señor Popov? —Sujeté la taza en la mano y le di un pequeño sorbo, no fue más que mojar los labios, ya que, en realidad, ni me apetecía.

—Pues mire, yo le sugeriría que empezase por... —La siguiente media hora se me hizo interminable. El director no dejaba de parlotear sobre cómo debería invertir, cuánto y en dónde. Los pros de hacerlo en una ciudad como San Petersburgo y desde luego en su banco, que era de los mejores. Creí que iba a volverme loca si no se callaba, su perorata me resultaba tan ensayada y simplista que me dieron ganas de mandarlo de nuevo a la universidad, quizá allí le enseñasen que era bueno cambiar el discurso o intentar creerse lo que decía para que el cliente lo hiciese también.

Cuando estaba por pedirle un azucarillo para dar descanso a mi casi atrofiada mente, unos sordos golpes me parecieron una bendición divina.

—Discúlpeme un momento, por favor. —Suspiré con alivio y rodé los ojos al cielo cuando se levantó para abrir—. ¿Qué es tan urgente, joven Korsakov?

—Necesito hablar con usted. —Zoria asomó medio cuerpo. El director no le dijo nada, pero se notaba que no le había gustado.

—En este momento estoy ocupado con la señorita —respondió haciendo un gesto en mi dirección—. Necesita mi ayuda.

—Yo también. —Zoria sacó ese tono que tanto caracterizaba a los Korsakov, ese al que nadie podía negarse.

—Pues... —Popov empezó a moverse la corbata en gesto nervioso. Me miró, luego miró a Zoria. No sabía qué decirme ni cómo negarse a ir con él.

—No se preocupe por mí. Yo tengo todo el tiempo del mundo, seguro que él no.

—Gracias, hermosura. —El director apretó los dientes con fuerza ante el halago del joven que veía como un duro rival—. No tardaremos demasiado, unos quince minutos me llegarán.

—No se preocupe, mientras, me tomaré la infusión.

—¿Ves?, por la chica no hay problema. —Lo agarró del hombro y tiró de él de forma poco educada.

—Discúlpenos, Zoria no es un chico paciente —me pidió Popov sin dejar de caminar.

Antes de cerrar la puerta, mi aliado me guiñó un ojo.

Esperé un minuto por el reloj desde que habían salido. Me levanté y me cambié a la silla en la que estaba el director. Me coloqué los guantes para no dejar mi huella marcada por el dispositivo. Coloqué el USB en la ranura puesta para él y esperé a que me pidiesen la contraseña del aparato para poder navegar. Ahí había jugado un papel muy importante mi maravillosa mente. Mientras el banquero se empeñaba en complacerme, yo me fijaba en cada uno de los detalles, en cada tecla marcada. Introduje la serie de números y la pantalla se encendió. No tardé en localizar el disco duro, no me llevaría más de diez minutos copiar todo el contenido, ¿por qué iba a hacer solo una cosa cuando podía con ambas? Mientras yo descargaba el troyano de Aleksei en el ordenador del banquero, aprovecharía para copiar el disco duro a la memoria. Ese no era el objetivo principal, más que nada porque el troyano necesitaba apenas un minuto y la copia llevaría diez como mínimo. Sin embargo, yo era una chica de «o lo haces todo o lo haces todo»; las cosas a medias no quedaban bien. Luego lo agradeceríamos, nos costaría menos si allanábamos el camino.

Faltaban menos de cinco minutos para que se acabara el tiempo, Zoria había dicho quince, pero yo contaba con que se estirasen hasta los veinte, a la copia le quedaban unos cuatro minutos para terminar cuando mi móvil comenzó a sonar. Nada más deslizar el dedo, escuché la voz de mi amigo al otro lado.

—Babette, ¿has acabado?

—Casi.

—Déjalo —me ordenó Aleksei.

—Ya estoy acabando, quedan unos tres minutos —respondí en bajo.

—Baran tardará en llegar ahí dos.

—Ya casi está —lo tranquilicé.

—Aléjate del puto ordenador —me gritó—. ¡Maldita sea, Babette!

—Shhh —le respondí. Tanto grito no cambiaría nada.

—Quita el puto *pendrive* y siéntate en la puta silla de una vez. —Esa vez era Liov quien daba órdenes.

No le respondí. Escuché la manilla de la puerta abrirse cuando sacaba la memoria y la enredaba

en el guante. Lo metí todo en el bolsillo y me levanté, me puse a observar el exterior lo más lejos que pude del ordenador, que serían unos dos pasos, los justos para quedar enfrente del gran ventanal.

Todavía tenía el teléfono en la oreja, pero no se oían gritos, supuse que habían escuchado la voz de Baran deshaciéndose en disculpas. Me giré y le pedí un minuto con la mano mientras subía el tono de voz.

—*Aldhy la yukhatir la yafuz*³. —¿Qué mejor que fingir una llamada importante de mi tierra? Y, de paso, darle un toque de alegría.

—Te gusta ponerte al límite, ¿eh? —Podía imaginarme a Liov ladeando la cabeza.

—*Kan dhlk daruriaan*⁴. —Me hubiese gustado soltar una carcajada, pero tenía que fingir seriedad.

—No me estarás insultando, ¿verdad?

—*La, hadi*⁵.

—Que sepas que eres igual que mi sobrino. —Antes de que pudiera replicar, añadió—: No te molestes, no te entiendo una mierda. —Colgó el teléfono sin esperar más.

—Disculpe. —Me senté de nuevo en mi sitio—. Era mi prometido.

—No se preocupe. —Sus palabras no encajaban con su expresión. Lucía defraudado.

—Le comentaré todo lo que hemos hablado para que él me ayude a decidirme.

—¿No quiere ir adelantando algo? Así le dará una sorpresa.

³Significa «quien no arriesga no gana», en árabe.

⁴Significa «era necesario» en árabe.

⁵Significa «no, tranquilo» en árabe.

—Prefiero que él opine primero, al final, mi fortuna será suya en poco tiempo. Mis intereses serán los suyos, es normal que quiera compartirlo con él. ¿No le parece?

—Por supuesto, señorita Abdulrashid.

—Le avisaré de lo que decidamos. —Me levanté y le ofrecí la mano para despedirme—. Ha sido usted muy amable, señor Popov. Gracias.

—Ha sido todo un placer. Esperaré su llamada pronto. —Claramente se había llevado un chasco al ver que no dejaríamos nada cerrado, estaba ansioso.

—No le prometo que sea pronto, debo arreglar muchas cosas; entre otras, mi boda —le informé de forma amable pero tajante.

—Eso es lo más importante, enhorabuena. Su marido es un hombre muy afortunado —me halagó.

—Desde luego, él no tiene queja. He de irme, debo recogerlo en el aeropuerto. Que tenga un buen día —dije para finalizar la conversación.

Me levanté y salí del despacho. En el pasillo me esperaba mi gorila personal, que no tardó en seguirme.

MIKI

Había perseguido la limusina en la que iban, quería controlar lo que pasaba, o eso era lo que me decía al menos, porque mi subconsciente me regañaba por mentiroso. «Lo que te importa es ella, no quieres que le ocurra nada». Quizá fuera cierto. Al enterarme de lo que iban a hacer esa mañana, no quise saber nada; bueno, quería que pensarán que no quería saber nada. Porque lo cierto era que nunca había estado más cerca de un ataque de histeria, por eso había aparecido allí, en la puerta del banco, como atraído por un imán. Saqué el móvil y busqué el número de mi amigo.

—Dame entrada a los micros —le ordené sin molestarte en saludar.

—¿Cómo? —preguntó confuso Aleksei.

—Conéctame con vosotros y con todos los micros —pedí con menos paciencia que antes.

—Coge el iPod, así podrás verla en las cámaras también —me dijo. No me molesté en contradecir que no era para verla a ella, perdería tiempo y todos sabíamos la verdad.

—Dame un segundo. —Abrí la guantera para coger el aparato tecnológico que siempre estaba ahí—. Listo.

—¿Quieres que te conecte al micro de Murik también?

—No. —Colgué sin despedirme. A mi amigo no le molestaría mi grosería. Me puse a observar las cámaras en el momento justo para verla salir de la limusina.

Era espectacular. La mirase por donde la mirase, se pusiera lo que se pusiera, era perfecta. Tenía que reconocerlo, tenía que darle la razón a quien le hubiese encargado la misión, no podría haber nadie mejor que ella. Caminaba con paso decidido y seguro, elegante y sensual, sobre los tremendos tacones que llevaba.

Al director casi se le desencajó la mandíbula al verla entrar, unos empleados tragaron con fuerza y otros agacharon la cabeza, avergonzados ante tal belleza. No le costó creer sus palabras, yo mismo lo estaba haciendo de nuevo, engañar a la gente era su trabajo, y era muy buena en ello.

Dentro del despacho no podía verla, pero sí escuchar lo que hablaban.

Zoria no tardó mucho en aparecer, pero estaba seguro de que a ella le habían parecido horas. Podía verla rodando los ojos o suspirando con tanta palabrería barata.

¿Qué coño? ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Por qué no le hacía caso a lo que le ordenaban Aleksei y mi tío? Meter un troyano no llevaba más de un minuto. «Me cago en la puta». Estaba seguro de que se había puesto a copiar el disco duro; por lo que había escuchado, eso no estaba en los planes, en cambio, ella siempre iba más allá. Lo daba todo. O todo o nada. Maldita fuera, que

me jodiera un burro. No le daría tiempo. Estaba poniéndome nervioso al escuchar a Zoria despedirse de Baran mientras ella se negaba a dejar a medias lo que estaba haciendo. Llamé a mi tío.

—Dile que lo deje. —Sentía a Aleksei gritar al otro lado.

—¿Qué crees que estamos haciendo, Mikhail? —Su tono no era más amable que el mío—. No hace caso.

—Ordénale que lo deje. ¡Maldita sea, que pare ya! —le grité, pasando una mano por mi pelo.

—Parece que es un poco terca, no sé a quién se parece —me respondió de forma irónica y burlona. ¿Estaba bromeando?

—No me jodas, Liov, sácala de ahí. ¿No sabes el peligro que corre? ¡Pueden descubrirla! —Apreté los dientes con fuerza—. ¡Me cago en la puta! ¡Sácala de ahí, joder!

—Tranquilo, Miki, podría pensar que todavía te importa.

—¡Que os den por cu...! —Pi-pi-pi. Genial. Me había colgado.

Escuché a Liov hablar con ella esa vez, con el mismo éxito que mi amigo. Golpeé el volante con furia y esperé lo que me parecieron siglos. Sentí la voz de Baran casi al mismo tiempo que la de ella hablar en árabe con mi tío. Parecía contenta. ¡Maldita fuera! Tiré el iPod a un lado y conduje como una fiera a casa de los gemelos.

Nunca me había llevado tan poco tiempo ese trayecto. Había salido quemando ruedas nada más saber que ella se encontraba bien. Timbré unas diez veces durante los tres minutos que tardaría el ama de llaves en abrirme. Pasé tan rápido por su lado que dio un saltito hacia atrás abriendo los ojos con sorpresa.

—¿En qué coño estabas pensando? —le grité a mi tío, entrando en su despacho.

—Todo ha salido bien, Miki. Mejor de lo planeado.

—¿Y si la hubieran descubierto? ¿Qué habríamos hecho? ¿Liarnos a tiros en medio del banco para sacarla de allí?

—Seguro que tú hubieses sido el primero en disparar, te habrías asegurado de que saliera ilesa. ¿Me equivoco? —preguntó elevando las cejas.

—¿Qué imbécil eres! —Mi amigo no decía nada, pero veía una sonrisilla querer escaparse de su estúpida cara.

—No ha pasado nada, Miki —repitió de nuevo, soltando un suspiro. Sabía que lo estaba aburriendo y a mí me importaba una mierda.

—Por poco —repliqué.

—Es muy buena en su trabajo, y muy testaruda —intervino Aleksei.

—Además, ¿por qué te pones así? —preguntó mi tío elevando las palmas hacia arriba.

—¿Por qué me pongo así? ¿Así cómo? —grité.

—Hecho una fiera por una chica que aseguras odiar —respondió el cabrón de Liov como si fuera obvio. Aleksei agachó la cabeza tocándose la frente.

—No me importa ella —repliqué confuso—. Me preocupo porque pudo haberlo jodido todo, pudo habernos jodido a nosotros. —Era una excusa de mierda que ninguno se creería.

—Claro, te ha dado un brote de locura pensando en cómo podíamos acabar nosotros y no ella —se burló mi tío.

—Yo creí que te habías convertido en un león, uno fiero y que había vivido toda su vida en cautividad. —Aleksei había hecho un chiste, pero a mí ni puta gracia me hacía.

—¿Qué coño estáis insinuando? —No le dio tiempo a responder. Los gemelos se acercaban riendo con ella. La causante de todos mis males. Caminé en su dirección y me planté frente a ella

valorando si debía darle la razón a mi amigo por su comparación con un león—. ¿Quién coño te crees? —Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para no zarandearla.

—¿Perdona? —preguntó sin dar crédito a mis palabras.

—Te dieron una orden y no la cumpliste.

—Sabía lo que estaba haciendo —me respondió.

—No vuelvas a desobedecer, tú no estás al mando —la regañé, serio.

—A mí nadie me da órdenes, Miki, no trabajo para ti.

—Por supuesto que sí. Harás lo que te digan ellos o yo. Soy el jefe.

—El mío, no. —Tiró de mi mano y me posó en ella el USB—. Hablaremos en otro momento. — Dio un paso atrás y a la izquierda para dirigirse a los demás.

—Te debo una copa —le dijo Zoria con alegría.

—En otro momento, cuando la fiera no esté en casa. —Se marchó sin más.

—¡Espera! —gritó Murik—. Te llevo. —Apuró el paso para alcanzarla.

—¿Qué? —les grité a todos, que me miraban decepcionados y divertidos a la vez, como si supieran algo que yo desconocía.

—¿Has conseguido entrar? —le preguntó mi primo a Aleksei ignorándome por completo.

—Sí —respondió con una sonrisa el aludido.

—¿A qué estamos esperando para hurgar? —Zoria se frotó las manos con satisfacción.

—¿Dónde está mi padre? —le pregunté a su hermano.

—Tenían una reunión sobre un cargamento. No creo que tarde en llegar. Hay que llevarlo a Tallin.

—Genial, yo lo haré. Me vendrá bien un paseo.

Me marché sin esperar a hurgar con mis amigos. Iría a buscar a mi padre para ofrecerme a llevar el cargamento. Necesitaba un respiro; si me quedaba con ellos, no lo conseguiría, estaba seguro de que no iban a dejar pasar mi comportamiento. No quería que ninguno de ellos me reprochara, se burlara o me dijera que lo que ocurría era que la quería y que por eso había estado al borde de un colapso. Hasta esa conclusión llegaba yo mismo sin la ayuda de sus estupideces. Arranqué el coche y me dirigí a mi casa.

Después de una exquisita comida y de una ducha entré al despacho de mi padre, ya sabía que estaba ahí, pero no había querido enfrentarlo antes. Él también me hubiese pedido un reporte exhaustivo de la visita al banco, ya que podía apostar un millón de rublos a que su querido hermano lo había puesto al corriente de todo, incluido mi berrinche.

—Hola, papá. —Me dejé caer en la silla enfrente de él.

—¿Qué tal, Mikhail? —me preguntó.

—Bien. Yo llevaré la merca —le dije antes de que él empezara otro tema.

—De acuerdo —aceptó—. ¿Quién irá contigo? ¿Los gemelos?

—No —respondí con rapidez—. Llamaré a Venyamin. —Era mi mejor candidato, ya que él no había intervenido en eso. Había estado en los laboratorios todo el día pendiente de la droga; no era tan bueno como mi primo, pero era el siguiente, así que le había tocado.

—Irá Borak también —me informó. ¡Vaya! Mi suerte iba a peor. No quería ver a Borak, no quería hablarle o tratar con él; quería romperle la cara de idiota que le sonreía a mi pequeña, partirla las piernas que caminaban a su lado casi a diario. Negué con la cabeza para apartar esas ideas tan apetecibles.

—Bien, que vaya de coche escoba con uno de sus hombres. —Me negaba a ir con él en un espacio cerrado. Nos prendería fuego antes de salir de San Petersburgo. Estaba seguro.

DABRIA

Solamente me quedaba terminar un asunto, más por no dejarlo a medias y por su familia que por él mismo. Si tenía en cuenta su comportamiento del día anterior, no dudaría en dejarle a él que limpiase la mierda; sin embargo, su buena familia no tenía la culpa.

El pobre de Murik no había encontrado suficientes excusas para los gritos y explicaciones que su primo había bombardeado contra mí. Su conclusión y la mía habían sido totalmente opuestas. Él creía que seguía enamorado de mí, decía que no soportaría que algo me ocurriese, que verme en peligro había nublado de forma grosera su juicio. En cambio, la mía era más simple y realista: Miki era un hijo de puta, un maldito cabronazo que quería gobernarlo todo a su alrededor; no me extrañaba, era a lo que estaba acostumbrado y me veía como un peón más de su tablero.

Acabé de comer y tomé un taxi. Había ido a la universidad a comer con mi amigo David, quería aprovechar el máximo tiempo con todos, ya que pronto me marcharía. Lo malo era que casi todos se llevaban mal; un poco exagerado, pero era imposible juntar a algunos, como a Borak con los Korsakov. El resto se podrían adaptar, aunque prefería escuchar los comentarios del simpático americano yo sola, que estaba de lo más contento desde que había cambiado de piso. Decía que volvía a vivir. Ja, ja, ja.

El taxi me dejó en la entrada del edificio del señor Berezutski. Apuré el pasó hacia dentro con un ánimo renovado tras la charla trivial con mi amigo.

No tenía cita, su secretaria se había negado a dármele. El viejo rondaría los ochenta años, pero estaba más apegado a su trabajo que a los veinte.

—Disculpe, quiero ver al señor Berezutski —le dije con voz demandante a la secretaria.

—¿Tiene cita? —preguntó la joven mirándome de arriba abajo con detenimiento.

—No. Usted se ha negado a dármele. —Le sonreí sin mostrar los dientes.

—El señor Berezutski está muy ocupado, no puede recibirla.

—¿Cómo sabe que no puede recibirme? ¿Le ha preguntado? Porque yo no la he visto mover el culo de la silla ni levantar el brazo para llamarlo por teléfono.

—Tengo orden estricta de no pasarle a nadie —me respondió seria.

—Dígale que soy Babette Lévesque, la novia de Mikhail Korsakov.

Su cara cambió al instante, pasó a mirarme con rabia. En verdad, estaba muy lejos de ser su novia, pero lo había sido en su momento y de algo tendría que valer. Ella no tenía por qué saberlo y era la única baza que podía jugar para que me atendiera.

—Sígame. —Se levantó y me mostró la misma sonrisa falsa que yo le había dado.

—Señor, la señorita Babette Lévesque quiere verle —le informó abriendo la puerta después de dar dos toques para avisar.

—¿Babette? ¿La novia del joven Mikhail? —Escuché la voz del anciano, aunque no podía verlo.

—Sí.

—Hazla pasar, ¿a qué esperas? —Escuché el ruido de una silla al arrastrarse y, al poco, un viejo bien conservado salió a recibirme.

—Disculpa a mi secretaria. —Le lanzó una mirada de reproche a la joven—. ¿Cómo estás, querida? —Me tendió la mano para saludarme—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito hablar con usted, señor Berezustki. —Le ofrecí mi sonrisa más adorable. La secretaria se retiró sin hacer ruido y cerró la puerta.

—Tú dirás para qué soy bueno. Y, por favor, llámame Dema. —Me guio hacia unos sillones individuales que había tras una pequeña mesa de café.

—Más bien yo le seré de ayuda a usted, Dema. —No me parecía correcto tutearlo, era un señor mayor y casi desconocido. Se sentó en uno de los sillones, así que hice lo mismo en otro a su lado.

—¿Tú? ¿A qué te refieres? —Su cara era de total incompreensión.

—He encontrado a su hija, supongo que querrá conocerla.

Se quedó más blanco que el monte de folios que tenía sobre la pequeña mesa; intentó hablar unas tres veces, pero la voz no le salió. Decidí refrescarle la memoria.

—La hija que tuvo con Vera Repín, la única que no conoce, su primogénita, de la cual todo el mundo desconoce su existencia.

—No sé a qué te refieres, yo solo tengo tres hijas, y conozco muy bien a cada una de ellas. —Se irguió en el asiento intentando ocultar lo que en realidad sentía.

—Deje de fingir, conmigo no es necesario; sé toda la verdad, Dema. —Mi voz sonaba firme y amable. Quería que colaborase, no que se mostrase a la defensiva—. De soltero se enredó con una criada que se quedó embarazada.

—¿Por qué sabes eso? ¿Quién más lo sabe?

—Sé muchas cosas. Tenga paciencia, las preguntas las haré yo primero. —Asintió con el rostro aún contraído por el miedo.

—¿Por qué echó a Vera de su casa sabiendo que llevaba un hijo suyo en el vientre?

—No fui yo exactamente, mis padres nunca permitirían que un bastardo estropeara nuestra pulcra estirpe. No podía hacer nada.

—Tampoco quiso hacer nada, ¿me equivoco?

—No, si Vera no se llega a marchar justo ese día, nosotros la hubiéramos obligado a abortar y a marcharse luego. Era joven, entiéndame...

—¿No siente remordimientos? ¿No tiene curiosidad por saber qué ha sido de aquella pobre muchacha y de su bebé?

—Alguien como yo no se puede permitir tener remordimientos, simplemente aprende a vivir con su pasado: lo bueno y lo malo. Eso conforma la persona que soy ahora.

—Entonces déjeme poner en duda que alguna de sus acciones, esa en concreto, lo guiara por un camino hacia el bien.

—Lo hago lo mejor que sé, intento aprender de mis errores, Babette, ¿es eso malo? —Sentía mucho más de lo que quería demostrar, le importaba. Se notaba en su rostro.

—En absoluto, es más de lo que muchos hacen —respondí con sinceridad.

—Puedes juzgarme por mi comportamiento; sin embargo, te aseguro que no había otra opción.
—Quiero que se haga una prueba de paternidad. Tampoco hay otra opción —le dije.
—¿Usted conoce a ese bebé? ¿Sabe dónde están Vera y mi hijo?
—Sí, su hija, señor —lo corregí—. Como le he dicho, Vera tuvo una niña.
—¿Qué ha sido de ellas? ¿Cómo están?
—Vera murió en el parto. El bebé está bien y es muy feliz.
—¿Quién es?
—No me corresponde a mí decírselo. Lo siento. Le hablaré de usted por si quiere conocerlo.
—No sé... —Dudó.
—No se preocupe, Dema, nadie sabrá de su pasado por mi boca, pero necesito esa prueba. Le hará mucho bien a su hija, puede solucionarle muchos problemas, créame.
—En ese caso, no puedo negarme. ¿Dónde debo hacérmela? —preguntó con aire resignado.
—En el hospital universitario de las afueras, yo iré con usted. Ahora mismo, si quiere.
—De acuerdo. —Se levantó y yo hice lo propio. Antes de salir del despacho, se paró frente a mí—. Deme su palabra de que esto no saldrá a la luz hasta que esté preparado.
—Le doy mi palabra de que será avisado cuando salga a la luz, no le prometo que no vaya a salir. No puedo. Le prometo, eso sí puedo, que yo se lo contaré únicamente a las personas necesarias.
—Bien. —Asintió con la cabeza.
—Tómelo como una enmienda por sus errores.
—Hay errores que no tienen enmienda, jovencita, los míos son un claro ejemplo, como puedes ver.
Dema se paró a hablar con su secretaria, no me pareció correcto escuchar lo que le decía. Caminé un poco para esperararlo en la entrada de las oficinas. Dentro, por supuesto.
—¿En qué iremos? —me preguntó al llegar junto a mí.
—En taxi, si no le supone ningún inconveniente.
—No. Será mejor que no nos vean pasear en mi limusina para evitar preguntas incómodas e innecesarias.
—Estoy de acuerdo.

Horas más tarde, entré en mi apartamento y me tiré de cualquier manera sobre la cama. Había pagado una pequeña fortuna para que me mandasen los resultados en tres días, no pude acelerar más el proceso, dejaron clarísimo que era una prueba donde los resultados no se daban hasta pasada una semana. El dinero había merecido la pena, los necesitaba cuanto antes.

Habíamos tardado esperando a que nos atendieran, ya que no teníamos cita. Esa vez fue Dema quien sobornó a los médicos para que le hiciesen un hueco, alegando que era de vital importancia y de urgencia extrema. Supuse que no querría volver al médico, le resultaría incómodo. Además, la prueba era de lo más simple, no necesitaron más que una muestra de sangre y ya. Del ADN de Dara me había ocupado yo. Le había arrancado unos cuantos pelos sin darse cuenta, el día que había quedado con ella para hablar. Con eso fue suficiente.

Me levanté para ducharme y no quedar así desparramada como un huevo en la sartén.

Mientras me daba un largo baño, pensaba en que el señor Berezustki no resultó ser la persona que creía. Lo imaginaba como un hombre frío y sin escrúpulos al que no le importaba nada más que la suma de dinero que alcanzaría su próximo negocio. No quiero decir que fuese un santo,

pero no el villano que yo me imaginaba. Era un hombre refugiado en el trabajo para no pensar en sus pecados, para no pensar en el mal que había causado por la cobardía y el miedo a su familia, para no pensar en lo que había perdido.

No me daba pena, quizá fuera porque era un señor mayor y no un veinteañero con las hormonas revolucionadas y la arrogancia de un rey; caso en el que le daría una buena en las pelotas. Obviamente, las únicas perjudicadas habían sido la mamá de Dara y ella misma. También sentía rabia por la cobardía de ese hombre mayor y alivio por no dejar que mi dolor me gobernase a mí hasta el punto de que el remordimiento había aplacado la felicidad de él.

Después del relajante baño, me acurruqué en la cama, bajo las mullidas sábanas. Me puse a sopesar por última vez los motivos que me retenían todavía allí y, por más que busqué, no encontré ninguno que fuese más importante que mi bebé. Me levanté y fui a por el ordenador, lo abrí y, antes de que lo pospusiese más, compré un billete para el próximo domingo. «Sí, es lo correcto», pensé con el dedo sobre el botón de aceptar, que ya había pulsado y que seguía pulsando. ¡Como si al levantarlo pudiese deshacer el proceso!

No tenía más que darle la noticia a los Korsakov en cuanto me llegaran los resultados, después, estaría libre al completo. Allanaría otro poquito el terreno con mi jefe, un correo sería suficiente, del resto ya me encargaría allí. Me enfrentaría en carne propia a los problemas que yo había causado, desharía el embrollo que había montado yo solita. Sin ayuda de nadie, me había bastado para meterme de lleno en un laberinto al que no le veía ni una salida airosa, simplemente observaba los gigantescos setos sin saber cómo escalarlos.

Bien. Dejé el ordenador en la alfombra y me arrebujé de nuevo en la cama. Me puse a acariciar mi vientre; ya estaba abultado, bajo una camiseta floja no se notaba y siempre lo ocultaba como podía con las prendas adecuadas, pero pronto dejaría de serme tan fácil. En cambio, al acariciarlo o verme en el espejo la redondez era palpable, muy palpable, y cada día un poco mayor. En dos días tenía cita con el ginecólogo, esperaba que la última en ese país. Me emocionaba pensar que podían decirme el sexo de mi bebé. ¿Qué sería? ¿Niño o niña? De cualquier forma, deseaba que no sacara el carácter de su padre. Sin darme cuenta, unas lágrimas escaparon de mis ojos. Pensar en él no me afectaba de la misma manera. Normalmente podía controlar mis emociones, a no ser que él estuviese delante, eso me sacaba de mis casillas; en todos los sentidos. Podía arrancarle la cabeza por imbécil o podría arrojarme a sus brazos deshaciéndome en lágrimas.

No significaba que el dolor no estuviera ahí, sino que estaba oculto, no era quien regía mis actos. Mi yo racional había tomado el control de la situación, escondiendo el dolor donde no pudiera afectarme tanto. No estaba yo sola, llevaba una pequeña vida en mi interior, una que valía más que todo el dolor y todo el amor de Miki y mío juntos.

MIKI

Continué volcándome en los negocios, mantenía mi mente ocupada hasta quedarme dormido. El viaje a Tallin había resultado tranquilo, no había tenido que cruzar más que unas breves palabras con el idiota de Borak, y Venyamin no había preguntado nada acerca de mi pequeña. Había pasado el trayecto parlotando acerca de la droga que estaban improvisando. Me contaba cómo se hacía, con qué, sus efectos, quién era de los mejores químicos y quién parecía un pez fuera del agua.

Todo eso había servido de distracción para el tiempo que había durado, mala y forzosamente; sin embargo, una vez en casa, había vuelto a pensar en ella. Le había dado unas quinientas vueltas a la tortilla en aquellos días intentando averiguar por qué me había puesto como un león enjaulado. Siempre llegaba a lo mismo. La quería. La quería igual o más que antes. No podía evitarlo porque lo sentía hasta en los pelos de la cabeza, y resultaba que esos no sentían nada. Dejé de mirar su imagen en mi techo y me fui directo a la ducha. Debajo del agua, tomé una decisión. No me llevó mucho, normalmente tardaba unos siete minutos bajo el agua, diez si añadías que iba más despacio pensando en mi futuro. No iba a reprimir más lo que sentía, no iba a negar que la amaba, no valía de nada, porque al único que intentaba convencer era a mí, el resto ya ni caso me hacían. Intentaría llevarme bien con ella. «Ja, ja. Me escupiré en la cara antes de hablarme después de todo lo que le he hecho».

Bajé al despacho, donde mi padre estaba con mi tío hablando con una copa en la mano. Me senté y me puse a escuchar.

—Los negocios de los árabes son de vital importancia —informó mi padre sentado en un sillón de su despacho.

—Sospechamos que nos la quieren jugar —añadió Liov.

—¿No me digas? —pregunté en tono burlón.

—Según la información que nos ha pasado Dabria —respondió mi tío sin hacer caso a mi comentario—, más gente de la que pensamos está involucrada en la traición, y no me refiero a las cinco.

—¿Crees que los árabes están implicados? ¿Por qué?

—Porque el tráfico de mujeres es una oferta demasiado tentadora para ser rechazada —explicó mi padre—. Las cantidades de dinero que se extraen son muy apetecibles y fáciles de alcanzar.

—Si a eso le añades la insistencia de los Kostka en esta visita, la forma de hablar de Mikola, casi ordenando que no puede haber ningún fallo, no deja lugar a dudas —explicó mi tío—. ¿Sabes

que nuestros socios están organizando una gran fiesta de bienvenida?, será el sábado.

—Pensamos que Dabria debe venir. —Mi padre me miró detenidamente, estudiando mi reacción.

—¿Por qué coño ha de venir? ¿Por qué...? —Mi padre me interrumpió antes de que empezase a protestar.

—Vamos, Miki. Habla árabe a la perfección y su belleza tiene embobados a todos los hombres, jóvenes y viejos. Eso hará que bajen la guardia. Nadie sospechará de ella, podrá escuchar cosas más interesantes que nosotros.

—No dudo que en cuanto la vean se preocupen más por llevársela a la cama que por lo que sueltan por la boca —comentó mi tío—. Por desgracia, los hombres muchas veces pensamos con otra cabeza.

Rabia y celos subieron por mis venas como un parásito queriendo instalarse en mi organismo. No podía imaginarla en otros brazos que no fueran los míos. Respiré varias veces antes de contestar, intentando relajarme.

—No dudo que sus encantos surtan el efecto deseado, de hecho, ya lo hicieron antes, no le costará. —Al momento, una profunda tristeza se instaló en mi pecho. La rabia y el odio habían dejado paso al dolor y al vacío.

—Dabria vendrá, Miki. Salvo que ella se niegue, vendrá —aseguró mi tío.

—Mikhail, quiero pedirte, más bien te ordeno, que no montes un numerito. Esto es serio. —Mi padre me lanzó una mirada amenazante.

—No soy imbécil, sé cómo debo comportarme —protesté.

—La verdad, Miki, es que cada vez estoy más seguro de que ella nunca te mintió, está enamorada de ti —observó mi tío. ¿A cuento de qué?

—No venimos a hablar de eso, ella no me importa. —Mi voz no sonó tan segura como me hubiera gustado. ¿Cómo que no? Si había dicho una mentira del tamaño del palacio de un zar.

—La forma en que la mirarán en la fiesta todos los ojos lujuriosos de los hombres, desnudándola con los ojos, pensando la forma de hacerla suya mientras se les hace la boca agua. ¿Eso tampoco te importará? —Solo quería martirizarme. Puto Liov.

—No.

—Cuando bajen la mano hasta la curva de su cintura, la tomen de la mano, la peguen a su pecho o la besen en la mejilla, todo con el pretexto de un baile, ¿tampoco te importará?

—¡Basta! —Golpeé la mesa incorporándome en el sillón—. Nadie le pondrá una mano encima, ¿lo entiendes? No es mía, pero tampoco será de nadie más. —Me levanté y caminé hacia la puerta.

Sentí la risa de mi tío antes de decir:

—Me lo temía.

Salí del despacho dando un portazo, con los celos tan altos que rozarían las nubes de estar al aire libre.

¿Por qué querían atormentarme? ¿De qué valía?

DABRIA

No eran ni las nueve de la mañana cuando Nitca timbró a mi puerta.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —me restregué los ojos, todavía medio cerrados.

—No me fío de ti. No me voy a perder la eco de mi sobrino —aseguró de forma rotunda.

—Hasta las once no tengo cita, Nitca.

—Haré el desayuno mientras te arreglas. —Entró en la cocina quitándose el abrigo, como si yo no hubiera abierto la boca.

Después de un desayuno completo, una ducha y mucha cháchara de mi amiga, entramos en la consulta y esperamos a que me llamaran. Nitca casi daba saltos de alegría en la silla, cual niña pequeña esperando los regalos de los Reyes Magos.

—Babette Lévesque. —La enfermera nos hizo pasar a la consulta y le mostró a Nitca una sonrisa radiante, en respuesta a la de ella, por supuesto.

Después de preguntarme cómo me había sentido ese tiempo, empezó a deslizar el aparato por mi vientre. Nitca estaba pegada a mí, tan emocionada como yo, mirando la pantalla. Me sostenía la mano con demasiada fuerza, pero no le dije nada.

—¿Quieres saber el sexo del bebé? —preguntó la doctora con una sonrisa.

—Sí, por favor —respondió Nitca impaciente.

Asentí al ver que la doctora esperaba mi respuesta con una sonrisa.

—Es una niña.

—¿Una niña? Mi pequeña. —Algunas lágrimas se me escaparon; mi pequeña, esa frase tan simple y cargada de significado. Yo había sido su pequeña y en ese momento ella era la mía.

—Enhorabuena. Todo está bien, la pequeña está perfecta, como su mamá.

—Gracias.

Me limpié el gel de la barriga mientras la doctora tecleaba en el ordenador y mi amiga no paraba de parlotear.

—Una sobrina. ¡Qué alegría! —dijo Nitca—. Al salir de aquí podremos ir de compras, ¿o crees que será demasiado pronto?

—Le quedan cinco meses aquí dentro —le respondí mirando hacia mi barriga.

—Ten. —La doctora me entregó un sobre al acercarme a su mesa—. Son las ecografías, te he puesto alguna de más para su tía. —Señaló a Nitca con la cabeza—. Y para el padre.

—Claro, muchas gracias. —El nudo que se formó de repente en mi garganta fue difícil de tragar, casi imposible.

—Muchas gracias, doctora. —Mi amiga se despidió y me tomó de ganchete hacia la puerta.

¿Su padre? Mi niña no tenía padre, éramos ella y yo, nada más.

Cuando era pequeña soñaba con tener hijos que tuvieran a sus dos papás juntos, como en los cuentos; sin embargo, mi pequeña solo me tendría a mí.

Eso no era del todo cierto, tendría al abuelo. Él sería un padre para ella, como lo había sido para mí.

—¿Qué ocurre?

—Lo que más feliz me haría en estos momentos sería darle estas fotos. —Levanté el sobre de las ecos—. A Miki. Más que eso, que él estuviera a mi lado, agarrándome la mano, viendo a nuestra pequeña.

Empecé a llorar, esa vez no eran unas cuantas lágrimas, lloré y lloré. Genial, pensaba que ya era fuerte. Nitca me guio a los baños, me sentó encima de un retrete y cerró la puerta para que nadie nos viera. Se agachó y me abrazó, dejó que llorase, que soltase todo, simplemente estaba ahí conmigo.

—No es justo, Nit. —Sollocé—. Lo sigo queriendo con toda mi alma y a él no le importa, quizá no me amaba como yo creía. Mi pequeña —continué hablando entre lágrimas, mocos e hipidos— no conocerá a su padre porque es un idiota. Un idiota con papeles, hasta la médula, has...

—Shhh, tranquila. Te quiere, Dabria, pero le duele, y no sabe procesar ese dolor. Miki no está acostumbrado a sufrir, esto lo supera. —Me encantaba cuando utilizaba mi verdadero nombre. Me daba paz y seguridad.

—¿Y a mí, Nit? Se supone que cuando amas, lo más importante es la persona amada; en cambio, para él no soy más que un trapo viejo y usado.

—No digas eso. —Negó con la cabeza—. Se dará cuenta de que ha cometido un error, aunque quizá sea tarde.

—Ya es tarde. —Levanté la cabeza para mirarla a los ojos—. El domingo me voy, regreso a España.

—¿Cómo? ¿Tan pronto? —Abrió los ojos como platos—. Queda menos de una semana y me estás diciendo que te marchas.

—Sí. Debí haberlo hecho antes, no vale la pena esperar por quien no va a venir. Lo importante ahora es mi niña, no dejaré que nadie ensucie lo único puro que he sacado de todo esto, tengo que protegerla. Si me quedo aquí, pronto lo sabrán —dije fijando mi vista en mi vientre.

—¿Protegerla de nosotros?

—De sus padres, de él y de mí. No puedo poner en peligro su felicidad, y estoy segura de que aquí no lo será. Miki me odia, no quiero que la odie a ella también.

—No lo haría, si lo supiera...

—Me marcho el domingo, y nadie se enterará. Es mi decisión. Me pediste una vez que intentara cambiar las cosas, lo hice y no funcionó, no me pidas que vuelva a hacerlo.

—No lo haré. —Su mirada caramelo se tornó triste—. Si me prometes que me llamarás cuando vaya a nacer la pequeña. Me encantaría ver cómo es, a quién se parece. —Se calló de golpe, pensando que había metido la pata. Sonreí para que no se sintiera culpable.

—Si se parece a su padre, será preciosa; una diablilla preciosa.

—Bueno... —Era raro dejarla sin palabras, pero ¿qué podía decir?

—Vamos, Nitca, no puedo negar que Miki es el hombre más guapo que he conocido, también el más cabrón, pero con un físico que hace que se te caigan las bragas al suelo. —Solté una pequeña carcajada a la que mi amiga se unió, mucho más alto y escandalosa que yo.

Dabria

Me desperté de tan buen humor que me puse a preparar tortitas para desayunar. Había dormido mucho y muy bien, por lo que casi era más hora de comer que de desayunar.

—¿Tienes hambre, mi pequeña? Yo también. —Acaricé mi barriga tras escuchar cómo las tripas protestaron.

El domingo a esas horas estaría en casa, en mi casa, con mi abuelo. Sonreí al recordar al viejito de pelo blanco que me esperaba a cientos de kilómetros, había decidido no decirle nada de mi regreso, que fuera una sorpresa.

Esa noche dejaría todos los asuntos zanjados. El día anterior había llamado a Dara y me había dicho que pasara por su casa sobre las siete. Ni pizca de gracia me hacía acercarme a la mansión Korsakov, pero cuando me invitó, suponía que solo estarían ella y sus ganas de charlar un rato.

La noticia podía ser dura y dolorosa, pero era el seguro de Miki al legado de las Tres K. Nadie podría arrebatarle nada porque en realidad le pertenecía todo. Dara era de sangre rusa, tanto por madre como por padre, y el último era un pez gordo. Sería mi regalo de despedida.

Cuanto más se acercaba el taxi a la mansión, más nerviosa me ponía; acaricé mi barriga con el fin de que mi niña me ayudase a relajarme. Al llegar, el ama de llaves me hizo pasar al salón. Para mi sorpresa, la estancia estaba llena, todos hablaban animadamente mientras las empleadas colocaban alimentos y bebidas encima de la mesa.

Mi mundo se desmoronó cuando mi mirada se clavó en Miki, que charlaba con Venyamin. Como si una fuerza sobrenatural lo avisara de mi presencia, sus ojos se volvieron hacia los míos. Una descarga eléctrica me sacudió el cuerpo, un calor me abrasó el alma, y durante una milésima de segundo solo existimos él y yo.

Antes de que la situación se hiciera más incómoda desvié la mirada, todos dejaron la cháchara para fijarse en mí. Me alegré de que Dara se levantara deprisa y se acercase porque mis pies se habían quedado anclados a la alfombra.

—Babette, querida, qué alegría verte. —Me sonrió de forma amable.

—Yo... —Las palabras se me atragantaron—. Mejor volveré en otro momento. —En realidad, quería decir: mierda, mierda y más mierda—. No sabía...

—De eso nada, siéntate, soplaré las velas en un momento. —Sentir la mirada de Miki clavada

en mí no me sirvió de ayuda para pensar con claridad.

—Felicidades, no sabía que estabas de cumpleaños —le dije con una sonrisa forzada. La situación era demasiado incómoda.

—No te quedes ahí —me animó Laryssa—. Siéntate y come algo.

—Dara, yo he venido para traerte esto —dije acaparando la atención de todos todavía más—. Aunque no sé si es el mejor momento.

—Dame, lo miraré ahora mismo. —Me quitó el sobre de las manos antes de que pudiera reaccionar.

—¿Qué es? —Empezó a ojear el contenido mientras los demás esperaban una respuesta.

—Siéntate, te lo explicaré. —Hizo lo que le pedí—. Verás... —No encontraba las palabras adecuadas—. Damyan y Alla Maksimov no eran tus padres biológicos.

—¿De qué hablas? —Su expresión mostraba desconcierto.

—La hermana de Alla, Vera, era tu verdadera madre; murió al darte a luz.

—¿Cómo? No entiendo...

—Verás, tu padre y tu madre tuvieron una aventura y ella se quedó embarazada. Él no quiso saber nada del asunto y ella se marchó. —Mejor soltarlo todo de golpe.

—Mis padres nunca me dijeron nada —susurró ida, intentando asimilar la información que, de repente, le había proporcionado.

—Supongo que para protegerte o evitar que sufieras.

—¿Por qué mi padre abandonó a mi madre? ¿Por qué no iba a quererme?

—Eran de distinta clase social, tu familia paterna había acordado el matrimonio de su hijo desde su nacimiento. Una hija con una criada era un problema, Vera lo sabía.

—¿Y quién es su padre, entonces? —preguntó Egor.

—Dema Berezutski —respondí bastante bajo, como si así se pudiera menguar el dolor.

—¿Berezutski? —preguntó Egor casi gritando por la sorpresa—. Eso es imposible, él solo tiene tres hijas.

—Cuatro, con Dara. Es la mayor. Vera dio a luz antes de que Dema se casase con su mujer —respondí.

—Pero... —empezó Egor.

—Ahí están las pruebas —lo atajé señalando el sobre—. Yo misma acompañé a Dema a hacerse los análisis.

—¿Por qué le cuentas esto? —preguntó Liov—. ¿Por qué no me habías comentado nada?

—Quería asegurarme primero. Sus padres son rusos, ambos.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Egor.

—Esa es la prueba de ADN que confirma lo que digo, el padre de Dara es Dema Berezutski y su madre era Vera Repin. También tienes un escrito donde habla sobre tu madre y su relación con ella. —Todos abrieron la boca, pero nadie soltó palabra—. Vera trabajaba en su casa cuando se quedó embarazada, luego se marchó a Bulgaria junto con su hermana y el marido, que sí era búlgaro.

—Mi padre es Dema —susurró Dara todavía en *shock*—. ¿Cómo es posible?

—Él no sabe quién eres, no le he dicho nada. Solamente que tú elegirías, o no, ponerte en contacto con él.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Por qué? —preguntó Miki, que hasta ese momento no había abierto la boca. Mentira, sí la había abierto, pero no había soltado palabra.

—Sabía todo acerca de vosotros antes de venir, excepto acerca de tu familia —respondí

mirando a la madre de Miki—. Un hueco en blanco que me llevó a pensar que había gato encerrado. Me enteré de que tendrías problemas para heredar las Tres K, de hecho, ya los tienes. Así que decidí investigar y encontrar alguna prueba. Creía que sería bueno para vosotros —expliqué mirando a Miki esa vez—. Sin embargo, ahora tengo dudas por hurgar en el pasado sin permiso.

—Pero ¿por qué? —preguntó Miki de nuevo, su voz ya no destilaba odio—. ¿Por qué lo has hecho, si sabes lo que significa para mí?

—Tu mezcla de sangre estaba causando demasiados problemas, los Kostka y los Kovalenko no iban a dejarlo pasar. Simplemente quería asegurar tu futuro, que nadie pudiera ocupar el lugar que te pertenece. Quería ponerte las cosas más fáciles —expliqué con el ánimo triste y los ojos vidriosos.

Por instinto, mi mano descansaba en mi barriga; hablar con Miki sin gritarnos estaba provocando una explosión en mi interior que no podía soportar. Verlo y que me viera sin esa capa de rencor, sin esa rabia. Me miraba de forma triste, perdido, eso me estaba matando.

—¡Esto es increíble! —soltó Liov levantándose del sofá—. Hay que celebrarlo, ¿no creéis?

—Trae la tarta y champán, por favor —le indicó Egor a una de las empleadas.

Egor abrazó a su mujer, que seguía en *shock*. Me acerqué a Dara, no quería interrumpir, pero me quería ir. Me acuclillé para quedar a su altura.

—Siento el daño que te estoy causando con esto, no era mi intención.

—La alegría supera al daño en este caso. Gracias, Dabria. —Me cogió ambas manos y me las apretó con cariño. Era la primera vez que utilizaba mi verdadero nombre, sentí una mezcla de alegría y tristeza.

—Disfruta del día. —La besé en la mejilla y me incorporé para irme.

—Quédate, Dabria —me animó Nitca con una gran sonrisa.

—Es mejor que me vaya. —Le sonreí sin enseñar los dientes.

—La tarta está buenisísima —me animó Murik—. Deberías probarla.

—Seguro que sí, Murik, come un gran pedazo por mí. Que lo paséis bien, chicos.

Me di la vuelta y caminé hacia la salida. Antes de que abriera la puerta, sentí cómo una mano agarraba la mía. Sabía de quién se trataba sin girarme, su tacto aún me producía miles de sensaciones.

Su mano caliente, suave y firme me traía tantos recuerdos que me obligué a pestañear rápido antes de que las lágrimas se escapasen de mis ojos. Me di la vuelta despacio, sin soltarme de su agarre; me gustaba sentirlo cerca, por muy doloroso que fuera. Sus ojos me miraron con tanta intensidad que tuve que tragar para deshacer el nudo y poder hablar.

—¿Qué quieres, Miki? —Por mucho esfuerzo que empleara, mi voz no salió con la seguridad que me gustaría.

—Yo... —Nunca se quedaba sin palabras, al contrario, siempre tenía demasiado que decir.

—No quiero pelear, ¿puedes guardarte tu odio por una vez? —Intenté girarme, pero me agarró más fuerte.

—Solo... Yo... Gracias.

Parecía sincero, y algo más, pero no quería hacerme ilusiones, no podía meterle más mierda a mi corazón. Entre lo dañado que estaba y las hormonas del embarazo podía echarme a llorar en cualquier momento, no quería montar una escena.

—No sabes cuánto significa para mí. —Su voz sonó triste.

—Lo sé, créeme. Ha sido el motor que me impulsó a hacerlo, tú fuiste la principal razón,

asegurar tu futuro. Sabía lo importante que era para ti y quería aportar mi granito de arena. —Tan pronto salieron las palabras de mi boca, empecé a maldecir por ser tan bocazas.

—Quédate —susurró sin dejar de atravesarme con la intensidad de sus ojos negros. No dije nada. Negué con la cabeza. Él dio un paso hacia mí—. Dabria. —Un escalofrío recorrió cada terminación nerviosa de mi cuerpo al escuchar mi verdadero nombre de sus labios.

No contesté, dejé escapar las lágrimas de mis ojos. Los cerré con fuerza y me las limpié con la manga. Dio otro paso más, estaba tan cerca que podría tocarlo con solo alzar mi mano.

—No te acerque más, por favor —supliqué.

—¿Puedo llevarte a casa, al menos? —Pude ver sus ojos cristalizarse también.

—No me debes nada, Miki. —Antes de que pudiera contestar, me liberé de su contacto y salí al frío del exterior.

Respiré profundamente varias veces para calmarme; por mucho que quisiera su cercanía, me afectaba demasiado. ¿Cómo una situación tan breve podía resultar tan larga? ¿Cómo pocas palabras podían expresar tanto?

Para recordarme por qué no debía ceder a los deseos de mi corazón, los malos recuerdos aparecieron en mi mente: un *flashblack* de todos sus insultos, gritos, reproches y desprecio, para acabar con la imagen congelada en mi mente de él apuntándome con una pistola.

Ese era el nuevo Miki, el que me odiaba. El que acababa de ver ahí dentro era pura cortesía, agradecimiento, incluso. Aunque, pensándolo bien, él no era esa clase de persona, solo mostraba lo que sentía.

La puerta se abrió poniendo fin al curso de mis pensamientos, agradecía que fuera así. Si era él, le partiría la cara. No lo era, lo supe porque no sentí nada; podía parecer que estaba loca, pero notaba su presencia antes de verlo, su olor, el calor que emitía su cuerpo.

Laryssa y Nitca se acercaron, la primera me dio un fuerte abrazo mientras que la segunda me sonrió con tristeza.

—Gracias, Dabria, no sabes cuánto significa para nosotros —dijo sin soltarme.

—No hay por qué darlas, facilitaros las cosas ha sido un privilegio para mí. Espero no causarle mucho daño a tu madre.

—Lo irá asimilando poco a poco.

—Te llevamos a casa —dijo Nitca más como afirmación que como pregunta.

—El taxi está por llegar. Entrad y disfrutad con los demás. Yo estoy bien. —Nitca estudió mi rostro con expresión seria, queriendo descubrir lo que sentía en realidad—. Ahí viene. —Sonreí y sacudí la mano para espantarlas—. Largaos ya o se comerán todo el pastel.

Me monté en el taxi y saqué el móvil. A los tres tonos, respondió:

—Bomboncito, ¿me echas de menos? —se burló.

—¿Palomitas y comedia americana? —pregunté.

—Veo que necesitaremos también una *pizza* con extra de queso y helado de nuez. En media hora llamaré a tu ventana, me tirarás tu largo cabello y prepararé hasta...

—Te esperaré con ansia, mi amado caballero. —Puse el tono de voz que correspondía a nuestra interpretación de cuento.

El taxista pensaría que no estaba muy bien de la azotea, pero ese era su problema, no el mío. Tener un amigo como Borak no había rublos que lo pagasen, valía mil veces su peso en oro. Era de esos que saben lo que necesitas, no de los que andan alrededor como patos mareados; de esos que te ponen el helado y el hombro y no que te preguntan qué quieres o si quieres algo.

«La amistad es un don que alguien posee y cede al otro como magia, sin importar si es

merecedor de ella o no».

MIKI

—Dile a tu jefe que los Korsakov están aquí —le ordené a la secretaria sin molestarme en saludar.

—Ahora mismo, Mikhail. —Salió disparada de detrás de la mesa y corrió hacia el despacho del viejo Berezustki.

—Parece un pavo real asustado y asombrado a la vez —observó mi padre rodando los ojos—. Desde luego, causas mucho efecto en las mujeres, en la gente, en general.

—Debo haberlo heredado de ti —dije encogiéndome de hombros.

—De mí has heredado muchas cosas, pero eso es de tu madre. Los Korsakov imponemos respeto de manera casi innata, pero tú además provocas miedo y admiración. La mezcla de los dos en cantidades adecuadas da lugar a un hombre excepcional.

No me dio tiempo a decir nada. El señor Berezustki caminaba hacia nosotros con su secretaria.

—Egor, Mikhail —saludó con la misma cortesía y amabilidad de siempre—. ¿Qué os trae por aquí?

—Queremos hablar contigo —le dijo mi padre, levantando la cabeza hacia el despacho.

—Por supuesto. Acompañadme. —Hizo un gesto con la mano para que lo siguiéramos. Él era de los pocos que nos tuteaba, tenía la confianza suficiente para hacerlo, desde hacía años—. Que nadie nos moleste —le ordenó a su secretaria.

Entramos a su despacho y él cerró la puerta, hizo un gesto hacia la pequeña mesa rodeada de unos sillones individuales.

—Sentaos. —Mi padre y yo nos acomodamos—. ¿Queréis tomar algo?

—Un vodka estará bien —pidió mi padre amable. Siempre le habíamos tenido mucho cariño, sabía que a él la noticia le había caído como un cubo de agua fría. Yo siempre había compartido ese sentimiento, al igual que mi progenitor, le tenía mucho cariño al viejo sentado a nuestro lado, pero en ese momento empezaba a sentir aversión por ese hombre. Lo que había hecho en el pasado llevó a cambiar mis sentimientos de respeto y cariño hacia él de forma drástica; la razón era simple: porque esas decisiones habían endurecido y dificultado la vida de mi madre.

—Bien. —Colocó un vaso enfrente de cada uno, quedándose él mismo con otro, del que bebió un sorbo tan pronto su culo tocó el cuero del sillón—. Decidme, ¿qué ocurre?

—Verás, nos hemos enterado de algo —empezó mi padre.

—¿De qué se trata?

—Sabemos de la existencia de tu hija —respondió mi padre.

—Tiene tres hijas, papá. —¿Qué le pasaba? ¿Era que se había vuelto idiota? Se estaba explicando de culo—. En realidad, lo que quiere decir mi padre es que sabemos que tienes una hija bastarda —expliqué. Tanto tacto enrevesado no ayudaba más que a agotar mi paciencia—. Es decir, una hija fuera del matrimonio.

El señor Berezustki se puso del color de la pared del fondo, de un tono blanco inmaculado. Los ojos se le abrieron con sorpresa, los cerró para volver a abrirlos de forma normal, y no de manera que las pestañas se le juntaran con las cejas.

—Cómo no. —Suspiró—. Debí suponer que Babette te lo contaría —dijo mirándome—. Es normal siendo tu novia, aunque confiaba en su palabra.

—Nos lo ha contado porque era necesario —respondió mi padre—. No ha faltado a su palabra, lo ha hecho porque es información primordial y de suma importancia para nosotros.

—¿Por qué habría de serlo? Con todos mis respetos, que yo haya tenido una hija antes de casarme no es de vuestra incumbencia —dijo irguiendo el pecho un poco hacia delante.

—No sería de nuestra incumbencia si esa hija no fuese mi madre, «abuelito» —expliqué recalcando la palabra. Mi padre me lanzó una mirada de reproche. No me importó. Las cosas sin rodeos se entendían mejor; aunque, teniendo en cuenta la edad de Berezustki, podría provocarle un paro cardíaco.

—¿Qué me dices, Mikhail? —Se irguió todavía más que antes, creía que estaba levitando sobre el asiento.

—Lo que te está contando Mikhail es cierto, Dema. Tu hija es mi mujer. Dara es la hija que has tenido con... —dijo mi padre.

—¿Cómo...? Eso... —Decidí ayudarlo. No daba desenvuelto la lengua.

—No preguntes cómo es posible. Tuviste una aventura con Vera, se quedó embarazada y nació mi madre.

—Yo no lo sabía —dijo en tono bajo y poco seguro.

—¿No sabías que ibas a tener una hija? —pregunté, aunque ya sabía a lo que se refería.

—No sabía que era tu madre —respondió pensativo.

—Nosotros tampoco. Ha sido una gran sorpresa, una grata sorpresa —dijo mi padre.

—¿Dara lo sabe? ¿Ella...?

—Lo sabe —respondí—. Pero no esperes que mi madre corra a tus brazos, no digas que lo sientes y que no pudiste hacer nada.

—¿Habéis venido a eso? ¿A reprocharme y juzgarme?

—No, nuestro motivo es más importante —respondió mi padre mirándome de forma severa—. Perdona a Miki, siempre ha sido muy efusivo.

—Te entiendo. —Centró su mirada en mí unos segundos antes de dirigirse a ambos—. No voy a disculparme por mis errores del pasado, sé de sobra que no tienen perdón. De hecho, no me permito mirar hacia atrás por miedo a quedarme prendado en él. Yo tomé una decisión, buena o mala, fue mi elección y tuve que vivir mi vida con las consecuencias.

—¿Quieres decir que no te importa mi madre? ¿Que nunca te ha importado? —pregunté con repulsión. Creía conocerlo.

—No. Quiero decir que me importa tanto que no puedo pensar en ella, porque me recuerda el monstruo que fui. ¿Qué clase de persona abandona a una mujer embarazada a su suerte?

—Dígamelo «usted» —dije marcando la palabra de respecto y distancia que casi nunca había usado con él—. Es el experto.

—Era joven y ambicioso, heredero de una familia más ambiciosa y con la dosis de frialdad necesaria para acabar con cualquier obstáculo que perjudicara su sublime reputación. Tu abuela acabaría con la pulcra estirpe, así que sí, no hice nada para evitar que huyera; quería que lo hiciera porque de no ser así, ambas estarían muertas antes de que se le notase la barriga —explicó Dema.

—Siempre tenemos otra opción —dijo mi padre.

—Lo sé, Egor, pero yo elegí el camino fácil. No tengo una excusa mejor.

—No hay excusas —lo atajé.

—Por eso digo la verdad —finalizó abriendo las palmas de las manos hacia arriba.

—Seré claro y directo. —Mi padre por fin iba al grano—. Necesito que reconozcas a mi mujer como tu hija. No me malinterpretes, no quiero que la reconozcas legalmente ahora ni que le des tu apellido mañana mismo, mucho menos que le ofrezcas tu amor incondicional de padre arrepentido.

—Verás, los Korsakov y los Kostka quieren quitarnos el mando. Quieren apartarme alegando que no soy de sangre pura —expliqué.

—No negaré a mi hija ni a mi nieto, Mikhail, si eso es lo que teméis. —Ambos asentimos—. No soy el mismo crío cobarde, ya soy muy viejo, no le causaré más daño a mi hija.

—Sabemos que ya te has hecho una prueba de ADN —dijo mi padre.

—Babette me acompañó —lo interrumpió.

—Si las cosas se pusieran feas, quizá tengas que repetirla —explicó mi padre.

—No seré yo quien dificulte la ascensión de Mikhail a la cima —aseguró—. Menos, ahora que sé que es mi nieto. —Fijó su mirada en mí.

—Bien. —Mi padre estaba aliviado de no tener que lidiar con otro problema más, lo veía en su rostro, un poco más relajado que al entrar—. Que tu sangre corra por las venas de mi hijo es la mejor noticia que he tenido en estos últimos meses. Es la prueba que necesitábamos para cerrar muchas bocas.

—Os ayudaré en lo que pueda, tenéis mi palabra, pero os pido que me dejéis a mí hablar con mi familia; se merecen saberlo de mi boca.

—Es justo —dije—. Esto acabará saliendo a la luz. Una vez que se sepa, el rumor correrá como la pólvora.

—Por eso. ¿Cuándo será la reunión con las cinco familias?

Ni mi padre ni yo habíamos dicho nada respecto a eso. No hizo falta, el señor Berezustki era lo suficientemente listo para saber cómo obraríamos.

—La programaré para lunes. Tendrás tiempo para hablar con tu familia el fin de semana. —No fue una pregunta, pero el tono amable de mi padre hizo que le respondiese de igual modo. Se tenían tanto respeto y aprecio que rozaban el cariño.

—Sí. Gracias, Egor. Mikhail, espero que algún día vuelvas a mirarme como antes. Me enorgullece ser tu abuelo —dijo con tristeza.

—No puedo decir lo mismo. —Me levanté y salí del despacho. Siempre había sido un hombre al que admiraba y respetaba, hasta ese momento, que no podía mirarlo a los ojos.

No me despedí de la secretaria, que sonreía como para un anuncio de dentífrico tras la mesa.

Encendí un cigarro y esperé a mi padre en la puerta. No solía fumar demasiado, solía hacerlo cuando estábamos de fiesta, en una carrera o en algún evento; en cambio, últimamente lo hacía a diario y cada vez más.

Durante el camino de vuelta no le pregunté a mi padre acerca de su conversación con el señor Berezustki, sabía que estaba jodido.

Llamé a mis amigos para saber dónde estaban. El Baltika. No me extrañó que estuviesen allí, solíamos pasar horas en esa cervecería, aunque las últimas semanas habíamos apartado un poco esa costumbre; sobre todo, yo.

—Ponme una a mí —le pedí a una camarera que estaba sirviendo a mis amigos—. ¿Qué tal? —Me senté al lado de Murik y Aleksei.

—¿Cómo ha ido? —preguntó mi primo.

—Él no será un problema —respondí con sinceridad, pero mi tono era soso y desganado, así que no volvió a preguntar—. ¿Dónde están Nitca y mi hermana?

—Con Babette. Dijeron que vendrían en un rato —respondió.

—¿Babette también vendrá? —Nos cuidábamos de no decir su verdadero nombre en lugares públicos. Apenas había empezado a llamarla por él y ya lo echaba de menos.

—Sí, dijeron que vendrían —respondió observando mi reacción—. ¿Te molesta que lo haga?

—No, en absoluto —confesé.

Me pasé la siguiente hora escuchando a medias. No podía dejar de pensar en ella, en lo que sentía, en cómo asimilarlo y exteriorizarlo. Por otro lado, la aparición de mi abuelo acabó por comprimir tanta información y pensamientos que tenía acumulados, para abrirse un hueco en una caja a punto de reventar. Observar a mis amigos, escucharlos y pasar un rato con ellos charlando de nada en especial me hacía sentir mejor. Unas tres mesas a la derecha nuestra, estaba Borak con unos amigos; era raro que Mikola no le hiciese compañía. Menos mal. No me apetecía verle la cara, me llegaba con la de su amiguito.

Pasadas unas dos horas, llegaron las chicas. Mi mente viajó a la velocidad de la luz a una única chica en concreto. Ella era la causante de todo lo que había sentido, lo que estaba sintiendo y lo que sentiría en un futuro. Ella era todo lo que quería, más de lo soñaba y nada de lo que esperaba. Ella había sido capaz de causarme mil y unas sensaciones en solo una noche. Un segundo me había llevado darme cuenta de que era la mujer más bella del planeta; un minuto, de que era la más especial; una hora saber que me volvería loco y un día enamorarme de ella; y una semana bastó para mostrarme que pasara lo que pasara, acabáramos como acabáramos, nunca querría a nadie más porque solamente la quería a ella.

Tenía buen aspecto. ¿Cuándo no lo tenía? Vaya observación de mierda. «La obviedad no es una virtud, Miki». Quería decir que sonreía y su rostro parecía cómodo, tranquilo y feliz; esos eran tres adjetivos que no habían hecho mucho acto de presencia durante ese tiempo. Pronto su rostro se contraería, abriría los ojos con sorpresa y haría esa mueca de disgusto que tanto me gustaba. No la perdí ni un segundo de vista y... plas. Hela ahí, tal cual la había descrito. Saludó a los chicos, pero no se sentó. Se mantuvo a un lado con Nitca.

—¿Qué tomáis? —preguntó Zoria.

Todas pidieron una cerveza, excepto ella, que denegó la invitación.

—Yo no quiero nada, ya me voy. —Sonrió enseñando los dientes, pero los ojos no se le iluminaron. La causa: yo.

—Anda, Babette, toma algo y luego te vas —la animó Murik.

—He quedado para cenar. —Nitca abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Eso significaba una cosa: era una mentira—. Otro día.

Yo no dije nada, pese a que me gustaría haber dicho mil y una palabras, nada me salía de la boca. No me veía capaz de lidiar con un ataque de ira cuando todavía no había digerido la mía.

Tenía claro que la quería, que no la odiaba y toda esa farsa que había intentado crearme; sin embargo, era pronto para empezar una reconquista.

Dabria intercambió unas cuantas palabras con su compañera y se separó de nosotros hacia... «¡No me jodas!». Apreté la mandíbula con fuerza, bebí un largo trago, pasé la mano por mi cabello y volví a empezar. Mandíbula, trago, cabello. Una secuencia sin fin mientras observaba a mi pequeña con él. Le tomó la mano con cariño, le sonrió, la sentó en su regazo y le hizo chistes y carantoñas. Mandíbula, botella entera y cabello. Se levantaron y caminaron hacia la salida, él con un brazo por encima de sus hombros, ella sonriéndole con amabilidad y sinceridad. Maldito Borak. Lo iba a matar. Ella no podía estar con él, no lo permitiría, no lo consentiría, en mis propias narices flirteando con ella. ¿Flirteando? Si parecían unos estúpidos recién casados.

—¿Qué coño haces?

—¿Qué te pasa?

—¿Te quieres sentar?

Mis amigos me preguntaban, ordenaban y reñían. No sabía qué había pasado, pero estaba de pie con mis primos agarrándome y la mirada fija en la puerta.

—No quiero que esté con él.

—¡Vaya! ¿Y desde cuándo te pasa eso?

—¿Reencuentro de sentimientos, Mikhail?

No me hacían ni puta gracia sus burlas. No estaba para aguantarlos. Tenía una cara que partir y una que besar.

—¿Por qué coño está con él? Es Borak, tíos, no puede estar con él. No quiero que se acerque a ella, no la quiero a su lado, no quiero...

—Has perdido ese derecho hace mucho, Miki.

—Ella ya no es tuya.

—No tienes ningún poder sobre ella. No eres tú quien decide con quién puede estar o no.

No encontraba una respuesta clara y convincente. ¿Qué podía decir? Yo mismo había sido el causante de esta situación. Yo la había alejado, la había echado. «¡Me cago en la puta!». Había sido yo quien la había empujado a sus brazos.

—Siempre han sido muy amigos, Miki —explicó Nitca—. Borak la adora y ella a él.

—Gracias, Nitca. No sabes lo feliz que me hace tu vomitiva sinceridad.

—Y no sabes lo feliz que me hace a mí golpearte con mi «sinceridad» —recalcó la palabra con regocijo—, en toda la cara, como si fuese una pala de la playa. —Me sonrió sin enseñar los dientes y pestañeando con rapidez.

DABRIA

Aquellos últimos días los había dedicado a mí, a descansar, a pasear por el frío de Rusia, a envolverme en una manta comiendo chocolate y viendo películas antiguas. Era un gusto estar un tiempo sin pensar en nada, simplemente ver que las horas pasaban y tú no tenías nada que hacer.

En dos días estaría en mi casa y aquello no sería más que un mal recuerdo, una horrible pesadilla. La idea me emocionaba a la vez que me asustaba. Mi fracaso sería obvio, y no regresaba sola, llevaba a alguien dentro de mí.

Las pocas pruebas que le enseñaría al comisario servirían, a lo sumo, para meter a algún Kostka o Kovalenko entre rejas llegado el momento. No quería que ninguno de mis amigos se viera salpicado por esa información, por eso le tendría que mostrar una parte mínima de lo que había descubierto. Más mínima se había hecho al convertir a Borak en mi amigo principal, había eliminado cualquier rastro que pudiera culparlo de algo.

A pesar de todo lo que había pasado con Miki, verlo entre rejas era impensable, al igual que a los demás.

Cenar, comer y hasta desayunar con Borak era habitual en mi rutina diaria, alguna de las tres comidas la tenía que compartir con él. No me dejaba respirar más de un par de horas seguidas, se comportaba como un padre primerizo y asustado. Se había convertido en mi mejor amigo. Al llegar, no creí ni por asomo que pudiésemos llevarnos bien; sin embargo, su amistad incondicional cambió las cosas de una manera drástica.

Estaba completamente emocionado porque trajese a una pequeña en camino, y completamente enfadado porque me marchase. Me repetía que no era justo alimentar una barriga por tanto tiempo y después no ver la «cosita» que saldría de ahí. Fui yo quien acabó siendo mala con él, contarle la verdad no era una opción, pero no me gustaba tener que mentirle una y otra vez.

Aleksei y Nitca también habían pasado mucho tiempo conmigo, querían aprovechar la última semana. Eran los únicos, junto con mi hermano postizo, que sabían que me marchaba, así que tuvieron que compartir alguna que otra cena con él. Y para sorpresa de todos, incluida la mía, no había ido tan mal.

Estaba dando un paseo, corto debido al frío, pero me servía para reflexionar sobre todo lo que había vivido allí, cuando Liov me llamó por teléfono.

—Hola, Babette —saludó.

—¿Qué quieres, Liov? —No quería ser grosera, pero no tenía ganas de hablar. Una llamada suya significaba negocios, y no quería participar en más.

—Tenemos que hablar, ¿puedes pasarte por casa?

—En un rato —resoplé.

—Nos vemos luego —se despidió.

Colgué el teléfono sin una palabra de despedida, me acababa de joder mi maravilloso día.

No me molestaba ir a la mansión de Liov, en el último mes se había convertido en algo muy habitual. El tío de Miki resultó ser un buen compañero de trabajo, muy bueno, podría decirse que rozaba la amistad y el cariño; siempre y cuando no pensáramos a qué bando pertenecíamos cada uno.

Me dirigí a su despacho sin esperar a que el ama de llaves me guiase. Al entrar, mi humor empeoró totalmente, primero la llamada y luego la compañía en la que estaba.

Desde el incidente en la mansión no me quedaron ganas de volver a compartir otro momento intenso con él, de hecho, no quería compartir ninguna clase de momento. Hacía que acabase de mal humor.

—Hola —saludé fríamente.

—Buenas tardes, Dabria. —Liov sonrió abiertamente, sin darles importancia a las dagas asesinas que salían de mis ojos.

Llamarme por mi verdadero nombre, siempre que no tuviésemos compañía, se había convertido en algo normal desde que se dieron cuenta de que no era su enemiga, poco después de que empezáramos a trabajar juntos. Podía ser que lo hicieran como una muestra de respeto, agradecimiento o comprensión; la verdad era que no lo tenía del todo claro, pero me gustaba escucharlo de nuevo.

—Hola, Dabria. —Miki me saludó con cuidado—. ¿Cómo estás?

Su voz era suave y dulce, aunque triste, al igual que su expresión. Sus ojos carecían de brillo y me miraron evaluando mi reacción. Tragué con fuerza los sentimientos que se anudaron en mi garganta, no tenía ganas de pelear, no tenía ganas de verlo. Todavía me dolía.

—Creía que venía a hablar de negocios —solté con indiferencia centrando mi atención en Liov.

—A eso has venido, siéntate. —Liov señaló una silla con la cabeza.

—Los asuntos los tratamos los dos, tú y yo solamente.

—Dabria, yo también formo parte del negocio, aunque no te guste —dijo Miki de forma cansada—. Así que siéntate, que no voy a morderte.

Lo miré de reojo y pude ver cómo una sonrisa quería escapar de sus labios, siempre le había gustado cabrearme. Suponía que había cosas que nunca cambiarían.

Giré la cabeza bruscamente y me senté en la silla frente a Liov, al lado de Miki.

—¿Y bien? ¿Qué quieres? —le pregunté al primero.

—Mañana por la noche hay una fiesta —me respondió este.

—Lo sé, Borak me ha invitado.

—Maravilloso.

—Le he dicho que no iré —aclaré.

—Necesitamos que vayas.

—No tengo la más mínima intención de acudir a esa fiesta, lo siento.

—Es muy importante que estés allí. El jefe de una organización árabe nos visita, la fiesta es de bienvenida. Sospechamos que tiene negocios a nuestras espaldas con las otras dos familias —

aclaró Liov.

—¿Qué se supone que pinto yo allí?

—Escuchar, simplemente escuchar —intervino Miki—. Ninguno de nosotros habla árabe y una fiesta es el lugar indicado para irse de la lengua, el alcohol contribuye mucho a la causa.

—No sé si se podrá averiguar mucho, de todas formas, podéis contratar a un intérprete para que os espíe.

—No confiamos en nadie lo suficiente para eso —contradijo Miki.

—¿Quieres decir que en mí sí confías, Mikhail? —pregunté retándolo con la mirada.

—Ciegamente. —La rabia corrió por mis venas como los soldaditos del anuncio de Actimel. ¿Quién se creía para decirme eso después de todo lo que me había hecho?—. Pero no estás obligada a ir.

—Por supuesto que no, no estoy obligada a nada —respondí a la defensiva—. No hace falta que supliques ni sueltes otra sarta de mentiras, iré. —Me levanté de la silla para marcharme—. Supongo que eso era todo.

—Gracias, Dabria. —Liov se levantó y se acercó a mí—. Puede que no sirva de nada, pero nunca se sabe. —Me apretó el hombro con cariño y salió de la habitación, dejándome a solas con su sobrino.

Caminé hacia la puerta, pero se interpuso en mi camino bloqueándome el paso.

—¿Puedo llevarte a casa?

—No, no puedes —respondí intentando esquivarlo.

—Dabria, yo...

—Puedes seguir llamándome Babette, dijiste que no querías saber mi verdadero nombre.

—Me da exactamente lo mismo cómo te llamas, me importas tú, no tu puto nombre.

—No me hagas reír, Mikhail.

—Es verdad. Yo...

—Tú fuiste el que no quiso saber nada de mí, no me culpes por hacer yo lo mismo.

—¿Podemos hablar un momento? —Sus palabras se estaban convirtiendo en un ruego.

—No tengo nada que decirte y tampoco quiero escuchar nada que tengas que decirme tú.

—Solo te robaré un par de minutos —suplicó.

—Bien. —Su cara se puso blanca, era obvio que esperaba la respuesta contraria—. Habla. —
Me crucé de brazos.

—Te quiero. —No dejó de mirarme a los ojos—. Sigo enamorado de ti.

—Eso no cambia nada.

—Lo siento —intentó tocarme, pero di un paso atrás—. Siento lo que...

—Demasiado tarde. —Salí de la habitación, antes de arrojarme a sus brazos.

Me fui directa a mi apartamento. No podía dejar de pensar en Miki, en su rostro triste, consumido por el dolor; en sus palabras de súplica cuando sabía que no cambiaría nada.

«Demasiado tarde». Era la respuesta correcta.

No importaba si estaba arrepentido o fingía para tenerme en sus manos en la fiesta, para asegurarse de que hiciera el trabajo, en dos días estaría en mi hogar abrazando a mi abuelo.

No dejaba de darle vueltas. Lo cierto era que su actitud los últimos días había sido diferente, como si el odio de su mirada hubiese desaparecido, pasó a parecer abatido, sin emoción alguna en sus ojos y en su voz. Me trataba de forma amable, sin insultos ni comentarios mordaces, incluso notaba arrepentimiento.

Cuanto más lo recordaba, más creía que no podía ser una jugarreta de mi imaginación; su odio

hacia mí parecía haberse esfumado, esa capa protectora que había creado en un momento desesperado dejó paso a un hombre completamente distinto. Siendo esa la verdad, tampoco valía la pena que habláramos, ambos estábamos demasiado rotos.

Él me culpaba de lo que nos había pasado y yo no quería luchar más, no era momento de construir un *puzzle* donde las piezas se habían perdido. Quizá no me odiase con la misma intensidad, pero lo había hecho con la suficiente para crear una barrera entre ambos donde a la mínima, la alerta saltaría por miedo a sufrir más, por miedo a no poder recuperarse de otro golpe.

Otra etapa de mi vida estaba comenzando, buscaría un poco de felicidad y, por mucho que me pesase, él no formaba parte de ella.

La tarde del sábado la pasé con Aleksei intercalando paseos de un par de minutos por las calles de San Petersburgo y cafés de media hora dentro de algún local, hasta que el frío del atardecer nos caló los huesos en la última caminata. Nunca me acostumbraría a eso, «si no te mueves, corres el riesgo de quedarte congelada» me decía siempre mi voz interna, y realmente lo creía. Sin embargo, cada vez iba a menos, ya podíamos salir a pasear de vez en cuando, aunque poco tiempo, claro.

Echaría de menos muchas cosas de mi vida allí, pero eso no, jamás. La sensación de que tus extremidades se entumecían hasta el punto de dolerte el acto de mover un dedo, o querer curvar los labios en una sonrisa hasta que sentías cómo se cortaban. Eso sería fácil de olvidar, sin duda.

—Me gustaría que te quedaras —dijo Aleksei rompiendo el silencio.

—No puedo.

—Lo sé, Dabria. No tienes que decir nada, sé que es lo mejor y que serás mucho más feliz allí.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí, nunca lo olvidaré. —Era cierto, siempre había sido muy bueno conmigo.

—Quiero lo mejor para ti, te sigo queriendo —confesó—. Ojalá las cosas hubiesen salido de otra manera.

—Yo también te quiero, un montón. —Lo agarré de ganchete y apoyé mi cabeza en su hombro.

Ambos nos quedamos mirando el río hasta que Aleksei volvió a hablar:

—No de la misma manera, yo estoy enamorado de ti.

—Nunca quise lastimarte. Perdóname. —Sabía de sus sentimientos hacia mí y de todas formas me había aferrado a él, un acto egoísta por mi parte.

—Tu corazón siempre fue suyo, no tienes que disculparte por eso, yo ya lo sabía. Sabía que ambos os queríais con locura antes que vosotros mismos. —Soltó una pequeña risa—. En cambio, no pude evitar lo que siento por ti, lo intenté, por ti y por él, juro que lo intenté. —Lo último acabó en un susurro que no hubiese escuchado si no tuviera la oreja pegada a su hombro.

—Te deseo lo mejor, deseo que seas inmensamente feliz. Deseo que encuentres a alguien que te quiera como te mereces. Deseo que encuentres a alguien que te quiera como yo no pude.

—Lo sé, Dabria, lo sé.

Sin querer hacerlo y sin poder evitarlo, había hecho más daño del que hubiera querido, a más personas de las que habría deseado. Aleksei no se lo merecía, él no.

Dabria

A las ocho estaba lista para que Aleksei me recogiera. Me había puesto un vestido de estilo romano, de gasa negro y largo hasta los pies, muy flojo, para disimular la barriga. Los zapatos plateados hacían juego con las joyas: una pulsera y unos pendientes largos, que me había regalado Nitca por Navidad. Esa vez no me quité mi pulsera de Pandora; si no iba bien, iba mal, pero iba.

Me recogí el pelo en un moño desenfadado e hice tirabuzones con los cabellos rebeldes que se escapaban de él. Me maquillé un poco y con esmero para estar lo más guapa posible.

Esa noche quería parecer feliz, demostrarles a todos que seguía siendo la misma, demostrarle a él que no sabía lo que se había perdido, todavía. Esa noche le haría ver que yo ya había pasado página.

Agarré el bolso y el abrigo al escuchar el timbre, Aleksei no tenía paciencia para esperar, era uno de sus pocos defectos: la puntualidad en exceso.

—Estás preciosa —me piropeó cuando abrí el portal.

—Gracias, lo mismo digo, no estás nada mal —respondí con una sonrisa. Era cierto, estaba muy guapo y elegante con su traje negro y corbata azul cielo, a juego con sus ojos.

—¿Nunca llegas tarde a ningún sitio? —pregunté mientras entrábamos al garaje del restaurante diez minutos antes de tiempo.

—Me gusta ser puntual, ¿es malo acaso? —preguntó mirándome de reojo.

—En absoluto. —Sonreí.

Al llegar a la enorme estancia me di cuenta de que no era solo defecto de Aleksei, el salón estaba abarrotado. Me aferré a su brazo hasta que Nitca me dio un fuerte achuchón.

—Estáis preciosas —les dije a las tres. Laryssa y Galina estaban detrás de Nitca.

—¡Pues calla que tú, chica! —Laryssa movió las cejas arriba y abajo.

—Ahí están los chicos. —Nitca miró por encima de mi hombro.

Me giré y vi cómo se acercaban a nosotros, todos.

—Buenas noches. —Les sonreí cuando se pararon a nuestra altura.

—¿Qué tal, Babette? —saludó Venyamin antes de agarrar a su novia por la cintura y besarla.

Me alegraba que no se olvidasen de quién era a ojos de todos.

—Hola —saludó Miki poniéndose a mi lado—. Estás preciosa, mi pequeña. —Eso último lo

susurró en mi oído, provocándome una descarga eléctrica.

Opté por no contestarle.

—¡Aquí están los más guapos de la fiesta! —La inconfundible cantarina voz de Dara te hacía reír, aunque tuvieras el humor por el suelo. Era una mujer muy alegre y activa. Era bajita, no tanto como yo, pero la que más de todas ellas, excepto Kalina, que se parecía mucho a su madre.

—¿Cómo estás, Dara? —Se acercó y me besó en la mejilla, siempre había sido la más cariñosa de la familia.

—Feliz de tenerte aquí. ¿Cómo vas de la lesión? —¿Centró su atención en mi barriga o eran imaginaciones mías?

—Tengo para un tiempo —me esmeré en sonar convincente.

—Bastante largo, parece. —Me acarició un brazo en gesto maternal—. Lo importante eres tú.

Estaba segura de que Dara sospechaba algo, aunque no me lo dijera, solía dejar caer alguna insinuación. Aunque siempre cabía la posibilidad de que me estuviera volviendo majara.

Conversamos un rato mientras el salón se terminaba de llenar con todos los invitados. Nada más divisar a Egor y Liov, me acerqué a ellos, antes de que llegasen al grupo.

—Buenas noches.

—Hola, Babette, me alegro de verte. —Egor me dio un beso en la mejilla.

Estaba empezando a sospechar que ahí había gato encerrado, tantos besos y palabras bonitas no eran lo habitual desde que se habían enterado de la verdad. ¿Qué había cambiado?

—Lo mismo digo. Tengo que hablar contigo, si nos disculpas un momento. —Arrastré disimuladamente a Liov del brazo para alejarlo de su hermano.

—Dime, ¿qué ocurre? —preguntó confundido.

—Mañana le daré toda la información, si puedo averiguar algo, a Aleksei.

—No tiene tanta prisa, puedes pasarte tú misma por casa —respondió con voz amable.

—Me voy, Liov. A las siete de la mañana sale mi avión.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Tan pronto? —preguntó tan rápido que me costó entenderlo.

—Es lo mejor para todos, tengo que hacerlo.

—¿Los chicos lo saben?

—Solo Nitca y Aleksei. Me parece justo que lo supieras tú también.

—¿Y el resto? ¿Y Miki?

—Solamente ellos.

—Debe saberlo. —Sabía a quién se refería.

—No, no quiero que lo sepa. No quiero que ninguno más lo sepa.

—Babette, no creo...

—Prométemelo.

—Pero...

—Me lo debes —lo interrumpí con voz seria.

—Está bien, no diré nada.

—Es lo mejor. Cuando ya no esté, todo volverá a la normalidad para vosotros, para él.

—Sabes que no es cierto —respondió entrecerrando los ojos—. Gracias por todo, Babette, siento mucho que acabe así, de veras que lo siento, por los dos. Te deseo lo mejor. —Me agarró la mano y la apretó con cariño—. Deseo que seas muy feliz.

—Gracias, lo mismo digo. Que os vaya bien, Liov. Deseo que arregléis todo con las otras familias.

Nos acercamos al grupo, que no dijeron nada cuando nos vieron llegar juntos; supondrían que

tratábamos algún tema de negocios, y en realidad lo era.

—¿Dónde está el árabe? —pregunté en voz baja para que solo Miki pudiera escucharme.

Se lo habría preguntado a su padre o a su tío, pero parecía que no quisiera dejarme tranquila. Siempre ocupaba uno de mis flancos, y en el otro estaba Laryssa, así que no me quedó más remedio que preguntárselo a él.

—Dijo que llegaría justo para cenar.

—Está bien —contesté para que supiera que lo había entendido.

—Ten cuidado.

—Siempre lo tengo.

Nos sentamos en la gran mesa, todos juntos en el centro, justo después de los Kostka y los Kovalenko. Me coloqué entre Aleksei y Galina, Nitca estaba enfrente con Murik y Miki, que no dejaba de mirarme. Me estaba poniendo nerviosa. Al lado de Galina se encontraba Zoria, me parecería de lo más extraño si Laryssa no me hubiera puesto al corriente de sus sospechas. Aunque, en mi opinión, de alcahueta no se ganaría la vida. Ella creía que algo podía ocurrir entre ellos, mientras que yo me decantaba más porque Galina, ahora, era una amiga más y no la sombra que perseguía a Miki. Todos estaban más cómodos.

—Ahí llegan —nos informó Liov, que se encontraba unas tres sillas alejado de mí.

Todos nos giramos para ver cómo un grupo de hombres, muy elegantes y morenos para dudar de quiénes eran, se acercaban a ocupar los asientos libres entre los Kostka y los Kovalenko.

Casi me atraganté con mi propia saliva, estaba al borde de un colapso.

El líder tomó la copa llena de vino y la levantó para saludar y agradecer a sus anfitriones. Cuando su mirada se posó en mí, el tiempo se detuvo. Su inconfundible rostro, sus ojos avellana, su larga nariz, su pelo oscuro cayéndole por los lados de las orejas. Imposible, no podía ser él.

No me di cuenta de que Aleksei me estaba hablando hasta que me cogió la mano y la apretó con fuerza. Intenté respirar con normalidad, pues parecía que no era el único que tenía su vista fija en mí.

—¿Estás bien, Babette? —Lo cierto era que no, había sentido correr hasta la última gota de sangre de mi rostro.

—Sí, sí. —No podía articular nada más.

—Estás más blanca que el mantel —susurró Galina.

—No es nada, me he atragantado. —Tosí y cogí la copa de agua. ¿Quién se iba a creer esa mierda, Dab?

Acababa de ver a Asad Alabi.

No podía ser él, su condena era de quince años, habían pasado cinco solamente. Juraría que era él, no tenía duda de que era él.

«No importa, no te reconocerá, ha pasado mucho tiempo y tú pareces otra persona». Intentaba creerme mis palabras. Si me reconocía, estaba muerta. Necesitaba calmar los nervios.

Asad era el jefe de una banda terrorista, no de cualquiera, de la más grande y peligrosa de Afganistán. Su último trabajo en España le había salido caro.

Hacía cinco años habíamos conseguido meterlo entre rejas. Yo había sido la principal causante de su desgracia, me había hecho pasar por la camarera del hotel en el que se alojaba, conseguí descubrir su plan y lo encerré. También había llevado a cabo el interrogatorio, sabía perfectamente quién era, por eso temía que me reconociera. Había sido condenado a quince años de prisión, pero al poco la justicia de su país consiguió la extradición. Por lo que parecía, querían sacarlo para que volviera a las andadas.

Durante la cena no participé mucho en la conversación, me dediqué a remover la comida en el plato y a lanzar miradas fugaces con la vana esperanza de que no fuese él.

—¿No te gusta la comida, Babette? —preguntó mi exsuegra mirando mi plato.

—Sí, está delicioso, es que no tengo hambre.

—Podemos pedir que te hagan otra cosa —ofreció Miki de forma amable.

—No, tengo el estómago un poco revuelto —dije para que dejaran de fijarse en mí.

La cena pasó entre risas y brindis. Los árabes no hicieron la mínima referencia a ningún negocio. Se limitaron a comer, beber y charlar de lo bonitas que eran las mujeres en Rusia.

En alguna ocasión escuché mi nombre. No me gustaba. Por la forma de mirarme, sabía en qué pensaban. Mentos sucias y ojos lujuriosos de hombres que veían a las mujeres como simples objetos de su propio placer sexual.

Al terminar el postre, los camareros empezaron a desfilar con las copas llenas de champán, cada uno tomó una para brindar. No podía ser de otra manera, el brindis lo llevó a cabo el padre de Borak soltando unas cuantas palabras de agradecimiento y halago hacia Asad y sus hombres.

Al entrar al salón, el jefe de la organización dio orden a los camareros para que abriesen la barra, al grupo para que empezase a tocar y a los invitados para que comenzasen a bailar.

Como en todas las fiestas, el alcohol sería el acompañante principal de muchos, el mejor amigo de otros y el bálsamo para los restantes. En menos de media hora el salón estaba abarrotado de parejas: jóvenes, adultos y viejos, que bailaban animadamente.

Observé a Miki de reojo hablar con su tío Liov; no debería, pero de manera inconsciente mis ojos lo buscaban. La mandíbula se me tensó. El motivo no era él, obviamente. Borak, su padre y Mikola se acercaban con Asad y dos de sus hombres.

—Buenas noches, espero que estéis disfrutando de la fiesta —saludó Dusan.

—Por supuesto. Bienvenido, Asad. —Egor le tendió la mano para saludarlo.

El siguiente que se acercó para presentarse fue Liov. A continuación, mi exsuegro presentó a cada uno de nosotros, empezando por Miki y acabando por mí, cuando, por desgracia, Mikola le quitó la palabra.

—La belleza que acompaña a Aleksei es Babette Lévesque. Babette —dijo dirigiéndose a mí—. El señor Alabi ha estado toda la cena preguntando por ti.

—Sin duda es un placer, señorita Lévesque. —Se acercó para tomarme la mano—. Cuanto más la miro, más me impresiona su belleza.

—El gusto es mío, señor Alabi. —Vi cómo una expresión de disgusto, rabia o celos cruzó el rostro de Miki, que rápidamente tomó un sorbo de su copa para disimular su reacción.

—Es una pena que hayas venido acompañada, tu belleza me tiene hipnotizado —me halagó tras soltarme la mano, separándose un par de pasos hacia atrás.

—Pues ya lo ve, no está libre —soltó Miki con rabia.

—No te corresponde a ti decir eso, Mikhail. Ella ya no es tuya. —Mikola le lanzó una mirada de triunfo.

—Tú qué sabrás —le espetó Miki, cuyo humor empeoraba a zancadas de gigante.

—Sé que fuiste un imbécil por dejarla escapar. —Sonrió con arrogancia.

—Estamos pasando un bache —contraatacó Miki, apretando tanto la copa en la mano que temía que se quebrase en cualquier momento.

¿Un bache? ¿Quién coño se creía? Eso provocó que yo me llenase de rabia. No tenía derecho a querer gobernarle después de lo que me había hecho.

—Lo cierto es que Miki no me quería lo suficiente. Pensó que lo engañaba y me dejó sin

concederme el beneficio de la duda, me declaró culpable sin escucharme siquiera.

—Entonces yo no lo llamaría bache, muchacho —se burló Alabi mirándolo con sorna.

Mi ex me observó con la mandíbula contraída, mientras que el resto abrieron los ojos como platos. No se creían lo que acababa de decir. Pues a tomar por culo, no era más que la verdad.

—¿Me concederías un baile, entonces? —preguntó Asad.

—Claro. —Lo tomé de ganchete y nos encaminamos a la pista.

Aparentaba una calma que no sentía. Por dentro, estaba peor que un ovillo de nervios, no hacía otra cosa que repetirme que no me reconocería. Comenzamos a movernos al ritmo de un bolero, él lo hacía con movimientos precisos y sutiles, era buen bailarín, por lo que no me costó amoldarme a sus pasos.

—Juraría que te conozco de algo, aunque no sé decir de qué —comentó pensativo mientras dábamos una vuelta.

—No lo creo, señor, me acordaría de usted. —El nudo en mi garganta se intensificó.

—Tu rostro me resulta muy familiar; sin embargo... —Negó con la cabeza—. Una belleza de tal magnitud no podría no recordarla.

—Es un poco exagerado. —Fingí que me avergonzaba tanto piropeo.

—Obviamente, no eres rusa, ¿qué te trae por aquí?

—Estudios. Vine de Francia a hacer un año de Erasmus.

—También trabajas en el gimnasio de los Kostka. Eres la profesora de baile, ¿cierto?

—Veo que está bien informado. —Sonreí de la forma más creíblemente falsa que pude.

—Me han comentado algo durante la cena. Todos coincidíamos en que eras una belleza. —Me sostuvo la mano y me hizo girar.

El baile con Asad se me hizo eterno; cuando la pieza llegó a su fin, escapé de las garras del árabe lo más rápido que pude sin levantar sospechas. Borak me atajó en el camino. Me sentí segura en sus brazos, no era el mejor bailarín, pero era mi mejor amigo. Me sentía a salvo con él.

—Siento todo esto. —Escondió una sonrisa.

—No lo sientes, idiota —lo regañé—. Te divierte.

—No es mi culpa que seas increíblemente bella. Además, tenías que ver la cara de Miki, era todo un poema.

—Borak —regañé más alto de lo que debería.

—Vamos, admite que a ti también te ha gustado verlo así. —Movié las cejas arriba y abajo—. Celoso y cabreado, todo por ti.

—Eso ya no me importa.

—Mentirosa. —Ambos empezamos a reír con fuerza.

No podía enfadarme con él. Era demasiado sincero, demasiado bueno, demasiado Borak.

—Voy al servicio —les informé a las chicas después de bailar un rato.

—Espera, Babette —dijo Nitca—. Te acompaño.

Antes de llegar, vimos cómo un grupo de hombres de Dusan se dirigía por el pasillo a una habitación al fondo. Hicimos tiempo para que no vieran que íbamos detrás, entramos al baño sin que ninguno se diese cuenta.

—Vigila; si viene alguien, taconeas o canta, hazme alguna señal —le pedí a Nitca.

—¿Qué dices? ¿Adónde vas? —preguntó preocupada.

—Tú hazlo, Nit. —La miré seria.

—Ten cuidado, pueden verte. —Me agarró ambas manos.

—No lo harán. —Le di un apretón y salí descalza, los tacones hacían demasiado ruido.

Escuché las voces antes de ver que la primera estancia estaba vacía, pero había una puerta dentro de la habitación que estaba abierta. Esas eran cosas que solo pasaban en las fiestas, el alcohol te hacía olvidar detalles que te podían costar caro. Me escondí tras la puerta, saqué la grabadora de mi pequeño bolso y la puse a funcionar.

—Los Korsakov no deben enterarse —advirtió Dusan.

—Egor es un blando, no quiere entrar en esta clase de negocios —comentó el hermano de Mikola demasiado alto, gracias al alcohol.

—Estamos de acuerdo. Para eso —dijo el árabe— debemos quitar de en medio los estorbos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Borak.

—Quiero decir que tengo que asegurarme de que no me traicionareis —respondió.

—Pídale algo antes de aceptar, *syd*⁶ —sugirió uno de los hombres a su jefe en árabe.

—Tranquilo, Abdul —le respondió él—. Quiero que matéis a Egor Korsakov.

—No podemos —replicó Borak—. Es nuestro jefe, y las demás familias lo respetan.

—No habrá trato hasta que quitéis a Egor de en medio —aseguró con voz firme.

—Mikhail ocupará su lugar —añadió Mikola.

⁶Significa señor en árabe.

—No tiene por qué ser así, todos sabemos que no es puro, iría a votación —reflexionó el padre de Borak.

—Tienen demasiada gente de su lado, no los traicionarán —habló de nuevo Borak, que parecía ser el único cuerdo en esa reunión.

—Te equivocas, hijo, el dinero puede comprarlo todo.

—Paso a paso —dijo Asad—. Hasta que Egor no esté bajo tierra, no os daremos ni una sola arma, ni una sola mujer ni un solo rublo.

—Lo pensaremos —respondió Borak.

—No hay nada que pensar —intervino Vasył—. Lo mataremos.

—Entonces, llamadme cuando esté hecho. No os tomeis mucho tiempo, me marchó en una semana.

—Me alegrará acabar con su perfecta vida. —Rio Mikola—. Y con la de Miki también.

—Paso a paso, Mikola —lo cortó su hermano con voz seria—. No es un juego, debemos hacerlo bien.

—Ahora, iré a disfrutar de la fiesta —anunció Asad—. Me gustaría bailar otra vez con esa belleza morena.

—Está acompañada —soltó mi amigo.

—¿Bailar? No creo que sea eso lo que quieras hacer con ella —bromeó Mikola ignorando el comentario de su amigo.

—Esa muchacha se ha convertido en la fantasía de todos desde que llegó —informó el hermano de Mikola.

—Y la culpable de varios corazones rotos —añadió Dusan.

—Olvidas que yo no tengo corazón. —Rio Asad.

Esas palabras me helaron la sangre porque sabía cuán ciertas eran. Me escondí tras la gruesa cortina cuando sentí el chirrido de las sillas al ser arrastradas. No tardarían en salir. Sentí sus pasos acercarse, escuché cómo caminaron hacia la puerta, y esa vez sí la cerraron al salir, dejándome sola y a oscuras tras la cortina.

Esperé unos cinco minutos para asegurarme de que no volverían a entrar. Me dirigí hacia la puerta y abrí con cuidado; tras comprobar que no había nadie por el pasillo, corrí hasta el baño. Nitca me esperaba mordiéndose las uñas y paseando de un lado a otro, nerviosa. Al verme entrar, exhaló un fuerte suspiro.

—Has tardado un montón, poco faltó para que avisara a alguno.

—Estoy bien, nadie me ha visto. ¡Vamos! Antes de que la gente empiece a preguntar por nosotras.

No me preguntó nada, Nitca era de las que prefería no involucrarse en los asuntos; lo sabía todo, pero hacía como que no sabía nada. Respetaba el trabajo de los suyos, pero no se sentía orgullosa de lo que hacían. «Cada uno nace para algo, y yo no nací para esto», me había dicho en alguna ocasión.

Era la una pasada y estaba deseando irme, me había mantenido el resto de la noche ocupada bailando con alguno de los chicos o con Borak, pero eso no impidió que tuviese que bailar con el árabe un par de piezas más. Sobraba decir que con Miki no había bailado.

Muchos de los invitados ya se habían marchado, no sería extraño que yo también lo hiciera.

—Te llevo —se ofreció Aleksei.

—Puedo llamar un taxi.

—De eso nada, yo también quiero escapar de aquí —me respondió sonriente.

Me despedí de todos como cualquier otro día: un simple hasta mañana, buenas noches o adiós; aunque significaban realmente una despedida.

Solo tres de ellos sabían que me iba y, pese a querer darle un fuerte abrazo a Laryssa, achuchar a su madre o pegarle una colleja a Zoria, me conformé con un simple beso a las primeras y un adiós al resto.

Miki me miraba con tristeza, con arrepentimiento, una mirada ya habitual. Sin embargo, no importaba si su arrepentimiento era real o producto de mi imaginación, no me incumbía. En ese momento nuestros caminos se separaban, cada uno continuaría con su vida, ese era un adiós, un para siempre.

Cuando subí en el coche de Aleksei, me sentí triste a la vez que feliz. Al día siguiente dormiría en mi dulce casa, mi abuelo se pondría dichoso de verme, aunque me regañaría por traer una gran barriga; pero estaba segura de que querría a mi pequeña como me quería a mí, que sería para ella como un padre, el ejemplo a seguir, la persona que uno tomaba de referencia porque no había nada malo en ella.

—A las cinco te recogemos.

—Estaré lista e impaciente. Aquí tienes todo lo que necesitan, dáselo mañana a Liov, es importante que lo escuchen cuanto antes.

—Claro. —Cogió la grabadora que le tendía.

—Tened mucho cuidado —le advertí seria—. Asad es más peligroso de lo que parece.

—No te preocupes por nosotros, Dabria.

—Me alegro de haberte conocido. —Lo besé en la mejilla.

—Te echaré de menos —susurró cuando salía del coche.

Entré en el que había sido mi hogar durante tanto tiempo, me desmaquillé, me quité las lentillas

y me puse el pijama: un pantalón gris de algodón y una camiseta blanca, grande y suave para dormir cómoda.

«Yo también os echaré de menos».

Dabria

Esa noche me costaría dormir, me di la vuelta para hacerme un ovillo, pero un fuerte golpe me sobresaltó. El resto pasó demasiado rápido, tanto, que no me dio tiempo a reaccionar. Escuché unas fuertes pisadas camino de mi habitación, me incorporé en cama, pero antes de poder siquiera levantarme, tres hombres encendieron la luz y me miraron triunfantes.

Los reconocí de inmediato: uno era la mano derecha de Asad, Abdul; el segundo era otro de los árabes y el tercero uno de los esbirros de Dusan. Se abalanzaron a por mí muy deprisa, un fuerte golpe impactó en mi cara, noté el sabor metálico de la sangre en mi boca. Comencé a patear con fuerza intentado soltarme del agarre, uno de ellos me tiró del cabello con fuerza para que no pudiera moverme. Intenté gritar, pero no llegué a hacerlo, noté un trapo en mi boca y nariz, hasta que en pocos segundos no sentí nada.

Me desperté aturdida, no sabía dónde estaba. Las fuertes voces me recordaron lo sucedido. Mierda. Intenté incorporarme deprisa, pero no fui capaz, unas fuertes cadenas rodeaban mis muñecas impidiendo que me moviera. Estaba tendida en una cama. Con cuidado, miré a mi alrededor; cuatro pares de ojos se posaron en mí, sabía que eran hombres de Asad por sus fuertes rasgos y su tez morena.

—¡Syd! —gritó el que estaba más cerca de la puerta—. *Laqad austayqazat*⁷.

El pánico invadió mi ser cuando Asad entró en la habitación. Fue ahí cuando me di cuenta de que había firmado mi sentencia de muerte al ir a esa maldita fiesta. Había sido una estúpida al creer que no me reconocería.

—Al fin te has dignado a despertar, *alkaliba* —me dijo sentándose en una silla enfrente de mí.

—¿Qué hago aquí? ¿Por qué? —pregunté en ruso. Pese a que él utilizó su lengua, sabía que entendía ruso, lo había escuchado en la fiesta.

—No intentes disimular, se acabaron los juegos. —Asad se levantó de la silla, se acercó y me golpeó con la mano abierta en la cara varias veces. Sentí la sangre correr por mi mejilla, me había abierto una ceja y partido el labio—. No sabes las ganas que tenía de que llegase este día.

—Tú... —Tosí para poder hablar con claridad.

—El caso no soy yo —me interrumpió—. Eres tú. ¿Qué coño has venido a hacer aquí? Aparte de preñarte, claro está. —Centró su mirada en mi barriga.

—No sé de qué me hablas. —Maldita fuera. Mi pequeña.

—¿Qué has averiguado? ¿Qué coño tramas? —inquirió tan cerca mía que su asqueroso aliento me batía en la cara.

—Nada.

—No vuelvas a mentirme. —Me golpeó de nuevo—. Aunque, ¿qué más da? No hace falta que me lo cuentes, fuera lo que fuera, el plan te salió mal. En cambio, a mí no puede irme mejor, por fin tendré mi venganza. —Sonrió triunfante.

⁷Significa ha despertado en árabe.

—No deberías estar aquí. —Me limpié la boca en el hombro, las cadenas me impedían moverme más.

—España no es el único país corrupto. Digamos que doy más ganancias al mío fuera que dentro de la cárcel.

—No pensé que me reconocerías. —Negué con la cabeza. No podía creer lo que me estaba pasando.

—Me subestimás. Nunca podría olvidarte, muñeca. Por tu culpa, estuve casi cuatro años encerrado.

—No deberías haber salido.

—Lo pagarás caro, sufrirás todo lo que yo he sufrido este tiempo. —Sabía que sus amenazas no eran en vano, me saldría caro haber acudido a la maldita fiesta. Muy caro.

Salió de la habitación y regresó con seis hombres: tres suyos, dos de Dusan y Mikola.

—Divertíos con ella, pero no la matéis —les ordenó—. Yo me daré ese placer.

—¿No quiere ser el primero, *syd*? —preguntó uno de ellos.

—Me repugna poner un solo dedo encima de esa puta. —Salió de la habitación sin decir más.

—Entonces, seré yo —se ofreció uno de los hombres de Asad, su mano derecha, el mismo que me había secuestrado en el apartamento: Abdul.

«No, no, no. No, por favor, no. No, no, no. Por favor, por favor...».

No me podía estar pasando eso, mi corazón latía desbocado por el miedo. El tipo se abalanzó sobre mí, tiró de mis piernas para que me estirara en la cama, alcé una con fuerza y le propiné una patada en la nariz.

—¡*Alkaliba*⁸! —gritó—. Me has roto la nariz.

Eso esperaba, que estuviera bien rota. Se agarró la nariz ensangrentada y se alejó de mí.

⁸Significa puta en árabe.

—Agarradla —ordenó otro de los árabes—. Mientras te curas eso, haré yo los honores.

Dos de ellos me sujetaron para que no me moviera, mientras el otro me quitaba los pantalones y las bragas con fuerza. Se posó encima mía, yo me revolví nerviosa y aterrada sin más éxito que lastimar mis muñecas. A partir de ahí, todo fue de mal en peor.

Escuché el ruido de sus pantalones al desabrocharlos, el de la tela al tirar de ellos hacia abajo. Luego, sentí su piel pegada a la mía, comencé a sentir náuseas; con una rodilla, me obligó a abrir las piernas. Esperé, mientras sentía el asqueroso calor que desprendía su cuerpo; esperé, y sentí cómo su miembro me rozaba; esperé, hasta que empezó.

—¡Ah! —grité con la primera embestida. Las lágrimas se acumularon en mis ojos, el dolor me

desgarró por dentro.

A esa embestida le siguieron otras, hasta que por fin terminó; pero en realidad no había acabado, empezaba el siguiente. Mikola me puso un trapo en la boca para ahogar mis gritos, cuanto más resistencia oponía yo, más violento se volvía, no se conformaba con penetrarme brutalmente, me golpeaba sin piedad: cara, estómago, costado...

—Zorra asquerosa, qué guardadito lo tenías. ¿De quién es el bastardo? —me preguntaba mientras me apretaba los pechos con tanta fuerza que me clavaba las uñas en la carne blanda.

—Ummm. —Fue el sonido que salió de mi boca al tener el trapo.

—No te entiendo. No te molestes, no me importa de quién es la semilla.

Los insultos, golpes y embestidas de Mikola duraron lo que me pareció una eternidad. Estaba agotada, cuando el tercer hombre empezó a penetrarme. Me dejé hacer, me resigné a que se divirtieran conmigo y vaciaran sus asquerosos fluidos en mi interior. Esperé a que el dolor desapareciera, rogando que mi niña estuviese bien, que no le ocurriera nada. Llegó un momento en el que dejé de escuchar las voces, solo experimentaba dolor. Sentía los golpes por todo mi cuerpo: cara, brazos, costillas... Cada vez me sentía más débil, estaba a punto de desmayarme. Lo sabía, no faltaba mucho para ello. Apenas escuché su voz.

—¡Apártate de ella imbécil! La matarás.

—No he terminado.

—¿Te va la necrofilia, acaso? ¡Sepárate de una puta vez! —Noté cómo salía de mí, quien quiera que fuese, sentí la presión de su cuerpo desaparecer. Un descanso. Lo intenté, pero no pude moverme, mi cuerpo no reaccionaba a lo que le mandaba. Estaba exhausto. Dejé escapar unas lágrimas mientras lo observaba, antes de caer en un profundo sueño.

Notaba mis partes desgarradas, mi cuerpo entumecido de dolor. Cada uno había satisfecho sus necesidades conmigo, además de darme una buena paliza. El acto tan simple de abrir los ojos era demasiado doloroso. Cuando lo conseguí, pude verlo sentado en una silla a mi lado. No tenía el trapo en la boca ni estaba desnuda, volvía a tener el pijama puesto.

—Borak —intenté incorporarme, pero el dolor me provocó un grito ahogado.

—Tranquila, Babette. —Se sentó con cuidado a mi lado, con la mirada cargada de tristeza.

—Dabria, llámame Dabria, Borak. —Sollocé, al tiempo que las lágrimas se escapaban de mis ojos.

—Shhh, tranquila, Dabria. Estoy aquí. —Apoyó una mano con mucho cuidado en la mía y me acarició con mucha suavidad. No me odiaba, podía verlo, percibirlo. No me odiaba.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste, te vestí y te limpié un poco las heridas.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —preguntó sin entender.

—¿Por qué me ayudas? —Necesitaba saberlo, asegurarme de que no me odiaba.

—Sigues siendo mi mejor amiga. Odio que me hayas engañado, pero hablaremos de eso cuando salgas de aquí. —Sus ojos estaban rojos y vidriosos en un rostro completamente afligido.

—Lo siento. —Tenía que decírselo, por si no salía de allí, que era lo más probable—. Lo siento muchísimo. —Las lágrimas acariciaron mis mejillas.

—Yo también. —Entrecerró los ojos provocando que se percibiese todavía más el dolor que sentía—. Yo también. Te he traído unos calmantes.

Me ayudó a incorporarme para que me los tomase.

—¿Qué hora es?

—Las ocho —respondió ayudándome a estirarme de nuevo en la cama.

—No tendría que estar aquí, tendría que estar en un avión rumbo a casa. —Las lágrimas siguieron bajando por mis mejillas.

—Te sacaré de aquí, tú solo aguanta un poco más —me pidió. Asentí, no tenía fuerzas para más —. Miki lo sabe, por eso te dejó, ¿verdad?

—Sí. —No quería hablar de eso, pero tenía que ser sincera con él. Se merecía la verdad, al menos por una vez—. Yo misma se lo dije. No pudo soportarlo.

—Lo quieres. —Era una afirmación, pero aun así le contesté.

—No era capaz de seguir adelante, no podía lastimarlo; ni a él ni a ninguno. Os habéis convertido en mis mejores amigos, en mi familia, y él... Él era todo para mí. Me enamoré ciegamente. —Los analgésicos y el cansancio, junto con el dolor, provocaron que me quedase dormida de nuevo.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Al despertarme escuché unas fuertes pisadas, seguidas de una horrible voz, su voz. Borak ya no estaba a mi lado, busqué con la mirada, pero no lo encontré. Eso me puso nerviosa, por lo menos él me daba tranquilidad, la poca que podía sentir.

El hombre al que le había roto la nariz me soltó las esposas con brusquedad, me enganchó del pelo y tiró de mí, como si fuese un animal, por un estrecho pasillo. Me mordí el labio inferior para no gritar de dolor, no había parte alguna de mi cuerpo que no estuviera mazada. El escozor de mi entrepierna era insoportable y un agudo dolor en mi vientre iba en aumento. «Mala señal. Aguanta pequeña, aguanta». Ese último ruego era el motor para no dejarme caer, para no dejarme llevar.

Me dejé en pie frente a un círculo de hombres, muchos de ellos se me hacían conocidos, otros no.

Asad se acercó a mí con la mirada triunfante.

—Bien, *alkaliba*, ahora te toca hablar. —Me mantuve en silencio—. ¿Qué sabes? ¿Qué le has contado a los tuyos? —escupió con desprecio.

—Nada, no he dicho nada.

—¿Me tomas por estúpido? ¿Qué sabe tu chusma? —repitió más alto.

—Nada, lo juro, aún no saben nada.

—No te conviene mentirme, zorra. —Se acercó para acariciar mi vientre. Me separé e intenté cubrir mi barriga con las manos. Asad se echó a reír—. Increíble, estás preñada, y muy bien preñada. A saber de qué desgraciado. Siento decirte que ese engendro tampoco sobrevivirá, correrá la misma suerte que su madre. —Tragué con fuerza para aguantar los sollozos.

Sin darme tiempo a separarme, me golpeó en el estómago, me encogí con las manos sobre mi vientre. Al primer golpe le siguió otro, y otro, y otro. Caí al suelo y me hice una bola, intentando proteger a mi pequeña con los brazos.

—Les daría la información en mayo, cuando volviera a casa —expliqué con dificultad, ya que el dolor apenas me dejaba hablar.

—Eso no tiene sentido —continuó golpeándome, esa vez los puñetazos los sustituyó por patadas.

—Para nosotros, sí, queríamos evitar esto. —Mi voz era casi inaudible.

—Vamos a darte mano dura, puta, esto parece no afectarte demasiado. —¿Mano dura? Lo que

iba era a matarme.

—Por favor, por favor... —supliqué en un susurro que apenas yo misma escuchaba.

Alabi ordenó algo a sus hombres, no sabía de qué se trataba hasta que me levantaron, me pusieron de pie con los brazos por encima de mi cabeza y me colocaron unas anillas que colgaban del techo alrededor de las muñecas para así mantenerme derecha. Sentí cómo rasgaron mi camiseta por atrás, de modo que quedó colgando hacia delante, dejando mis pechos casi al descubierto.

—¡Un momento! —gritó Asad autoritario—. Antes quiero que la marquéis, ahora no es más que una fulana de mi propiedad.

Sabía exactamente de qué hablaba el árabe. En la mafia, era tradición marcar con un hierro candente la insignia de la organización a la que pertenecías, normalmente se hacía en una cacha, como si fuesen reses de ganado que iban a poner a la venta.

—Claro, yo lo haré, *syd* —se ofreció una voz que no conocía a mis espaldas.

Escuché el sonido de los zapatos tocando en el suelo, hasta que se detuvo detrás de mí. No podía ver de quién se trataba. Me bajaron los pantalones y al momento noté un hierro impactar en mi piel. Un grito se escapó de mi garganta al tiempo que sentía cómo la piel se deshacía bajo el calor.

—Otra fulana más. Qué pena que vayas a durar tan poco, nos harías ganar mucho dinero. —Dusan me miró con desprecio mientras lo decía. No me había fijado en él, ya que no había hablado hasta ese momento.

—Ahora viene mi parte favorita —dijo Mikola sonriendo con malicia. A él sí que lo había visto, no desaparecía de mi campo de visión. Quería torturarme hasta con su presencia en primera plana.

Me subieron los pantalones y me inclinaron un poco hacia delante.

—Queremos que los cuentes, Ba... Dabria —dijo Dusan.

Mis sospechas eran ciertas, las corroboré cuando escuché el agudo silbido que hizo el látigo antes de atravesar mi piel. Un golpe seco, la piel hecha trizas, la respiración se me cortó, un grito se ahogó en mi garganta. Alcé la vista, a lo lejos, más allá de todo el mogollón, pude ver a Borak apoyado contra una pared. Su rostro contraído, los ojos llorosos y sus labios moverse articulando un «Lo siento». Sabía cuál era mi final, al igual que yo.

—Cuenta —me ordenó Asad.

Me negué a hacerlo. Sabía que contar no me ayudaría a disminuir la cantidad de latigazos, no me ayudaría a disminuir el dolor, solo serviría para que se mofaran más de mí.

—¡Cuenta, zorra! —Mikola se acercó y me golpeó en las costillas tan fuerte que me quedé sin respirar unos segundos.

Aproveché el poco aliento para escupirle en la cara una mezcla de sangre y babas.

—Púdrete —le dije mirándolo a los ojos.

Él respondió asestándome un derechazo que me giró la cara.

—No es momento de hacerse la dura, agente —se burló Dusan.

—Deberías estar rogando por tu vida —añadió Asad— y por la de ese engendro que llevas dentro.

—¿Valdría de algo? Sé que en la mafia rogar no es más que malgastar saliva mientras se mofan de tu sufrimiento —farfullé entre sangre y saliva.

—Estás bien informada —observó Asad—. Pero rogarás, al final, todos lo hacen.

—No te daré ese gusto, sé, tan bien como tú, que este es mi final. No te complaceré en nada en mi último día.

Sentí, de nuevo, el susurro del látigo alzarse en el aire para coger fuerza e impactar en mi piel. Apreté los dientes para evitar gritar.

—Dos. Cuenta —ordenó Mikola. Su rostro era una mezcla de felicidad y rabia, por tenerme y porque no cumpliera su orden. Tenía los ojos fuera de las órbitas, saltaban de excitación como los de un puto psicópata.

—Tres —dejé de apretar los dientes y grité.

—Cuatro.

—Cinco.

Perdí la cuenta cuando los golpes empezaron a hacer compañía al látigo, sentí los puñetazos en mis costillas, estómago, cara... Me aguanté las ganas de suplicar, de rogar por la vida de mi pequeña, no lo soportaría. ¿Cambiaría algo si suplicaba? Sabía a ciencia cierta que no. ¿Debería intentarlo? No les daría ese gusto.

«Aguanta, Dabria, aguanta, por tu pequeña», esas palabras seguían sonando en mi cabeza a medida que me iba sumiendo en la inconsciencia. No aguantaríamos mucho más.

El látigo ya no solo golpeaba mi espalda, sino también mis muslos, mis brazos y mi costado.

—Eres demasiado bonita, tenemos que arreglarlo. —La voz se oía lejana, como si no estuviese hablando a mi lado.

Tiraron de mi cabello para que levantase la cabeza. Mi visión era borrosa, tenía los ojos hinchados y mi mente estaba a punto de sumirse en un letargo; pero, aun así, reconocí a Mikola acercarse con un cuchillo en la mano, acariciándolo como si de un tesoro se tratase. Se paró a escasos centímetros, lo levantó a la altura de mis ojos, lo giró hacia la izquierda y... Sentí el frío roce de la hoja atravesar mi piel, desde la esquina de mi ojo derecho hasta mi labio superior; sentí la sangre caliente deslizarse por mi mejilla, pero no sentí dolor. Mi cuerpo ya había sucumbido donde pronto mi mente lo acompañaría. Cerré los ojos cuando un profundo calambre se produjo en mis entrañas. Intenté encogerme en vano, un líquido caliente salió de mi interior empapando mis muslos. Sabía exactamente qué era: el fin de mi pequeña.

No abrí los ojos, preferí imaginar cómo sería, ¿se parecería a mí? ¿O a él? Nunca lo sabría. El dolor de mi alma superaba cualquier dolor físico. Podía dejarme ir, ya podía irme tranquila. Acompañaría a mi niña.

Se estaba acabando, por fin se estaba acabando.

Me dejé llevar por un profundo sueño, por la necesidad de dormir, las ganas de no sentir nada. Por fin mi cuerpo estaba relajado, por fin estaba en paz.

MIKI

—¡Despierta, Miki!

—¡Levántate!

—¡Vamos, arriba!

Los gemelos estaban en mi habitación. Murik no paraba de darme órdenes mientras que Zoria me zarandeaba sin parar. Me incorporé en la cama y me refregué los ojos, apartando el sueño a un lado.

—¿Qué coño pasa? —pregunté con la voz ronca.

—Vístete, es importante. —Zoria me tiró unos vaqueros y una camiseta sin mirarme. Algo iba mal. No lo dudé. Me levanté y en menos de diez minutos estábamos saliendo por la puerta, caminé a la vez que me pasaba una sudadera por la cabeza y escuchaba a mis primos hablar.

—El resto están en el salón —me informó Zoria esquivando mi mirada otra vez.

—¿Qué ocurre? —inquirí apurando más el paso. Su actitud me indicaba que algo malo estaba pasando, muy malo.

—Creemos que han cogido a Dabria. —Murik habló tan bajo que me vi obligado a preguntarlo de nuevo.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué?

En el salón, Aleksei parecía estar explicando algo al resto, Nitca intentaba secar las lágrimas que le salían como chorros de los ojos, Laryssa caminaba de un lado a otro, pero sin alejarse para escuchar lo que decían.

—¿Qué coño pasa? —Estaba empezando a ponerme nervioso por no saber qué coño ocurría.

—Creemos, bueno, estamos seguros de que a Dabria la tiene Asad Alabi —respondió Aleksei.

—¿Cómo? ¿Qué coño dices? —No quería creer lo que me estaban diciendo.

—Teníamos que recogerla en su apartamento para llevarla al aeropuerto. —Nitca estaba al borde del llanto.

—¿Aeropuerto? ¿De qué coño hablas? —Un nudo se formó en mi estómago.

—Dabria regresaba hoy a España.

Volví a interrumpir a Nitca.

—¿Me estás diciendo que se iba? —pregunté alzando la voz—. ¿Qué se iba..., se iba?

—Cállate y escucha de una puta vez, Miki, no hay tiempo para preguntas. —Me mordí la lengua para no gritarle a Aleksei.

—Cuando fuimos a su apartamento —continuó mi amiga—, la puerta estaba abierta, entramos y vimos los muebles desordenados y objetos esparcidos por el suelo; su móvil y sus maletas seguían en la habitación, pero no había ni rastro de ella. —Sentí una sacudida en el estómago.

—¿Y dónde está?

—No lo sabemos, pero el portero nos dejó ver la cámara del recibidor. —Aleksi tomó la palabra, Nitca estaba demasiado nerviosa para explicar más—. Se ve entrar a dos árabes y a un hombre de los Kostka. Al poco, se vuelve a ver a los mismos hombres, uno de ellos lleva a alguien en brazos. Antes de que se pusiera en negro la imagen, pudimos ver su pelo oscuro tapándole el rostro y uno de sus brazos.

—¿Pensáis que era ella? ¿Por qué? Puede que fuese otra chica del edificio.

—Yo también quería pensar eso, pero era ella. Es la única chica mulata del edificio, además, llevaba puesta la pulsera negra de Pandora, la que Dabria no se ha quitado en todo el tiempo que lleva aquí —explicó Aleksi.

Era ella, la habían cogido. No sabía qué hacer, no sabía qué decir.

—Tenemos que encontrarla —dijo mi padre. Se puso al mando, con voz firme y segura, comenzó a dar órdenes por teléfono.

—¿Hablaste con alguien? ¿Te informaron de algo? —pregunté impaciente.

—Es obvio que no quieren que nos enteremos, Miki —respondió mi tío Liov.

—Algo tenemos que hacer —intervino mi madre, que hasta ese momento no había abierto la boca.

—Estamos rastreando sus coches y algunos hombres salieron a recorrer la zona en busca de algún rastro —contestó mi padre dejando el móvil sobre la mesa.

—Las matarán, por dios, las matarán —sollozó Nitca—. Puede que ya estén muertas. Estaba tan feliz, oh... —Nitca no paraba de mirar al techo rogando—. No le puede estar pasando esto.

—¿Estén? ¿Quién estaba con ella? —le pregunté. Una vez, bien, pero dos veces refiriéndose en plural, no me cuadraba.

—¡Imbéciles! Sois unos insensatos. La mandasteis a la boca del lobo. No os importó poner en riesgo su vida. —Nitca gritaba y nos miraba a todos con rabia, con dolor—. Tú eres el peor de todos. —Posó su dura mirada en mí—. ¡No supiste valorar lo que tenías! ¡Ahora las perderás a las dos! —Acabó gritándome más alto todavía.

—¿Qué coño dices? —le pregunté uniéndome a sus gritos—. ¿De qué hablas? ¿Estás loca?

—¡Está embarazada! —Me quedé estático—. Va, bueno, vais a tener una niña en menos de cinco meses.

—¿Qué? —pregunté en un susurro esa vez.

Miré alrededor. Todos estaban tan sorprendidos como yo, bueno, casi todos. Busqué con la mirada a Aleksi para que me corroborara lo que decía mi amiga.

—Lo siento, Miki —dijo Aleksi.

—No sabes lo feliz que estaba por alejar a su pequeña de aquí, de ti —escupió mi amiga con odio—. ¡Y mira lo que conseguisteis, que no sepamos dónde están ni si siguen con vida!

Dejé de escuchar sus gritos. Me senté en el sofá, apoyé mi rostro en las manos y lloré. Traté de sacar todo el dolor, la rabia y el odio que sentía; esa vez todos esos sentimientos los dirigí hacia mí.

No podía ser. Había echado de mi lado a la mujer de mi vida, a la única que había amado, que todavía amaba. Lo que había conseguido con mi actitud infantil y egoísta había sido alejarla hasta el punto de que no sabía siquiera que iba a ser padre. La había lastimado tanto que se vio obligada

a huir, a alejar a nuestro bebé de su padre, de mí. No la culpaba, yo también hubiese hecho lo que hiciera falta para que fuese feliz.

El sofá se hundió bajo el peso de alguien a mi lado. Cuando comenzó a acariciar mi cabello, sentí alivio, como si el peso que llevaba encima lo repartiéramos entre los dos. Desde pequeño, mi madre me hacía lo mismo cuando me ponía nervioso o triste, era la mejor forma de calmarme, de darme un poco de paz.

—Mikhail, no es tu culpa.

—Lo es, mamá —respondí con la cabeza todavía escondida entre mis manos—. Nitca tiene razón.

—No es cierto. Nitca está muy nerviosa, no pensaba cuando hablaba, transformó su dolor en ira.

—Casualmente, su ira la condujo hacia mí, hacia la persona que más daño le ha causado a Dabria. —Pronunciar su nombre me dejó un sabor agriado en los labios.

—No te atormentes, hijo. No necesitas esto, ella no necesita esto, necesita que estés lo más cuerdo y lúcido posible para encontrarla. Le debemos intentarlo al menos, con todos nuestros recursos.

Pasamos un par de horas rastreando la zona en busca de alguna pista que nos indicase dónde podía estar. Dusan, Vasyl, Mikola, Borak... ninguno respondía al teléfono, los coches de los árabes no estaban en el hotel; también habíamos comprobado que el cuarteto no estaba en casa.

No había duda de que la tenían ellos. No sabía si era bueno saber quién la tenía porque sabía qué le harían, sabía cómo se trataba, sabía cómo tratábamos a los traidores, sabía cómo tratábamos a los polis.

—¡Maldita sea! —grité frustrado colgando el teléfono—. No tenemos ni una puta pista.

—La encontraremos —dijo mi padre.

—Si queda algo de ella —respondí.

—Todo saldrá bien, verás cómo...

Corté a Murik antes de que soltase más estupideces.

—¿Cómo puedes decir eso, Murik? Sabes tan bien como yo que esto no puede acabar bien.

—No quería... —intentó disculparse, pero el sonido de mi teléfono nos interrumpió.

—¿Sí?

—Miki, soy Borak.

—¿Qué coño? ¿Dónde la tienes?

—Tranquilízate, Miki.

—Os matar...

—¡Cállate, imbécil, y escucha con atención! No le queda tiempo. —Sus palabras me dejaron helado.

—Habla —ordené tragando el nudo que subía por mi garganta.

—Está en la nave de mi padre, la que está a las afueras de San Petersburgo, la que usamos para...

—Sé cuál es. En quince minutos estoy ahí.

—Que sean diez. —Colgué el teléfono y empecé a caminar hacia la salida—. Vamos. Sé dónde la tienen.

—¿Quién era, Mikhail? —Me detuve para responderle a mi padre.

—Borak.

—Puede que sea una trampa —añadió mi tío.

—¡Me importa una mierda! No le queda tiempo. —Salí del salón sin comprobar si el resto venían detrás de mí. Sabía que vendrían.

No dejé que nadie condujera, mi padre y Murik venían conmigo en completo silencio. No había nada que decir. Ellos también estaban tristes por lo sucedido, Dabria se había ganado un lugar en el corazón de todos nosotros.

Nuestros hombres nos seguían, al igual que Aleksei y Zoria. Venyamin y mi tío se habían quedado con las mujeres. Mi padre rompió el silencio cuando entramos en la explanada para dejar el coche frente a la nave.

—Puede que sea demasiado tarde. —Posó su mano sobre mi hombro—. En ese caso, debes...

—No lo será —lo interrumpí. Me negaba a pensar en eso.

—Lo que vamos a ver ahí no será fácil, sobre todo, para ti. Intenta mantener la calma, no te dejes llevar por la rabia —me dijo mi padre.

—Sacar a Dabria de ahí es lo primordial, nos vengaremos en otro momento —añadió Murik.

—Sé lo que tengo que hacer —respondí más brusco de lo que debería.

La puerta de metal estaba abierta, no esperaban que viniéramos o Borak nos había facilitado la entrada. Antes de dar tres pasos, Aleksei y Zoria se unieron a nosotros con algunos de nuestros hombres.

La nave era grande. Al fondo se veía un grupo de hombres rodeando algo o a alguien. Sabía quién estaba en medio de los leones. Apuramos el paso y al primero que vi fue a Borak, alejado del círculo y mirando en todas direcciones. Al encontrarse con mi mirada negó con la cabeza.

¿Qué quería decir eso?

Empujé a dos tipos para abrirme camino y ver lo que ellos observaban maravillados. Nuestros hombres rodearon el círculo, todos sabíamos lo que teníamos que hacer, cómo actuar.

—Llegáis tarde a la fiesta. —Rio Asad.

—No teníais derecho, Alabi —lo reprendió mi padre.

No escuché la respuesta del árabe, a decir verdad, dejé de escuchar cualquier ruido. El tiempo se paró cuando vi su pequeño cuerpo tumbado en el suelo, como un ovillo de lana. Tenía la espalda al descubierto e impregnada en sangre. Corrí hacia ella para comprobar que la mujer que amaba estaba muerta. No, no podía estar muerta.

Me agaché y le aparté el pelo de la cara, la imagen que vi hizo que me tambalease. Tenía el rostro completamente hinchado y lleno de sangre. Un profundo corte le cruzaba la cara, su cuerpo estaba pálido y frío.

—No tengas pena, Mikhail —dijo Asad—. No es más que una fulana.

El cuerpo empezó a temblarme, la rabia subió por mis venas. Me levanté sacando la pistola de la parte trasera de mis vaqueros, apunté a su cabeza y respondí:

—Ella es mi vida.

Le disparé en la entrepierna para volver a apuntarle a la cabeza mientras gritaba de dolor, no dudé en acabar con él. Mi pequeña me necesitaba. Escuché un revuelo entre los hombres del árabe, no me molesté en mirar, sabía que los míos sabían hacer bien su trabajo.

—Vamos, pequeña, aguanta —le susurré tomándola en brazos.

Intenté mantenerme tranquilo, pero las manos no dejaban de temblarme. No sabía por dónde agarrarla. Tenía miedo de hacerle más daño, aunque no creía que sintiera nada. Su cuerpo inerte dejó un charco de sangre. Busqué de dónde venía tanta y rápido lo averigüé. Noté el brazo que tenía bajo sus piernas empapado. Mi bebé no sobreviviría, y mi pequeña podía que tampoco.

—No me dejes, por favor, no me dejes —le susurré.

Empecé a caminar con ella en brazos, todos nos abrieron camino para que pudiéramos salir. La cosa no sería tan fácil si nuestros hombres no estuviesen apuntando con un arma a la mayoría.

Mi padre se acercó y le pasó su abrigo a Dabria por encima.

—Te arrepentirás de esto, Korsakov. —Escuché la voz de Dusan amenazando a mi padre. Si no tuviera prisa por llevar a mi pequeña, me pararía para meterle un tiro entre las cejas.

—Serás tú quien se arrepienta, créeme. —Mi padre escupió esas palabras con odio y nos siguió.

Murik conducía, mi padre iba al lado y yo iba atrás con ella en brazos.

—¿Cómo va, Miki? —quiso saber mi primo.

—Creo que todavía tiene pulso. —Luego seguí hablándole en voz baja—: No puedes dejarme, pequeña. Te quise desde el primer día que te vi y ahora no imagino una vida sin ti. Siento todo lo que te hice. Despierta, despierta y grítame, dime que soy un estúpido niño rico, que me odias, pégame y haz de mi vida un infierno, pero no me dejes. Por favor, no me dejes.

MIKI

El camino al hospital se hizo eterno. Al llegar, los médicos nos esperaban con una camilla preparada. Nitca y Laryssa lloraron desconsoladamente cuando coloqué a su amiga en ella. Apartaron el rostro para no verla y se fundieron en un fuerte abrazo.

No me separé lo suficiente para dejar a los médicos hacer su trabajo, uno la conducía hacia dentro, al mismo tiempo que otro intentaba tomarle el pulso y, mientras, otro le colocaba una mascarilla.

—No tiene pulso.

—Posible hemorragia interna.

—Está entrando en parada.

—Preparen las planchas.

—¡Se nos está yendo, doctor!

—¡Se nos está yendo!

—Quiero el quirófano listo, ¡ya!

—Posible desprendimiento del útero y líquido en los pulmones.

No entendía bien lo que significaban todas esas palabras. Me quedé con «se nos está yendo», corrí tras ella pese a que no dejaban de chillarme que me apartase, que no podía entrar.

—¡Que alguien se lo lleve! —gritó un médico.

Mi padre y Aleksei intervinieron, me cortaron el paso antes de que traspasase las puertas del quirófano.

—No puede dejarme. No puede morirse. —Me dejé caer al suelo llorando desconsoladamente. Aleksei se agachó y me abrazó. Estaba aterrado.

La realidad me golpeó de lleno, hasta ese momento no me lo creía, estaba tan indeleble de camino al hospital. Me mantuve entero hasta que me di cuenta de que era real, mi pequeña se estaba muriendo. Apreté a Aleksei con más fuerza.

—¿Y si no sobrevive? ¿Qué voy a hacer si no sobrevive?

—Lo hará, es demasiado fuerte y testaruda para dejarse vencer —intentó calmarme. Admiraba lo que hacía, sabía que él estaba tan destrozado como yo.

Nos sentamos en la sala de espera. Todos estábamos abatidos, en completo silencio, parecía que ninguno encontraba las palabras adecuadas para calmar al de al lado. Nitca se acercó y se sentó a mi lado.

—Siento haberte gritado, Miki. —Al girarme hacia ella, vi que tenía los ojos rojos de tanto llorar—. Esto no es tu culpa.

—No te preocupes, Nitca, sé que sí lo es. Tenías razón en todo y ahora quizá sea demasiado tarde, así que me merezco más que tus acusaciones.

—Siempre te quiso, Miki, nunca te mintió. ¿Por qué no has podido verlo? Estaba tan enamorada de ti que la destrozó saber que vuestro amor no era tu prioridad. La echaste a un lado sin miramientos, sin ni siquiera dejar que se explicara. No fue justo.

—Lo sé, lo sé y no sabes cómo me arrepiento de ello; si pudiese volver atrás, cambiaría muchas cosas. Si al menos me hubiera dicho que estaba embarazada. —Suspiré.

—Lo intentó. El día que fue a tu casa, aquel en el que la apuntaste con un arma. Estaba decidida a recuperarte, a decirte que para ella lo más importante eras tú y vuestro bebé, pero... en fin, ya sabes cómo acabó.

—No lo sabía, Nit, ni me imaginaba que pudiese estar embarazada. Estaba ciego por el odio, quería que pagara por lo que me había hecho.

—Y lo ha hecho, Miki, puede que con su vida. —Nitca se limpió las lágrimas con el dorso de la manga.

—Nunca me lo perdonaré. Solo pido que se recupere para poder compensarle todo el daño que le he hecho.

—Puede que también sea tarde para eso. Aunque sobreviva, nunca será la misma después de esto.

—Lo sé, pero intentaré recuperarla, aunque me lleve el resto de mi vida hacerlo.

—No quiero atormentarte más, sé que ya lo haces tú mismo.

—¿Puedes contarme algo? ¿Cómo fue lo del bebé? ¿Estaba feliz? ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Por qué se iba hoy, Nit? Cuéntame algo bonito, por favor —le supliqué.

—Al principio estaba asustada. Cuando se enteró, no podía creérselo, estaba aterrada. Fue poco después de vuestra ruptura, ya te imaginarás cómo pudo sentirse al saber que estaba sola, en un país lleno de enemigos y embarazada. En cambio, poco a poco ese miedo se fue transformando en felicidad, el bebé se convirtió en el motivo de lucha, en la principal razón para ser feliz, para hacerla feliz. El día que le dijeron que iba a ser una niña... tenías que haberla visto, Miki. Cuando escuchó el latido de su corazón el tiempo se detuvo y parecía la misma chica alegre e imparable que habíamos conocido.

—Me hubiese encantado estar ahí. Me alegra que al menos te tuviera a ti. Gracias.

—La quiero como a una hermana. No me importa quién sea, qué haya hecho o los motivos por los que acabó en nuestra familia. Valoro más su capacidad para dejar a un lado todos sus principios, todo su trabajo, y elegirnos a nosotros. Nos demostró que le importábamos, que acabó sintiéndose una más en muchas cosas, que renunció a todo para no vernos entre rejas a ninguno, sobre todo, a ti.

Sabía que Nitca no quería herirme, pero yo no podía evitar que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas. No me perdonaría por lo que le había hecho, le había destrozado el alma, sin saber que al mismo tiempo destrozaba la mía. Mi orgullo me había impedido ir detrás de ella, mi miedo me había impedido creerla y mi rabia, amarla. Actué de forma contraria a lo que el corazón me pedía, que era que la tomara entre mis brazos y no la soltase jamás.

—Miki, quiero que sepas que Aleksei y yo hemos sido un gran apoyo todo este tiempo; sin embargo, quien ha estado a su lado incondicionalmente ha sido Borak.

—¿Lo sabía?

—Dabria no se lo contó. Él mismo se dio cuenta de su embarazo, fue una maravilla que lo hiciera. Luego ella le contó todo, excepto la verdad sobre ella y vuestra ruptura, claro.

—Fue quien me llamó también. Estaré en deuda con él eternamente.

—Quizá Dabria tuviese razón acerca de él. Quizá los que hemos estado engañados todo este tiempo hayamos sido nosotros.

Nos levantamos cuando vimos al médico acercarse.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Lo siento, Mikhail, ha entrado en coma.

—Como que... —Nitca al menos intentó hablar, a mí no me salían las palabras.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero cuando ha entrado en parada, nos ha sido muy difícil reanimarla. Después de operarla ha vuelto entrar en parada, de ahí ha pasado al coma. Tiene dos hemorragias internas: una en el útero, debido a que las múltiples violaciones y golpes le causaron un desprendimiento del mismo y la muerte del feto; la otra, en los pulmones, a causa de los fuertes golpes que provocaron que se le clavasen dos costillas en ellos. También tiene dañado el riñón, una contusión en el cerebro, una fisura en un pie... En fin, es un milagro que siga con vida.

—Su niña no sobrevivió. —No era una pregunta, pero el doctor le respondió a Nitca de todas formas.

—No, ya os he dicho que las violaciones y los golpes fueron brutales. Era imposible que lo hiciera, como os repito, es increíble que la madre esté viva. Si no estoy yo para verlo, no me lo creería.

—¿Sobrevivirá? —preguntó mi padre apoyando una mano en mi hombro. Por mi cabeza resonaban las palabras del doctor: fuertes golpes, múltiples violaciones...

—No lo puedo decir, tendremos que esperar setenta y dos horas. Si en ese tiempo no se despierta... —El doctor negó con la cabeza—. Aunque ya os digo que lo más probable es que no pase de hoy.

—¿Quiere decir que va a morir? Haga algo, doctor, tiene que salvarla. —Mi tono era cada vez más hosco y desesperado.

—Ojalá pudiera salvarla, Mikhail, pero me temo que eso ya no está en mis manos. Depende de ella y del dios en quien creáis, que cuantos más sean, mejor —me respondió.

—¿Qué le han hecho a mi pequeña? —pregunté, no muy seguro de querer saber la respuesta.

—No quieras saberlo. —Negó con la cabeza. Su trato se había vuelto menos formal, debido a la confianza de ser nuestro médico de toda la vida—. Supongo que ya te lo imaginas, no necesitas que yo te describa tales atrocidades.

—Nec...

—Es mejor así, Miki. Tengo que volver dentro a comprobar cómo va. —Filipp posó un brazo en mi hombro y me apretó suavemente—. Lo siento mucho.

—¡Joder! —grité.

Me separé del grupo, me acerqué a una pared y le di un puñetazo. Sabía que el dolor se estaba apoderando de mí, necesitaba que saliera. No era suficiente. Le di patadas a las sillas y seguí golpeando la pared con fuerza. Mis padres y amigos no se molestaron en regañarme o frenarme, se limitaron a asimilar la noticia, cada uno a su manera. Finalmente, me dejé caer al suelo pegado a la pared, lo único que había conseguido era lastimarme los nudillos, el dolor seguía en el mismo lugar que antes.

—El médico ha dicho que puedes pasar a verla unos minutos, aunque, si no quieres, Nitca ha

dicho que entraba ella. —Mi madre estaba en cuclillas en el suelo para quedar a mi altura mientras me hablaba.

—Me gustaría ir, por favor —respondí con la voz rota.

—Claro, cielo. —Se levantó para dejarme hacer lo mismo.

—Dale una razón para luchar, Miki —me animó mi madre al llegar a la puerta de la UCI.

MIKI

Me acerqué a la cama donde estaba mi pequeña rodeada de cables y tubos. Costaba reconocerla. Su rostro sin color, amoratado por los golpes, los ojos hinchados, el labio y ambas cejas partidos, unos diez puntos en su mejilla, otro par de ellos en la ceja, otro en el labio, varios en la cabeza a la altura del nacimiento del pelo. En fin...

Me senté en la silla a su lado, respiré hondo para coger fuerzas y busqué su mano bajo las sábanas. Tenía la piel fría. Al acariciarla, noté la venda que rodeaba su muñeca. Me ardía el cuerpo de rabia e impotencia al verla tumbada en esa maldita cama, sin poder hacer nada mientras ella se debatía entre la vida y la muerte. Respiré de nuevo para calmarme.

—No sé si estarás luchando por tu vida. —Empecé hablándole bajito, parecía que las palabras no querían salir con soltura, tenía tanto que decirle y no sabía cómo hacerlo—. No tengo derecho a pedirte nada, pero necesito que vivas. No puedo, ni quiero, estar en un mundo del que tú no formes parte. Lucha, no te dejes vencer. —Acaricié su mano con suavidad—. Sé que eres más fuerte que todo, serías el único superviviente en la tierra después de un apocalipsis nuclear. —Sonreí al pensarlo—. Te quiero, Dabria, siempre lo hice y siempre lo haré. —Esperé un par de minutos para continuar. Me limpié las lágrimas y respiré hondo, otra vez—. He sido el peor hombre de la Tierra al echarle de mi vida, el más cobarde.

»Tenías razón, tú eres la valiente, confesaste la verdad ante todos porque me querías, para no perderme, porque creías en nosotros. Sin embargo, yo me comporté como una cría asustada y herida; en vez de luchar, dejé salir al demonio que hay en mí. Perdóname, o no me perdones, pero vive, eso es suficiente para mí. Yo te prometo que te querré, te suplicaré y haré todo lo que me pidas por el resto de mis días. Eres el ángel que vino a iluminar mi vida, fuiste quien sacó lo mejor de mí, quien me apartó de un mundo insulso y metódico. No me dejes caer de nuevo. Una vez apostaste por mí y ganaste, sin saber que era un regalo eterno.

—Tiene que salir, señor —me dijo una enfermera entrando en la habitación.

Incliné mi cabeza hacia abajo en gesto afirmativo. Me levanté y acerqué la cara a la de mi pequeña, rocé su frente con mis labios en un suave beso.

—No me llegará una vida para merecer tu perdón, pero sigo siendo el mismo egoísta que conociste, el mismo que lucha por lo que quiere hasta conseguirlo; y no hay cosa en el mundo que quiera más que a ti. Te amo, Dabria.

Salí de la habitación secándome los restos de lágrimas de los ojos. Me senté en la silla al lado

de Nitca y Murik. Mi madre nos trajo un café a cada uno, intentaba mantener la compostura, pese a que la situación la afectaba tanto como al resto.

—Id a casa un poco, Miki —nos dijo.

—No me moveré de aquí hasta que despierte —contesté con voz apagada.

—Entonces iremos nosotros a darnos una ducha y ponernos cómodos. ¿Necesitas algo?

—Que viva, mamá. —No me molesté en limpiar más las lágrimas que caían por mis mejillas.

Mi madre no respondió, no podía decirme que todo iría bien, que viviría; porque ninguno sabía lo que pasaría y no le gustaba mentir. Me besó en la cabeza y se alejó con mi padre y mis tíos.

Todos estábamos en la sala de espera: unos sentados, otros de pie, otros mirando por la ventana.

Al caer la noche, Kalina y su marido se unieron a nosotros. Mi hermana me dio un fuerte abrazo, pero no dijo nada. Anzor se sentó en la silla al lado de los chicos.

Me desperté al escuchar a mi madre hablar con Laryssa, que descansaba su cabeza en mi hombro.

—Os hemos traído algo de comer —dijo mi tía al verme despierto.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las doce —respondió mi hermana comprobando el reloj.

—¿Han dicho algo más?

—Sigue igual, Miki —contestó mi madre.

Me levanté y salí a fumar un cigarro. Había pasado más de un día y no despertaba. «Lo haré», me dije a mí mismo. No estaba preparado para perderla. Me quedé fuera largo rato, necesitaba estar solo. Acabé fumándome más de seis pitillos en media hora, y cuando no aguanté más el frío, subí junto al resto.

A la tarde, mi padre y mi tío Liov decidieron ir a hablar con los Kostka y los Kovalenko, había cosas que aclarar. Aunque mi manera de aclararlas sería metiéndole una bala en la cabeza a cada uno de esa sucia stirpe.

Sobre las diez de la noche del día siguiente se acercó el doctor. Me quedé estático, no quería escuchar lo que tenía que decir. Se situó enfrente de mí, pero sin dar la espalda al resto, que formaron un corrillo a su lado para escucharlo.

—Ha despertado —dijo con una media sonrisa—. Es increíble que...

—¿Ha despertado? —pregunté de nuevo por si mis oídos me habían jugado una mala pasada.

—Sí, Mikhail, le estamos haciendo algunas pruebas.

—Necesito verla.

—En cuanto acabemos, te dejo pasar un momento.

Solté un fuerte suspiro, soltando parte del miedo que tenía dentro. Mi pequeña vivía.

—Te lo dije, Miki, es demasiado fuerte —me dijo Aleksei más tranquilo.

Lo cierto fue que, tras la maravillosa noticia, todos parecían más tranquilos; ya no tenían el rostro contraído por la tensión, sino que se veían más relajados. Aliviados, sería más correcto. Esperamos casi hasta el amanecer cuando volvió el médico.

—Antes de que pases, debes saber que Dabria está muy débil. Necesita descansar.

—¿No podemos verla? —preguntó Nitca.

—Solo puede pasar uno, y procurad no alterarla, apenas puede hablar.

Todos se quedaron mirándome, pero fue mi madre la que rompió el silencio.

—Miki, hijo, será mejor que entre Nitca.

—Quiero entrar yo —repliqué.

—Sabes en qué punto estaba vuestra relación, deja pasar primero a Nitca; ya has escuchado al doctor, si eres tú quien entra, se pondrá nerviosa y puede empeorar.

—Bien, ve —acepté mirando a mi amiga. Asintió y siguió al médico.

Aunque me dolía, sabía que tenía razón, no estábamos en un buen momento. Siendo sincero, estábamos fatal; no estábamos, para ser exactos. Seguro que era la última persona que quería ver.

Esperé impaciente a que saliera mi amiga. A los quince minutos, la vimos venir llorando hacia nosotros.

—¿Que ha pasado?

—¿Cómo está?

—¿Te ha dicho algo?

Empezamos a bombardearla a preguntas. Tardó en responder, los sollozos le impidieron hablar con claridad.

—No, sí, no sé... Está bien, quiero decir que no ha pasado nada malo. Pero..., está destrozada, es la viva imagen del sufrimiento.

—¿Te ha hablado? —preguntó Aleksei.

—Apenas, solo me preguntó por su niña. Creo que ya sabía la respuesta; sin embargo, cuando lo escuchó de mi boca, se puso muy nerviosa, los médicos tuvieron que entrar.

—¿Y ahora? ¿Cómo se ha quedado? —preguntó mi tía.

—Dormida, le han puesto algo para que pueda descansar.

En la siguiente visita nadie fue capaz de impedirme que entrase a verla. Nitca me acompañó. Sabía que Aleksei quería entrar, pero necesitaba verla, comprobar yo mismo que estaba viva.

Cuando entramos, no noté diferencia con su estado anterior, excepto la mascarilla que no tenía puesta. Tenía los ojos cerrados, el rostro hinchado y morado. No sabía qué decir, tenía miedo a su reacción.

Nitca se acercó despacio a la cama. Yo me quedé donde estaba, mejor mantener una distancia prudente, aunque mis brazos me ardían por acercarme a ella y acariciarla.

—¿Cómo estás, Dabria?

—Nit. —Su voz sonó áspera y ronca, habló muy despacio, como si cada palabra le doliese—. No supe cuidar a mi niña, Nit. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Intentó abrir los ojos, pero apenas consiguió entreabrir uno de ellos.

—Shhh, no fue tu culpa, no podías hacer nada —la consoló.

—Siempre se puede hacer algo, obrar de otra manera; sin embargo, yo no supe, y ahora no está. Ya no la siento dentro de mí. —Posó una de sus manos sobre su vientre en gesto maternal, esa acción le llevó su tiempo.

Había dolor en su voz, sufrimiento. Me acerqué a ella, me senté en el borde de la cama para que pudiera verme. Supuse que no sabía que era yo hasta que comencé a hablar, ya que había vuelto a cerrar los ojos.

Era mi turno. Cogí aire, gesto que usaba a menudo últimamente, y empecé:

—Dabria. —Intentó abrir los ojos al escuchar mi voz—. Mi pequeña. —No me dejó seguir, pese a que apenas vi uno de sus iris, podía vislumbrar su odio al mirarme.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte —confesé.

—Vete.

—Déjame estar un rato, solo un rato, por favor —supliqué con la mirada.

—No necesito tu lástima, ni tu culpa ni tu pena. —Se paró a toser, le costaba hablar—. No quiero nada de ti. —Otro ataque de tos—. Vete, vete...

—Sal, Miki. —Nitca tiró de mi brazo para levantarme de la cama—. Vete. Es lo mejor para ella.

Caminé despacio hacia la salida mientras escuchaba la voz de mi pequeña hablándole a Nitca.

—Necesito que me hagas un favor. —Era de mala educación escuchar a escondidas, pero no podía evitarlo, necesitaba escucharla—. Llama a mi abuelo, dile cualquier cosa menos la verdad. —Cada vez le costaba más pronunciar las palabras—. Si no me pongo en contacto con él, llamará a mi jefe. Por favor.

—No te preocupes, lo haré —respondió mi amiga—. ¿Sabes el número?

¿Cómo coño iba a hablar Nitca con su abuelo? ¿Por qué no le pedía que llamase a sus padres? No entendía nada. Caminé hacia la sala de espera antes de que me encontrase espiando y me echase un rapapolvo. Aunque ¿qué más daba? Mi pequeña estaba viva, el resto me importaba una mierda, hablando claro, lo único que debía arreglar a partir de ese instante era su odio hacia mí. Una tarea muy difícil.

—¿Cómo está, Miki? —Aleksei fue el primero en abordarme a preguntas, pero no el único.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Qué dice el doctor?

—¿Y Nitca?

—No hemos hablado con el médico. Dabria está destrozada, su dolor se huele antes de entrar en la habitación. Saber que perdió al bebé la carcome por dentro, no deja de culparse. Nitca se ha quedado con ella.

—¿Tú por qué has salido? —preguntó mi hermana.

—¿Tú qué crees, Laryssa? Me ha echado, soy la última persona que quiere ver —respondí con sarcasmo.

Me dejé caer en una silla al lado de Aleksei sin importarme que mi hermana me lanzase una mirada furiosa.

—Dale tiempo, Miki —dijo mi amigo.

—No sé si será cuestión de tiempo, puede que la haya perdido para siempre.

Negó con la cabeza antes de responder.

—No voy a decirte cosas que ya sabes. La cagaste. Sin embargo, es pronto para hablar de para siempre.

—Debo confesarte que tenías razón, Aleksei, que mis propias palabras serían mi perdición.

—Hubiera querido engañarme.

Al cabo de media hora apareció mi amiga, se arrojó a los brazos de Murik, escondió la cabeza en su hombro y dejó que la acariciase mientras lloraba.

—No se merecía esto —balbuceó entre sollozos—. No lo soportará.

—Lo hará, nosotros la ayudaremos —la intentó consolar Murik.

—¡Maldita sea, Murik! ¿Crees que nosotros somos su mejor ayuda? Por supuesto que no, eso está claro —soltó enfadada—. Si la hubieses visto, pensarías como yo. —Lloraba cada vez más fuerte.

—Pues... —Su novio trató de hablar.

—Tengo que avisar a su abuelo —intentó hablar entre hipidos.

—Lo haré yo —me ofrecí.

—Me lo pidió a mí. —Me miró seria.

—No creo que estés en condiciones de hablar, apenas se te entiende —me defendí.

—Bien —accedió resignada—. Aquí tienes el número.

—Ponme un traductor o algo, si no, ¿cómo va a entenderme? —Nitca rodó los ojos antes de responderme.

—Su abuelo es ruso, así que te entenderá perfectamente. Invéntate algo coherente Miki, no debe saber la verdad.

—¿Ruso? ¿Cómo que es ruso?

—¿Quieres llamarlo de una puta vez? ¿O lo hago yo? —me preguntó Murik al ver los ojos de su novia desprenderse de sus cuencas.

—Está bien.

—Se llama Marko—me dijo Aleksei más amable.

Marqué el número y esperé a que contestase. Al tercer pitido, una voz fuerte y cálida a la vez me respondió; difícil de explicar la sensación de seguridad y respeto que me invadió.

—¿Diga? ¿Quién es? —Juraría que eso no era francés.

—Buenas noches, señor. Soy Mikhail Korsakov. Usted es Marko, ¿verdad?

—Sí, soy yo —respondió en un perfecto ruso—. ¿Mi nieta? ¿Le ha pasado algo? —Sonó preocupado—. ¿Dónde está? —La alarma de emergencia se había activado en su cabeza.

—No, señor, no se preocupe. —La culpa me invadía por mentirle a un pobre viejo, aunque era mejor así, la verdad lo mataría—. Ella está bien, me ha pedido que lo llame.

—¿Por qué no lo hace ella? —me interrumpió.

—Verá, señor, a su nieta van a operarla de apendicitis. —Fue lo mejor que se me ocurrió—. Me pidió que lo avisase, pero mañana lo llamará ella misma.

—¿Cómo está? ¿Está bien? Cogeré el primer avión que pueda. —Oh, oh. La había cagado, el abuelo quería tomar un vuelo, no podía meter más la pata.

—No se preocupe, me ha pedido que le diga que no venga, que ella estará como nueva al salir de quirófano.

—Que me llame cuando despierte de la operación. —Más que solicitarlo, estaba exigiéndolo.

—Si quiere yo le aviso cuando salga para que esté más tranquilo, será mejor que ella descansa hasta mañana. —Hice una mueca esperando un regaño por su parte, en vez de eso, sus palabras de dolor me provocaron un nuevo nudo en la garganta.

—Gracias, muchacho. Dígale que la quiero, y cuide de ella.

—Lo haré, señor, no se preocupe. Buenas noches.

—Buenas noches.

Sentí un sabor amargo en la boca. Mentirle no era lo correcto, pero era lo mejor, tanto para él como para ella. La angustia en su voz indicaba que la verdad sería insoportable para él.

Si en verdad supiera que había sido mi culpa, que indirectamente la había arrojado a la boca de los lobos, que no me había preocupado por su bienestar. Simplemente la había apartado de mi lado, sin importar las consecuencias.

—Listo —informé sentándome de nuevo con mis amigos—. Le he dicho que tiene apendicitis, que la van a operar.

—Bien —susurró Nitca.

—Debo avisarle dentro de unas horas para decirle que todo ha salido bien, y ella debería llamarlo mañana sin falta para evitar que coja un avión.

—Mañana se lo diré, hoy no podemos entrar más. No te olvides de volver a llamarlo, yo iré a

casa, necesito un par de horas. —Sonó cansada y triste.

—Nitca, ¿puedes explicarme eso de que el abuelo de Dabria es ruso? ¿Y por qué cuando lo escuché ese idioma no era francés?

—¿Por qué habría de hacerlo? Nunca quisiste escucharla. —Su actitud agría había vuelto—. Nos vemos luego. —Dicho aquello, se marchó con Murik.

Era cierto, no había dejado que ella me explicara nada. ¿Con qué cara les pedía a mis amigos que me lo contaran ellos?

—Joder, Miki. No debería, pero puedo contarte algunas cosas si quieres —me ofreció Aleksei.

—Me encantaría escucharlas. —Me senté a su lado con la única intención de escuchar cada una de las palabras que mi amigo me iba a contar.

—El abuelo de Dabria nació en Rusia. Estando de viaje, se enamoró de una española, bueno, una árabe inmigrada en España —empezó Aleksei—. Su padre era francés y su madre española, hija de Marko.

—¿Eran? —pregunté sorprendido.

—Murieron cuando era pequeña. Creció con sus abuelos hasta que poco después su abuela falleció, así que su única familia desde entonces ha sido Marko. —No podía creerme lo que estaba oyendo—. No le gusta que sientan pena por su infancia —me explicó al ver mi expresión—, decía que su abuelo había suplido el lugar de todos, que su vida no había sido más dura que la de muchos otros. —Aleksei esbozó una sonrisa—. Te hubiera encantado escucharlo de su boca, le encanta su vida, adora a su abuelo. De hecho, no quería venir aquí. Estaba tan contenta de volver a casa, decía que su abuelo sería como un padre para su pequeña, el más perfecto del mundo, como lo había sido para ella.

No podía contestar, demasiada información para asimilar. Ella intentando alejarse de mí, alejar a nuestra niña en busca de un futuro mejor; no obstante, el destino le jugó una mala pasada, llegando a acabar casi con su vida. Si yo no hubiese sido un patán, ambos estaríamos estirados en mi cama, ella sonriendo plácidamente mientras yo le acariciaba la barriga.

Cuando dejó de hablar, me sumergí en mis pensamientos y poco a poco sentí cómo me quedaba dormido.

MIKI

- Miki, Miki. —Venyamin se encontraba a mi lado, zarandeándome para que despertara.
- ¿Ocurre algo? —pregunté refregándome los ojos.
- Ha venido el médico.
- ¿Cómo? ¿Dónde está? —Me levanté de un salto y lo busqué con la mirada.
- Ha dicho que está estable, fuera de peligro.
- Quiero verla.
- Aleksai y Nitca están con ella ahora.
- ¿Y yo? Yo quiero entrar.
- No sé si es buena idea, ella no quiere verte. —Mi cuñado me miró con compasión.
- Pero yo sí, necesito verla —contesté enfadado.
- Dale tiempo, ahora está muy débil, necesita recuperarse.
- ¿Piensas que no es lo que más deseo?
- Lo sé, por eso debes esperar.
- Tienes razón, pero no soporto estar alejado de ella. Saber que la tengo tan cerca y en realidad tan lejos.
- Miki. —Mi padre me llamó desde el pasillo—. Borak está en la puerta, quiere verte.
- Que lo dejen pasar, a él solo.
- Nuestros hombres no se habían movido del hospital. Preferimos tomar precauciones por si decidían acabar lo que habían empezado.
- Borak siempre había sido mi enemigo; sin embargo, estaba en deuda con él, lo que había hecho disminuía el odio. Si no hubiese sido por él, seguramente estaríamos enterrando a mi pequeña.
- Incluso él había sido capaz de traicionar a su familia para salvarle la vida a la persona que más debería odiar. En vez de regocijarse en su sufrimiento, decidió que su amistad valía más, que el cariño que le tenía era más grande que el desprecio por su engaño. Dabria estaba en lo cierto cuando me decía que él no era como su familia.
- Borak se acercó por el pasillo.
- Es mejor que habléis a solas. —Venyamin se levantó y nos dejó.
- Miki —saludó sentándose a mi lado.
- Borak.
- ¿Cómo está?

—Viva.

—Es suficiente por ahora, no creí que lo conseguiría. —Su mirada era triste y preocupada.

—Está viva gracias a ti, no sé cómo agradeceréte.

—No lo he hecho por ti. —Mostró una pequeña sonrisa—. Lo hice por ella. No me perdonaría dejarla morir. —Sus palabras me provocaron un escalofrío.

—¿Por qué la salvaste? No es que no quisiera, pero sabías la verdad. Sabías quién era.

—Tú también lo sabías y la dejaste, sin más, pese a saber cuál debería ser su castigo. Te saltaste las reglas, ¿por qué? Porque sigues amándola. —Más que una pregunta, fue una afirmación.

—Nunca dejaré de amarla, ella es mi vida.

—Es mi mejor amiga. Babette o Dabria, no me importa su nombre, quién es ni a qué ha venido. Ella me ha demostrado más en estos meses que otras personas en años. La quiero más que a cualquiera de mi familia. No voy a negarte que me gustaba, pero siempre supe que ella te había elegido a ti. De hecho, creo que supe que estaba enamorada de ti antes que ella misma. —Sonrió de nuevo, como recordando algo—. No me costó darme cuenta de que mi amor por ella era fraternal.

—Yo también la amo —le confesé.

—En cambio, cometiste un error, el peor de tu vida, me atrevo a asegurar.

—Es cierto, cuando me enteré, no pude soportar la verdad.

—¿Cuál, Mikhail? ¿Que era poli o que la amabas de la misma forma pese a serlo?

—Ambas, supongo —respondí pensativo—. Intenté olvidarla, odiarla, la abandoné como a un perro desprotegido. Ahora lo estoy pagando, puede que la haya perdido para siempre.

—No he venido a juzgarte, Miki, tú solo te bastas. Aunque... —Negó con la cabeza— no te la mereces.

—En eso estoy de acuerdo, pero no me importa, la quiero de nuevo a mi lado. Quiero hacerla feliz.

—¿Crees que podrá ser feliz después de lo que ha vivido? —Enarcó una ceja—. Sabes cómo se trata a los polis. Lo que ella aguantó, lo que ella sufrió, es más de lo que ambos podríamos soportar. Créeme, estuve allí.

—Intentaré que viva lo mejor posible. Sé que no será la misma, con el tiempo... puede que consiga una vida plena.

—Esto la marcará para siempre. —Borak lo dijo con tono serio y seguro, como si él supiera cosas que yo desconocía.

—Debo intentarlo.

—Ojalá lo consigas. —Su mirada verde mostraba sinceridad y tristeza—. Me gustaría verla. — Aunque no llegó a ser una pregunta, sonó como si me pidiera permiso.

—Puedes entrar cuando quieras, creo que eres a la única persona que en realidad deseará ver, pero Aleksei y Nitca están ahora con ella y no nos permiten verla más que durante el tiempo de visita.

—¿Por qué no estás tú? —Arrugó el entrecejo.

—No quiere verme.

—Puede que en algunos aspectos siga siendo la misma. —Soltó una pequeña risa, y yo no pude evitar acompañarlo.

—Sabías lo de su embarazo.

—Hasta un ciego se daría cuenta. —Borak se encogió de hombros ante mi dura mirada—. Sus

síntomas eran evidentes, Miki, trató de ocultármelo, pero no valió de nada.

—¿Ellos...? —La voz casi no me salió—. ¿Ellos se dieron cuenta? ¿Sabían que estaba embarazada?

—Desnuda era demasiado obvio, eran cuatro meses. —Se quedó en silencio, reflexionando sobre lo que acababa de decir.

—Sigue —lo animé.

—No necesitas escucharlo, y lo siento, tío, no creo que ella quiera que te cuente todos los detalles.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido de no darme cuenta?

—Estabas cegado por el odio y no prestabas atención a los detalles, estar alejado de ella ayudó a que no la vieras en las ocasiones que más delataban su estado.

—¿Qué quieres decir?

—Cosas como agarrar una tableta de chocolate o un cacharro de helado y no soltarlo hasta ver el final, acariciar su barriga para tranquilizarse y, otras no tan agradables, como desmayarse después de una clase o correr al baño para echar la bilis. —Hizo una mueca de asco al final.

—Gracias, Borak —respondí con sinceridad—, por estar con ella en todos esos momentos en los que yo me empeñaba en odiarla y me comportaba como un imbécil. Muchas gracias por ocupar mi lugar. Yo debería haberlo hecho.

—Deberías haber hecho y no hecho muchas cosas; sin embargo, el pasado no puede cambiarse. —Su tono no era acusatorio, pero sus palabras encerraban una lección.

—Me esforzaré porque tenga un futuro mejor. La amo como nunca creí llegar a amar. —Quería que entendiera que la quería de verdad, que no era un juego. No le debía ninguna explicación, sin embargo, quería verme merecedor de ella ante sus ojos.

—Lo sé, por eso te llamé, eras el único que podía salvarla. No dudé que lo hicieras.

—Tengo que pedirte algo.

—Si puedo ayudarte. —Abrió los brazos extendiendo las palmas hacia arriba.

—Si quieres, puedes —le aseguré—. ¿Quiénes fueron? —pregunté serio.

—¿Quiénes fueron qué? —Ese tío quería verme la cara, ¿estábamos tontos o qué?

—Vamos, Borak, sabes de sobra a qué me refiero. ¿Quiénes la violaron? ¿Quiénes la golpearon? ¿Quiénes la torturaron? —Mejor preguntar directamente lo que quería saber para que no esquivara las respuestas.

—Varios, muchos y demasiados.

—Quiero sus nombres, quiero su muerte. —Mi voz adquirió un tono autoritario. El tono que no dejaba dudas de que sería eso lo que pasaría.

Más tarde entré con mi padre, mi tío y mis primos en los juzgados. Las grandes estancias siempre habían sido testigos de muchas cosas, de muchas malas cosas. Una elección especial elegir los juzgados, donde debería impartirse justicia, para acciones tan viles como la venganza, tortura y toda clase de sobornos.

Entré con la cabeza en alto y con un humor que podría partir vidrio con las afiladas hojas que enviaban mis ojos. Arrojé al suelo el cigarro que había encendido al salir del coche, no me molesté en pisarlo, por mí, como si ardían todos. De hecho, me sentiría mejor si lo hiciesen, sobre todo, algunos.

—Buenas tardes —saludó mi padre desde el centro del estrado—. No me pararé a explicar el

motivo de nuestra reunión.

Mientras mi padre hablaba, yo miré a mi alrededor. Estaban todos. Los miembros de las cinco y nuestros socios con sus hijos/hermanos correspondientes. Cuando mi mirada chocó con la de Borak, la mantuvimos un rato. Ni él dijo nada ni yo tampoco. Cada uno estaba donde debía, aun sabiendo que no era donde quería. Por primera vez, veía al que había sido mi enemigo, mi adversario y un puto grano en el culo durante muchos años, como un gran pedazo de carne cruda en medio de una ensalada vegana. Nada me desentonaba más que Borak en medio de su padre y Mikola. Era como una luz verde fosforita en medio de una casa de luto. Sentí lástima por él, por haber nacido en esa familia, por haber crecido con una gente tan despreciable como la suya.

—No puedes castigarnos por matar a una poli que quería acabar con nosotros —se defendió Dusan.

—Te equivocas, Kostka —contradijo mi tío Liov con desprecio—. No estáis al mando. Sea lo que sea, sea quien sea, esas decisiones las toma mi hermano. Vosotros decidisteis hacerlo a escondidas.

—Sabíamos que no se nos permitiría. Vuestros sentimientos hacia ella, en especial los de Miki, os nublan el juicio —dijo Vasyl con desprecio.

—Me alegra tener juicio. Vosotros carecéis de él. Soy vuestro jefe, vuestro líder, me debéis respeto y obediencia.

—No, cuando tus decisiones nos ponen en peligro. Dejar viva a una poli puede acabar con todos, incluso con vosotros. —Vasyl alzó la voz.

—Ella no es un peligro. Nunca ha sido un peligro —contraataqué.

—¿Cómo puedes estar seguro, Mikhail? Porque dormía en tu cama, porque tenías la polla tan a gusto en su negro coño que no podías pensar en otra cosa que correrte —escupió Mikola con burla.

—Hijo de puta. —Reí de lado—. Te mataré, Mikola. Con mis manos, te arrancaré las tripas y con ellas te asfixiaré.

—¿A qué estás esperando? Te crees un dios cuando no eres más que una rata de alcantarilla, hijo de una puta búlgara, ni siquiera heredarás por ser un mal parido.

—Suficiente —gritó mi padre—. Si no dejas de insultar a mi mujer, te meteré un tiro yo mismo, privando a mi hijo del privilegio que le corresponde.

—No te confundas, Egor —intervino Vasyl—. Dejémonos de paños calientes, ya que están las cartas sobre la mesa.

—Exijo un castigo para los culpables —dijo mi padre.

—Y yo exijo una destitución del heredero —dijo Dusan incorporándose.

—Mi hijo es el único heredero. El liderazgo es de él por derecho, nadie podrá quitárselo. Jamás —explicó mi padre seguro de sus palabras.

—¡Vaya! No sabía que le hubieses cambiado la nacionalidad a tu mujer. No te molestes, pero todos sabemos que no es más que una furcia búlgara.

—Te equivocas. —Su intervención me dejó de piedra. No esperaba que el señor Berezustki se pusiese como un león. Se levantó de su asiento, miró a mi padre pidiendo permiso y cuando le fue concedido, se acercó con paso seguro al centro. Posó la mano sobre el hombro de mi padre y tomó la palabra—. No vuelvas a hablar así de mi hija.

—¿Cómo? —preguntó Dusan casi saltando de su silla.

—¿Qué coño dices? —inquirió Vasyl.

—Bien. Es hora de aclarar esto, es hora de sacar todo a la luz. —Carraspeó—. Dara Korsakova

es mi hija.

—¿Cómo va a ser tu hija la mujer de Egor, Dema? —preguntó el señor Poliakov.

—Veréis. Antes de casarme, tuve una aventura con una muchacha. Vera Repin, se llamaba. Ella era la madre de Dara.

—¿Por qué nadie sabía eso? —pregunto el señor Sokolov.

—Nadie lo sabía porque no era un tema de importancia para nadie. Los deslices que suceden en el pasado se mantienen en forma de recuerdos —explicó.

—¿Por qué no te has hecho cargo de ella nunca? —quiso saber Steklov.

—Yo no podía casarme con ella. Mi matrimonio debía ser con mi mujer, así que Vera emigró a Bulgaria junto a su hermana —respondió con sinceridad.

—¿Pretendes que nos creamos toda su historietita? —preguntó Vasyl con desprecio.

—Todos sabemos que adora a Egor y a su mocoso.

—No me tache de mentiroso. Egor tiene las pruebas de paternidad donde se verifica mi confesión. Egor. —Se giró hacia mi padre—. Muéstrale los documentos.

—Aquí están. —Mi padre caminó hacia Dusan y le tendió los papeles, que había cogido del maletín mientras el señor Berezustki hablaba—. Puedes no fiarte de su palabra ni de la mía, pero aquí está. La sangre no miente.

—Me importan un bledo las pruebas y los papeles. —Vasyl se levantó de la silla para agitar los brazos como un pulpo—. Todo puede comprarse con dinero, un simple análisis de sangre no te costaría más que unos insignificantes rublos.

—No nos fiamos de ti —dijo Dusan—. El momento es de lo más oportuno para venir aquí tras haber drenado la sangre de tu hijo y haberla cambiado por la de Dema.

—Nadie te permite hablarle así a tu jefe. —El padre de Aleksei se había cansado de tantas mamarrachadas—. Los Korsakov no son como vosotros. Tienen coraje y honor, no ensuciarían su imagen para echaros porque, por si no os habéis dado cuenta, nadie os quiere aquí. Ya hace mucho que habríais tenido que volver a vuestro país y no querer usurpar un puesto que ni entre todos los miembros de vuestra familia os merecéis.

—Concuerdo contigo, Sacha. Si continúo escuchándolos, me volveré loco —intervino el señor Steklov—. Arreglaremos esto como se debe. Para que vosotros os quedéis tranquilos, Dema y Dara volverán a someterse a una prueba de paternidad, en el hospital que los cuatro acordemos. ¿De acuerdo?

—¿Qué pasa con su acto de desobediencia? —pregunté arrugando el entrecejo.

—Eso, Mikhail, es un tema muy grave —respondió Poliakov—. Pasar por alto su identidad, perdonarle la vida y dejarla campar a sus anchas no es lo que hacemos, deberías saberlo.

—Hacemos lo que mi padre o yo decidimos. Si decimos que ella era inocente, es porque era inocente, ¡maldita sea! —dije enfadado.

—Tu padre es el jefe y tú el heredero, pero todos juntos formamos la mafia; y en la mafia hay reglas, algunas inquebrantables. La benevolencia no casa aquí, el perdón y las segundas oportunidades no se llegan ni a valorar en la mayoría de los casos, y, por si fuera poco, te defiendes alegando inocencia a una mujer de quien lo único que conocías de ella era su cuerpo en tu cama —dijo Orel.

¿Quién coño lo había invitado? Sokolov estaba más viejo que el mago Merlín y estaba poniendo al corriente a su hijo; sin embargo, si seguía así, moriría antes que su padre. Saqué mi TT-33 y le apunté a la cabeza con un odio tan palpable que el señor Berezustki se plantó en el medio. No era la persona más adecuada para sustituirlo en el blanco, Dema se había ganado un puesto en el subsuelo

de la pirámide, no me costaría mucho mandarle al subsuelo real si con ello arrastraba al imbécil de Orel.

—Miki. —Me advirtió con la mirada—. Así no arreglarás las cosas, las complicarás.

—Berezustki tiene razón, Mikhail. Baja el arma —me ordenó mi padre.

—¿Vas a arruinar el respeto que te tienen todos? ¿Vas a arruinar años de conducta intachable por un coño? —se burló Mikola.

Apreté la mandíbula y, a regañadientes, bajé el arma. Juraba que lo degollaría con mis propias manos si pudiera en ese mismo momento, no había persona en el mundo que odiase tanto como a Mikola Kovalenko.

—Hace muchos años se implantaron unas reglas. Unas reglas que no pueden romperse —dijo el señor Steklov con pesar—. Arreglaremos esto como se debe hacer. Someteremos a la muchacha a un juicio.

—¿Y qué pasa con ellos? —preguntó Murik.

—Ellos, después. Lo primero es la muchacha —respondió el viejo.

—Las reglas también dicen que la mujer de cualquier miembro es sagrada, y ella es mi mujer —ataqué.

—¿Cuál de ellas, Mikhail? ¿Dabria o Babette? —preguntó Dusan.

¿Cómo explicaba yo que eran la misma persona? ¿Cómo explicaba yo que tenía dos nombres? Tenía que aclarar demasiado con muy poco. Opté por no responder. Le lancé una mirada acusadora y dejé que mi padre arreglara la situación. Por mí, mataría a cada uno y le plantaría fuego al edificio.

—Bien. Cuando se recupere, hablaremos de un juicio. Mientras tanto, la muchacha está bajo mi protección, cualquiera que intente atacarla o ponerle una mano encima morirá. ¿Queda claro?

—Cristalino, Egor —respondió Vasyl.

A tomar por culo. Estaba hasta los huevos de tanta cortesía y de tantas putas reglas que solo nosotros nos empeñábamos en cumplir. Si impusiéramos nuestra voluntad, todo sería más fácil. Aunque había que tener en cuenta, como mi padre repetía hasta el cansancio, que había que dejar la mente en blanco y pensar con la cabeza fría. Hundir las emociones y sacar conclusiones del hielo y no del fuego. Teníamos a tres de los cinco a nuestro favor, en cambio, los otros dos junto a Vasyl y a Dusan podrían aliarse con los Pávlov, y si viajábamos un poco más, a la gente de Asad Alabi. Ir con pies de plomo no sería suficiente, lo mejor era forjar una armadura para ir a la guerra, porque vendría. Los soldados se estaban preparando y los jefes valorando. Tan solo quedaba atacar.

DABRIA

No sabía cómo seguía viva, estaba segura de que moriría.

Me encontraba en una cama rodeada de cables y máquinas. El cuerpo me dolía horrores, no podía moverme porque solo intentarlo me daba ganas de gritar. Y el dolor físico no era comparable con el de mi alma.

Había sentido a mi pequeña dejar de formar parte de mí, pero escuchar a Nitca decírmelo había sido un choque brutal con la realidad. Un golpe de lleno con un cristal transparente. Si ella no lo había superado, ¿por qué yo sí? Sentía un vacío en mi vientre, a decir verdad, me sentía vacía en todos los sentidos.

No podía creer que Miki tuviera la cara de entrar a verme después de lo que habíamos pasado. Podía sonar injusto, ya que él no tenía la culpa de lo que me había ocurrido; sin embargo, representaba todo mi sufrimiento. Y, tras lo sucedido, no quería su lástima, ni cualquier sentimiento de culpa que pudiera tener. Ya no quería nada, porque ya no sentía nada. Estaba completamente rota, vacía.

Cada vez que me dormía, que era la mayor parte del tiempo, revivía lo sucedido una y otra vez: los golpes, los hombres embistiéndome, los latigazos, el dolor en mi vientre y el líquido correr por mis piernas. Todo volvía a mi mente, una y otra vez.

Me sentía agotada, necesitaba dormir. Había dejado de escuchar lo que Aleksei y Nitca hablaban hacía un rato. Sabía que ellos querían lo mejor para mí, pero yo quería cerrar los ojos y olvidarme de todo, caer en un profundo sueño y no despertarme nunca.

—Verás como pronto te recuperarás y podrás volver a casa. —La voz de Nitca sonó triste, pero con un deje de esperanza.

—Al lugar del que nunca debí salir —respondí con voz ronca. Me costaba demasiado hablar.

No quería escuchar más, no quería ser grosera y decirles que todo me daba igual, que había dejado de importarme. Como si escuchase mi subconsciente protestar, una enfermera entró en la habitación para decirles a mis amigos que el tiempo de visita había acabado.

—Un momento —le pedí, y ella asintió con la cabeza.

—Quiero pedirlos algo. —Abrí los ojos con mucho esfuerzo.

—Lo que quieras —se apresuró a responder mi amiga.

—No quiero ver a Miki, no quiero que lo dejéis entrar.

—No nos pidas eso, necesita verte —replicó Aleksei.

—Y yo lo necesito lejos de mí. —Mi voz salió como una orden más que una petición.

—Lo conoces, sabes que cuando se empeña en algo... —empezó Nitca.

—Os lo estoy pidiendo por favor. —Esa vez casi supliqué—. Por favor.

Noté cómo el cansancio se apoderaba de mí, el sueño me cerró los ojos y así dejé de hablar, dando por zanjada la conversación con mis amigos.

MIKI

Vi a Aleksei y a Nitca acercarse por el pasillo. ¿Por qué siempre tenían que acabar entrando ellos dos?

—¿Cómo está? —pregunté.

—Cansada, se ha quedado dormida poco antes de que saliéramos de la habitación —respondió Aleksei.

—¿Os ha dicho algo?

—Pocas palabras, más bien éramos nosotros los que intentamos arrancarle algo con sacacorchos —respondió él de nuevo.

—Quiero verla.

—Verás, Miki, Dabria... —Nitca dudó.

—¿Qué? ¿Pasa algo? —¿No podía escupir lo que tuviera que decir?

—Nos ha pedido que no entres, nos ha rogado que no te dejásemos pasar.

—Nitca, tengo que verla, no lo soporto más. —Mi voz pareció una plegaria.

—Dale tiempo, hoy no entres —me sugirió Aleksei. Pero si tan solo había entrado un día, increíble.

—Joder. —Suspiré—. No me pidas eso.

—Necesita asimilar muchas cosas y está muy débil, noagas que se esfuerce —explicó Nitca seria.

—No os lo puedo prometer, simplemente, porque no sé si seré capaz.

Entendía que no quisiera verme, que me odiase; pero por mucho que la quisiera, por mucho que la quisiera, no podían pedirme eso. Mantenerme alejado cuando mi cuerpo ardía por correr a su lado, cuando mi corazón se agitaba para gritarle que la quería, para que mi alma rogase por su perdón. ¿Cómo podía negarme a unos instintos tan primitivos?

—Mikhail. —Escuché la voz del médico a mis espaldas.

—Dime, Filipp.

—Vamos a transfundirle sangre, tiene una fuerte anemia, el resto parece estable. Mañana le haremos unas pruebas para comprobar cómo van su útero y sus pulmones.

—Bien, hagan lo que sea necesario para que se recupere.

—Lo hará, poco a poco lo hará. Al menos, físicamente.

—¿A qué te refieres? —Todo el mundo se empeñaba en hablar entre líneas o a medias. Me daban ganas de darles un guantazo para espabilarlos.

—Lo que me preocupa es que no se recupere su corazón, su alma. Las personas que sufren esta clase de tragedias nunca vuelven a ser las mismas.

Sabía que mi pequeña no sería la misma, ¿quién podría ser el mismo después de algo semejante?

Necesitaba hablar con alguien. Salí a fumar un cigarro y me desahugué con Murik, que estaba apoyado en una pared inhalando el humo pensativo.

—La he cagado. —Me apoyé a su lado y encendí uno.

—Le hiciste mucho daño, pero lo que le ha ocurrido no ha sido tu culpa.

—Pude haberlo evitado.

—Todos pudimos, no debimos arriesgarla tanto. —Habíamos obrado mal, y en ese momento nos

lamentábamos por no haber tomado las decisiones correctas, por no haber sopesado la opción B, la mala, la que podía acabar contigo.

—Intentaré hacerla feliz, compensaré mis errores, cualquier cosa que me pida, la cumpliré —aseguré.

—¿Has pensado que podría pedirte que te alejes de ella? ¿Serías capaz de aceptar tal petición? Medité unos segundos su pregunta, no había valorado esa opción.

—Si es lo que realmente quiere, sí. La dejaría irse para que fuera feliz.

Cuando llegó de nuevo la hora de la visita, nunca me había sentido tan impotente. Ver a Borak y a Laryssa entrando en la habitación mientras yo me mordía la lengua para no gritar de frustración.

Cogí a Zoria del brazo y lo arrastré fuera del hospital.

—¿Qué coño pasa, Miki? ¿Es que quieres arrancarme el brazo?

—Tengo un asunto pendiente. —Lo solté para que dejara de quejarse. Era un exagerado.

DABRIA

Escuché pasos aproximarse, hice un esfuerzo por abrir los ojos y ver quién venía. Laryssa y Borak se acercaron, el rostro de la primera cambió de color al verme, como si no supiera qué decir. Era la primera vez para ambos que me veían, Nitca y Aleksei me habían dicho que Borak había entrado en otra visita, pero que estaba dormida. No siempre tenía un despertador interno que me avisaba cuando llegaba la hora de que mis amigos entrasen.

—Me veo horrible, ¿eh? —pregunté en un susurro.

—Te he visto mejor. —Borak curvó los labios en una pequeña sonrisa, se acercó a mí y depositó un pequeño beso en mi frente—. ¿Cómo estás?

—He tenido días mejores.

—Me alegro de que estés... —Laryssa titubeó— viva. —Asentí cerrando los ojos, me costaba mantenerlos abiertos—. Poco a poco te recuperarás.

—No creo que lo haga nunca —respondí muy despacio.

Ninguno dijo nada, dejaron pasar mi comentario.

—Laryssa, ¿te importa dejarme un rato con Borak? —le pedí. Podía parecer maleducada, que pensase que no quería verla, pero lo cierto era que me urgía hablar con mi amigo. Era con la única persona que de verdad necesitaba hacerlo. Con la única persona que había deseado estar desde que me había despertado.

—En absoluto. —Acarició mi mano y nos dejó a solas. Seguramente, era un alivio para ella también. Era una de esas situaciones tan incómodas en las que no encuentras las palabras correctas para salir de ella sin ser grosera y sientes un profundo alivio cuando alguien lo hace, librándote a ti de no pecar de maleducada.

—¿Por qué lo hiciste? —Tocaba abordar el tema antes de que la enfermera entrase a echarlo y no me diera tiempo a escucharlo.

—Eres mi mejor amiga. —Me dieron ganas de llorar por esas palabras tan simples y profundas. Su mirada me aseguraba su sinceridad.

—Soy una impostora, una poli que tenía una misión, acabar con vosotros. —Se lo contaría todo, la vida me había dado la opción de enmendar mis errores, ese era el primero y el principal.

—No me hiciste daño, eso es lo importante para mí —respondió encogiéndose de hombros.

—Aun así, te engañé, te utilicé, me aproveché de ti.

—Hiciste más cosas que esas. —Se sentó en la cama, enfrente de mí, y me tomó la mano con suavidad—. Me abriste los ojos, fuiste la primera en verme como de verdad era, la máscara que yo utilizaba fue transparente para ti, me demostraste que lo que yo quería no era lo mismo que querían los demás. Me ayudaste a ser feliz en un mundo cruel y despiadado. Me ayudaste a ser yo mismo y a que no me importase serlo.

—Vi cómo eras, no cómo pretendías ser.

—Fuiste la única que lo hizo, fuiste mi ángel, y el de muchos otros, si te soy sincero.

—Te arriesgaste por mí, pusiste tu vida en peligro por mí. —Mi tono no salía como yo quería, poco más que un susurro ronco.

—Pues haz que valga la pena. —Me miró con intensidad, sin pestañear ni una vez.

Esas palabras transmitían un doble significado. Sabía lo que me estaba pidiendo: que intentara ser feliz, que intentara vivir.

—Estoy rota, Borak. —Una lágrima se escapó de mis ojos—. Quizá habría sido mejor que hubiera muerto en aquel asqueroso sitio.

—No vuelvas a decir eso —me regañó de mal humor—. Tú nunca te rindes, y ahora tienes que luchar más que nunca.

—¿Puedes abrazarme un rato? —le pedí.

Con cuidado, se sentó detrás de mí, me incorporó despacio para apoyarme en su pecho, me envolvió con sus brazos y me acarició con mimo.

—No lo entiendes, ¿verdad? ¿Por qué habría de luchar ahora? No me queda nada. —Mis palabras no eran del todo ciertas. Estaba mi abuelo, aunque verme así sería devastador para él.

—Tienes que luchar, por todos nosotros, por tu familia, por tus amigos. Si tú te rindes, ¿qué haremos el resto?

—No puedo —respondí empezando a llorar más fuerte.

—Todos te ayudaremos. —Se detuvo un momento pensando si seguir o no—. Dabria, él te quiere.

—No. —Suspiré con fuerza, con lo que me gané un extra de dolor—. Se siente culpable por lo que me ha pasado.

—¿Miki? ¿Culpable? Te equivocas y lo sabes. Miki nunca se ha movido por la culpa, de hecho, no creo que haya experimentado ese sentimiento en su vida —me dijo soltando una carcajada—. Él está enamorado de ti.

—Cállate, no quiero escucharte.

—No me importa, te lo diré de todas maneras. —Intenté hacer una mueca de disgusto, pero me dolió demasiado. Fue como intentar ponerle una expresión a un muñeco de cera, por mucho que lo intentases, no cedía. Maldije en bajo a mi amigo—. Está destrozado. Saber que casi te pierde lo ha vuelto loco, no es que estuviera muy cuerdo antes...

—Me duele la cabeza de oír tantas gilipolleces. —Cerré los ojos—. Fue el quien me apartó de su vida, no creo que eso sea amor verdadero.

—Ha sido su peor error, y lo atormentará el resto de sus días.

—Nuestras acciones marcan nuestro destino, las tuyas fueron incorrectas, tendrá que aprender a vivir con las consecuencias.

—No seas tan dura. —Me acarició el pelo con ternura—. Comprendo tu odio, pero al negarle su felicidad, estás rechazando la tuya propia.

—¿Puedes parar, Borak? Necesito llamar a mi abuelo, préstame tu teléfono —le ordené cambiando de tema de forma brusca, sin molestarme siquiera en decir algo más. Me habían contado la mentira inventada, y yo seguiría con ella.

—A ver... —Sacó su móvil del bolsillo con cuidado extremo para no lastimarme.

—Mi abuelo no es tonto, se dará cuenta de que no estoy bien.

—Actúa, al fin y al cabo, ya estás acostumbrada. —Le puse la mirada más asesina que mi ojo a medio abrir me permitía. Tanto esfuerzo para nada, ya que no podía verme.

A Borak no le importaba hacer comentarios mordaces a mi costa, no tenía pelos en la lengua, eso me gustaba. Pese a estar semimuerta en una camilla, seguía siendo el mismo de siempre, restregándome la verdad en la cara en vez de darme mimos y consuelo. Era el primero que me había hablado como si nada hubiese pasado, no por obviar el tema, sino por tratarlo de forma simple y coloquial; mostrando las cartas que me quedaban para seguir jugando.

—Abuelo —saludé cuando escuché su voz.

—Dabria, mi niña, ¿eres tú? —Pareció aliviado.

—Claro, *ded*, no ha sido nada, ya estoy como nueva. —Las lágrimas volvieron a inundar mis ojos.

Tras pocos, pero intensos minutos de conversación, colgué el teléfono. No podría seguir hablando con él sin derrumbarme. Empecé a llorar de nuevo.

—¿Te quedarás hasta que me duerma? —le pedí a mi amigo.

—Me quedaré todo el tiempo que necesites.

La conexión que teníamos ya era especial antes y, con lo sucedido, se había afianzado más. Fue el único que estuvo a mi lado, que vio lo que me hicieron, que sabía realmente lo que me había pasado.

Fue el único que no dudó de mí, el único que no necesitó tiempo para asimilarlo, el único que no me echó en cara mis actos. Siguió siendo tan leal e incondicional como antes de saber la verdad, eso era algo que no podía olvidar. No podía olvidar que había valorado mi amistad por encima de todo, que había relegado lo demás a un segundo plano.

Lo primordial había sido yo, salvarme a mí, el resto era secundario e insustancial.

MIKI

Entré al Hera con las manos hormigueando de emoción. Pedían sangre. Pedían dolor. Pedían venganza.

Al llegar a la barra, vi a tres hombres bebiendo con total tranquilidad. Los conocía. Al verme, los ojos se les abrieron con sorpresa y temor. No sabía cómo se las había arreglado Borak para traérmelos, pero me había ahorrado el trabajo de ir en busca de ellos uno por uno. Sabía que no lo hacía por mí, lo hacía por ella.

Zoria no había formulado ninguna pregunta, se había limitado a llamar a algunos de nuestros hombres para asegurarse de que no tendríamos ningún contratiempo.

—Vaya, vaya, vaya —saludé con una sonrisa.

—Mikhail, ¿qué haces aquí? —Dominik, fiel secuaz de Dusan.

—No sabíamos... —dijo Boleslav, fiel amigo de Mikola. Llevaba trabajando para los Kovalenko años.

—Hemos venido a unirnos a la fiesta —respondió Zoria.

—¿Podemos acompañaros a una copa? —pregunté yo de manera cordialmente falsa.

—Por supuesto —respondió otro removiéndose incómodo en la silla. Se olía algo,apestaba a trampa.

Zoria y yo nos sentamos y nos servimos un trago. Esperamos el tiempo necesario para caldear el ambiente de nervios, incertidumbre y temor hasta volver a hablar.

—Boleslav, ¿para quién trabajas? —le pregunté.

—Para los Kovalenko, Mikhail —respondió con seguridad.

—¿Y quién es el jefe de los Kovalenko, Dominik? —le pregunté a su compañero, que no había dejado de alternar la mirada entre mi primo y yo—. ¿Puedes recordárselo a tu compañero?

—Su padre, el señor Egor Korsakov.

—Bien, muy bien —los halagó Zoria haciendo girar el vaso en la mano de forma desinteresada.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de que no nos avisarais de que habíais capturado una presa? —pregunté tranquilamente.

—Pues...

—Nosotros cumplíamos órdenes —se defendió el primero, nervioso.

—No mías, si no me equivoco, ¿o sí?

—No, Mikhail.

—¿De mi tío? —preguntó Zoria esa vez.

—No, Zoria —respondió el segundo sin dejar de mirar a mi primo con cautela. Estaban esperando que saltáramos, sabían que lo haríamos. Saltaríamos.

—¿Os divertisteis? —preguntó Zoria—. ¿Quién fue el primero en follársela?

—No sé...

—Responde a lo que mi primo te ha preguntado, Dominik —le ordené—. ¿Fuiste tú?

—No, fue él —respondió señalando a un árabe sentado a su lado. No se había unido a la conversación, se había limitado a observarnos. No estaba seguro de que hablase nuestro idioma, siquiera—. Yo fui el tercero.

No dejé que sus palabras me afectasen, apreté la mandíbula y continué:

—Entonces, tú serás el tercero en morir. —Señalé a Dominik con la copa—. Y tú el primero —informé señalando de la misma forma al árabe.

—No tenéis órdenes de tocar a la chica; sin embargo... —Boleslav interrumpió a Zoria.

—Era una poli, una traidora, no era más que una zorra. —Escupió las palabras a trompicones, intentando alcanzar la meta que lo exonerara de toda culpa. Una meta que no existía.

—Es, la chica está viva —lo corrigió Zoria con un deje de felicidad que solo yo pude reconocer—. No vuelvas a interrumpirme.

—Imposible. Eso no puede ser —negó el árabe en un ruso de lo más pobre.

—Es cierto —aseguré—. Antes de empezar, quiero que sepáis que violasteis, golpeasteis e intentasteis matar a mi mujer. —Los observé uno a uno detenidamente—. Eso tiene un precio.

—Mikhail, ella... —me interrumpió Boleslav.

—Ella es mi vida, y vosotros habéis intentado quitármela.

—No sabíamos eso, señor. Lo único que sabíamos era que era poli y... —intentó excusarse Dominik.

—No me interesan las excusas. —Me levanté despacio y me paré enfrente del árabe.

Rompí el vaso en su cara. La sangre brotó mientras intentaba quitarse el cristal clavado en un ojo. Los otros dos se quedaron estáticos en la silla. Nos miraron con terror, primero a mí y luego a Zoria, que los apuntaba con la pistola, al igual que dos de nuestros hombres situados a pocos metros de nosotros.

—Mikhail, no tiene por qué ser así —dijo Dominik.

—Tendría que ser peor.

Cogí el cuchillo que me lanzó Zoria al vuelo y se lo clavé en las pelotas al árabe, que no dejaba de gemir de dolor. Gemidos que eran música para mis oídos.

—No violarás a nadie más. —Deslicé con fuerza la hoja por su entrepierna.

—Basta, basta... —pidió.

—Vaya, qué rápido súplicas. —Arrugué la frente en desaprobación.

Agarré una de sus manos y la doblé hasta que sentí los huesos crujir, la respuesta fue otro alarido de dolor. No me detuve, saqué el cuchillo de su entrepierna y lo apunté al estómago. Otro grito que no fue más que un incremento de decibelios. Por último, seccioné con él la arteria femoral y dejé que se desangrase.

—Tú has dicho que fuiste el tercero. —Señalé a Dominik—. ¿Tú has sido el segundo, entonces? —le pregunté a Boleslav.

—No, fue Mikola. —Tragó con fuerza.

—Bien, pues es tu turno. —Alcé el cuchillo y lo dejé caer sobre los dedos de Dominik, que descansaban en el reposamanos. Él aulló de dolor y se agarró la mano, sin cuatro dedos, contra su

pecho—. Nadie tenía derecho a tocarla, ¿lo entiendes?

—Sí, sí, sí. —Estaba aterrado, no tardaría en cagarse en los pantalones.

—No solo acabasteis con ella, también acabasteis con mi niña. Iba a ser padre de una hermosa niña. —Clavé el cuchillo en su entrepierna, como había hecho con el árabe—. Pero vosotros la matasteis.

Cuando me pareció suficiente, pasé al último, al más aterrado de los tres por ver cómo habían acabado sus compañeros. Zoria no se inmutó, se mantuvo en su sitio con la pistola en una mano, no se molestaba en apuntarlo, hacía girar la susodicha con aburrimiento mientras con la otra agarraba la copa.

Al acabar con la vida de los tres me sentí un poco mejor. Tomé un vaso y lo llené de vodka, para vaciar su contenido de un trago.

—Lo has dejado todo hecho un asco —observó mi primo levantándose del sofá.

Era cierto, todo estaba perdido de sangre y algún miembro amputado y cristales rotos ayudaban en la decoración.

—Vamos, tengo que ducharme antes de volver al hospital.

—Sí, ambos. —Señaló su ropa teñida de motas rojas.

Todavía me faltaba acabar con uno. Ese no era tan fácil, iba a tener que esperar. Pero llegaría. Mikola moriría.

MIKI

En la siguiente visita tampoco me dejaron pasar. Lo poco que había conseguido sentirme mejor matando a esos malnacidos se evaporó al ver alejarse a Borak y Nitca por el pasillo.

No tenía derecho a reclamarle nada, yo había sido el malo de la película.

¿Cómo decirle a la persona que más querías que no habías sabido cuidarla? ¿Cómo decirle que te perdonase cuando ni uno mismo sabía por cuántas cosas le debería pedir perdón? Porque cuando darías tu vida por ella corriste en la dirección contraria, como un niño asustado.

Cuantos más días pasaban, menos hablaba Dabria; cada vez parecía más sumida en sus pensamientos, en su dolor. No había intentado hablar con ella de nuevo, pero me acercaba a verla desde la entrada sin que ella se diera cuenta, de todas formas, pasaba la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados. Pensaría que estaba durmiendo si no asintiera o negara con la cabeza cuando alguien le hacía alguna pregunta. Nitca, Aleksei y Borak eran quienes más intentaban hacerla hablar, pero ella respondía con simples monosílabos o con pequeñas frases, cuando a mi parecer le dolía la cabeza de tanto movimiento.

Empecé a entender la afinidad que sentía con el tercero, era al único a quien le permitía tocarla o abrazarla. Me dolía que fuera así, pero quería que alguien aliviara su sufrimiento, aunque ese alguien no fuera yo.

Cuando abría los ojos tenía la mirada perdida, ausente, llena de sufrimiento. Cada día me preocupaba más que no se recuperase, más bien, que ni lo intentase.

—La trasladaremos mañana a una habitación —me informó el médico—. Allí estará mejor y podréis estar con ella todo el tiempo que queráis.

—Doctor. —Aproveché que estábamos solos en el pasillo—. Al principio parecía estar mejor que ahora. Cada vez habla menos, se ve... destrozada, no por los golpes, sino por dentro.

—Es normal, Mikhail. Los primeros días estaba bajo los efectos de la anestesia, demasiados calmantes y pastillas para dormir. Ahora, su cuerpo va recuperándose, a medida que ella se sume en un estado depresivo. Con el tiempo, puede...

—¿Puede? —Habían pasado tres semanas. ¿Cuánto tiempo se suponía que debería esperar para que se cumpliera ese «con el tiempo»?—. ¿Me estás diciendo que es posible que parezca un cuerpo sin alma para siempre? —pregunté aterrorizado.

—Podrías llamarlo así. —Filipp meneó la cabeza—. La experiencia que vivió fue terrible, es normal que necesite tiempo, es normal que...

—Algo se podrá hacer.

—Me temo que no, ahora depende de ella. Puedo recomendarte algún psiquiatra; aunque, en mi opinión, lo mejor es que la ayudéis vosotros.

—¿Cómo? ¿Qué tenemos que hacer?

—Empezad tratándola como siempre, dejad lo que pasó en el pasado y ayudadla a reincorporarse al presente. Cuanto antes vuelva a la normalidad, mejor.

Gesticulé varias veces para replicar y, finalmente, cerré la boca porque no sabía qué coño decir.

—Os gritará, insultará, incluso os arrojará cosas si se le presenta la oportunidad. Eso sería fantástico, necesita sacar todo lo que tiene dentro para empezar a sanar.

—De acuerdo.

Esperé una semana más para entrar a verla. Un mes entero, tiempo más que suficiente. Hasta ese momento había respetado su decisión, bueno, en teoría no, aunque ella no lo sabía.

—No sé si es buena idea, Miki —me regañó Laryssa.

—Que me lance el mando de la televisión a la cabeza si quiere, pero voy a entrar —le aseguré a mi hermana caminando por el pasillo hacia la habitación.

—Ojalá te lance la jarra de agua si así se siente mejor —se burló Borak con una media sonrisa. Sí, seguía allí. De hecho, pasaba más tiempo en el hospital que en su casa. Y si mi familia fuese la suya, yo habría hecho lo mismo.

—Vete a la mierda, ¿quieres? —Ni caso, se encogió de hombros y continuó mirando su teléfono.

Abrí la puerta y me acerqué.

Las heridas iban mucho mejor, sus ojos ya no estaban tan hinchados y le habían quitado la mayoría de los puntos superficiales. Las heridas del látigo y el corte en la cara tardarían un poco más, así como un pie, que todavía seguía vendado. Las de dentro eran de otra guisa.

Estaba sentada en la cama, Nitca y Galina la acompañaban una en cada borde, y Aleksei en una silla enfrente.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, fue como si atravesase el cielo. Nunca había visto unos ojos así, de un azul grisáceo tan intenso y cristalino a la vez. Su color plata se oscureció hasta tomar el tono de las nubes cuando iba a llover. Di por hecho que era por la rabia de verme entrar de nuevo a invadir su espacio. Su mirada completamente fría me atravesó el alma, provocando que un escalofrío me recorriese desde la punta de los pies hasta el último pelo de la cabeza. La diferencia y a la vez la semejanza más grande entre los ojos de Dabria y los de Babette no era el color, era la expresión, el brillo, el alcance de su mirada. El verde de Babette transmitía alegría, seguridad, deseo; mientras que en los de Dabria solo apreciabas dolor, angustia y tristeza.

—¿Qué haces aquí? —Su voz ya no sonaba ronca, pero noté el mismo desprecio.

—Tenemos que hablar —respondí lo más tranquilo que pude.

—No tengo nada que decirte.

—Pues yo sí.

Nitca, Galina y Aleksei se miraron, asintieron y se levantaron.

—Os dejamos un rato —se despidió el último posando una mano en mi hombro.

Ella no contestó, siguió observándome casi sin pestañear. Me acerqué a la cama y me senté en el borde, tal como estaba Nitca, frente a ella.

—Te he dicho que no quería verte —me dijo enfadada, pero sin levantar la voz.

—Necesito explicarte...

—Lo tengo todo muy claro.

—Dame una oportunidad —pedí.

—¿Por qué habría de hacerlo? Tú no me la diste a mí.

—Entonces no cometas el mismo error que yo. Escúchame.

—Me temo que yo no puedo salir corriendo como hiciste tú. Estoy en desventaja —atacó. Sus palabras me revolviéron el estómago.

—Sé que he cometido muchos errores, lo sé, pero te quiero. —No despegué mis ojos de los suyos para que viese que lo que decía era cierto—. Nunca he dejado de hacerlo.

—¿Importó eso alguna vez, acaso? ¿Fue motivo para evitar que me odiaras? ¿Que me despreciaras? —Tragué fuerte para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Sí, importó, por mucho que me empeñase en evitarlo. El amor que sentía por ti se ponía en primer lugar.

—Déjame, luego, discernir de tu forma de amar.

—Perdóname. Quiero que vuelvas a ser mía como yo siempre seré tuyo, quiero que tu dolor sea mi dolor, pues la tristeza pesa menos entre dos, quiero verte sonreír y gritar, arrugar la nariz de esa manera tan rara cuando algo no te gusta y abrazarme con la mirada cuando tienes ganas de besarme. Quiero que todo vuelva a ser como antes. —Pestañeó varias veces antes de responder.

—Nada será como antes, porque la chica que te amaba, a la que tú conociste como Babette, ha muerto.

—Estás equivocada, sigue ahí. —Señalé su corazón sin llegar a tocarla—. Siento mucho todo lo que te he hecho, quiero arreglarlo.

—Se puede arreglar algo que está estropeado, no algo que está roto. Yo me rompí en mil pedazos, Miki.

—Déjame ayudarte. —Mi tono se estaba convirtiendo en una súplica.

—¿Dónde estabas cuando me golpeaban? ¿Cuándo me violaban uno tras otro? ¿Cuándo me marcaron como a un animal? ¿Cuándo me golpeaban con el látigo? ¿Dónde estabas cuando sentí cómo mi pequeña perdía su vida en mi vientre? —Las lágrimas salieron de sus ojos, las dejó resbalar hasta perderse en la curva de su cuello—. ¿Dónde coño estabas, Miki? —Su voz era dura, fría, cargada de rencor—. ¿No querías ayudarme ahí? ¿O es que todavía estabas librando la batalla amor odio que tenías en mi contra? Pues déjame decirte que ya no importa dónde estabas, que ya no me importa si tu amor ha ganado la guerra. —Esa vez era ella la que no desviaba la mirada, para dar más veracidad a sus palabras.

—Lo siento, lo siento muchísimo, siento la pérdida de nuestra niña tanto como tú. —La alarma sonó en mi cabeza al ver su expresión. Abrió los ojos con sorpresa y luego los achicó, como un león antes de atacar.

—No te atrevas a decir eso, ni siquiera sabías que existía; mientras que yo la llevé cuatro meses dentro de mí, sintiéndola crecer día a día.

—Cierto. Mi dolor no se compara al tuyo, pero duele. Si me perdonaras... —Intenté alcanzar su mano, que separó rápidamente al darse cuenta de mi intención.

—No te lo mereces. —Pestañeó rápidamente para evitar continuar llorando—. No lo mereces. Yo estaba dispuesta a dar mi vida por ti y tú estabas dispuesto a matarme.

—Eso no es cierto, nunca lo habría hecho. —Negué lo que parecía obvio, ya que era tan cierto que la había encañonado con mi arma como que me llamaba Mikhail.

—No me importa, tú mataste mi amor por ti aquel día y ellos mataron el resto.

—No estás muerta, Dabria.

—No quiero hablar más, es demasiado tarde para arrepentirse.

—No podré soportarlo, no puedo imaginarme una vida sin ti, duele demasiado. —Fue mi turno de pestañear para evitar las lágrimas.

—Créeme, yo sé hasta dónde. Duele en el corazón. —Posó la mano sobre él—. En la piel. —Se acarició un brazo—. En el alma. —Esa vez posó ambas manos sobre su pecho—. Le arrebataste el sentido a mi vida. Hasta que llegó mi pequeña, estaba perdida sin saber qué rumbo coger. Ella me dio un motivo para luchar.

—Todavía tienes que luchar.

—Te equivocas, mi barco perdió el timón, naufragó en la tempestad de un mar bravío.

—Si me querías tanto como decías, todavía tiene que quedar algo de ese amor —intentaba convencerla de algo que ya había decidido. Sentía su determinación, no se retractaría.

—Ese amor del que tú hablas me destruyó, ardía tan fuerte dentro de mí que acabó arrasándolo todo a su paso. —Sus palabras se me clavaron como espinas.

—No puedes dejarme, te necesito.

—Recuerda tus palabras, Miki: no puede añorarse algo que nunca ha existido. —Sentí los ojos humedecerse de nuevo. Los refregué con la manga de la camiseta, no era momento para ponerme a llorar.

—No lo decía en serio, nada era verdad. Estaba cegado por la rabia, me sentía perdido sin ti, no sabía cómo actuar. Quería creerte, pero estaba herido, mis actos se guiaban por el dolor y la rabia.

—No te importó en absoluto que yo lo dejara todo por ti, que antepusiera mi propia vida para construir una nueva a tu lado. No me importó amarte, pese a que representabas todo lo que siempre había odiado, ¿sabes por qué? Porque fui una necia al pensar que nuestro amor era más fuerte que todo.

—Quería que pagaras por haberme engañado, por haber jugado conmigo, quería que sufieras como yo lo estaba haciendo —confesé con tristeza. Me había dado cuenta demasiado tarde de que una *vendetta* no era lo que me haría feliz.

—Pues ya lo he hecho, más de lo que merecía. Puedes estar contento, tu sueño se ha hecho realidad, Mikhail: estoy destrozada.

—Te equivocas, nunca he soñado esto. —Negué con la cabeza. Era cierto, aunque quise odiarla, lastimarla nunca formó parte del plan—. Sé que he sido un estúpido, joder, que lo he hecho todo mal. —Mi voz sonaba cada vez más desesperada—. Sé que te destruí, y sé también que me destruí a mí mismo, porque lo eres todo para mí.

—Te mueves por la culpa, sientes lástima de mí, pero yo no quiero ninguna de ellas.

—Te equivocas otra vez, Dabria —la contradije—. Me muevo por el amor, el inmenso amor que siento por ti, el mismo que tú dijiste sentir. Ese amor capaz de arrasarlo todo, como el fuego. ¿No se merece acaso otra oportunidad?

—No quedan ramas, troncos o viento capaz de avivar las llamas. Solo quedan las cenizas.

—Entonces, no todo está perdido. —Iba a convertir esas palabras en realidad costase lo que me costase.

DABRIA

No entendía el significado de sus palabras, pero tampoco quería preguntar. Hablar con él incrementaba todavía más mi dolor. Verlo delante de mí suplicándome, rogándome que lo perdonase; mi corazón no estaba preparado para eso. Parecía un hombre abatido, sumido en la tristeza. Nunca lo había visto así, no parecía el mismo Miki que yo había conocido: seguro, perseverante y terriblemente cautivador, en ese momento se veía perdido, completamente perdido.

Nos quedamos en silencio un rato, no tenía ganas de hablar ni de escuchar, pero sabía que hasta que no dijese todo, no se iría.

—Te quiero, Dabria —susurró—. Te quiero tanto que me aterra perderte.

Había soñado millones de veces con esas tres palabras, imaginando el sonido de mi nombre en su voz, sin embargo, ya solo me producía dolor, nostalgia, pena y rabia por lo que pudo haber sido y no fue. No podía estar cerca suya, me traía demasiados recuerdos.

—Miki.

—Dime, mi pequeña. —Me miró tan intensamente a los ojos que se apreciaba un halo brillante conectando nuestras miradas.

—Vete. —Más que una orden, era una petición.

—Dabria... —Cerró los ojos, como si estuviese soportando un fuerte dolor.

—No quiero volver a verte. —Pestañeé rápidamente antes de que las lágrimas se deslizaran de nuevo por mis mejillas.

No dijo nada, se limpió los ojos con la manga de la camiseta y se fue.

Empecé a sollozar. Lloré, lloré y lloré hasta que finalmente me quedé dormida.

MIKI

Las lágrimas corrían por mis ojos, el dolor fluía por mi sangre, el sufrimiento se instaló en mi alma al tiempo que me tambaleé por la impotencia. Me dejé caer al suelo sollozando con la cabeza entre las piernas. Sentí unos brazos rodearme, abrazarme con fuerza.

—Calma, Miki. —La voz de mi mejor amiga sonó amable esa vez.

—Me odia, Nit —balbuceé.

—Shhh —dijo acariciándome.

—Por mi culpa, todo es por mi culpa.

—No vuelvas a decir eso, eres culpable de muchas cosas, idiota, por no ver antes que no puedes vivir sin ella. En cambio, esto... tú no tienes culpa de esto, no quieras echarte más mierda encima.

—La estoy perdiendo, Nit. —Confesar mi mayor temor en voz alta era peor, lo hacía más real—. Siento cómo se escurre entre mis brazos.

—Está sufriendo, dale tiempo.

—Sé que tú también lo ves, no me mientas. Nunca me perdonará.

—Dejemos que primero se perdona a sí misma —respondió evasiva—. Nunca volverá a ser la de antes, pero sé que encontrareis un modo de vivir lo mejor posible. Tengo esperanza. —Suspiró—. Creo en ella y creo en ti.

Lloré hasta que mis ojos dejaron de echar agua. Una vez me hube calmado, los gemelos me acompañaron a casa, necesitaba una ducha.

No me sentó mal, aunque esperaba que todo el dolor lo arrastrara el agua por el desagüe. No fue así, las cosas no eran tan sencillas. Me vestí con un chándal y bajé al salón, donde mis primos me esperaban estirados en el sofá.

—¿Adónde crees que vas, Miki? —preguntó Zoria cuando cogí las llaves del coche.

—Al hospital —respondí como si fuese obvio.

—Esta noche no, necesitas dormir —dijo Murik serio.

—Estoy bien.

—¿Cuánto tiempo llevas sin dormir en una cama? —preguntó Zoria—. ¿Cabeceando en una silla?

—Estoy bien —repetí.

—Esta noche dormirás aquí, así tengamos que meternos contigo en la cama uno por cada lado, como cuando éramos críos —me amenazó Murik.

Me dejé caer en el sofá, en medio de ambos, los gemelos sonrieron satisfechos. Recosté la cabeza en el respaldo y el sueño no tardó en apoderarse de mí.

Me desperté sobresaltado, bañado en sudor y con la misma imagen que llevaba más de un mes atormentándome: yo, con mi pequeña en brazos, llorando porque era demasiado tarde.

Miré el reloj, eran las cinco de la mañana. Me levanté del sofá y subí a mi cuarto sin hacer ruido, no quería despertar a mis primos, que dormían en el otro sofá. Sabía que no dormiría más esa noche, así que me di una ducha y me dirigí al hospital.

DABRIA

—Dabria. —Reconocía esa voz. La había escuchado continuamente.

—¿Sí, doctor? —Abrí los ojos.

—Mañana te haremos una revisión general. Si las heridas van como creo, podrás irte a casa a finales de semana —me informó con una sonrisa amable.

—Bien.

—¿Necesitas algo? —Cada día la misma pregunta.

—No, doctor. —Siempre la misma respuesta.

Dos días más tarde, el doctor entró en la habitación seguido de Miki, supuse que me daría los resultados de las pruebas. Nitca, Galina y Laryssa estaban conmigo. Ignoré la presencia de Miki y miré al médico esperando a que hablase.

—Dabria —comenzó con voz pausada—. Tal como creía, estás mucho mejor. Tus costillas tardarán en curarse del todo, el pulmón va sanando bien, los desgarros te darán un poco la lata, al igual que las heridas de tu espalda; por el resto no debes preocuparte, excepto por una cosa. —El médico miró a mis acompañantes—. No sé si... ¿prefieres que se marchen?

—Continúe, ellas son mis amigas. —Se quedó mirando a Miki—. No se moleste, él no nos hará caso a ninguno de los dos —respondí sin darle importancia.

—Verás, tu útero ha sufrido demasiado, lo más probable es que no puedas tener hijos.

—Bien. —No cambié de expresión, me mantuve serena y fría ante las palabras del doctor.

—No estamos seguros, puede que con el tiempo o un tratamiento a largo plazo...

—Déjelo, no hace falta estudiar una carrera para saber que era lo más probable.

—Lo siento, de veras. —Me miró con lástima antes de salir de la habitación. Lástima era uno de los sentimientos que más había visto en las miradas a mi alrededor y, sin duda, el que más odiaba.

Miki se quedó estático apoyado en la pared, estaba segura de que no se había movido un pelo desde que había entrado.

—Ya puedes irte, Miki. —Hice un gesto con la mano señalando la puerta.

Salió del cuarto sin abrir la boca.

—Di algo —me pidió Nitca.

—No tengo nada que decir.

—Grita, llora o patalea, pero haz algo —añadió Galina.

—Estoy bien.

—No puedes seguir guardándotelo todo para ti, acabará contigo —dijo Laryssa.

—Ya estoy acabada —respondí tranquila.

—Pues nosotras estamos cansadas de ver cómo te rindes, esa no eres tú. —Sabía que Nitca se refrenaba para no gritarme, pero me daba igual. Respondí con el mismo tono tranquilo:

—La chica que conocisteis nunca volverá.

—No me cabe duda de que has sufrido más de lo que puedo siquiera imaginar, pero no permitiré que seas tú quien destroce tu vida. —Nitca subió el tono, debía pensar que no le hacía caso porque no escuchaba bien—. Ellos lo intentaron y no lo consiguieron, no les des el gusto de acabar tú misma su tarea. Es de cobardes.

—Podrías detener un maremoto si te lo propusieras, no intentes ahogarte en un charco. —

Laryssa se unió a la causa.

—¿Cobarde? ¿Te imaginas al menos lo que estoy viviendo? —Primero centré mi mirada en Nitca, luego la paseé por las otras dos—. ¿Tienes idea de lo que duele? Ninguna tenéis ni puta idea, así que no vengáis hablándome de valor, de vida o de amor porque no me importa. No quiero nada de eso.

—Mentira, no lo dices en serio. —La tercera mosquetera se unió al trío. Yo cada vez me ponía más nerviosa.

—Qué sabréis vosotras, acostumbradas a vivir en una burbuja donde no se os puede romper ni una uña. ¿La verdad? ¿Queréis saberla? La verdad es que no quiero sentir porque si me permito ese lujo, el dolor me deshará. ¿Pensar? Lo único que ocupa mis pensamientos es mi niña muerta. ¿Imaginar? Solo sueño con una cosa: disparar entre ceja y ceja a cada hombre que me violó, colgar de las pelotas a Mikola y esparcir los sesos de Asad por toda Rusia —acabé gritando a pleno pulmón.

Mis tres amigas me miraron, entre preocupadas y aliviadas a la vez.

—No permitiré que sigas actuando como una mártir. Te sacaré a rastras si es necesario, te chillaré cosas que no quieres escuchar. No me importa porque, cuanto más lo haga, más te quiero —respondió Nitca gritando también.

—Largaos —dije en tono serio.

—Tú no dejarías que nos rindiéramos —intervino Galina.

—Quiero estar sola. —Pestañeeé para no dejar las lágrimas caer, gesto que hacía mucho últimamente.

—Dicen que cada uno tiene el destino escrito, que no dejan este mundo hasta cumplir su cometido, que estés aquí significa que no has cumplido el tuyo. —Nitca siguió a las otras dos afuera de la habitación. Se detuvo al escuchar un fuerte sollozo, me miró y se arrojó a mis brazos justo cuando rompí a llorar.

—Estoy aquí, a tu lado.

Lloré y lloré y lloré... hasta quedarme dormida.

Me desperté bien entrada la noche. La habitación estaba a oscuras, me incorporé para comprobar quién se había quedado esa noche.

—Aleksei. —Ni caso—. Aleksei —intenté más alto.

Esa vez abrió los ojos sobresaltado.

—¿Qué ocurre, Dabria?

—Te he dicho miles de veces que te fueras a casa.

—Y puedes decirlo mil más sin conseguir nada. —Se cambió de postura en el sofá, aunque esa no parecía más cómoda que la anterior.

—No me gusta que duermas en ese sofá. No parece muy cómodo.

Desde que había salido de la UCI, mis amigos se turnaban para pasar la noche conmigo.

—Ja, ja, ja. —Sonrió—. Esto es la cama de un rey comparado con la silla en la que duerme Miki.

—¿De qué hablas? —Arrugué el entrecejo sin comprender.

—Tu galán duerme todas las noches en una silla de la sala de espera. No sabes lo incómodas que son.

—¿Por qué me lo cuentas? ¿Quieres que sienta pena por él? —le pregunté molesta.

—En absoluto. —Colocó los brazos detrás de la cabeza y cerró los ojos.
—No me compadezco de él ni tampoco de ti. Imbéciles —solté entre dientes.
—Le deseo que descanse en su plácida y mullida cama, majestad —se burló. Podía notar cómo aguantaba la risa.
—Claro que lo haré. —Me di la vuelta, enfadada.

«No, no, por favor, nooo. Ahhh».

Siento su aliento a tabaco y alcohol en mi cara. Me separan las piernas con brusquedad. Me embisten, una, dos, tres... Luego otro... tres, cuatro, el siguiente... Nooo. Me hago un ovillo en el suelo, intento proteger a mi pequeña. Mi niña, no, mi niña, no. Siento la sangre caliente correr por mis piernas.

—Tranquila, Dabria. Soy yo. Aleksei.

Abrí los ojos. Mi amigo estaba preocupado. Mi cara estaba bañada en lágrimas y mi corazón latiendo desenfrenado. Estaba sentado a mi lado con una mano sobre mi hombro, de zarandearme para despertarme. Respiré profundamente, me incorporé en la cama y sentí el sudor frío correr por mi nuca.

—Solo ha sido una pesadilla —me consoló.

—Estoy bien. Estoy bien —dije cogiendo aire.

Mentira. Cada vez que cerraba los ojos los recuerdos me invadían, no era una pesadilla, revivía lo sucedido una y otra vez. Eso no me había pasado hasta hacía unos días. Al principio los recuerdos me asaltaban, sí, pero de forma diferente; cuando dormía, no sentía nada, me sumía en un profundo letargo hasta que despertaba. «¿Por qué vienen a mí con tanta intensidad ahora?».

—Mañana se lo comentaremos al médico. —No era la primera vez que lo asustaban mis chillidos. Asentí y me quedé mirando al techo, tenía miedo de cerrar los ojos y que volvieran a empezar.

—Dabria —me dijo el doctor la mañana siguiente—. Aleksei me ha dicho que tienes pesadillas.

—Desde hace unos días. No es una pesadilla, revivo lo sucedido una y otra vez: el miedo, el dolor, la impotencia... una y otra vez, una y otra vez.

—Es normal, las pesadillas son más fuertes cada vez porque estamos disminuyéndote la medicación. Debes acostumbrarte a dormir sin pastillas, enfrentarte a ellas.

—Hasta suena fácil de la forma en la que lo dice. Son horribles, doctor. —Lo miré acusadora—. ¿Y si no desaparecen?

—Con el tiempo, lo harán; de momento, es mejor que te vayas acostumbrando.

—¿Acostumbrarme?

—No me malinterpretes, Dabria —se apuró a explicarme—. Las pesadillas no son más que una prueba de la realidad. Déjalas atrás, sé más fuerte que ellas.

—Tengo miedo.

—Me preocuparía si me dijeras lo contrario. Puedo recomendarte algún profesional.

—No estoy loca.

—Desde luego que no. Aunque he visto locos más cuerdos —bromeó. Incluso el médico hacía bromas a mi costa, debían de creer que me animarían—. Antes de darte el alta te haré otra

transfusión, tienes la hemoglobina por los suelos.

—Bien.

—No está bien, intenta comer algo, apenas has probado bocado en todo este tiempo.

—No tengo apetito.

—Seguramente sea más apetecible comer a la fuerza que la sonda. ¿No te parece?

—Desde luego —respondí de mal humor.

Las pesadillas iban a peor. Nitca, Borak y Aleksei eran los que se quedaban por las noches, no había dicho nada al respecto, todos sabían que con ellos había ciertas cosas con las que me sentía más cómoda, sobre todo con el segundo. Me despertaban, me cogían la mano o me acunaban hasta que me dormía de nuevo; excepto Borak, que dormía conmigo en la cama. Me tranquilizaba saber que estaba a mi lado, aunque no lograra relajarme del todo.

Miki había vuelto un par de veces a mi habitación, pero me había hecho la dormida antes de que hablase, con eso conseguía que se marchase.

El viernes entró de nuevo, no pude hacerme la dormida porque Filipp estaba a su lado.

—Buenos días, Dabria. —Ambos parecían más contentos de lo normal.

—Hola.

—Mañana podrás irte a casa.

—A casa. Mañana volveré a casa. —La nostalgia de mis palabras apuró al médico a explicarse mejor.

—No quieras ir tan rápido. —Sonrió—. Te doy el alta, pero tienes que permanecer en Rusia, aquí. Nos veremos al menos una vez por semana durante un mes; después, valoraremos.

—Mi hogar no está aquí. —De repente, la tristeza hizo mella en mí.

—Puedes quedarte aquí si lo prefieres —bromeó.

—Será bueno respirar aire puro y no tener que aguantarlo en todo momento dando órdenes. — Sonreí con burla.

—Come y descansa, haz caso de lo que te digan, y si necesitas cualquier cosa, no dudes en venir. —Luego se giró para dirigirse a Miki—. Vigíla y cuidala, no dudes en regañarla si no te hace caso, es muy cabezota.

—No se preocupe, a cabezón no hay quien me gane.

¿Qué coño significaba eso? Antes de que Miki alcanzase la puerta, le grité:

—¡Oye! ¿A qué se refiere? ¿Por qué coño te ha dicho a ti qué tengo o no que hacer?

—Seré quien cuide de ti, te vienes para mi casa —me respondió desde donde estaba.

—Aha... —Negué con la cabeza—. De eso nada, yo me voy a mi apartamento.

—No te estaba preguntando, pequeña.

—¡No tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer! —Estaba enfadada. Con el médico, con él, con el mundo entero.

—No voy a permitir que nada te pase, tu bienestar no es cuestionable para mí. —Salió por la puerta sin esperar mi respuesta.

—¡Estúpido! ¡Te odio! ¡Escúchame bien, Mikhail Korsakov! ¡Te odio, te odio, te odio! —Me dejó con la palabra en la boca, así que le chillé.

—Es bueno saber que aún despierto algún sentimiento en ti.

Maldito fuera, estaba en la puerta escuchándome. No le importaba mi convalecencia. De hecho, podía jurar que se estaba riendo de mí pegado a la pared del cuarto.

—¡No iré a tu casa, ¿lo entiendes?! —Esa vez no hubo respuesta a mis chillidos—. ¡Maldito seas! ¡No puedes obligarme, pedazo de imbécil!

¿Quién se creía? Lo odiaba, malnacido. Temblaba de rabia. Si volvía a entrar en la habitación, juraba que le lanzaría la jarra de agua. Se la estamparía en su bonita cara y después sería yo la que me burlase de él. No me importaba que estuviese actuando de forma infantil e irracional, yo no quería ir a su casa. Quería irme a la mía. Llevaba encerrada en el hospital más de un mes y pasaría a estar encerrada en la mansión Korsakov, con su hijo persiguiéndome como Casper.

Dabria

Por la mañana, cuando la enfermera estaba haciéndome las curas de la espalda, tocaron a la puerta.

—¿Sí? —respondí yo levantando un poco la cabeza para que la voz sonase inteligible y no de borracho de seis días.

—Soy yo. —Mierda.

Mi cuerpo se tensó. No quería que entrase, nadie había visto mi cuerpo magullado, menos quería que él lo hiciera.

—Ahora no, Miki —alcé la voz para que pudiera oírme.

—Te traigo ropa para que te cambies, ya podemos irnos a casa. —Sonaba feliz. No recordaba la última vez que lo había escuchado tan emocionado.

—¿Puedes cogerla tú? —le pedí a la enfermera—. No quiero que entre.

—Desde luego. —Se levantó y entreabrió la puerta, cuidándose de plantar su cuerpo de manera que no se me viera ni un milímetro de piel.

—Cuando esté lista, avísame —le ordenó Miki a la enfermera.

—Descuide. —Le cerró la puerta en las narices, ¡olé!—. Su novio es muy insistente —comentó volviendo a mi espalda.

—No... —¿Qué más daba si pensaba que era mi novio? Quizá mejor eso a que lo tachasen de acosador—. Sí, demasiado sobreprotector.

Tras salir la enfermera por la puerta, entraron Miki y Laryssa. Seguramente habían estado plantados en el pasillo esperando.

—¿Preparada? —preguntó mi excuñada con una tímida sonrisa.

—Quiero irme a mi apartamento.

Después del berrinche del día anterior me había pasado la noche meditando. Había llegado a la conclusión de que no valía de nada oponerme, me llevaría a su casa a la fuerza si era necesario. Eso sí, iba a dejar claro en todo momento que no era lo que yo quería.

—Me temo que eso no es posible. —Miró de reojo a su hermano—. Estarás como en casa, ya lo verás.

—Está todo listo, Dabria, cuando quieras podemos irnos —me informó Miki.

—Estoy deseándolo —respondí con sarcasmo.

Me levanté de la cama con cuidado; mi cuerpo, todavía dolorido, no estaba acostumbrado a

caminar, y menos después de la sobada que llevaba con las curas. Siempre me dejaban dolorida y medio adormilada.

Caminé muy despacio. El pasillo se me hacía eterno, tuve que parar dos veces para descansar, y mi pie lastimado no facilitaba la labor. Al llegar al ascensor, Laryssa pulsó el botón. Mi cuerpo se tensó, resultaba gracioso, ¿verdad? Después de todo lo que me habían hecho que le tuviera miedo a una máquina inerte e inofensiva. Miki se dio cuenta, ya que me estaba mirando con aire pensativo.

—Ponte esto —me ayudó a colocarme un grueso abrigo de lana.

Con mucha rapidez, pero con cuidado extremo, me tomó en brazos, cual una princesa.

—¿Qué haces?

—Espéranos abajo, La, iremos por las escaleras.

No protesté, lo único que quería era cerrar los ojos, descansar. Pasé un brazo alrededor de su cuello y dejé caer la cabeza sobre su hombro.

MIKI

Sentí paz al tener su cuerpo pegado al mío, alivio al escuchar el ritmo pausado de su corazón.

Bajé los tres pisos de escaleras sin esfuerzo, Dabria no suponía una carga, en todo ese tiempo había perdido mucho peso. Si antes era pequeña, ahora parecía una niña.

Nunca había visto tanto dolor en el rostro de alguien, incluso dormida, el sufrimiento era lo más característico en ella.

—Mi hermana nos esperaba en la salida con una manta.

—Está empezando a nevar de nuevo —me dijo, cubriéndole el cuerpo con ella—. Lo último que necesita es una gripe.

—¿Puedes abrirme la puerta? No quiero despertarla.

—¿Cómo está? —preguntó Venyamin mirando por el espejo.

—En casa —respondí observando a mi pequeña embobado.

Esa no era la respuesta que mi amigo esperaba oír, pero no comentó nada. De hecho, nadie abrió la boca, ninguno quería despertarla.

Al entrar en casa, mi madre se acercó a paso apurado.

—Shhh —la acallé antes de que la despertase—. La llevaré a su habitación.

—Claro, estaré en la cocina preparando algo para cuando se despierte.

Subí con cuidado las escaleras, pero cuando la dejé sobre la cama, se removió nerviosa, empezó a soltar palabras que no lograba entender. Su rostro pasó de la calma al horror en menos de un minuto.

—Shhh. —Acaricié su pelo suavemente—. Tranquila, mi vida. No dejaré que nadie vuelva a hacerte daño.

Seguí acariciándola durante horas, no dejé de hacerlo, creía que nos estaba haciendo bien a ambos. Ella se veía tranquila con mis caricias. Sonreí. Despiertos podíamos ser como el perro y el gato; sin embargo, dormidos, cuando nuestras mentes no estaban alerta, reconocíamos al otro como algo propio.

Nos buscábamos, nos reconocíamos, sabíamos adónde pertenecíamos.

DABRIA

Me desperté sobresaltada, dispuesta a decirle a Miki lo que no había podido al salir del hospital.

¿Qué hacía en cama? Miré el reloj y comprobé que llevaba durmiendo todo el día. Pero... qué raro... Hacía tiempo que no tenía un sueño tan reparador. Los recuerdos no habían venido a mí como siempre. Al contrario, incluso había soñado algo que en otro tiempo calificaría como placentero. Miki estaba a mi lado, me acariciaba, me repetía una y otra vez que todo estaría bien y yo... le creía.

Sacudí la cabeza para alejar esas bobadas. Me incorporé con cuidado. Pum, pum, pum. Ni que tuviesen una cámara para saber que me había despertado.

—Adelante —respondí sacando las garras por si se trataba de Miki.

—Hola, Dabria. —Dara se acercó con una sonrisa dulce—. La cena está lista, nos gustaría que nos acompañaras —me dijo con voz suave.

—Prefiero quedarme aquí.

—Solo será un rato.

—Yo... no...

—Miki no está. —No era idiota, sabía cuál era la razón principal de mi negativa—. Solo estamos Laryssa y yo, nos haría mucha ilusión que te unieras a nosotras.

Acepté el ofrecimiento con una débil sonrisa. No se merecía menos. Ella nunca me había tratado mal, no se merecía que yo lo hiciese con ella.

MIKI

Subí las escaleras y fui directo a la habitación de mi pequeña, Laryssa me había dicho que todavía dormía. Mi hermana había pasado la noche con ella, no creía conveniente que yo lo intentase siquiera. Decían que era forzar demasiado. Ujjj.

Entré con cuidado, no quería interrumpir su intimidad, pero el deseo de verla era más fuerte y, dormida, no me gritaba ni tenía que aguantar su mirada de desprecio.

Al entrar noté que no estaba teniendo un sueño muy placentero, al igual que la otra vez. Se removía nerviosa, hablaba palabras incoherentes, hasta que comenzó a gritar. Me acerqué rápidamente. ¿Pesadillas? Me preguntaba si la razón de no dejarla dormir sola era esa. Mis amigos no habían tenido la bondad de decirme nada, eso de ser un cero a la izquierda tenía que ir acabándose.

Me acerqué a ella e hice lo mismo, con la diferencia de que esa vez se despertó. Abrió los ojos y me observó con una mirada de temor, odio y, no estaba seguro, pero parecía rabia también.

—Estoy bien, ya puedes dejarme. —Se giró con cuidado para quedar de espaldas a mí.

—Tienes que comer algo. —No era tonto para preguntar por un tema que claramente no quería tocar—. ¿Te lo subo o prefieres bajar?

—No tengo apetito.

—Ahora vuelvo.

Puse en la bandeja lo que amablemente me había preparado Ana. Un zumo de naranja, un cuenco de arándanos, un café solo sin azúcar muy caliente y un *croissant* poco tostado. Su desayuno favorito, al menos, antes lo era.

Al subir las escaleras, sentí las fuertes pisadas de Zeus acercarse al trote. Abrí la puerta y la encontré de pie mirando por la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho y totalmente quieta.

—Espacio, Zeus —lo regañé para que dejase de correr.

Me propinó un coletazo al pasar por mi lado y se acercó eufórico y babeando a ella. ¿Por qué desde el primer momento la quiso tanto?

—Me alegro de verte, fiero. —Se agachó muy despacio para acariciarlo.

—Ven, tienes que comer. —Dejé la bandeja sobre la cómoda.

—Déjala ahí y cierra la puerta al salir —dijo sin mirarme.

—No me iré hasta que comas algo, y tengo todo el día.

Me fulminó con la mirada. Se acercó y cogió el cuenco de bolitas moradas, arrastró una silla y se sentó frente a la ventana, de espaldas a mí, por supuesto. Zeus se acostó a sus pies.

Yo me senté en el borde de la cama, apoyé los brazos en mis rodillas y dejé descansar la cabeza sobre ellos con un profundo suspiro. Intentaba ser optimista, en cambio, cada día la sentía más lejos de mí. No en sentido literal, estaba a menos de cinco pasos. Sentía como si ya no hubiera nada que hacer, ella no me iba a perdonar, a veces incluso pensaba que ni siquiera me odiaba, indiferencia, como ella misma me había dicho una vez. Ese sentimiento me aterraba más que cualquier otro. Sacudí la cabeza para alejar esa idea por el momento.

—Los chicos van a venir a la tarde. —Vi cómo revolvía en el cuenco.

—Es tu casa, no la mía —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Por qué haces las cosas tan difíciles? —Mi tono era poco más que un susurro.

—Eres tú el que se empeña en no dejarme tranquila. Sería más fácil si te apartaras de mí.

—¿Crees que me espantarás con esa actitud? No me importa que descargues tu ira contra mí, al contrario, es un aliciente para seguir luchando. —No contestó, revolvió de nuevo en el cuenco y se llevó un arándano a la boca—. Sigues sintiendo algo por mí.

—Desde luego, te odio.

—No me engañas. A mí me pasó lo mismo, intenté odiarte. —Me acerqué a ella, me agaché a la altura de su cuello y le susurré al oído desde atrás—. Sin embargo, te amo cada día más.

Pude notar su cuerpo tensarse, se le erizó la piel y aguantó la respiración. Se giró despacio y buscó mi mirada.

—Tienes razón, seguramente no te odie, seguramente ya no sienta nada por ti. Ni amor ni odio, nada.

—Eso es lo que te empeñas en creer porque te duele sentir. Duele mucho, pero es la prueba de que estás viva, Dabria. —Apartó su mirada, removiéndole lentamente sin llevarse nada a la boca—. También vendrá Borak.

No me gustaba, pero reconocía que seguía siendo la columna más sólida, la que más presión hacía para que Dabria no se desmoronase. Tenía que reconocer que la quería, que lo quería, que se querían.

—Muy considerado por tu parte —escupió sin emoción alguna.

—Estaré abajo si me necesitas.

No estaba seguro de que me hubiese escuchado, pareció fundirse con los últimos copos del año.

Me gustaría aliviar su tormento, pero ella había formado una barrera entre ambos que hacía saltar chispas cada vez que intentaba acercarme.

DABRIA

Dejé resbalar las lágrimas por mis mejillas. Quizá Miki tuviera razón. Tenía miedo. ¿Y cómo no tenerlo si lo único que sentía era dolor y tristeza?

Sentir su boca cerca, tan cerca, me había provocado un escalofrío de placer; seguía teniendo el mismo efecto en mí. Pese a que me empeñase en negarlo, mi cuerpo lo reconocía. Creía que lo haría, aunque pasasen millones de años; aunque nos odiásemos por el resto de nuestras vidas, nuestros cuerpos se buscarían. Se complementaban hasta fusionarse en uno solo. Mi cuerpo lo anhelaba, mi corazón lo llamaba, mientras que mi parte racional me regañaba por ser tan débil.

Los primeros días después de lo ocurrido pensé que sería incapaz de sentir nada, así había sido hasta esa semana. Estaba completamente vacía. Cómo no, Miki había vuelto a desenterrar esos sentimientos que yo creía que ya no existían, primero odio y rabia; sin embargo, tiempo después me obligaba a estar a la defensiva. Me enfadaba con él y conmigo misma, porque sabía que si me descuidaba un mínimo, volvería a caer. No podía dejarme caer cuando tantas dudas se paseaban por mi cabeza.

¿Si no hubiese estado al borde de la muerte, volvería a mí? Esa pregunta me carcomía por dentro. Me decía que se arrepentía, que me amaba, que nunca había dejado de hacerlo. En cambio, yo no soportaba pensar que habíamos tenido que llegar a ese punto para que él se diese cuenta.

¿Volvería a mí de todas formas? ¿O era la culpa la que lo movía? Me mordería la lengua antes de que esa pregunta saliera de mis labios. Aunque si lo pensaba bien y recordaba los días anteriores a la fiesta donde me capturaron, me daba cuenta de que Miki había decidido perdonarme antes de lo que me había ocurrido. Si bien era que ese comportamiento quise achacarlo a mi buena acción al averiguar la descendencia de su madre. De todas formas, no me importaba, ya no.

No quería su lástima ni su culpa, aunque algo me decía que lo que sentía no era eso, sino el mismo amor de antes. El mismo capaz de hacerme la mujer más dichosa del mundo, pero que, sin embargo, me había hecho la más desgraciada. El mismo puto amor que seguía sintiendo por él, «¡Maldito seas, Mikhail Korsakov!».

Podía ser injusta, pero él me recordaba todo lo malo que había vivido, incluso sin ser su culpa. La única culpable había sido yo, creyendo que volvería a mí.

Observé la nieve caer mientras mi mente viajaba por un mundo de felicidad, cambiando la realidad por un bonito sueño. Alguien tocó la puerta. Al moverme sentí el cuerpo entumecido, debía llevar horas en la misma posición.

—Dabria, ¿puedo pasar? —reconocí la dulce voz de Dara.

—Claro. —Me levanté, necesitaba estirar las piernas.

—Es precioso —dijo siguiendo mi mirada. No respondí—. ¿Cómo te sientes? —Sabía que su pregunta iba más allá de mi simple estado físico.

—Bien. —La respuesta salió automáticamente de mis labios, como llevaba haciendo semanas.

—No vengo a darte una charla ni a decirte que el dolor se irá, pero te acostumbrarás a vivir con él, a que no sea el motor de tu vida, sino una pequeña e insignificante pieza más.

Dara era directa y sincera, siempre me había gustado eso de ella. Era una mujer firme que te hablaba sin tapujos.

—Espero que sea así.

—Lo será. Venía a avisarte de que ha llegado Borak.

—¿Puedes decirle que suba?

DABRIA

Las siguientes semanas transcurrieron sin novedad. Me había pasado la mayor parte del tiempo encerrada en el cuarto, salvo cuando bajaba a comer con los demás, una vez al día. Era lo mínimo que podía hacer por su increíble esfuerzo en hacerme sentir normal. ¿Para qué negarles eso si dentro de poco volvería a mi hogar?

Evitaba encontrarme con Miki con tanto ahínco como él insistía en buscarme y hablarme siempre que se le presentaba la oportunidad. Yo siempre respondía de la misma forma: atacándolo, culpándolo, gritándole a los cuatro vientos. Unas veces me respondía de la misma manera, otras, se iba con el rostro contraído de impotencia.

Laryssa y Nitca habían pasado muchas noches conmigo, en cambio, el que más se quedaba a soportar mis pesadillas era Borak. Agradecía a los Korsakov que lo dejaran quedarse, para mí era muy importante. Sabía que a ninguno de mis amigos le importaba pasar la noche velando por mi sueño; sin embargo, debía empezar a enfrentarlas sola. Era la cuarta noche que pelearía con los demonios; por muy cansada que estuviese, ellos arremetían con la misma fuerza e intensidad. Laryssa acudía a mí, yo la echaba en cuanto despertaba y volvía a intentar conciliar el sueño. Así toda la noche. Lo máximo que había llegado a dormir serían unas dos horas seguidas.

Que empezase la batalla.

Me acurrugué bajo las mantas y, después de mirar al techo lo que me parecieron horas, caí en el mismo sueño de siempre.

«Nooo, otra vez no. Ahhh, nooo. Mi pequeña...».

MIKI

Gritos. Escuché otra vez. Más gritos. Mi pequeña.

Mi madre se levantó del sofá al mismo tiempo que yo. No era la primera vez que la escuchábamos, pero sí la primera que mi hermana no estaba para ir a calmarla.

—¿Quieres que vaya yo, cielo? —se ofreció.

—No. —Sin más respuesta, corrí escaleras arriba.

Dabria se removía intranquila mientras gritaba. Tenía el rostro empapado de lágrimas y la respiración agitada. Me acerqué a ella, la cogí en brazos como si fuese una niña. Al principio se removió con más fuerza, no quería pensar quién creía que era.

—Shhh, tranquila. —Le acaricié la cabeza, estaba bañada en sudor. Se agitaba y sollozaba.

Poco a poco fue relajándose en mis brazos, sabía que estaba despierta porque sus ojos me miraron, cargados de miedo y empapados en lágrimas. Sin decir nada, apoyó su cabeza en mi pecho, se pegó con fuerza a mi cuerpo. Escuché cómo lloraba en silencio, hasta que finalmente se quedó dormida de nuevo. Debía ser agotador no ser capaz de dormir, no tener un momento de paz incluso dormida. Esa era la razón de que no me hubiera echado a patadas. Me acomodé en la cama con ella en brazos y nos cubrí con la manta. Sentí su pequeña mano agarrarme con fuerza un brazo y sonreí.

—Estoy aquí, mi vida —le dije, aunque ella no estuviera escuchándome.

Era más fácil hablar con ella cuando estaba dormida, no me chillaba ni cortaba cada frase que salía de mi boca. La besé en la frente antes de quedarme dormido.

DABRIA

Me desperté con unos brazos a mi alrededor. Intenté moverme, pero la presión me lo impidió. Me giré con cuidado, no quería despertarlo. No estaba preparada para enfrentarme a él. Solo unos minutos más. Unos minutos más de paz. Abrí los ojos y lo observé, acaricié su rostro y un suspiro escapó de mis labios. Seguía teniendo el mismo efecto balsámico que siempre, estar entre sus brazos me aportaba tranquilidad, seguridad y paz. Hacía tiempo que no gozaba de un sueño tan reparador como esa noche; desde que Miki me había acunado hasta que el calor de sus brazos me había despertado, había dormido como un tronco.

Por la noche me había negado a hablarle, no quería hacerlo porque no era capaz de echarlo, lo necesitaba. Por mucho que me empeñase en echarlo de mi vida, mi cuerpo y mi alma se aferraban a él con uñas y dientes.

Dormido parecía tan tierno. Su rostro completamente relajado, su respiración acompasada, sus brazos acorralándome; era una sensación tan placentera que una sonrisa se escapó de mis labios.

Perfecto, simplemente perfecto.

Lo observé hasta que se movió pegándose más a mí, de forma que nuestros labios casi se rozaron. Me alejé antes de que no pudiera refrenar el deseo de besarlo. Pasé un brazo por su cintura, una pierna por encima de las suyas e intenté dormir un rato más.

Un golpe en la puerta nos despertó. Antes de que alguno respondiera, Nitca apareció delante nuestra. Sus ojos se abrieron como platos, acto seguido, giró la cabeza de Miki a mí unas seis veces, luego cerró los ojos con fuerza, sacudió la cabeza y volvió a abrirlos. No dejó de observarnos, completamente confundida, antes de disculparse.

—Lo siento, yo...

—He tenido una pesadilla. —Miré a Miki, que me observaba con un toque de miedo mezclado con diversión.

—Os espero abajo —se despidió no muy convencida.

Enfrenté a Miki, que no dejaba de mirarme.

—Esto no cambia nada.

—No esperaba menos.

—No volverá a pasar. —Me levanté y me metí en el baño sin esperar a que contestase.

«Mierda, mierda y mierda. ¿Eres estúpida, Dabria? ¿Cómo pude dejar que me envolviera en sus brazos y durmiera abrazado a mí toda la noche?».

«No te das cuenta, estás siendo débil. Te estás dejando llevar otra vez. Debes tomar medidas».

Esa noche, al igual que las siguientes, dormí con la puerta cerrada con llave. Cuando mis gritos despertaban a los demás, Miki aporreaba la puerta hasta que me despertaba y me escuchaba decirle que estaba bien. Todas las noches la misma rutina. Muchas veces era Dara o Laryssa quienes la aporreaban. Según me había dicho la segunda, Miki no soportaba mis gritos, se iba porque le atormentaba escucharme sin hacer nada. Para eso, que me dejarasen volver a mi apartamento, así no los molestaría. Como no querían, a joderse con mis gritos.

Procuraba no acercarme a él, ni para bien ni para mal; cuando nos encontrábamos, lo saludaba como a cualquier otro. En pocos días me había cubierto con una armadura invisible, pero de un material impenetrable. Miki, al igual que los demás, me observaba con preocupación, no me importaba, pronto estaría en casa. En la última visita el médico me había dicho que en un par de

semanas podría viajar. Eso era en lo único que pensaba.

El tiempo seguía frío. Cada vez nevaba menos, ya era posible estar afuera diez minutos sin correr el riesgo de perder algún miembro. Por las tardes solía pasear con Zeus por el jardín, me hacía bien.

Esa noche había sido una de esas en las que las pesadillas te vuelven loca, te dejan el cuerpo dolorido y un malestar que dura hasta el abatimiento. Decidí sentarme a descansar un rato, sabía que debería volver, pero prefería estar sola un poco más.

Las lágrimas cayeron de mis ojos antes de que pudiera detenerlas. Empecé a recordar todo lo vivido desde que había llegado allí: lo bueno y lo malo.

MIKI

—Cada vez es más difícil —dije con un trago de vodka en la mano.

—No sé qué decirte. A veces, me parece la de siempre, en cambio, otras es como si no la conociese de nada —respondió Nitca.

—Ya no sé qué hacer, me estoy volviendo loco. —Necesitaba sacar fuera lo que sentía. No había nadie mejor que mis amigos.

—Supongo que no puedes hacer nada —dijo Aleksei—. Ninguno de nosotros puede.

—Parece mentira que quien la mantenga más cuerda de todos sea Borak. —Murik negó con la cabeza.

—Con el tiempo, seguramente...

Interrumpí a Laryssa antes de que dijese estupideces.

—¿Tiempo? ¿En serio crees que el tiempo puede arreglar algo?

—Miki... quizá...

—¿Quizá qué? —Mi madre nos interrumpió.

—Nada, mamá —respondió Laryssa triste.

—¿Dabria? ¿Dónde está? Creí que había bajado —preguntó recorriendo la estancia con la mirada.

—No, sigue en su habitación —respondió Nitca.

—No, acabo de ir para avisarla de que Borak está aquí.

—¿Cómo que no está arriba? ¿Dónde coño está? —pregunté nervioso.

—Eso, Miki, que no está en su habitación. Desde que salió a pasear, no he vuelto a verla.

—¿Estás diciendo que todavía no ha vuelto? —preguntó Nitca.

—Empezó a nevar hace rato —respondí mirando a mi madre serio.

Las nevadas iban a menos, pero ese era uno de esos días que arremetían con fuerza para despedir el invierno.

Ví a Borak acercarse hacia nosotros.

—No me mires así, ¿acaso es mi culpa? —preguntó mi madre.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Borak.

—¡Maldita sea! Me acabará volviendo loco. —Si no estuviera tan preocupado, le echaría un buen rapapolvo por portarse como una cría—. Dabria, no sé dónde coño se ha metido.

Me puse el abrigo mientras salía de casa. Después de dar una vuelta rápida por los alrededores, llamé a Zeus, sabía que siempre salía con ella. Tan pronto grité su nombre comenzó a ladrar, me dirigí a grandes zancadas siguiendo el ladrido de mi perro.

—Aquí estás —saludé al verla sentada en la nieve de espaldas a mí—. ¿Es qué no ves el frío que hace?

No me contestó, me acerqué y las palabras se me atragantaron. Iba dispuesto a regañarla por necia, pero ver el dolor en su rostro me dejó estático. No se molestó en limpiar las lágrimas que corrían por sus mejillas. Su mirada estaba perdida en el horizonte, nunca había visto un ser tan triste. Me mataba saber que estaba sufriendo y no poder hacer nada.

—Dabria, mi vida —la llamé en un susurro.

No me contestó, me miró con una mirada cargada de... no era odio ni rabia, era... desesperación.

Sus ojos me suplicaban que la ayudase a aliviar su tormento y yo no sabía qué hacer.

—Vamos, mi pequeña. —Estiré los brazos con cuidado por si me rechazaba, dejándole decidir a ella. No se movió. Siguió suplicándome con la mirada—. Ven, mi vida. —La tomé en brazos y deshice el camino a casa con Zeus pisándonos los talones. Reposó la cabeza en mi pecho y cerró los ojos. Estaba helada, los dientes le castañeaban con fuerza—. ¡Mamá! —grité entrando.

Esta apareció al momento, seguida de Borak y Nitca.

—¡Cielo santo! —chilló al verla—. ¿Dónde se había metido?

—Le prepararé un baño —se ofreció Nitca.

—¿Puedes prepararle algo caliente mientras se baña? —le pregunté a mi madre.

—Miki, no parece estar bien —observó Borak preocupado.

—Porque no lo está. —Subí las escaleras con Borak pisándome los talones. Al llegar a la habitación, escuché el agua correr—. ¿Está, Nit?

—¡Sí, tráela! —Empecé a desvestirla, pero antes de que le quitase la camiseta, abrió los ojos.

—Yo lo haré —se quejó con voz débil—. Vete.

—Ahora no, Dabria, no puedes ni tenerte en pie. —Seguí con la labor.

—No... yo... no... —Las palabras se le atragantaron.

Parecía estar en *shock*, el cuerpo entumecido, la voz débil y la mente vagando entre la consciencia y la inconsciencia. Borak me observó indeciso, sin saber si ayudarme o no.

Antes de quitarle la ropa interior, entré al baño con ella todavía en brazos. La observé. Estaba muy delgada, podía haber perdido siete u ocho kilos tranquilamente. Su cuerpo estaba lleno de cicatrices: piernas, brazos, abdomen; no había un trozo de piel que estuviera limpia. Me senté con ella en una silla.

—Para, para, por favor —protestó con voz débil.

—Dabria, tranquila. —Borak se agachó a su altura y le habló mirándole a los ojos con voz serena y dulce—. No pasa nada, tranquila.

—Hazlo tú, por favor. No estoy preparada. No estoy preparada —le suplicó a su amigo.

—Lo necesita, ambos lo necesitáis. —Borak le dio tiempo para asimilar esas palabras antes de continuar—. No hagas que se escape la poca cordura que le queda.

Ella asintió con los ojos anegados. Parecía nerviosa e intranquila.

Le hice un gesto de agradecimiento a Borak cuando se incorporó. Le quité la ropa interior. Al dejarla en la bañera mis ojos y los de mi amiga siguieron la misma dirección: su espalda. Si el resto del cuerpo estaba marcado, aquello era un Picasso. Las heridas no se le habían curado del todo. Las líneas que delineaban los puntos se superponían unas a otras. ¿Cuántos latigazos le habrían dado? Muchos para creerlo si no lo veías. Demasiados para soportar.

Borak me observó y me dio un toque en el hombro para que espabilase, no era bueno que me quedara mirando. Ella estaba pasando un mal trago, no debía incrementar su malestar.

—A ver, mi vida. —Me arrodillé al lado de la bañera para quedar a su altura.

Aguanté las ganas de gritar y llorar. Se suponía que yo era el fuerte. Cogí el champú y comencé a lavarle la cabeza con cuidado, mientras ella se iba relajando.

—Voy a cogerle la ropa —dijo Nitca y salió del cuarto de baño seguida de Borak.

Les agradecí que nos hubieran dejado solos, necesitaba hacer eso yo. Acabé con su cabello y comencé con su cuerpo, la enjaboné con mimo y delicadeza. Al acabar, la envolví en una toalla y la dejé en una silla para secarla. Dabria me miró con los ojos cargados de tristeza.

—Nuestra niña... ya me imaginaba la vida con ella... —Tragué el nudo que se formó en mi garganta. Era horrible. No sabía qué contestar, aunque lo supiera, no creía que ella quisiera

escuchar palabras de consuelo. Simplemente necesitaba sacarlo fuera—. No puedo, Miki. —Acaricié su vientre—. Era parte de mí y ahora estoy tan vacía. —Le acaricié la mejilla con ternura mientras ella hablaba. Mi cuerpo temblaba por abrazarla—. Estaba aterrada, nunca había pasado tanto miedo. Nunca había deseado algo con tan ferviente ansia: la muerte.

A la mierda, que me gritara después, pero no lo soportaba. Antes de que pudiera reaccionar, se lanzó a mis brazos y empezó a llorar con fuerza. Me incorporé con ella pegada a mí y la abracé, la abracé como hacía meses que no lo hacía, la abracé con fuerza, la máxima necesaria para no lastimarla. Ella hizo lo mismo, sollozaba pegada a mi cuello, sentía sus lágrimas sobre él. Dejé que unas lágrimas se escapasen de mis ojos, que su dolor fuera el mío, que su sufrimiento se partiera en dos.

Cuando noté que dejaba de llorar, la cogí en brazos. Me miró y un impulso se adueñó de mí, pero desvié la trayectoria en el último momento y la besé en la frente. No dijo nada, simplemente escondió la cabeza en mi cuello.

Nitca y Borak no estaban en la habitación, pero habían dejado la ropa preparada para ella. La ayudé a vestirse, con cuidado de no fijarme demasiado en sus heridas, incluso cuando vi el sello de la mafia de Asad en su cacha me esforcé por no poner una mueca de desagrado que ella podría interpretar mal. Se acostó sobre la cama en posición fetal, me coloqué a su lado pegado a su espalda y la abracé. Ella se agarró fuerte a mis manos.

Llamaron a la puerta. Nitca traía la cena para Dabria.

—Dabria, Nit te trae algo de comer.

—No tengo apetito.

—Tienes que...

—No, hoy no, por favor. —Esas palabras abarcaban mucho más que el significado literal.

Miré a Nitca, que asintió con la cabeza, dejó la bandeja en la mesa y se marchó.

—Los humanos somos necios e insensatos por naturaleza, pensando que las atrocidades que provocamos nunca nos atañerán a nosotros mismos; sin embargo, cuando ocurre, te das cuenta de que el daño es quince veces peor de lo que creías —dijo casi en un susurro.

—Odio que hayas probado tu teoría.

—Miki —me llamó después de un rato.

—Dime.

—No estoy preparada para un amanecer contigo.

—Me iré tan pronto como te duermas.

—¿Lo prometes?

Miki

Me costó mantener mi promesa, se me hizo muy duro tener que dejarla. Me levanté poco antes del alba. Tampoco era tan grave, ella no se daría cuenta de que había estado más de lo que debería.

Me di una ducha. Antes de bajar al salón, me senté en el borde de mi cama, donde había sido el hombre más feliz del mundo. Mi habitación me seguía trayendo demasiados recuerdos.

Ese día teníamos una reunión todas las familias, las Tres K incluidas, por supuesto. Era la tercera que teníamos desde que casi habían matado a Dabria. Por fin sabríamos si se expulsaban definitivamente a los Kovalenko y a los Kostka, o, en caso contrario, cuál sería su castigo.

Si por mí fuera, todos estarían muertos, pero mi padre decidió llevarlo por las buenas para que todo quedase aclarado.

En la reunión, mostramos las pruebas que nos había conseguido Dabria, la conspiración con los árabes, el deseo de ver a mi padre muerto y de desterrarme de la línea de sucesión; todo. Ellos se defendieron acusándonos de colaborar con la policía, utilizaron a Dabria para eso, cómo la rescatamos y nos negamos a acabar con ella sabiendo quién era. Eso ayudó en su favor a alegar que eran pruebas inválidas, ya que las había recopilado ella. También me acusaron de matar a hombres inocentes. Mi padre y Aleksei tuvieron que agarrarme antes de que le clavara un cuchillo a Vasyl en el estómago.

La mayoría de las familias votarían por su expulsión si no fuese verdad lo que habíamos hecho. Contamos la verdad, nuestra verdad. Cambiamos la versión alegando que Dabria fue quien nos ayudó a nosotros. Optaron por hablar entre ellos para decidir. No me preocupaba, de todas formas, acabaría con ellos, no volverían a forma parte de las Tres K. Esa vez decidimos no imponer nuestras normas, ya estuvo bastante tirante para atizar más el fuego.

Después de la reunión, decidí acompañar a mis amigos un rato.

—No tenía todas conmigo al ver al viejo Sokolov —comentó Zoria mientras me tendía un vodka.

—Me trae sin cuidado, tenía que acabar así —respondí dándole un gran trago a la bebida.

—Gracias a nosotros, si por ti fuera, los hubiésemos matado allí mismo —me regañó Aleksei.

—No me importaría.

—Mejor que fuera de esta manera —intervino Murik—. Las cosas deben hacerse bien.

—No sé cómo les han levantado el castigo por desobediencia, deberían colgarlos —añadió Zoria.

—Tienes razón, Murik. Cada cosa a su tiempo. Mejor que se queden, no saben lo que les espera —dije.

—Lo importante es que están fuera de combate, ni siquiera en una simple cena se tendrán en cuenta. —Rio Venyamin.

—Disfrutaré planeando la forma de acabar con Mikola, Dusan y Vasyl —dije.

—Y nosotros disfrutaremos viéndolo —comentó Zoria contento.

—¿Cómo estás, Miki? —preguntó Murik después de charlar de la reunión.

—No lo sé. —Me pasé una mano por el pelo—. Cada vez me siento más lejos de ella.

—Nitca me ha dicho que pasaste la noche con ella, quiero decir...

—Sí, en un par de ocasiones me permitió abrazarla. Se deja porque está agotada de tantas pesadillas y dolor, pero creo que incluso odia eso, que yo sea capaz de calmarla. No creo que me perdona nunca.

—Dale tiempo —me animó Venyamin.

—Empiezo a pensar que es un inconveniente más —contradije.

—¿Por qué dices eso? Se supone que el tiempo lo cura todo —preguntó Zoria.

—Ella se irá tan pronto le diga el médico que puede hacerlo.

—Necesita sanar sus heridas y este no es el mejor lugar —añadió Aleksei.

—Lo sé, como sé que no hay nada que pueda hacer para ayudarla.

Más tarde, en casa, decidí que tenía algo que hacer. O me plantaba delante de ella y la sacaba a rastras, o me volvería loco; sabía que tan pronto el médico le diese vía libre, se montaría en un avión para volar a miles de kilómetros de mi lado. Entré a su cuarto sin llamar, total, si no me regañaba por eso, lo haría por otro motivo.

—Necesitamos hablar. Y tú necesitas salir. —No se molestó en girarse, continuó mirando por la ventana. Ya estaba acostumbrado.

—Claro, es lo que más deseo. Me apetece muchísimo —respondió irónicamente.

—Tan pronto puedas escaparás de este país, quiero saber de quién estoy enamorado realmente. —Se giró para verme. Eso sí que no se lo esperaba—. Lo quiero escuchar de ti, no de Nitca o Aleksei. Lo necesito, y tú también. Aunque sea una única vez, debemos hablar sin limitaciones, prohibiciones o mentiras.

—Yo elijo el sitio —aceptó levantándose.

—Sorpréndeme. —Abrí los brazos, alentándola.

—Quiero ir a la terraza del Bol' shoy Yedyat. —Sonreí. El lugar había sido testigo de nuestra primera cita y lo sería también de la última.

—Te espero abajo.

Asintió con la cabeza en respuesta y se encaminó hacia el baño. Me di la vuelta y salí de la habitación.

Mis padres estaban sentados en el salón hablando, tenían la tele encendida, aunque no le prestaban atención. Era una costumbre típica de todo el mundo, aunque de lo más inútil.

—Voy a salir con Dabria. —Me senté enfrente de ellos.

—¿Has avisado para que os sigan? —me preguntó mi padre.

—Pues claro. También he mandado acordonar la zona y habrá hombres dentro y fuera del Bol' shoy.

—Si algo llegara a pasar, ya sabes lo que tienes que hacer. —Mi padre estaba preocupado, la

situación con los Kostka y los Kovalenko se había vuelto un caos.

—Matar a cualquiera que intente ponerle una mano encima.

—Quizá lo mejor sería que no salierais, Miki —dijo mi madre.

—Mamá, Dabria lleva encerrada aquí demasiado tiempo. Debemos cambiar de aires, quizá le siente bien para no atacarme cada dos minutos.

—Eso no es problema del ambiente, hijo, es por ti —me contradijo.

—Vaya, mamá, que ánimos.

Antes de que pudiera replicar más, Dabria apareció en el salón. No se había arreglado para una cita, tampoco era que lo hubiera esperado ni por asomo. Se había puesto unas mallas y un enorme jersey gris que le llegaba hasta la mitad del muslo. En la cabeza traía un gorro de lana y en la mano, una bufanda.

—No he podido ponerme las lentillas, me hacen daño.

—No importa, no nos verá mucha gente.

—Si la ven, podrían... —Dabria interrumpió a mi madre.

—Ya he sido descubierta una vez, no creo que la segunda sea peor. De todas formas, ¿qué más tengo que perder? —Los tres nos quedamos de piedra ante su comentario.

—Tranquila, mamá. Nadie le pondrá una mano encima ni con lentillas ni sin ellas. —La miré de forma dulce para tranquilizarla. El comentario de su exnuera le había afectado, aunque intentase disimularlo. Mi madre le había cogido mucho cariño y, como todos, se culpaba de lo que le había pasado.

—Buenas noches, señores Korsakov —se despidió Dabria con una débil sonrisa antes de caminar hacia las escaleras que daban al garaje.

Aparqué el coche en el garaje del restaurante, era lo mejor. Todavía hacía frío y allí nos vería menos gente. Se enrolló la bufanda y caminó delante de mí. Subimos en el ascensor directos a la terraza. No protestó, podía ser que no quisiera discutir, pero estaba casi seguro de que era porque no estaba preparada para subir tantos pisos andando. Todavía estaba débil y dolorida.

—Nunca dejará de impresionarme —comentó sentándose en la cama como un indio sin dejar de observar el paisaje.

En el invierno, la terraza se cubría con placas de cristal transparente para poder admirar las vistas de igual manera.

—Sigue siendo mi lugar preferido —dije.

—Y el mío. —Me mostró una leve sonrisa.

—Me odias. —Aunque no sonó a pregunta, respondió de todas formas.

—No te odio, Miki. Me odio a mí misma por no haber sido capaz de separarme de ti, de alejarme y marchar antes de que las cosas se complicasen. Me odio por quererte tanto, por enamorarme de ti hasta el punto de no darme cuenta de que tú no me perdonarías nunca. Me odio por dejar que ese amor me hiciera débil. Y, desde luego, me odio porque ese amor todavía es el único que puede calmarme cuando nada, ni nadie más, puede hacerlo. Sigues teniendo el mismo efecto balsámico en mi cuerpo.

—Eso no es cierto. Sigo enamorado de ti —la contradije. Su última frase me había hecho sonreír como un idiota, pero por dentro, no fuera a ser que me ganase un guantazo.

—Que no te odie no quiere decir que al mirarte no sienta rencor o rabia. Tú representas todo mi dolor, fuiste todo para mí, tanto lo bueno como lo malo. Antes te miraba y te adoraba, ahora te miro y quiero abofetearte por no haber sido capaz de perdonarme, de amarme como yo te amaba. Ahora te miro y no puedo imaginar una vida a tu lado.

—Nadie es perfecto, lo sabes, ¿verdad? Yo tampoco. Nunca en mi vida me habían hecho tanto daño como tú. El día que me contaste la verdad habría preferido que me clavases un puñal en vez de soportar ese dolor. Lo eras todo para mí, no veía más allá de tus ojos.

—Me odiabas.

—Quería odiarte, con toda mi alma, juro que quería odiarte, pero no fui capaz —confesé—. Sigo sintiendo lo mismo por ti.

—Deberías empezar a dejar de sentirlo.

—Mejor cambiamos de tema. —No quería escucharla decir de nuevo que lo nuestro no tenía futuro.

—Demasiado intenso para empezar una conversación, ¿no? ¿Qué quieres saber, Miki? —Soltó un suspiro.

—Todo. —Me senté frente a ella, con la espalda apoyada en la pared—. Me gustaría conocerte.

—Aunque no me creas, eres una de las personas que mejor lo hacen.

—Aleksei me contó algunas cosas, como que vivías en España con tu abuelo «ruso» —recalqué la última palabra.

—Ajá —asintió—. Nací en Madrid, mi padre era francés y mi madre española. Tenían un gimnasio donde, además de llevar el papeleo, impartían clases. Mi padre, de artes marciales y mi madre, de baile. Les encantaba.

—Cosa que heredaste tú.

—Sí, murieron cuando era niña. A partir de ahí, me criaron mis abuelos maternos. Mi abuelo, como tú has dicho, es ruso y mi abuela era turca. Mis bisabuelos se mudaron a Madrid cuando ella era una niña. Allí conoció a Marko y... ya sabes, se enamoraron, se casaron y tuvieron a mi madre.

—Pero tu abuela también murió —dije.

—Así es, pocos años después de mis padres, de cáncer. Así que nos quedamos *dedushka* y yo. —Hablaba de su abuelo con mucho cariño.

—Debió de ser muy duro —observé.

—Sobre todo, para mi abuelo. Se quedó a cargo de una niña difícil de criar. No era el prototipo de cría que lloraba por sus padres y jugaba con muñecas. —Hizo la mueca de disgusto que tanto me gustaba.

—Estoy seguro. —Sonreí y ella no pudo evitar hacer lo mismo.

—El entretenimiento menos peligroso era lanzar una daga a las piezas de fruta. —Soltó una carcajada—. Las colocaba encima de la alacena y jugaba a dar en la diana mientras el abuelo cocinaba. Me peleaba día si día también con los compañeros.

—¿Eso fue debido a sus muertes? ¿Un acto de rebeldía? —pregunté.

—No, ya era así antes —confesó—. Desde pequeña, en vez de ir a jugar con mis amigas a las muñecas me iba al gimnasio con mi padre a aprender cualquier deporte de lucha que estuviese impartiendo —me explicó echándole un vistazo a la terraza para evitar mi mirada.

—¡Vaya! Una infancia interesante —dije sorprendido. Veía que siempre había sido una chica especial, para todo el mundo, seguramente.

—Lo que sí se agravaron fueron las peleas. Me convertí en la heroína del instituto, hasta que mi abuelo me dio un ultimátum.

—¿Te amenazó con enviarte a un internado o a un centro de menores? —pregunté medio en broma. Aunque, ¿qué podía haber hecho el pobre si no?

—No, después de acabar en comisaría por pegarle una paliza a tres chicos de mi clase —me

lanzó una mirada seria cuando se me escapó una carcajada—, me habló muy serio. No me gritó ni me amenazó. Ni una pequeña bofetada. Simplemente, me preguntó si quería esa clase de vida, si eso me hacía feliz.

—¡Guau! —Estaba realmente asombrado—. No sé qué decir.

—Mi abuelo es un hombre peculiar, Miki —dijo sonriendo—. Te encantaría.

—Desde luego. Educar a una joven delincuente solo no lo hace cualquiera.

—Lo hizo bien, muy bien. Le debo todo lo que soy. Mientras lloraba por la muerte de mis padres o me daban rabietas, él me obligaba a seguir adelante. Me llevaba al gimnasio con él, me esperaba a que terminara las clases de árabe y francés para no perder lo que sabía. En mis ataques de furia, en vez de abrazarme y hacerme galletas, convertía el salón en un campo de entreno para enseñarme *ninjutsu* hasta que se me agarrotaban las piernas. Y para descansar, bailábamos un tango.

—Alucinante. —Estaba sorprendido y, a la vez que me lo contaba, podía imaginármelo sin asombro. Era ella. Era inigualable.

—No pienses que por eso era un tipo duro que no sabía dar cariño a su nieta.

—Yo no he dicho eso —me defendí, levantando las manos.

—Podrías pensarlo. Cada noche mi abuelo me hacía la cena, me pedía que le leyese una poesía en la sala y me arropaba antes de dormir. Muchas veces me escapaba a su cama, él me abrazaba diciéndome que todo saldría bien, que éramos un equipo perfecto donde yo era la pieza principal y que él siempre estaría ahí para colocarla en su sitio cuando se perdiese.

—Suena a abuelo perfecto. —Lo decía sinceramente. Personas como él había pocas, de hecho, yo nunca había conocido a ninguna.

—Lo es. —Su sonrisa era triste, cargada de nostalgia.

—¿Cómo fue que acabaste en el CNI? Dicen que entrar es muy complicado.

—Es cierto, lo es. En mi caso fue casualidad, ellos me encontraron a mí.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sin entender.

—A los quince años tuve mi peor época, estaba en segundo de bachiller y los gallitos de clase no dejaban de acosar al débil, Matías. Un día impedí que le dieran una paliza, con tan mala suerte que una patrulla de policía nos vio y nos llevó a comisaría.

—Eras toda una matona. —Me reí.

—Sí, pero si eso no hubiera pasado, seguramente no hubiese llegado adonde estoy ahora.

—¿Qué pasó para que una niña de dieciséis años asegure su futuro cuando la lleva una patrulla?

DABRIA

Me sumí en los recuerdos mientras se los narraba a Miki. Nunca me olvidaría de ese día. Había marcado una diferencia entre lo que era y lo que iba a ser.

Pese a ser la pequeña de clase, era la única que se enfrentaba a los tres mosqueteros, como yo los llamaba. Se creían los mejores por abusar de los más débiles, lo llevaban haciendo mucho tiempo y con casi todos, pero esa vez se les había ido de las manos.

Matías se había negado a hacerles todos los trabajos a los tres para entregarlos a fin de curso, así que, a la salida, en la parada del autobús de su casa, comenzaron a golpearlo. Siguieron haciéndolo incluso cuando se encogió en el suelo como una bola agarrándose la nariz, que no dejaba de sangrarle.

Bajé del autobús como alma que lleva el diablo y me planté enfrente de los tres cubriendo al amedrentado chico.

—Parad.

—Vete de aquí, asquerosa empollona —respondió uno de ellos.

—Os doy tres segundos para iros —amenacé.

—¿Nos estás amenazando? —se burló el más alto de los tres.

El más pequeño intentó agarrarme por el cuello de la camiseta, pero antes de que lo lograra, cogí su brazo y se lo doblé hacia abajo con fuerza. Gritó como un crío. Otro intentó agarrarme por detrás, pero antes de que llegase, ya tenía mi pie impactando en su pecho haciéndolo caer de culo. Solté el brazo del chico que gritaba y me encaré con el tercero, el más grande, que levantó los puños en posición de ataque. En menos de tres minutos estaba sangrando por la nariz y agarrándose los huevos por la fuerte patada que le había dado, sus dos amigos querían defenderlo, pero me resultó demasiado fácil, casi aburrido, pelearme con ellos. Antes de que acabase la reyerta, un coche patrulla se paró a nuestro lado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó uno de los agentes bajando la ventanilla.

—Le han pegado a Matías —respondí señalando al chico del suelo—. Y ahora quieren hacer lo mismo conmigo.

—Ella tiene la culpa, me rompió la na... —intentó defenderse uno de ellos.

—Adentro. Arreglaremos esto en comisaría, con vuestros padres.

El abuelo se enfadaría conmigo. ¡Genial! Se estaba convirtiendo en costumbre responder llamadas de la policía para avisarle de algún lío.

Al llegar, nos tomaron los datos y nos dejaron sentados en unas sillas para avisar a nuestros familiares. Me levanté para dar un paseo, no me gustaba estar sentada cerca de esos imbéciles, y a Matías lo estaban interrogando. Sus padres no tardaron ni diez minutos en llegar. Me acerqué a una habitación que tenía la puerta entreabierta, se escuchaba perfectamente lo que hablaban dentro.

Una voz distorsionada, seguramente de una grabadora, daba paso a una clara y alta voz que explicaba lo que decía. Me asomé un poco más para escuchar, pero una potente voz a mis espaldas hizo que diera un salto.

—¿No te enseñaron que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación, jovencita? —Un hombre de unos cuarenta y cinco años me miraba enfadado.

—Espero que el profesor del hombre sea indulgente y le repita la prueba otro día —comenté sintiendo pena por quien estaba haciendo un fatídico examen.

—Emmm, ¿cómo? —el señor preguntó sin entender.

—El hombre, el que está traduciendo, lo hace tan mal que parece aposta —expliqué como si fuese obvio.

—Un momento, ¿entiendes lo que dice? —me preguntó arrugando la frente.

—Mucho mejor que él, desde luego. —Rodé lo ojos.

—Es tu turno. —El agente que nos había llevado en el coche se acercó.

—Espera un momento, Ogando, quiero hablar con la joven —lo detuvo el otro.

—¡Dabria! —El tono grave y serio de mi abuelo nos interrumpió.

—Avísame cuando acabe, comisario —dijo el tal Ogando, y se marchó.

—Señor, soy Carlos Muñoz, el comisario. —Le tendió la mano para saludar a mi abuelo.

—Marko Novikov, el abuelo de la joven.

—Me gustaría hablar con su nieta.

—Claro —aceptó mi abuelo—. Yo estaré presente, si no le importa.

Entramos al despacho del comisario y mi abuelo me miró enfadado, aunque no dijo nada. Me regañaría al llegar a casa. Nos sentamos en una mesa redonda, el abuelo a mi lado y el comisario enfrente de ambos.

—¿Cómo te llamas, joven?

—Dabria Lefebvre, señor —respondí con un perfecto acento francés.

—Bien, Dabria, no acabas de escuchar el suspenso de un joven.

—Yo creí...

—¿Qué ocurre, comisario? —preguntó mi abuelo serio.

—Su nieta acaba de escuchar una grabación en árabe, y cómo el intérprete la traducía, digamos, ... mal.

—Dabria. —El abuelo me lanzó una segunda mirada de desaprobación.

—Lo siento, comisario, mi nieta...

—No lo sienta, señor Novikov, es un alivio saberlo. ¿Puedes decirme lo que escuchaste, Dabria?

—El árabe decía que meterán la mercancía por mar dentro de tres semanas.

—¿Hablas algún idioma más?

—Ruso, francés e inglés perfectamente, tanto escrito como hablado, me defiendo con el italiano y el turco —respondí como si fuera completamente normal.

—¿En qué curso estás? —preguntó el comisario con curiosidad.

—Segundo de bachiller.

—¿Has pensado qué quieres estudiar?

—¿Adónde quiere llegar, comisario? —lo interrumpió mi abuelo intranquilo.

—Su nieta sería de gran ayuda para nosotros.

—Dabria es pequeña, ya decidirá ella lo que quiere ser.

—No quiero importunar, pero Dabria cumplirá los dieciocho...

—Se equivoca, apenas tiene quince.

—¿No está en segundo de bachillerato? —preguntó el comisario sin entender.

—Sí, porque la han adelantado tres cursos —contestó mi abuelo de mala gana—. Ahora, si nos disculpa, vamos aquí al lado para que la regañen por dar una paliza a tres chicos de su clase. —El abuelo se levantó, y como yo no quería recibir otra mirada de regaño, lo seguí.

—Señor Novikov, espere un momento, por favor —le pidió el comisario. Mi abuelo se detuvo antes de llegar a la puerta, se giró para mirarlo con cara de pocos amigos—. ¿Puedo hablar con usted? ¿A solas?

—Espérame fuera, Dab —me ordenó, abriendo la puerta y empujándome para que saliera.

Tan pronto lo hice, cerró para que no pudiera escuchar lo que decían. Me senté en las sillas a esperar.

Ninguno de los chicos estaba en la comisaría, era la última.

Media hora más tarde, el abuelo salió del despacho y me tomó la mano para que fuésemos a que me interrogasen. En realidad, no le dieron importancia, el agente lo llamó peleas de niños, por lo que solo nos hizo pasar a la sala para perder tiempo.

—No vuelvas a pelearte, Dabria —me regañó el abuelo en el coche de regreso a casa.

—Alguien tenía que defenderlo —me excusé.

—Has podido lastimarlos.

—Ellos fueron quienes lastimaron a Matías. ¡Pudieron haberme hecho daño a mí también! —me defendí, enfadada.

—A ti nadie puede hacerte daño, Dab. Eres un demonio.

Sabía que no lo decía de verdad, pero podía preguntarme al menos si estaba lastimada. ¿Para qué? Llevaba peleando demasiado tiempo, practicaba *muay thai* y *ninjutsu* desde los cuatro años. Mi padre y mi abuelo me habían enseñado, casi obligado, a ser la mejor.

Desde la muerte de mi abuela, buscaba cualquier excusa para partírle la cara a mis compañeros y eso tenía preocupado a *ded*.

—Se acabó, Dab. Me alegro de que tu compañero esté bien, pero no toleraré ninguna pelea más. Esta es la última vez que pisas la comisaría.

—Pero, *dedushka*...

—No enfoques tu dolor hacia los demás porque habrá quien no se merezca tus golpes, y llegará un día en el que no puedas dar marcha atrás. ¿Es eso lo que quieres?

—Claro que no.

—*Memento vivere, memento vivere*, Dabria, o nunca serás feliz.

El abuelo parecía abatido. Era mi culpa que estuviera tan triste y cansado. A partir de ese día, mi actitud violenta y de superheroína cambió por completo.

—El comisario consiguió su propósito de adoptarte como pupila —observó Miki pensativo.

—Al acabar bachillerato, mi abuelo me contó la proposición del comisario. Me dijo que si quería, podíamos ir a hablar con él.

—Lo hiciste.

Asentí con una sonrisa.

—Desde luego. Era el trabajo de mis sueños, uno de esos que solo se presentan una vez en la vida y que no puedes rechazar.

—¿Llevas desde los quince años trabajando para el CNI?

—No, entré tras cumplir los dieciséis. Como no podía ejercer, me formé. Solo me pusieron una condición: tenía que ser la mejor. —No me respondió, tan solo negó con la cabeza mientras sonreía—. ¿Qué Mikhail? ¿De qué te ríes?

—Pues... de que debería haberme sorprendido toda esta historia, en cambio, me parece que tu vida no pudo haber sido de otra manera. —Hice una mueca de disgusto ante su comentario—. Tengo curiosidad por saber una cosa.

—¿Cuál? —respondí abriendo las manos para que continuara.

—¿Por cuántos puntos rebasas la media de inteligencia normal?

—Demasiados. —Sonreí.

—Has sido el fichaje estrella, pequeña.

—Bueno, de niña era el bicho raro. —Solté una carcajada—. Había tres grupos: los que no querían ni hablarme, los que me tenían miedo y los que me adoraban, que eran la minoría.

—A todos nos asusta lo diferente, y nos aterra lo superior —observó, ya más serio.

—Supongo que tienes razón. Aun así, evito contárselo a la gente; ahora no se nota fácilmente y me gusta encajar como a cualquier otro. Si saben que rebasas la media de inteligencia, ya te tratan como si fueses otra clase de criatura.

—No podía ser de otra forma, no podía enamorarme de alguien común.

—Vete a la mierda, Miki —solté.

—Es broma. Pero siempre supe que eras especial —confesó encogiéndose de hombros con gesto inocente.

—Por supuesto, al verme leíste el letrero en mi frente donde ponía mi CI.

—No es eso, coño... —empezó a protestar, pero lo corté.

—¡No me jodas, Miki! Soy como todas: jodida y acabada por amor. Ni siquiera ser tan lista evitó que te amase.

—Ya te lo dije, soy irresistible —bromeó—. Aunque en mi defensa alegaré que yo también me enamoré con locura. —No respondí, bajé la mirada para evitar la suya—. ¿Cuándo te diste cuenta de que me querías? ¿Qué pensabas de mí al principio? —Me eché a reír con ganas al acordarme de ese momento.

—¿La verdad? ¿Quieres saber lo que pensé la primera vez que te vi? —pregunté sin dejar de reírme.

—Sí, quiero saberlo —respondió con sinceridad.

—La primera vez que te vi en el Baltika pensé mil formas de desnudarte. Nunca ningún chico me había impactado hasta el punto de estar completamente lista con solo mirarlo. Cuando abriste la boca, tu voz me provocó un estremecimiento tan profundo que tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no saltar sobre ti. Sin embargo, cuando pronunciaste dos frases, solamente dos, quise estrangularte y jugar contigo porque tú creías que podía ser al revés.

—¿Entonces ya te morías por mis huesos? ¿Nada más bajar del avión? —Arqueó las cejas de forma juguetona.

—Me moría por tu físico, pero aborrecía tu carácter arrogante y de sobrado.

—Me gusta dar esa imagen, me gusta que la gente me tema, me envidie, me adore y me odie.

—Ya lo sé —coincidí frunciendo el entrecejo—. En cambio, no solo estás formado por la capa superficial de chico malo.

—Es la que todos ven —explicó.

—Yo no, pronto me di cuenta de que... eras perfecto. —Sonreí con tristeza. Acordarme de todo lo que habíamos vivido era doloroso.

—Aun así, no te costó engañarme y jugar conmigo —me reprochó.

—Debo reconocer que al principio lo disfrutaba, solo me importaba anotarme puntos por cada paso que estaba más cerca tuya. —Lo miraba a los ojos para que supiera que lo que le estaba contando era verdad.

—Era como un juego para ti —me acusó.

—Solo al principio. Cuanto más tiempo pasaba, más me costaba. Fui enamorándome sin darme cuenta. Bajaba la guardia al estar contigo, no tenía necesidad de fingir. Te enamoraste de mí, de Dabria. Babette solo era un nombre, nunca fingí contigo, me querías como era, con mis manías y defectos.

—Entonces, ¿por qué esperaste tanto para contármelo? —preguntó posando su mano sobre la mía para acariciarme de forma suave.

—Quería seguir con la misión. —Aparté la mano despacio, no podía permitir tanto cariño entre ambos—. Quería que no me importases.

—Querías acabar con nosotros, conmigo. —No lo negué, era cierto. Al principio, era lo único en lo que pensaba, en acabar con él.

—Era como debía ser. Creía que se me pasaría, que sería un capricho. No fue así. —Negué con la cabeza—. Así que decidí contártelo. Estaba aterrada, pero solo había una cosa que me daba más miedo: vivir una mentira, que no supieses a quién estabas amando, que no supieses quién era realmente la que dormía a tu lado, a quién le hacías el amor cada noche y a quién decías «te amo» cada mañana.

—Es duro, ¿sabes? —me preguntó con la mirada triste. Eso estaba resultando muy intenso para los dos—. Levantarte un día y darte cuenta de que vivías una mentira, y lo peor, darte cuenta de lo feliz que eras.

—No sé cómo hiciste para convertirte en el centro de mi universo. —Aproveché una pausa para hacer el comentario.

—En eso estamos empatados —coincidió.

—Nunca te dije que te quería hasta que supe que no había vuelta atrás, que siempre te querría.

—Me acuerdo bien de ese día. —Asintió con la cabeza y me sonrió sin enseñar los dientes—. Con voz soñolienta y tu cara de ángel. Fue el mejor momento de mi vida.

—Al final las cosas no salen como esperas —lo dije en alto, aunque no iba dirigido a Miki. Valía para ambos.

—Siento todo lo que ha pasado, no debía acabar así —se disculpó.

—No, yo no me lo imaginaba así. Soñaba que me perdonarías y seríamos felices para siempre.

—No podía, la mentira, o la verdad, me estaba matando. Lo que peor llevaba era seguir queriéndote sabiendo quién eras. No podía controlarlo y quería odiarte por ello.

—Supongo que nuestro destino no era estar juntos.

—Te equivocas. Luchas contra él, quieres escapar de él —contraatacó.

—No puedo seguir aquí. —Era cierto, nunca sería feliz si me quedaba—. ¿Quieres saber algo

más? Porque la conversación se ha ido por las ramas y no me interesa tropezar con el árbol.

—De acuerdo. —Levantó las manos en señal de rendición—. Vamos con algo más simple.

—Dale —lo animé.

—¿Cómo fue que te mandaron aquí? ¿Lo pediste tú? ¿Te tocó?

—Yo no quería venir, pero tenía que hacerlo, soy la única del equipo que habla ruso. Tenía pensado pasar una larga temporada en casa. Al volver de la última misión, decidí que quería pasar más tiempo con mi abuelo, en cambio... —Negué con la cabeza.

—Las cosas nunca salen como uno quiere —terminó Miki.

—Exacto.

—¿Tenías novio o...?

—Es cierto lo que te dije en nuestra primera cita, Miki. —Rodé los ojos, no podía creer que fuésemos a tener de nuevo esa conversación—. No era muy de novios, entre otras cosas, porque no tenía tiempo para una relación seria.

—Disfrutabas del sexo libre y sin compromiso —repitió las palabras que yo le había dicho en su momento.

—Igual que cualquiera, igual que tú. —Lo señalé con el dedo índice al ver su cara de pocos amigos.

—Yo no he dicho nada —se defendió levantando las manos de nuevo. Era un gesto muy característico en él. Siempre lo hacía para dar más veracidad a sus palabras.

—No es necesario. Tu cara y tu tono te delatan. Aunque de haberme quedado en España, seguramente tendría novio en estos momentos —confesé.

—¿Cómo? ¿Quién? —pregunto celoso.

—El portero del Atenea, no te jode —respondí con ironía.

—¡Qué graciosa! —se burló.

—Un chico que conocí poco antes de venir aquí —respondí para que no le diese un ataque.

—¿Os acostabais?

—¡Qué va! Hacíamos papiroflexia.

—¡Dabria! —me regañó.

—No seas ridículo.

—¿Un polvo de una noche? —Estaba segura de que quería escuchar un rotundo sí por mi parte, pero no iba a volver a mentirle. En nada.

—¿Quieres la verdad? ¿Estás seguro?

—Sí.

—Empezó con un polvo de una noche, un día que nos conocimos en una discoteca. Volvimos a vernos y, aparte de sexo, tuvimos buen rollo. Empezamos a conocernos y me gustaba, no solo el sexo con él, sino...

—Basta —me interrumpió de golpe—. No quiero saber más. Me dijiste que nunca te habías enamorado. —Comencé a reírme, me parecía infantil y tierno que me estuviese pidiendo explicaciones de mi vida antes de conocerlo.

—Es cierto —respondí dejando de reírme—. No llegué aamarlo, me gustaba, pero dejamos de vernos cuando le dije que tenía que marcharme.

—¿Le contaste que venías aquí? —inquirió extrañado.

—Por supuesto que no. Todos creen que me fui a Nueva York a hacer un máster.

—Menos a tu abuelo.

—Exacto. Aprovechando que salen los trapos sucios, dime, ¿qué has tenido con Monic?

—Follamos. Un polvo más —explicó sin importancia.

—¿Uno o varios polvos? —Era mi turno de indagar en su pasado.

—Varios. Hace mucho tiempo. Ha pasado mucho desde el último revolcón, mucho antes de conocerte —añadió al ver mi expresión.

—¿La querías?

—¡Oh, Dios! ¡No! —Hizo una mueca de espanto.

—Te gustaba, con ella sí repetiste. Fue la excepción —observé.

—A todos nos gustaba Monic. Era el prototipo de chica con la que todos los jóvenes de hormonas alteradas fantaseaban.

—Y tú hiciste la fantasía realidad.

—Sí, en cambio, acabó siendo una pesadilla.

—Y conmigo también repetiste, ¿qué me dices de eso? —Sabía que a Miki no le gustaban los interrogatorios, pero a joderse. Quien pregunta, responde.

—No puede compararse. Tú eras diferente, jugabas en una liga aparte. En una liga donde solo estabas tú.

—¿Qué pensaste de mí cuando me conociste? —Copié su pregunta.

—¿La verdad? —Empezó a reírse con ganas—. Es que no pensé, solo sentí dolor, un fuerte dolor de huevos y unas terribles ganas de follarte.

—¡Vaya! —Solté también una carcajada ante su grosera sinceridad—. Desperté en ti pensamientos morbosos.

—Despertaste en mí todo tipo de pensamientos. Cuando te vi llegar al Baltika, me quedé prendado de tu belleza, y cuando abriste la boca, supe que serías mi perdición.

—Te enamoraste de mí —observé pensativa.

—Con toda mi alma.

—Sin embargo, no estabas dispuesto a contarme la verdad —lo acusé. Me tocaba a mí esa vez.

—No estaba preparado. Tenía miedo, muchísimo miedo de que me dejaras cuando te enteraras.

—¿Preferías tenerme engañada antes de perderme? —Sabía la respuesta, aunque quería una explicación con más sentido.

—Sí —respondió sin remordimientos—. Soy egoísta, Dabria. Siempre lo he sido en todo, y contigo más. No iba a permitir que nadie me separase de ti.

—Mirándolo de esa forma, ¿he obrado yo de la mejor manera?

—¿A qué te refieres? —preguntó confuso.

—No debería haberte contado la verdad. Podríamos haber seguido con la farsa y ser felices.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque yo no lo soportaba. No soportaba escucharte decir: «Te amo, Babette». No soportaba engañarte más.

—Yo no soportaba pensar que huirías de mí, que me mirarías con odio, rabia o miedo. Lo siento, pero es la verdad.

—Parece que al final acabamos así, ¿no? —No escapé de su mirada, al contrario, dejé que se colase hondo—. Llenos de rabia, jugando al tira y afloja con una cuerda de odio.

—Te confundes de nuevo. Yo...

—Lo mejor es que no continuemos por ahí. —Alcé una mano para detenerlo—. Quedamos en que sería una charla simple. Para aclararnos y entendernos mejor.

—No hay nada simple entre nosotros, mi pequeña.

—Es hora de irnos. —Me levanté de la cama, dispuesta a marcharme.

MIKI

Me puse de pie para seguirla. La conversación había llegado a su fin. Lástima.

Antes de que alcanzase el ascensor, se detuvo en seco.

—Creo que tenemos un problema, Miki —dijo caminando hacia atrás.

Me acerqué deprisa, pero, al igual que ella, me paré en seco. Sergei la apuntaba con una pistola. Detrás de él, había siete hombres más. Todos trabajaban para los Kostka y los Kovalenko.

—Déjala —le ordené.

—Tú ya no das las órdenes, Mikhail —me respondió con altivez.

—¿Dónde está tu jefe? ¿No se atreve a venir él mismo? —No me molesté en sacar la pistola, solo serviría para ponerlos nerviosos.

Dabria estaba demasiado tranquila para tener un arma en su cabeza. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué pasaría por esa mente tan enrevesada?

—Nos bastamos nosotros para acabar contigo y con tu fulana —respondió con seguridad.

Mi pequeña enarcó una ceja de forma interrogativa antes de preguntar con calma:

—¿No aprecias tu vida?

—¿Qué coño dices? Cierra la boca, puta asquerosa. —Las manos le temblaban. Lo peor era un hombre nervioso con un arma, podría hacer algo insensato.

—De acuerdo —respondió ella encogiéndose de hombros—. Después no digáis que no os he avisado.

—¿Avisarnos de qué? Estás loca —la acusó Sergei.

—A Miki le quedarán bien —comentó como si nada.

Su táctica era buena, estaba desviando la atención hacia ella para que yo pudiese actuar. De forma sutil, metí la mano en mi bolsillo delantero para sacar la navaja. No dejé de observarla para poder ver su señal. Porque me la daría, estaba seguro.

—Cierra la boca, zorra —ordenó Aurel, otro imbécil de los enemigos—, yo te haré callar. —Dio un paso adelante enfadado.

—¿De qué coño hablas? —se unió otro, del que no recordaba su nombre.

—De que a Miki le quedarán fenomenal tus pelotas de corbata, ¿no crees, Miki? —Era el momento. Lancé la navaja a los huevos del hombre que estaba apuntando a mi pequeña, que, cómo no, soltó la pistola y se agarró las partes heridas. Dabria no perdió ni un segundo, alcanzó el arma y, mientras le asestaba un rodillazo en la frente al que se agarraba las bolas, disparó a Aurel, quien se

le acercaba apretando la mandíbula a grandes zancadas.

Yo no tardé en reaccionar, saqué mi TT-33 y disparé. Dos menos, ya solo quedaban tres, serían carne fresca para mi sed de venganza en el sótano del Hera.

—Sal —apuré a Dabria.

Ella me obedeció y, al momento, sentí un fuerte golpe.

—Suelta a mis hombres, Mikhail.

Mikola se dignó a hacer acto de presencia. Sujetó a mi pequeña por el cuello con fuerza, sus hombres se empezaron a reír de la broma tan original que había hecho su jefe.

—Te arrepentirás de esto, Mikola —lo amenacé. Había traído un séquito; tantos para dos, nos dejaba en clara desventaja.

—Chuchuchu. —Negó con la cabeza—. Tú lo harás. —Señaló a Dabria con gesto despectivo—. Mira que matar a tus hombres por una furcia. Está buenísima, no lo niego, pero sigue siendo un coño. Uno que los dos hemos probado, y déjame decirte que no tiene nada de especial.

—Déjala, Mikola. —Me temblaba todo el cuerpo de la rabia que sentía. ¿Cómo podía hablar así después de todo lo que le había hecho?

—Hijo de puta —gruñó Dabria, intentando soltarse de su agarre.

—Antes, me divertiré con ella; la otra vez estaba en un modo muy pasivo, aunque lo disfrutamos mucho.

—Suéltame. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de mi pequeña. Mikola le estaba haciendo revivir la peor experiencia de su vida.

—Todavía no —respondió con chulería—. Baja el arma, Mikhail. —Movié la mano de la pistola, la que tenía libre, hacia abajo en movimientos rápidos.

—Lo haré, pero déjala. Ella no tiene nada que ver —le pedí—. Tu problema es conmigo.

—Todo es por su culpa. —Se carcajeó—. Mírate. —Me señaló—. Ahora, deja de pedir y ordenar, estás en desventaja. —Golpeó a Dabria en la espalda.

Ella gruñó en respuesta y aguantó el aire para recibir el segundo golpe; al tercero, se quedó pálida. Las heridas de los latigazos eran muy profundas, les estaba costando cicatrizar.

No lo pensé más, hice lo que me ordenó antes de que siguiese golpeándola. Posé la pistola en el suelo y le di una patada para alejarla de mí.

—¿Ves cómo no era tan complicado? —me dijo—. Ahora, venga —les ordenó a sus hombres—. ¿No queréis que pruebe de su propia medicina? Esta vez que sea él quien note vuestros puños.

Sus hombres no dudaron. Primer golpe en la nariz, segundo en el labio. No tardé en notar el sabor metálico en mi boca. Alcé la mano para limpiarme, pero me lo impidieron, dos de ellos me agarraron mientras el tercero, Lenin, uno de los hombres de Dusan, se colocaba enfrente de mí estallando los dedos con una sonrisa de triunfo. Soporté los golpes, uno tras otro, uno tras otro. Cara, estómago y costillas. Estómago, costillas y cara. Costillas, cara y estómago. No abrí la boca para quejarme por miedo a que lo pagara mi pequeña, que tenía la mirada cargada de rabia. Sus ojos habían adquirido ese tono de tormenta a punto de empezar.

A Mikola no le llegaba con los golpes que yo recibía, cada vez que yo levantaba la cara hacia Dabria, él le presionaba la espalda. Ella, por su parte, soportaba el dolor con una entereza digna de admirar.

—Siento haber tardado tanto, Mikhail. —Afanasi se colocó detrás de Mikola apuntándolo con el arma. Más de mis hombres acorralaron a los de mi enemigo. Por fin veía las cosas más claras—. Tuvimos un pequeño contratiempo.

—Suéltala, Mikola. —Escupí sangre a la cara de Lenin.

—Haced lo que os dice —ordenó Mikola a sus hombres a regañadientes.

Me soltaron a la vez que Mikola empujaba a Dabria contra mí, con cara de asco. Su cabreo era de tal magnitud al ver que había perdido que estaba rojo de ira. Envolví a mi pequeña entre mis brazos, temblaba, no algo muy exagerado, pero sí perceptible al tocarla. La animé a caminar hacia delante, dio dos pasos y se detuvo a amenazar a Mikola, con voz serena y calmada, pero segura de lo que decía:

—Te mataré, Mikola.

Continuó sin mirar atrás y se subió al ascensor. Me coloqué a su lado y la tomé de la mano. Aunque quería abrazarla, me contuve, debía sentir mucho dolor en la espalda, estaba pálida y gotas de sudor empezaban a bañar su frente.

—¿Cómo ha pasado esto? —le pregunté a Afanasi, que al vernos con vida suspiró aliviado.

—Cuando llegué, me pareció raro ver a Andrei hablando en el tiro de las escaleras con Sergei. No le di más importancia y fui a cambiarme, como siempre. Al salir del vestuario, Mikola y sus hombres estaban sentados en la mesa más cercana a las escaleras, eso ya me olió mal; por lo que no los perdí de vista hasta que, poco después, sin siquiera acabar la cerveza, se levantaron y vinieron en esta dirección.

—¿Por qué no me avisaste?

—Era lo que pretendía justo antes de sentir el frío filo de una navaja en mi cuello. Me ataron en el rellano hasta que Pashenka me vio; luego, subimos, y el resto ya lo sabes.

Al salir del ascensor, Venyamin, Murik y Zoria estaban esperándonos.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó el primero.

—¿Estáis bien? —quiso saber el segundo.

—Dabria, ¿te han hecho daño? —Zoria se acercó a ella para asegurarse—. Estás sangrando —dijo al verle el labio partido—. Y... estás más blanca que la pared.

—No es nada. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Tampoco tu primo tiene muy buen aspecto.

—No. —Me miró detenidamente—. Está incluso más feo que de costumbre. Pero es un tipo duro, perdería credibilidad y respeto si me acercó a él —se burló Zoria, ganándose una sonrisa de mi pequeña.

—¿Quién os ha avisado? —preguntó Dabria. Esa pregunta estaba a punto de salir de mi boca.

—Afanasi —respondió Murik señalando a nuestro fiel y sabio hombre.

—Lo telefoneé en cuanto me soltaron —explicó el aludido mirando a Murik.

Dabria sonrió en agradecimiento y Afanasi le tocó el hombro con gesto cariñoso.

—Podemos salir por el garaje, está despejado —informó Venyamin.

Asentí y tomé las riendas:

—Venyamin, Murik y tú id a buscar al médico. —Fijé la mirada en ellos—. Y, Zoria, ve a buscar a tu padre y a Aleksei.

—Aleksei ya está con tu padre revisando las cámaras —me respondió mi primo—. Cogeré a mi padre.

—Bien, nos vemos cuando terminéis. —Agarré a mi pequeña de la mano y caminé con ella escaleras abajo. Íbamos en el medio, no creía que fuese a pasar nada más, pero visto lo ocurrido, toda precaución era poca.

—¿Estás bien? —le pregunté ayudándola a ponerse el cinturón.

—Estoy bien, Miki. Puedo sola —me respondió de forma algo brusca.

—Lo siento. —Me froté el pelo con las manos y arranqué el coche.

—Seguís teniendo problemas de lealtad, cada vez más graves —comentó de camino.

—¿No me digas? No me había dado cuenta —respondí burlón.

—Quiero a Mikola muerto. —No separó la vista de la carretera, creo que era parte de sus pensamientos, pero los manifestó en alto.

—Morirá —aseguré. Conseguiría la manera de acabar con él sin que nos diese más problemas muerto que vivo; sin embargo, llevaría tiempo. Matar a un miembro de las tres familias no era tan sencillo.

—Lo sé, lo siento —se disculpó, porque sabía que correría a matarlo tan pronto echara el freno de mano. Las ganas no me faltaban y si ella me alentaba, no lo dudaría. Ella me conocía, por tanto, optó por calmarme—. Ahora —añadió al entrar en el garaje—, no montes una escena, no arremetas contra tu padre, él no se merece que le cargues la culpa.

Entramos en el despacho. Como nos había informado Zoria, ambos estaban manos a la obra.

—¿Tenéis algo? —No me molesté en saludar.

—¿Estáis bien? ¿Os han herido...? —Mi padre detuvo la pregunta al ver nuestros rostros magullados.

—Yo estoy bien, Dabria no tanto. Mikola se lo ha pasado de miedo golpeándola en la espalda. Murik y Venyamin han ido a buscar al médico.

—No sé cómo ha podido pasar esto —maldijo mi padre—. Para ahí —le ordenó a Aleksei sin desviar la mirada del ordenador. Ambos estaban comprobando las cámaras—. Retrocede un poco.

Me acerqué a ellos para ver también. Dabria hizo lo mismo.

—¿Estás bien? —le preguntó Aleksei preocupado centrando su mirada en ella.

—Se me pasará con un par de calmantes. —Sonrió y le dio un apretón en el brazo para tranquilizarlo. Asintió y señaló las imágenes del ordenador.

—Estoy seguro de que llama a Mikola. —Se refería a Sergei, era uno de los hombres más fieles de Vasyl. Me alegraba que estuviera besando el asfalto. Al poco de colgar el teléfono, Mikola apareció con sus secuaces. Se sentaron en una mesa y esperaron—. ¿Veis? Lo que no entiendo es quién informó a Sergei de que estaríais ahí.

—Debemos averiguarlo —dijo Egor—, ¿quién será el que lo llama ahora? —En la cámara aparecían Mikola y sus hombres levantándose directos a las escaleras tras colgar.

—No hay ninguno de nuestros hombres —observó—. ¿Dónde se han metido?

—Se deshicieron de ellos —respondió Aleksei buscando otra secuencia de las cámaras. En ella se veía con claridad cómo golpeaban a tres de los nuestros, los amordazaban y los ataban al pasamanos para despejar el camino a su jefe.

—Tenemos un topo. Encuéntralo —le ordené a Aleksei.

—Es lo que intento —respondió mi amigo sin dejar de teclear—. Estoy registrando las llamadas de sus teléfonos, pero... no las localizo.

—No dejes de insistir, algún cabo suelto habrá —le dije separando la vista del ordenador y girándome para enfrentar a mi padre—. Papá, concierta una reunión general para mañana.

—No es conveniente, será meternos en la boca del lobo.

—Ya hemos llegado a la barriga del lobo, papá. Si no nos damos prisa...

—Esperaremos a que Aleksei encuentre algo —contradijo mi padre—. Encontrará al topo primero. Así no dejamos cabos sueltos. Vamos con todo.

Zoria entró en el despacho antes de que me diera tiempo a añadir algo más.

—Filipp espera en el salón, mi hermano y Venyamin han ido a por las chicas.

—Enseguida vamos. —Miré a mi padre de forma seria—. Avisalos a todos, papá.

—¿Quieres iniciar una guerra?

—Ya estamos en guerra, a ver si abres los ojos de una puta vez. —Cogí a Dabria de la mano y salimos del despacho, dejando un aura de desconcierto e incertidumbre—. A ver si le abres los ojos a mi padre, Liov —le solté a mi tío al cruzarnos con él.

—Tu padre tiene los ojos bien abiertos, Miki —respondió Liov tranquilo—. Las cosas no son tan fáciles. —Parecía cansado y triste. Todos estábamos afectados. De una forma o de otra, sabíamos que las cosas cambiarían.

—Nos vemos —me despedí negando con la cabeza. Dabria no abrió la boca, pero le sonrió con dulzura.

—Ellos no tienen la culpa de lo que ha pasado.

—No debería haberse fiado de ellos, nunca. —Ella era la única que podía retarme, ponerme en mi lugar cuando estaba tan cabreado.

—Ser el líder es un peso muy grande. Los mejores no son perfectos, lo son los que rectifican y aprenden de sus errores.

—Un líder nunca puede flaquear, y mi padre... —Estábamos parados cerca del salón. La conversación no nos encaminaba a un final, ambos queríamos tener la razón, ninguno cedería.

—Tu padre no flaquea, intenta evitar una guerra. Son cosas diferentes —me contradijo con seguridad.

—¿Estás cuestionando mis opiniones?

—No, en absoluto. Intento que tú las cuestiones con el fin de mejorarlas.

Dabria entró al salón antes de que respondiese. Saludó al doctor con una sonrisa tranquila, como si nada pasase.

—Doctor. —Le tendió la mano.

—Dabria. —Le sonrió con cariño, aceptando su mano—. Mikhail. —Hizo un asentimiento de cabeza en mi dirección.

—Acompáñanos —los animé a caminar escaleras arriba—. ¿Puedes mirarle la espalda, Filipp?

—Por supuesto, ¿qué ha pasado?

—Hemos tenido un percance de mierda. —Supo que no debía preguntar más.

—Pasa, Filipp. —Dabria abrió la puerta de su habitación y le dio paso a él primero—. Tú no. —Me frenó interponiéndose en la puerta.

—No puedes...

—Si no te quedas fuera, no permitiré que me cure, así que elige. —Solté un bufido y levanté las manos en señal de rendición.

—A tus órdenes. Si necesitas algo, pídelo —grité por encima de su hombro para que Filipp pudiera escucharme.

DABRIA

—Creo que se me han abierto las heridas —le informé quitándome el jersey. Me dolía horrores.

—Túmbate —me indicó abriendo el maletín y sacando unos guantes.

Hice lo que me pedía. Me quité la camiseta y el *bralette*; casi nunca me los ponía, pero decidí hacer el esfuerzo al salir de casa. Lo que pensaba era bien cierto, tenía la ropa manchada de sangre.

—Tiene mal aspecto, Dabria. —Nadie me había vuelto a llamar Babette, desde lo ocurrido no valía la pena. De quienes más tenía que cuidarme ya sabían quién era—. Algunos cortes se han abierto, te los coseré de nuevo y te daré un antibiótico para la infección. —Hablaba al tiempo que me los limpiaba, yo mordía la almohada para no protestar. Sentir cómo me revolvía la carne magullada necesitaba toda mi concentración. Las indicaciones médicas podían esperar—. Debes tener más cuidado, eran muy profundos, es fácil que se infecten. Por ellos solos hace falta mucho tiempo para curar, si tú los empeoras... —Quería decirle que había sido el hijo de puta de Mikola, pero no lo hice. Él era un médico, no un cura ni un poli para escuchar mis acusaciones.

—Tengo la espalda hecha una pista de carreras, ¿eh, doctor? —bromeé cuando me dio un respiro.

—De las complicadas. Llena de curvas y cambios de rasante. —Se unió a mi broma volviendo a su tarea: hacerme un buen zurcido. Volví a morder la almohada hasta que terminó, momento en el que solté un tremendo suspiro.

—Mañana ven al hospital, prefiero hacerte yo las curas los primeros días —me dijo quitándose los guantes y devolviendo el material al maletín.

—Dígaselo usted a Mikhail. No quiero escucharlo protestar, después de lo de hoy, no creo que le haga mucha ilusión volver a sacarme de casa.

—¡Vaya! Ni que fueses un perro.

—Para nada, los perros salen más. —Abrí la puerta y, cómo no, ahí estaba él. Apoyado en la pared con un pie ensuciando la pintura—. Es tu turno —le dije a Miki, que elevó una ceja de manera interrogativa—. Tienes que limpiarte esos cortes. —El doctor se puso la mano sobre la boca y fingió toser, todo para no reírse.

—¿Está bien? —le preguntó a Filipp ignorando mis palabras por completo, como si no hubiese dicho nada.

—Esta chica es toda una campeona, Miki. Se le han abierto algunas heridas, se las he cosido y

le he dado antibiótico. Aunque no lo diga —me lanzó una mirada—, debe estar doliéndole horrores. —Miki me lanzó una mirada de enfado—. Mañana tráela para hacerle las curas, debemos evitar que se le infecten.

—Es mejor que vengas tú, Filipp. No quiero encontrarme la misma piedra en el camino dos veces.

—Mikhail, soy médico. No puedo abandonar el hospital cuando me plazca —insistió el doctor.

—Pásate por aquí cuando haya acabado tu turno. Las calles están plagadas de mierda.

—Bien. —No podía negarse, cumplía las órdenes, como los demás—. Le he dado unos calmantes muy fuertes, le provocarán sueño. Descansa y procura no moverte mucho —dijo lo último mirándome a mí, con esos ojos sabios y serios de médico.

—Estaré bien —respondí bajando las escaleras la primera. Los dos me siguieron hasta la puerta, donde nos despedimos de Filipp.

—Nos vemos mañana, Dabria —dijo él.

—Aquí estaré —respondí con ironía. Iba a tener suerte si me dejaban salir al jardín, después de lo que había pasado.

—Vamos, te limpiaré las heridas —dije tras cerrar la puerta de la entrada, e intuyendo que Miki escaparía hacia el salón, me planté como un estorbo en su camino.

—No es necesario, estoy bien. —Quiso esquivarme, pero di un paso en la misma dirección que lo había hecho él.

—Estás hecho un asco —lo contradije.

—Debo volver al trabajo, pequeña —insistió.

—Tienes un aspecto de mierda, Mikhail. Date una ducha y te curaré las heridas. —Cambió de dirección con un resoplido y subió las escaleras.

—Que conste que solo lo hago porque me he aburrido de escucharte —protestó.

—Me son indiferentes tus motivos —respondí con cansancio.

—Avísame cuando acabes. —Me detuve en la puerta de su habitación.

—Puedes esperar dentro mientras me ducho —me ofreció girándose para comprobar que aceptaba su invitación.

—Claro. —Me armé de valentía y di un par de pasos hacia dentro.

No había vuelto a entrar desde que lo dejamos, y la verdad era que prefería no hacerlo, pero podía predecir el interrogatorio que me haría Miki si me negaba.

—No tardaré —dijo cuando hube cerrado la puerta.

—Estaré en la terraza.

Caminé de frente, como un toro dispuesto a llegar a su destino sin ver más que lo que abarcaba el frente. Si me paraba a observar la estancia, millones de recuerdos bombardearían mi mente. No estaba preparada. Siempre me había encantado estar sentada allí. Solía pasar horas mirando la nieve caer acurrucada en sus brazos; sin embargo, en ese momento me sentía extraña, no sentía esa paz, esa tranquilidad, esa alegría... No sentía nada. No era verdad, obviamente. Los recuerdos se intensificaban al estar allí, y eso no era bueno. Aunque en ese momento los veía como si no me hubiesen pasado a mí, en ese momento sentía simplemente el fuerte dolor que me habían dejado.

—Dabria. —Se sentó a mi lado, observando el paisaje.

Tenía mucho mejor aspecto, no quedaban restos de sangre en su rostro, solo los cortes y la creciente aparición de moretones.

—Voy al baño a por algo para limpiarte eso. —No esperaba que él se hubiese molestado en traerlo.

Rebusqué en la estantería por algo que me sirviera. Cogí agua oxigenada, gasas, tiritas cicatrizantes y una crema calmante para los moretones. Regresé con los brazos llenos y arrojé sin orden todo sobre el sofá, al lado de Miki.

—A ver. —Me subí de rodillas al mullido mueble, me sería más fácil—. Ahora no te muevas. —Empapé de agua una gasa.

—Pareces una enfermera de verdad —se burló.

—Tampoco hables. —Comencé limpiándole el corte del labio—. A no ser que quieras un trago de esto. —Intentó reírse, pero le apreté con más fuerza de la necesaria, lo que le provocó un quejido—. Te está bien.

Procuré centrarme en los cortes porque su mirada me ponía nerviosa. Tan oscura y cargada de deseo, como siempre. ¿Por qué tenía que ser tan malditamente perfecto? Por mucho que lo mirase, que lo tocase... daba igual. Lo jodido era eso, que nunca dejaba de impresionarme.

—¿Queda mucho?

—No —respondí colocando la última tirita sobre su ceja.

—No necesito estas pegatinas, Dabria —se quejó.

—Son de dibujos. Las he elegido de leones y tigres, te pegan —me burlé.

—Vete a la mierda. —Intentó levantarse, pero lo empujé hacia atrás por el pecho—. No tan rápido. Quitate la camiseta. —Enarcó una ceja de forma *sexy*—. Quitatela de una vez, Mikhail, o te la quitaré yo. —Desde luego que no eran las palabras que debería haber usado. Sacudí la cabeza y cogí la crema.

—No te pongas nerviosa, fierecilla, tus deseos son órdenes para mí. Nada me haría más feliz que... —Presioné sobre los cardenales que tenía en el estómago—. Eso no es propio de una enfermera, qué poco profesional —soltó entre dientes.

—Tampoco es correcto querer ligarse a la enfermera.

—Yo no quiero ligarme a la enfermera, quiero follarme al amor de mi vida hasta dejarla exhausta dormida sobre mi pecho.

—Déjate de historias —lo regañé, extendiéndole la crema con poco cuidado. Que me dijera eso cuando lo tenía desnudo debajo de mí no era para nada sensato. Lo que me gustaría sería manosearle los abdominales con mis manos y con...—. Ya estás. —Me aparté y me levanté del sofá, la distancia me vendría bien para no atacarlo como una leona en celo.

—¿Ya? —protestó—. Ahora que empezaba a gustarme.

—Tienes trabajo, ¿recuerdas?

—Vete a descansar —dijo poniéndose la camiseta a la vez que se levantaba del sofá.

—Te acompaño. —No protestó. Sabía que no serviría de nada.

Bajamos las escaleras en silencio, no me resultaba incómodo. Estar con Miki, de cualquier manera, me seguía resultando placentero, era fácil estar con él. Siempre habíamos congeniado, ni la ruptura ni el tiempo impidieron que siguiese siendo así. Nos seguíamos queriendo, demasiado.

Todos estaban en el despacho.

—Bien —empezó Miki, como siempre, sin molestarse en saludar—. ¿Cuándo mataremos a Mikola? —Todos lo miraron entre preocupados y asustados.

—Sabes que es complicado —dijo su padre—. No es tan sencillo como cogerlo y disparar.

—Por supuesto que lo es, yo te lo mostraré, papá.

—No harás nada hasta que sepas cómo vamos a actuar. —Su padre lo retó con la mirada.

—Ha intentado matarnos. Soy el futuro heredero y ha intentado matarme. Me ha golpeado y me ha desobedecido. Quiero a Mikola muerto. —Todo lo relajado que había estado mientras le

curaba las heridas se había esfumado.

—Lo que Miki quiere decir —me adelanté a Egor— es que debéis hacer todo lo posible. Mikola debe morir, pero tenéis que aseguraros de que apoyen vuestra decisión.

—Todos estamos de acuerdo en eso —respondió Liov esa vez—. Haremos todo lo posible.

—No me habéis entendido. —Me lanzó una mirada para que me callase antes de continuar—. Como heredero, exijo su muerte. —Los observaba serio, sin apartar la mirada y sin permitirse pestañear.

—Tú no me has entendido. —Su padre subió la voz y adoptó esa postura que reservaba para sus hombres más rebeldes—. Yo soy el líder, soy tu jefe, soy tu padre, y te obligo a acatar mis órdenes. Mikola morirá cuando yo lo ordene.

—No me lo puedo...

—Tu padre tiene razón, debéis tener cuidado. Están esperando un movimiento en falso para iros encima. Aún desean el liderazgo.

—¡Tú no lo entiendes! —me gritó—. Cállate. —Pestañeeé con rapidez, no recordaba cuánto tiempo hacía que no me gritaba.

—Parece que lo entiendo mejor que tú. Eres de sangre pura, pero has dejado entrar a una poli. Has defendido al mayor enemigo de las Tres K. Ninguno está de acuerdo con eso porque ninguno se fía de mí. Y saben que tú no te mueves con razones objetivas. Un movimiento erróneo os costará que vuestra gente se os ponga en contra.

—Nadie me quitará lo que es mío. —Los ojos de los presentes se movían de uno a otro, como en una tragicomedia donde los protagonistas se lanzaban su amor a gritos. Lo que nos diferenciaba era el tema, no era el amor, en ese caso.

—No seas tan necio, Mikhail. Nadie desea la muerte de Mikola tanto como yo, pero solo hay una cosa que aborrecería más que la mafia, y es que esta pase a las asquerosas manos de vuestros socios. Eso sí. —Fijé la mirada en Egor—. Yo también quiero a Mikola muerto. Así que encuentra la manera.

—Vaya. —Rio Zoria, pero se cubrió la boca con la mano con disimulo cuando su padre lo miró de forma amenazante.

—¿Por qué coño me hablas así? —me acusó Miki cabreado.

—He ofendido tu ego, perdóname. Lo siento muchísimo. —Posé mi mano sobre el pecho fingiendo con exageración una disculpa—. Alguien tiene que aclarar tu mente nublada por la rabia y sed de venganza. En vez de llegar aquí como un lobo escupiendo babas, acusando y amenazando a tu manada, podrías utilizar toda tu ferocidad para trazar un plan. Un buen plan. —Me senté en uno de los sillones del despacho. Estaba agotada. Entre lo duro que había sido el día y los calmantes, estaba exhausta.

—Solo ella podría salir airosa de tus garras, Miki —se burló Zoria.

—Solo ella se permite muchas cosas. —Me miró entre enfadado y divertido—. Cree que se lo permitiré todo.

—Y se lo permitirás —añadió el otro gemelo.

—A ella, Murik, solo a ella. —Lo regañó con la mirada.

—Ni caso, Murik. —Sacudí la mano hacia abajo, quitándole importancia—. Ladra demasiado, pero muerde poco.

—Es un privilegio que solo tienes tú, Dabria —dijo Venyamin en tono divertido también.

Miki me observaba con intensidad.

—Es mi debilidad, porque la quiero tanto que podrían salirme corazones animados por las

orejas. —La frase que prometía rebosar romanticismo tomó un giro. Todos estallaron en una sonora carcajada, incluso yo no pude evitarlo. Levanté el dedo corazón en su dirección, Miki meneó la cabeza y sonrió—. Yo de ti tendría cuidado, porque ahora mismo saltaría sobre ti como un perro rabioso.

Esa vez todos abrieron la boca con sorpresa y las pestañas se le juntaron con las cejas. Antes de que la sala se volviera un gallinero, Egor alzó la voz para poner orden:

—No necesito ver cómo la tensión sexual se palpa en mi despacho por vuestras hormonas alteradas. Así que, Dabria —me lanzó una mirada acusadora—, deja de provocar a mi hijo, y tú, Miki —cambió la mirada hacia su hijo—, compórtate como un hombre y no como un chiquillo con granos.

—Yo no...

—Cállate —me interrumpió antes de que pudiera protestar.

El resto del tiempo la reunión tomó el rumbo que debería. Cada uno aportaba su grano de arena hasta que, al final, cerca de la hora de cenar, consiguieron construir un pequeño castillo.

Al día siguiente convocarían una reunión, como había pedido Miki, pero en ella no exigirían la cabeza de Mikola nada más entrar por la puerta: pedirían justicia. Siempre es mejor cuando se pide y no cuando se exige. Las cosas no se ordenan, se piden; no se exigen, se ganan. Las creaciones a base de mentiras e imposiciones acaban siendo las más inestables. Pues una vez que se derrumban las columnas, continúan hasta los cimientos.

Dara había tenido la maravillosa idea de preparar la cena: tallarines con salsa de champiñones. No podía esperar el momento de probarlos, el humeante plato desprendía un olor que activaba todas y cada una de mis papilas gustativas. Estaba famélica.

—Yo no pienso comer eso —protestó Zoria.

—Ni yo, esa salsa verde parece mocos de Lesta —protestó Murik.

—No seas asqueroso —lo regañó su madre.

—Para la próxima, te pondré los mocos de mi nieto, a ver si te parecen tan apetecibles —lo amenazó Dara.

Hice una mueca de disgusto y dejé de escuchar. No dejaría que los asquerosos comentarios respecto a mi apetecible comida me quitasen el hambre.

—Deja de torturarnos, mamá —pidió Miki—. Todavía recuerdo las náuseas de aquel día. —Esa vez se dirigió a mí.

—¿Cómo iba a saber yo que no te gustaba? —me defendí recordando cuando había obligado a Miki a probar esa comida—. No lo hubieras hecho, pudiste decir que no.

—Por ti haría cualquier cosa, mi pequeña. —Me dio un toque en la nariz con el dedo índice de forma juguetona.

No pude evitarlo y sonreí. Una sonrisa sincera. Miki buscó mi mirada, que no tardó en encontrar. Nos tomamos tiempo. Sus ojos negros como la noche atravesaban los míos tormenta. Como por inercia, nos fuimos acercando, con lentitud extrema y sin perder contacto visual. Él llevó una mano a mi mejilla, me acarició con ternura y yo incliné la cabeza para ahuecar mi cara en su mano. Cerré los ojos y aspiré su aroma. Volví a abrirlos al escuchar a Miki hablarme:

—Perderé la cabeza por ti. Si antes creía que eras preciosa, ahora me cuesta creer lo preciosa que eres.

—Vaya, yo creí que ya la habías perdido. —Fingí decepción. Una broma venía de perlas para

bajarle intensidad a la burbuja en la que nos encontrábamos.

Miré alrededor, avergonzada. Para mi alivio —digo mío porque a Miki le daba lo mismo—, nadie nos prestaba atención de forma descarada. Con disimulo, más de uno estaba cuchicheando: Nitca me sonrió enseñándome todos los dientes y Zoria abrió la boca un par de veces con asombro. Cómo no, eran las marujas del grupo.

DABRIA

Entré a la consulta del médico, como siempre, Miki me acompañaba.

—Bueno, Dabria —dijo después de reconocermé—. Estás mucho mejor.

—Me siento perfecta, Filipp —respondí con alegría. Era cierto, casi estaba perfecta, al menos físicamente. Lo único que quería era largarme de allí.

—Entonces te daré una buena noticia.

—¿Puedo volver ya a mi país?

—Claro —respondió con una gran sonrisa—. Creo que te vendrá bien volver a tu hogar.

—Así es. —Los ojos se me cristalizaron—. Gracias por todo, doctor. —Le tendí la mano.

—Ha sido un placer. —Tiró de ella y me dio un breve abrazo. Había sido tanto tiempo juntos que nos habíamos cogido cariño.

Miki no soltó palabra, la cara se le puso blanca y los músculos se le contrajeron. Sabía que no quería que me fuera, que esperaba alargar ese momento lo máximo posible; sin embargo, ni siquiera él tenía el poder de extenderlo eternamente.

Al llegar a casa, me encerré en la habitación, tenía que sacar el billete y arreglar un asunto pendiente.

Dos días.

En dos días estaría en casa.

Esa vez, nadie podría impedírmelo.

Pum, pum, pum.

—Adelante.

—Dabria.

—¿Qué quieres? —pregunté mientras se acercaba a mí. No quería más conversaciones intensas, más ruegos, súplicas o confesiones de amor. No lo quería porque nada me retendría más tiempo, y no era bueno para él ni para mí; sin embargo, sabía que Miki no se rendía: ni a la primera ni a la segunda ni a la tercera... Agotaría toda su saliva y sus palabras para convencerme.

—No te vayas. —Su voz no era más que un susurro.

—Miki...

Se sentó a mi lado en la cama. Percibí miedo en sus ojos.

—No me dejes —me pidió.

—Mi vida está allí. —Era el momento de acabar con eso de una vez por todas.

—Tú eres mi vida.

—No podemos estar juntos, lo nuestro se acabó hace tiempo.

—Perdóname, por favor, perdóname —suplicó.

—No tengo nada que perdonarte, Miki. —Era la verdad—. No ha sido culpa tuya lo que me ha pasado.

—Perdóname por no creerte, por echarte. Puedo arreglarlo. —Eso ya se lo había perdonado hacía tiempo.

—No hay nada que arreglar. Lo que hubo entre nosotros forma parte del pasado.

—Estoy enamorado de ti. —Los ojos se le cristalizaron.

—Lo sé.

—Sé que todavía me quieres.

—Eso no cambia nada.

—Estás diciendo que me perdonas, pero no actúas como si lo hicieses. Me odias.

—No te odio, Miki, pero nunca volveré a amarte como lo hice.

—Me iré contigo.

—No lo hagas más difícil. —Mi voz sonó seria.

—No puedo vivir sin ti. —Negó con la cabeza.

—Con el tiempo, me olvidarás, todo formará parte de un recuerdo. Del pasado.

—Dabria, tú eres mi pasado, mi presente y mi futuro.

—Miki.

—Por favor. —Posó una mano en mi muslo.

—Dijiste que harías lo que fuera por mí. —Posé mi mano sobre la suya con cariño.

—Lo que sea.

—En dos días volveré a mi hogar, no quiero que me busques ni que me llames. Quiero que me olvides.

—No me pidas eso. —Sacó su mano de debajo y tomó la mía para acariciarla con el dedo gordo.

—Una vez me haya ido, no quiero volver a verte. Jamás. —Me costó decir esas palabras, pero era lo correcto.

—No me pidas eso, no nos hagas esto. —Me observó los ojos, buscando algún indicio de flaqueza por mi parte.

—Prométemelo, Miki. Hay demasiado dolor entre nosotros para eso.

—Te dejaré ir, pero nunca podré olvidarte. Nunca seré capaz de dejar de amarte.

—Con el tiempo, será como si nunca hubiese existido. —Nunca sería así, ni para él ni para mí.

—Podría vivir un millón de vidas, reencarnarme en un millón de seres, pero siempre te amaré, Dabria. —No contesté, intenté mostrarme lo más indiferente posible—. ¿Puedo pedirte algo yo también?

—¿Qué quieres? —Temía la respuesta.

—Déjame que te ame una vez más. —Apoyó su frente en la mía. Aspiré con fuerza y respondí con sinceridad, aunque eso no me quitaba las ganas que tenía de fundirme en sus brazos hasta que me hiciese olvidar hasta mi nombre.

—No quiero manchar el amor tan grande y puro que hubo entre ambos con el dolor y el sufrimiento que sentimos ahora. Quiero que me recuerdes como la mujer fuerte y alegre que era, y no como el espectro en el que me he convertido.

—Necesito sentirte una vez más. —Me acarició el cuello con una mano sin soltarme la otra, que tenía agarrada—. Por favor.

—Nuestro tiempo se ha acabado, Miki. —Me eché para atrás con cuidado. Por muchas ganas que tuviera de acariciarlo en respuesta, no podía o estaría perdida—. Te deseo lo mejor en tu nueva vida, créeme. Quiero que seas feliz, el hombre más feliz del mundo; pero que lo hagas lo más lejos posible de mí.

—Me lo merezco. —Cerró los ojos con fuerza—. Sé que nunca me perdonarás por lo que te he hecho. Pero, aun así, no me creo que todo el amor que sentías por mí haya desaparecido.

—Nunca he dicho que hubiera desaparecido, sino que no tiene el mismo valor. Antes era lo más importante para mí, ahora es lo último en lo que pienso. —Esas palabras no eran del todo ciertas, pero la conversación tenía que acabar. Si no lo hacía, me lanzaría a su cuello como un vampiro.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—Ya lo he hecho, Miki, te lo juro. No se trata de eso; sin embargo, perdonar y olvidar no significan lo mismo. Ahora vete, tengo cosas que preparar. —Me separé rompiendo toda conexión entre ambos.

Se levantó sin dejar de mirarme, cerró los ojos y se marchó con ellos anegados.

Cuando cerró la puerta, dejé que unas cuantas lágrimas empapasen mis mejillas también. Me dolía, pero sabía que era lo correcto. Nunca podríamos ser felices juntos después de lo ocurrido, nunca podría olvidar lo que me había hecho y, mucho menos, podría olvidar lo que me había pasado después.

Éramos seres dañados que se habían herido mutuamente.

Puede que en ese momento no, pero con el tiempo, los reproches y los malos recuerdos saldrían a la luz, tiñendo el amor que pudiésemos sentir de odio y rencor. Era mejor terminar las cosas antes de que el daño fuera irreversible.

Dabria

Al día siguiente decidí ir a mi antiguo apartamento, quería coger algunas cosas para llevármelas. Le pedí a Galina que me acompañase, necesitaba hacerlo sola y, como no me dejaban, prefería que no fuera ningún Korsakov quien me acompañase.

Al entrar, los recuerdos me invadieron. Primero los buenos: Miki y yo en el sofá, Miki preparando la cena, Miki y yo en mi cuarto haciendo el amor. Luego los golpes, los hombres sacándome a rastras de la cama, llevándome... Sacudí la cabeza para alejarlos.

El apartamento estaba distinto de como había quedado, todo recogido y en orden, sin ninguna de mis cosas en los muebles. Me fijé en una caja en el centro de mi habitación, sobre ella, había una nota que decía:

Dabria:

Me he tomado la molestia de empacar los recuerdos todos juntos. Te pido que no los tires como estás deseando, te pido que te lleves esta caja y la abras cuando estés preparada. Me gusta pensar que algún día lo estarás, que pese a todo lo que viviste aquí, no todo te traerá mal sabor de boca.

Siempre habrá algún buen recuerdo.

Nitca

Galina no dijo nada, se sentó en el sofá para no molestarme. Agradecía el espacio que me daba, era la típica persona que sabía cuándo intervenir y cuándo no debía hacerlo.

—Galina, ¿me ayudas a bajar las maletas? Nitca me ha hecho un favor enorme al hacerlas por mí. —Necesitaba acabar cuanto antes. El tiempo que me quedaba no lo malgastaría lamentándome.

—Claro. —Se levantó y me sonrió.

Salimos cargadas del apartamento. Suspiré al cerrar la puerta. Había cerrado una etapa. Solo quedaba pasarle el cerrojo y lanzarlo al vacío, que era lo más complicado.

—Todo irá bien. —Posó una mano en mi hombro con cariño—. Seguiremos aquí cuando estés preparada para vernos de nuevo.

—Seguramente nunca lo esté.

—Eso dependerá de ti, Dabria. —Me sonrió—. Si eres feliz allí, nos basta.

¿Qué le pasaba a la gente? ¿Por qué no paraban de decir lo que haría cuando estuviera preparada? No pensaba en eso, pensaba en largarme de allí. Era para lo que estaba preparada.

Me costó convencer a Galina para que me dejase sola en el gimnasio. A esas alturas ya debían saber que podía cuidarme solita, no necesitaba un perro detrás todo el rato. Sobre todo, porque ese perro podía haber contraído la rabia, había un brote muy contagioso.

Entré con paso decidido, saludé a la chica que estaba en la recepción, que no era mi querida Inna, y subí hacia los vestuarios. Me hice con mi bolso de deporte y bajé deprisa las escaleras para coger el primer taxi que pasaba por la puerta.

—Al Estela, por favor —le indiqué al conductor nada más cerrar la puerta.

Pagué al taxista y apuré el paso hasta la entrada del gran hotel. Me movía el ansia, la impaciencia por lo que estaba por llegar. El Estela era uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Cogí la llave en la recepción y subí escaleras arriba los cinco pisos que me llevaban a la *suite*.

Abrí la puerta sin molestarme en llamar. Lo vi de espaldas, sentado en un lujoso sofá con una copa en la mano. Ajeno a lo que le ocurriría. Me quité el abrigo, los guantes, el gorro y la bufanda, y me acerqué. Él ni se inmutó, confiando que lo pasaría en grande. Qué equivocado estaba, sería yo la que disfrutaría como una enana.

—Justo como quería verte. —Lo encañoné con mi Beretta 92 en la sien.

—¿Qué haces, traviesa? —preguntó juguetón.

No reconoció mi voz. Alcé las esposas que había traído en el bolso y le rodeé una de las muñecas.

—Me gusta mucho jugar, ¿a ti no, Mikola? —Giró la cabeza bruscamente e intentó levantarse. Sus ojos se abrieron con sorpresa y terror.

—Babette.

—¿Babette? No, Babette, no. Dabria, mi nombre es Dabria, ¿recuerdas? —Caminé hasta quedar enfrente de él, sin dejar de apuntarlo con la pistola y tirando de las esposas hacia abajo—. Dame la otra mano. —Intentó golpearme, así que le disparé en una pierna. Una herida leve y superficial, algo sin importancia.

—¡Ah, zorra! —se quejó.

Aproveché el momento para pasarle la otra anilla por la muñeca.

—Oh, te duele —me burlé—. Pobre, espera que te ayudo.

Intentó incorporarse, apunté y pum, directo a su pie. Otra herida leve y sin importancia. Tenía que disfrutarlo, no quería que se muriera antes de tiempo. Mientras gemía como un cachorrito, saqué la cuerda del bolso y comencé a atarlo. Primero lo aseguré al sofá, luego le amarré los pies para que quedase completamente inmóvil.

—Zorra, acabaré contigo —escupió con odio.

—Vamos, mírate. —Hice un gesto con la mano señalándolo—. Yo acabaré contigo.

—Maldito Mikhail. ¡Maldito! Por su culpa, todo por su culpa.

—No te confundas, Mikola, tú estás aquí por no pensar con la cabeza. Miento, pensaste con la otra cabeza. —Me agaché para buscar un cuchillo en el bolso—. Con esta.

Apunté con él a su entrepierna. Agradecí a mi fiel amigo que me hubiera facilitado tanto el trabajo. El bolso estaba surtido con todo lo necesario para mi banquete personal.

—No hagas esto, podemos llegar a un acuerdo. —Estaba aterrado, como quería verlo yo.

—Esto será lo que va a pasar: primero, te machacaré las pelotas; después, te abriré por aquí —dije subiéndolo con el cuchillo hasta su estómago—. Tras ello, tus lloros se me harán tan insoportables que te haré un pequeño corte. —Señalé su garganta—. Más o menos ahí. Finalmente, morirás y te pudrirás en el infierno.

—Nooo. —Me miró removiéndose nervioso—. ¡No! ¡Maldita seas!

—No grites. Espera, lo arreglaré. —Tomé un trapo del bolso y se lo metí en la boca—. ¿Qué tal así?

—Ujmjmj.

—Lo siento, no te entiendo —dije con fingida pena. Muy despacio, llevé el cuchillo de nuevo a su entrepierna y, muy despacio, lo fui clavando, sin dejar de observar cómo se le contraía el rostro por el dolor. Qué imagen tan maravillosa—. Eso sentí yo cuando me violabas. —Saqué el cuchillo, no sin antes apretar hasta el fondo, y lo llevé hacia su barriga. Encima de la pelvis, debajo del estómago, realicé la misma maniobra. Con delicadeza extrema, enterré el cuchillo, pero esa vez lo giré unas tres veces una vez dentro.

—Eso sentí yo cuando mataste a mi niña. ¿Crees que duele? —Le quité el trapo de la boca para escuchar su respuesta.

—Bas-ta. —Tosió—. Bas-ta ya. —Casi era incapaz de hablar.

—De eso nada. —Negué repetidas veces con la cabeza.

—Te ma-ta-rán, a-ca-ba-rán con-ti-go. —Sus amenazas solo me causaron regocijo.

—El único que morirá eres tú, Mikola. —Subí el cuchillo hasta su cuello y se lo clavé en la carótida—. Eso fue lo último que sentí: nada. —Hacia unos ruidos extraños e ininteligibles, los de una persona cuando se ahoga con su propia sangre. Fue cerrando los ojos. No perdí detalle hasta que su respiración se detuvo por completo. Momento en el cual yo respiré profundo, acababa de quitarme un fuerte peso de encima. Guardé las armas en la mochila y me dirigí al baño. Me lavé las manos y la cara para quitarme los restos de sangre. Me abroché bien el abrigo para que no se viera la sangre de mi ropa. Observé el cuerpo inerte mientras me ponía los guantes y el gorro—. Que los bichos se entretengan contigo, Mikola Kovalenko —dije para despedirme, aunque ya no lo escuchara.

Cogí un taxi y me dirigí a la mansión Korsakov, mi humor se había incrementado hasta el punto de poder saltar de alegría. Había soñado con ese momento desde que abrí los ojos en el hospital.

Antes de llamar a la puerta, esta se abrió y Galina me abrazó preocupada.

—Joder, estábamos preocupados.

No le respondí, la seguí hacia el salón. Todos me miraron con preocupación, esperando que dijera algo. Tomé un vaso y me eché un trago de vodka. Me quité el abrigo sin prisa, dejando a la vista la sangre que me ensuciaba.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Estás bien?

—¿Y esa sangre?

—¿Te has hecho daño?

—¿De dónde vienes?

Decidí responder a la última pregunta directamente.

—De matar a Mikola. —Bebí otro sorbo.

Miki abrió los ojos y se levantó.

—¿Cómo?

—Pues primero le atravesé las pelotas con un cuchillo, luego le desgarré los intestinos y, para finalizar, deslicé mi cuchillo por su garganta.

Los ojos de todos los presentes se abrieron como platos. El temor y la preocupación se adueñaron de su mirada.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Aleksei—. Dime que es una broma.

—No lo es, dejé su asqueroso cuerpo en la *suite* del Estela.

—¡Maldita sea, Dabria! ¿En qué estabas pensando? —preguntó Miki. El resto me miraban con la boca abierta, además de los ojos, claro.

—Estaba pensando en mí, en cómo me penetró con fuerza una y otra vez, en cómo me golpeó sin piedad hasta dejarme inconsciente. —No dejé de mirar a Miki a los ojos—. En cómo pataleó mi vientre hasta matar a mi niña ¿Crees que es motivo suficiente?

—Sé que se lo merecía. —Miki se frotó el pelo nervioso—. Pero las cosas tenían que hacerse a mi manera, cada una a su tiempo.

—Esa no, Miki. Mañana por la mañana sale mi avión, no iba a dejar este país sin que Mikola hubiera dejado este mundo. He actuado de forma egoísta, lo sé, pero no lo siento. —Salí por la puerta sin mirar atrás.

—¡Dabria, espera! —Laryssa corrió para alcanzarme—. Queremos despedirnos de ti.

—Bajaré tan pronto me haya duchado —dije mirando hacia mi ropa.

Dabria

—Bueno. —Desvié la mirada de unos a otros—. Mi estancia aquí ha llegado a su fin. —Miki se levantó sin mirarme y se largó del salón a grandes zancadas—. Me alegro mucho de haberos conocido. Pese a todo lo que me trajo aquí, os ganasteis un hueco muy grande en mi corazón. Os convertisteis en mis amigos, en mi familia.

—Y tú en el nuestro, morena. —Zoria fue el primero en abrazarme—. Es una pena que me lo perdiera. —Lo dijo en bajito para que solamente yo lo escuchase. Al separarnos, vi cómo sonreía cómplice—. Espero que des mucha guerra allá donde te encuentres.

Después de abrazarlos a casi todos, fue el turno de Aleksei.

—Me alegro de que hayas acabado con ese cabrón —me susurró—. Todos lo hacemos. Te deseo que seas muy feliz, Dabria. Y espero que volvamos a vernos.

Luego le tocó a Nitca, que no dejaba de llorar y aprisionarme entre sus brazos.

—Prométeme que nos volveremos a ver.

—Te quiero como a una hermana, Nitca, siempre podrás venir a verme. Solo te pido tiempo, necesito tiempo para olvidar. Mucho tiempo. —Asintió con la cabeza y me soltó.

Subí las escaleras deprisa. Pestañeeé con fuerza, no quería llorar.

Entré a mi cuarto y vi a Miki sentado en la cama con el rostro escondido entre las manos. Sacudí la cabeza y mostré una expresión lo más natural posible cuando alzó su vista hacia mí.

—Yo también quiero despedirme de ti. —Dio unas palmaditas en el colchón para que me sentase a su lado. Lo hice y esperé que volviera a hablar—. Antes de nada, quiero que sepas que me alegro de la muerte de Mikola, no sabes lo feliz que me hace. En cambio, has sido una incauta, pudo haberte hecho daño.

—No lo ha hecho, no tenía posibilidad alguna.

—Bien.

Tras unos segundos en silencio, alargó una mano y acarició mi mejilla.

—Miki. —Lo agarré para que se detuviera; lo hizo, pero entrelazó su mano con la mía y la puso en su regazo—. Creo que debo agradecerte lo que has hecho por mí.

—¿Que casi te matan? ¿Que te traté como a la mierda? ¿Que no supe valorar lo que tenía? — Sonrió sin ganas.

—Me salvaste la vida y acabaste con Asad y muchos de sus hombres. Al final, hiciste las cosas bien.

Borak me había puesto al corriente de cómo Mikhail se había deshecho de los hombres que abusaron de mí. Otros, como Assad, ya habían muerto aquel día, cuando me habían rescatado.

—Llegué tarde. —Ambos sabíamos a qué se refería.

—No fue tu culpa.

—Prométeme que serás feliz.

—Prometo intentarlo. —Sonreí sin mostrar los dientes.

—No importa si pasan dos, cinco o quince años; estaré aquí, esperándote.

—Miki, no lo hagas... Yo no...

—No puedo olvidarte —me interrumpió—. Simplemente, no puedo. Así que no me queda otra que esperarte; para siempre, si es necesario.

—Con el tiempo, puedes enamorarte otra vez, puedes ser feliz.

—Mi corazón es tuyo, desde el día que te vi por primera vez hasta el día que me muera. No hay espacio para nadie más. —Nos quedamos en silencio un rato. Miki se levantó y se puso de rodillas para quedar a mi altura. Posó su mano en la curva de mi cuello—. Quiero que sepas que daría mi vida por aliviar tu sufrimiento, que me metería una bala en la cabeza si así desapareciera tu dolor. No habrá día que no me arrepienta de todo el daño que te he causado.

—Y yo quiero que tú sepas —dije tragando con fuerza, preparándome para mis siguientes palabras—, que nunca fingí amarte, que todo lo que sentía por ti era real. Te quería tanto... —Los ojos se me humedecieron—. No necesitaba nada más para ser feliz. Nada más que a ti. Puedo decir, gritar incluso, a los cuatro vientos, que sé lo que es amar incondicionalmente y que te amen.

A esas alturas, las lágrimas ya descendían por mis mejillas.

Miki se acercó despacio sin soltar la mano de mi cuello. Posó sus labios en los míos, con delicadeza. Correspondí a su beso, entre lágrimas y dolor. Al principio suave y delicado, pero nuestros cuerpos se conocían demasiado bien, se anhelaban con desesperación. Poco a poco, el ritmo fue aumentando. Cuando nuestras respiraciones alcanzaron un límite insuperable, una alarma pitó en mi cabeza.

—Miki, Miki. —Lo empujé en el pecho.

Apoyó su frente en la mía y suspiró.

—Por favor, Dabria, déjame pasar la noche contigo, prometo no tocarte si no quieres...

—Miki. —Posé un dedo en sus labios para acallarlo.

—Te lo suplico. Mañana te vas y quizá nunca volvamos a vernos.

—Es mejor que te vayas, ambos sabemos cómo acabará si te quedas.

Entrecerró los ojos y asintió. Se separó y ambos nos miramos, ambos con el rostro anegado de lágrimas, con el corazón destrozado. Su mirada, tan intensa como la mía, bastaba para decirnos lo que con palabras no podíamos expresar, sabiendo que esa sería la última vez que nos veríamos, sabiendo que era nuestro adiós, para siempre.

Se levantó, posó sus labios en mi mejilla, cerca de mi oreja, y me susurró:

—Sé feliz, mi pequeña.

Sabía que mi cuerpo estaría más a gusto entre sus brazos, que mi corazón estaría más relajado. En cambio, no quería que en nuestro último recuerdo juntos predominasen el dolor, el sufrimiento y el anhelo de saber que sería la última vez. De no haber detenido a Miki en ese momento, estaríamos haciendo el amor. Mejor así, las cosas eran como debían. Lo nuestro era pasado, era mejor no jugar a introducirlo en un presente donde no había futuro.

Me tumbé en la cama y dejé vagar mi mente sin reprimir ningún recuerdo, ni bueno ni malo. Todos formaban parte de mí, todos constituían mi nuevo yo, porque estaba segura de algo: la mujer

que se marchaba de Rusia no era la misma que había llegado.

Una llegó dispuesta a comerse el mundo.

La otra fue devorada por ese mundo.

Me desperté antes de que sonase la alarma, me duché y me enfundé un chándal de algodón bien calentito. Me até el pelo en un moño desordenado, agarré mi mochila y bajé las escaleras sin mirar atrás, la impaciencia por regresar a mi hogar hizo que los pies me hormigueasen.

Tenía la esperanza de no ver a nadie, de no volver a pasar ese trago de nuevo, pero Dara, Miki y Borak me aguardaban en la cocina. La primera me ofreció una humeante taza de café.

—¿Lista? —me preguntó el último.

—Más que eso. Impaciente. —Llevé la taza a mi boca para darle un gran trago.

Dara se acercó a mí pestañeando las veces necesarias para que no se le escapasen las lágrimas.

—Sabes que este será siempre tu hogar. Eres un miembro más de mi familia. —La voz se le fue quebrando.

—Lo sé, Dara. —Dejé la taza en la mesa y le agarré ambas manos con cariño—. Debo volver a mi hogar, quiero hacerlo. Lo necesito.

—Y yo espero que encuentres la felicidad en él. Te deseo lo mejor, con toda mi alma. —Me abrazó con fuerza mientras empezaba a sollozar. La envolví con mis brazos, era una gran mujer. Su actitud sincera y cálida había sido admirable.

—Gracias por todo —le dije al separarme.

—Ha sido un placer. Que tengas un buen viaje, cielo. Avísanos de que llegas bien.

Me giré hacia Miki, que estaba apoyado en la barra sin despegar sus ojos de mí. Me acerqué despacio, me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla, deteniéndome a respirar su aroma, a sentir su calidez por última vez.

—Adiós, Miki.

Borak y Dara nos habían dejado solos. Antes de dar dos pasos hacia la salida, tiró de mi mano, me giró y me envolvió entre sus brazos.

Me apretó con fuerza, con mucha fuerza. Hice lo propio, pasé mis brazos por su cintura y apoyé la cabeza en su pecho. Dejé que se despidiera de mí, que su cuerpo calmara al mío, que el mío llenara al suyo, que nuestros corazones se infundieran valor para olvidarse, que nuestras almas se llenaran de la amargura del aire que sabía a despedida.

Me separé y ambos nos quedamos mirándonos. Antes de que pudiera hablar, Miki me cortó.

—No lo digas otra vez. —Negó con la cabeza—. No es nuestro final, no puede ser así, no de esta manera. —Los ojos se le humedecieron. Asentí cerrando los míos. Mientras caminaba hacia la salida, escuché su voz—: Nuestra historia tendrá un final de cuento de hadas, mi pequeña. — Me volví a mirarlo una vez más, la última. Creí ver un atisbo de su sonrisa arrogante y egocéntrica que me había vuelto loca.

Sonreí con tristeza. Eso era lo único que había querido cuando lo conocí: un final de cuento de hadas, donde él era mi príncipe azul.

De camino al aeropuerto, Borak no dejó de bromear. Esa había sido una de las muchas razones por las que había querido que él me llevase, me hablaba sin pelos en la lengua, regañándome y dándome ánimo a la vez.

Con una mezcla de alegría y tristeza, me abrazó una vez más.

—Avísame al llegar o me veré obligado a ir en tu busca para patearte el culo. Y, créeme, una vez que montes en ese avión, no te echaré de menos hasta el mes que viene, cuando me canse de follarme a tías de tetas grandes y escasez de neuronas.

—Tú y yo nunca hemos follamos, Borak —dije sonriendo.

—Eso es un detalle superfluo. Ahora, sube tu bonito culo a ese avión, llevándote solo lo bueno.

—Pesas demasiado.

—Dabria, hablo en serio, demasiada porquería para cargar con ella. Mereces ser feliz.

Le di un abrazo fuerte, el último, antes de salir pitando para la puerta de embarque.

Dolor, pena y porquería.

Alivio, tranquilidad e impaciencia.

Cerré los ojos y dejé mi mente en blanco.

El avión despegó. Y fue en ese momento cuando sentí que se iba deshaciendo el nudo de mi estómago, el nudo que se había instalado en el avión que meses atrás me alejó de casa. En ese instante momento supe que se había depositado ahí para prepararse para vivir la experiencia más maravillosa y más dolorosa de mi vida.

MIKI

Después de todo lo vivido, me negaba a que acabara así, demasiado injusto, demasiado doloroso.

Pero ¿cómo cambiar el destino cuando has huido de él? ¿Se podía alcanzar dando otro recorrido? ¿Se podía elegir? ¿O eras una pieza más?

¿Debía pensar acaso que nuestro destino no era estar juntos? ¿Debía intentar olvidarla y vivir mi vida sin ella?

Sabía que no podía impedir que se fuese, así como sabía que era lo mejor para ella, necesitaba volver a su hogar. Sanar su destrozado corazón.

Sin embargo, había algo que no sabía: cómo vivir sin ella. No sabía qué dirección tomar o con qué pie empezar.

—Lo siento, hijo, no podía ser de otra manera. —Mi madre apoyó una mano en mi rodilla.

Llevábamos sentados en el sofá desde que Dabria se había marchado, el uno al lado del otro, en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos.

—No puedo olvidarla, mamá. Simplemente, no puedo.

—Tendrás que hacerlo, Mikhail, porque ella no volverá.

Entonces tendría que ser yo quien fuese a ella. No mañana, no la semana que viene, no el mes siguiente. Pero lo haría.

Continuará...